

Eladio Romero García

se



BREVE HISTORIA de los...

MEDICI

Lectulandia

Breve historia de los Medici le descubrirá los modestos orígenes de esta dinastía en el Medioevo, su conversión de campesinos en banqueros y sobre todo su participación en el poder de la república de Florencia ya en el siglo xv, cuando además se convirtieron en mecenas de artistas como Sandro Botticelli. Podrá comprender, asimismo, las guerras del siglo xvi, que convirtieron a esta familia en gobernantes de la Toscana gracias al apoyo recibido por los Habsburgo, tanto austríacos como españoles (Carlos V y su hijo Felipe II), hasta culminar con la decadencia de la familia.

Lectulandia

Eladio Romero

Breve historia de los Medici

Breve historia: Protagonistas - 29

ePub r1.0

epubdroid 13.10.16

Eladio Romero, 2015

Diseño de portada: Redna G. sobre detalle de «Lorenzo II de Medici» de Rafael Sanzio

Editor digital: epubdroid

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a Isabel López-Ayllón,
firme defensora de este proyecto.

Introducción

Es este un libro de divulgación más que de investigación. Vaya esa premisa por delante. Con él se pretende dar a conocer al gran público la evolución histórica de la familia Medici.

Pero semejante tarea resultaría inabarcable si se hubiese pretendido analizar, una por una, la biografía de todos los personajes destacados que dicha familia aportó a la historia. Lorenzo el Magnífico, tres papas (León X, Clemente VII y León XI), dos reinas de Francia (Catalina y María), más diversos hombres de armas y renombrados políticos que influyeron enormemente en la historia de Italia.

Por ello, hemos decidido centrarnos en dos aspectos que consideramos primordiales para el lector hispano. El primero, la necesidad de abundar en los personajes menos conocidos de la estirpe, relacionados con el gobierno de la Toscana. Así, se estudian más las figuras de los grandes duques como Cosme I o Ferdinando I, creadores del primer Estado absolutista italiano. Y en segundo lugar, nos ha interesado insistir en la amplia relación existente entre la Monarquía Hispánica de los Austrias y el Estado mediceo durante la edad moderna.

A pesar de todo, no hemos olvidado en este libro figuras de gran envergadura como la mencionada Catalina de Medici, pese a que forme parte más de la historia de Francia que de la nuestra o de la italiana. Las referencias a dichas figuras, aunque no les corresponda capítulo o epígrafe propio, aparecen en el texto allí donde se considere necesario. Son tan Medici como cualquier otro miembro de la dinastía, así que no podemos obviarlas simplemente por haber pasado buena parte de su vida fuera de Italia.

I

De los orígenes al principado

1

Los orígenes de la familia. Florencia a fines del siglo XIV

LOS OSCUROS ORÍGENES DE UNA FAMILIA BURGUESA

Cosme el Viejo (en italiano, Cosimo il Vecchio) de Medici, uno de los más destacados miembros de la dinastía que vamos a estudiar y artífice del poderío de la familia en Florencia, encargó el diseño de una villa al gran arquitecto Michelozzo di Bartolomeo. La obra, que todavía puede visitarse en la localidad de Caffagiolo, debió de realizarse entre 1440 y 1450. Se eleva majestuosa al pie de los Apeninos, a unos veinticinco kilómetros al norte de Florencia, en la comarca del Mugello. Y no fue casualidad que Cosme escogiera estas tierras para levantar su villa, ya que en su tiempo se decía que la familia Medici procedía precisamente del Mugello.

Quizá para atraerse a las facciones populares de la ciudad de Florencia, Cosme el Viejo había fomentado el rumor de que su familia era de origen rural, aunque no existe en la actualidad ningún dato que lo confirme. El Mugello siempre fue una comarca montañosa con población dispersa, y aunque los Medici invirtieron allí diversas sumas de dinero en explotaciones agrarias, a pesar de las leyendas, es posible que a mediados del siglo xv ni el propio Cosme supiera con exactitud el origen de su familia.



Villa medicea de Caffagiolo, según una pintura de Giusto Utens realizada en 1599. Museo Firenze com'era, Florencia.

Lo cierto es que en 1201, un Chiarissimo di Giambono de Medici se encontraba inscrito en el Consejo General de la república florentina como miembro del Arte de la Lana. Entre sus actividades económicas destacaba la de prestar dinero a nobles e instituciones religiosas, siendo ya propietario de una casa en Florencia. Queda claro que la familia debió de prosperar moderadamente durante el siglo XIII, siempre al socaire del crecimiento de las actividades comerciales y artesanales que caracterizó a la Italia septentrional y central en dicha centuria. Los descendientes de Chiarissimo y de otras ramas familiares (de las que hay tantas que en caso de mencionarlas todas sólo se crearía confusión en el lector) aparecen a menudo como miembros del consejo republicano e incluso combaten en defensa de la pequeña república, aunque sin

ocupar puestos públicos de relevancia más que en contadas ocasiones. Y del Arte de la Lana pasarán al Arte de Calimala, el gremio que controlaba propiamente la exportación de tejidos de lana, y, por último, al Arte del Cambio (al que pertenecían los prestamistas). Una evolución típicamente burguesa —en el sentido medieval, claro es— que queda incluso patente en el escudo familiar.

EL ESCUDO DE LOS MEDICI

Muchos de los edificios antiguos de Florencia, y de ciudades como Pisa o Siena, se encuentran todavía hoy adornados con escudos pintados o esculpidos que recogen en su interior un grupo de pequeños círculos. Se trata del emblema de los Medici, que si está pintado, presenta las bolas rojas sobre fondo dorado.

Las bolas constituían precisamente el emblema del Arte del Cambio, con lo que la adscripción de la familia a la clase burguesa queda fuera de toda duda. Con esta explicación el significado de las bolas en el escudo mediceo parece ya establecido.

En realidad, esas bolas son besantes, una moneda bizantina utilizada en Italia a principios del siglo XIII, antes de la acuñación del florín. Su número en el escudo variará con el tiempo. Originalmente serían nueve u once, luego siete y, por último, seis. En 1465, el rey Luis XI de Francia concedió a Piero el Gotoso, hijo de Cosme el Viejo, el derecho a colocar tres lirios en el interior de la bola superior. De esta forma, el emblema de la monarquía francesa pasaría a decorar el de una familia florentina, y todo gracias a que Piero dirigió una embajada a la corte de aquel monarca.



Escudo mediceo en piedra del papa León XI, ubicado en el palacio arzobispal de Florencia.

Durante los conflictos internos sufridos por la república en los siglos XV y XVI, gritar *palle, palle* (pelotas, pelotas) significaba apoyar a los Medici, en alusión clara a su escudo. Los *palleschi* serían, pues, los partidarios de dicha familia.

LA FLORENCIA BAJOMEDIEVAL

A lo largo del siglo XIII y parte del XIV, la riqueza de Florencia creció gracias al comercio de tejidos de lana y a las actividades crediticias. El símbolo de esta prosperidad queda patente en la acuñación, a mediados de la primera centuria citada, de una moneda propia; se trataba del florín, que primero fue de plata y más tarde de oro. Llegó a ser tan valorada en Occidente que Pedro IV de Aragón decidió utilizarla como moneda oficial en sus territorios a partir de 1346.

Florencia contaba a fines del siglo XIII con cien mil habitantes. La población había crecido mucho a lo largo de la centuria, y por ello se hizo necesario construir un nuevo recinto de murallas, mucho más amplio que el precedente. Tal labor fue en principio encomendada al destacado arquitecto Arnolfo di Cambio, y la obra se llevó a cabo entre 1284 y 1333. Esta consistió en un perímetro murado de 8.500 metros, que encerraba una superficie de 630 hectáreas.

No obstante, este esplendor comenzó a ofrecer síntomas de un peligroso declive a partir de 1340. El despliegue de las industrias flamenca, francesa e inglesa, junto a la política hostil de sus príncipes hacia los demás competidores, llegaron a afectar a la manufactura florentina. Prueba de ello es el hecho de que muchos burgueses abandonaron las actividades relacionadas con los tejidos para pasarse al mundo de los créditos. Pero también en este ámbito surgieron los problemas, y así constatamos que entre 1343 y 1346 se produjo la quiebra total de las dos bancas florentinas más potentes, la de los Bardi y la de los Peruzzi. La causa fue el impago de la deuda en que se encontraba empeñado el monarca inglés Eduardo III, quien había solicitado créditos florentinos para financiar su campaña bélica en el reino de Francia. Como eran numerosos los burgueses que poseían depósitos en dichos bancos, la catástrofe afectó directa o indirectamente a gran parte de la ciudad.

Aunque más grave resultó ser la aparición, a finales de 1347, de la conocida peste negra, originaria de Asia. A causa de esta epidemia, la población de la capital republicana quedó reducida a 55.000 habitantes. Una cifra que se mantuvo durante un siglo (incluso con cierta tendencia a la baja entre 1405-1425), y la recuperación no comenzó a notarse hasta 1470.

A pesar de todo, la pequeña república continuó aumentando sus posesiones en la Toscana a costa de los municipios vecinos. Así, a lo largo del siglo XIV vemos como Prato, Arezzo, Pistoia y Volterra pasaban a depender de Florencia, y en 1406 Pisa sería comprada a los milaneses.

Fue durante la segunda mitad del siglo XIV, en el marco de esta decadencia, cuando los Medici, divididos en varias ramas rivales, comenzaron a dejar patente su influencia en la ciudad. Desde el punto de vista económico, la familia había fundado ya durante esta centuria diversas factorías en Italia (Génova, Treviso) y Francia (Nimes, Gascuña), y gracias a una hábil política, evitó la quiebra de la que fueron víctimas los Bardi y los Peruzzi. Comenzó así su ascenso político, del que a

continuación nos ocuparemos.

SALVESTRO DE MEDICI Y EL TUMULTO DE LOS *CIOMPI*

Desde 1293, todo florentino que deseara ocupar cargos públicos en el Gobierno de la república debía estar inscrito en alguna de las artes o agrupaciones de oficios de la ciudad. La magistratura suprema o poder ejecutivo era la Señoría (en italiano, *Signoria*), integrada por ocho priores y un gonfaloniero de justicia (primer juez de la república) que cambiaban cada dos meses. Su famoso Palazzo Vecchio, pues, constituía el centro del poder florentino y se alzaba en la conocida plaza de la Signoria. Diversos consejos controlaban los asuntos legislativos. Mediante el sistema de insaculación, se renovaban periódicamente los puestos del Gobierno, aunque había artes (las mayores, es decir, las que incluían a banqueros, comerciantes y laneros, conocidos a menudo como *popolo grasso*), que introducían más nombres en la bolsa que otras (las menores, o sea, las que incluían a talladores de piedra, carpinteros, artesanos del metal, etc., denominados genéricamente *popolo minuto*). La mayoría de los asalariados quedaba fuera de este sistema. Pero este esquema sería cuestionado durante el verano de 1378, cuando muchos de estos asalariados se rebelaron.

Desde 1375 se encontraba Florencia en guerra con el papa Gregorio XI, lo que provocó en la república escasez de trigo y un aumento de los impuestos. La producción de lana disminuyó notablemente, y pronto surgieron disidencias entre las facciones dominantes. El gonfaloniero de justicia (primer juez de la república), cargo por aquel entonces detentado por el banquero Salvestro de Medici, decidió aprovechar la situación para atraerse a las clases populares contra sus rivales.

El 18 de junio, Salvestro, encabezando a un grupo de artesanos, ocupó el Palazzo Vecchio y se dedicó a predicar en favor de un aumento de los insaculados con vistas a favorecer a los miembros de las artes menos representadas. Pero la situación se le escapó de las manos cuando, en las semanas siguientes, los *ciompi*, denominación popular con la que eran conocidos los trabajadores de la lana, comenzaron a asaltar palacios, conventos y cárceles, liberando a los presos que fueron encontrando. Se vivió un verano de guerra civil en el que las distintas artes confeccionaban propuestas para mejorar su posición política, y todo culminó el 22 de julio cuando se creó una bailía (institución pública de carácter excepcional) de treinta y siete miembros dirigida por el cardador Michele di Lando. Una vez que los artesanos de los gremios menores lograron aquello que deseaban, es decir, mayor representatividad política, en agosto tuvo lugar una violenta represión contra los *ciompi* asalariados que acabó tranquilizando la situación.

Durante el tiempo en que Michele di Lando ejerció como gonfaloniero, Salvestro de Medici se convirtió en su consejero. Sin embargo, en 1382, un golpe de fuerza de los banqueros y los regentes de las artes mayores, aprovechando una epidemia, acabó con las nuevas reformas. Michele sería desterrado y Salvestro hubo de apartarse discretamente de la política. La oligarquía pasaría a controlar a partir de entonces las riendas del poder.

Mientras esto ocurría en las altas instancias de la república, un miembro de otra rama medicea, Giovanni Bicci (1360-1429), hijo de Averardo llamado Bicci, se dedicaba en la sombra a incrementar su fortuna como banquero gracias a los préstamos concedidos primero al pontífice Juan XXIII (considerado antipapa en el Concilio de Constanza) y luego a Martín V.

GIOVANNI BICCI DE MEDICI, EL PRIMER GRAN BANQUERO Y MECENAS DE LA FAMILIA

El miedo a la resurrección del movimiento popular determinó que a partir de 1382 el Gobierno se concentrara en manos de los *ottimati*, ricos burgueses dedicados a la banca y al comercio. Este grupo restringido, dirigido principalmente por la familia Albizzi, procuró desarrollar una política de prestigio que permitió adquirir Pisa (conquistada en 1406, como ya viene dicho, tras ser comprada a los Visconti de Milán), Cortona (1411) y Livorno (1421). De esta forma, el Estado florentino se extendía en 1450 sobre unos 15.000 km², controlando además un acceso de salida al mar.

En esta época vivió el ya mencionado Giovanni Bicci de Medici, quien, aunque perseguido por el gobernante Rinaldo degli Albizzi, se dedicó sobre todo a incrementar su fortuna familiar mediante el crédito y el comercio. Y aunque se convirtió en banquero oficial de la Santa Sede, acogió no obstante en su casa al mencionado antipapa Juan XXIII, un napolitano taimado y mundano que había sido pirata antes de recibir las órdenes sagradas, depuesto por el Concilio de Constanza en 1415. Cuando este pontífice falleció, Giovanni encomendaría al escultor Donatello y al arquitecto Michelozzo la construcción de su tumba en el baptisterio florentino de San Giovanni.



Sepulcro del antipapa Juan XXIII, obra de Donatello y Michelozzo realizada hacia 1426. Baptisterio de San Giovanni, Florencia.

Giovanni fundó en Florencia algunos hospicios y capillas, convirtiéndose así en el primer Medici preocupado por invertir parte de sus ganancias en el arte. En realidad, se trataba más de financiar obras religiosas y benéficas que aliviaran su ánimo cristiana, y así, en 1423 el genial Brunelleschi comenzó a trabajar al servicio de Giovanni en la basílica de San Lorenzo, que se convertiría en la iglesia de la familia. El banquero sería enterrado precisamente en su sacristía vieja.



Interior de la basílica de San Lorenzo de Florencia.

Desde el punto de vista político, Giovanni no se preocupó demasiado por ocupar cargos de relevancia. Sirvió, como muchos otros, como embajador, e incluso detentó en 1421 el puesto de gonfaloniero de justicia (fue el primer Medici en detentar dicho cargo), aunque no participó en los conflictos que dividían al patriciado florentino del momento, probablemente porque prefirió centrar más sus esfuerzos en incrementar el patrimonio económico familiar. No obstante, lograría alcanzar un elevado prestigio entre los florentinos, merced a su prudencia y a sus buenos oficios, prestigio que serviría para catapultar a su hijo Cosme hasta las más altas esferas de influencia de la república.

Según el catastro de 1427, Giovanni poseía bienes por valor de 180.000 florines, lo que le convertía en el hombre más rico de Florencia después de Palla Strozzi. De los dos hijos varones que dejó, Cosme y Lorenzo, se crearon las dos ramas más conocidas de los Medici. Cosme es el fundador de la rama que podemos denominar «republicana», porque sus miembros detentaron durante cierto tiempo diversos cargos con los que se mantenía la ficción republicana de gobierno. De Lorenzo

descenderían los Medici llamados *popolani*, menos partidarios de controlar el poder, y entre los que destacaría Cosme I, paradójicamente convertido en primer gran duque de Toscana.

De la banca al Gobierno. Cosme y Piero de Medici

LOS INICIOS DE UN HÁBIL GOBERNANTE

Gracias a Giovanni Bicci, los Medici se convirtieron en una de las familias más ricas de Italia. Su hijo Cosme no hizo más que incrementar el poderío económico de la familia, merced a su habilidad como financiero y a su influencia política en la república toscana. La Santa Sede, deudora fiable por sus regulares ingresos, constituía uno de sus principales clientes. A su vez, la compañía familiar, que a lo largo del siglo xv fundó sucursales independientes en Aviñón, Brujas, Londres, Ginebra y varias ciudades italianas, importaba y exportaba diversidad de artículos, como eran paños, cereales y otros alimentos, metales, tintes, etc. La organización empresarial, tendente a diversificar y descentralizar las operaciones, permitía incrementar, con riesgos mínimos para la época, los beneficios de la familia. Y gracias a esta riqueza, Cosme logró encumbrarse hasta las más altas esferas de la política florentina y convertirse en el hombre más influyente de la república, aunque algunos historiadores le hayan comparado en su forma de actuar con un padrino de la mafia.

Cosme el Viejo (llamado así para distinguirlo del Cosme I, que llegaría a ser primer gran duque de Toscana) nació en Florencia el 27 de septiembre de 1389, día de san Cosme. Como todos los banqueros del momento, hizo su aprendizaje viajando por Europa al objeto de conocer los negocios que su familia mantenía en lugares tan alejados como Brujas o Lyon. En 1414 acompañó al pontífice Juan XXIII a Constanza, donde, como sabemos, sería depuesto y declarado antipapa. De regreso a Florencia, en 1416 Cosme se casó con Contessina de Bardi, perteneciente a otra familia de banqueros, y dirigió diversas embajadas por disposición del Gobierno de la república. Así, estuvo en la vecina Lucca en 1423, dos años después de haber regresado de Milán; en 1424 anduvo por Bolonia y en 1426 llegó a Roma.

Durante un tiempo, Cosme habitó en el palacio de los Bardi, pero cuando su padre Giovanni falleció en 1429, ordenó a Michelozzo construir el palacio familiar de vía Larga (denominada en la actualidad vía Cavour), hoy conocido como palacio Medici-Riccardi, próximo a la iglesia de San Lorenzo. Por aquel entonces, las artes florentinas habían entrado en una fase de renovación, ya apreciada por los propios contemporáneos: así, tras un concurso en el que Giovanni Bicci había actuado como juez, en 1403 había iniciado Ghiberti la puerta norte del baptisterio, labor completada a partir de 1425 con la elaboración de la portada oriental; en 1421, Brunelleschi trabajaba ya en la cúpula de la catedral de Santa Maria del Fiore, y entre 1425 y 1428 Masaccio pintaba los frescos de la capilla Brancacci. Por otro lado, Donatello había trabajado ya en las esculturas de Or San Michele y de la catedral, aunque la pintura gótica de Gentile da Fabriano todavía resultaba muy bien aceptada.



Palacio Medici en vía Cavour, Florencia.

LA LUCHA POLÍTICA

En la Florencia de aquellos años, como en casi todas las etapas de la historia moderna, política y finanzas andaban muy unidas. Los cargos públicos eran de corta duración, y se cubrían con miembros de las más poderosas familias de la capital. Por ello, no debe extrañarnos que tras la muerte de su padre, Cosme pasara a detentar alguno de estos puestos al servicio de su patria y de sus intereses.

Coincidió que, en 1429, Florencia se vio envuelta en una de las numerosas guerras tenidas con la vecina y mucho más débil República de Lucca. En un principio, Cosme apoyó la lucha para no perder el favor del pueblo, pero los luqueses resistieron con gran eficacia. El arquitecto Brunelleschi llegó a proponer al Gobierno de Florencia un plan para inundar Lucca, que no llegó a ponerse en práctica. Por fin, los luqueses contrataron al famoso mercenario Francesco Sforza y lograron vencer a sus enemigos.

Cosme, miembro de los Diez de la Guerra (institución que dirigía las operaciones militares durante el conflicto), entró pronto en discusión con Rinaldo degli Albizzi, el jefe de la oligarquía florentina, a quien culpaba de las derrotas. Al firmarse una vergonzosa paz en 1433, las críticas contra Albizzi arreciaron, y este se vio obligado a encerrar a Cosme e incluso logró su condena a muerte. Sin embargo, gracias a su dinero y a los apoyos tanto internos como externos (de Venecia o del marqués de Ferrara), el banquero sólo sería desterrado por diez años a Padua, ciudad perteneciente a los venecianos hacia la que partió el 3 de octubre.

LA CONQUISTA DEL PODER

El exilio de Cosme resultó ser un exilio dorado. De Padua pasó a Venecia, donde fue tratado casi como un príncipe. Además, había dejado en Florencia un grupo de partidarios que fomentaban con su dinero propaganda promedicea. No obstante, el más firme apoyo del banquero estaba representado por el papa Eugenio IV, por aquel entonces residente en Florencia. Por fin, el 29 de septiembre de 1434, un año después de ser decretado su destierro, se conseguía la anulación de la pena. Aunque Rinaldo trató de oponerse a esta medida, al final habría de ser él quien abandonara la ciudad.

La acción política de Cosme apenas quedó manifiesta en el terreno constitucional. Tras la purga efectuada entre sus enemigos, y con el apoyo de la burguesía media, integrada por pequeños comerciantes y artesanos, apenas necesitó detentar puestos políticos. Un comité restringido (denominado «los acopladores», en italiano, *accoppiatori*), se dedicó a extraer de las bolsas destinadas a la elección de cargos públicos únicamente a los partidarios de Cosme, organizando señorías perfectamente complacientes con sus deseos. En 1435, el banquero fue elegido gonfaloniero de justicia, pero pronto se decantó por integrarse en el grupo de los Oficiales del Monte, una institución similar a un Ministerio de Hacienda. Desde allí podía decretar tasas y cargas fiscales, con lo que podía perjudicar mucho más a sus enemigos y beneficiar a quienes le apoyaban. Por ello, en torno a Cosme se unieron todas las grandes familias que deseaban librarse de las onerosas cargas impositivas y disfrutar de los oficios públicos. La única reforma constitucional importante llevada a cabo en vida de Cosme fue la creación en 1458 del Consejo de los Cien, a propuesta del banquero Luca Pitti. Argumentando la preparación de una conjura contra la república, se convocó una asamblea popular, la cual aceptó la creación de dicho consejo. Su función era la de sancionar las elecciones de oficios. Y como es lógico suponer, sus miembros eran seguidores declarados de los Medici al ser nombrados por los famosos acopladores.

La política exterior de la república también fue orientada por el propio Cosme a través de sus partidarios. Gracias a sus diversas embajadas, logró establecer la paz entre los Estados italianos enemigos y acercarse al ducado de Milán, tradicional oponente de Florencia, favoreciendo con ello sus propios negocios. Y dentro de esta política de prestigio, cabe destacar el traslado del concilio de Ferrara a Florencia.

EL CONCILIO DE FLORENCIA

El 8 de enero de 1439 se abrían en Ferrara las sesiones del concilio que debía unir las Iglesias griega y romana. Al emperador bizantino Juan VII Paleólogo le urgía dicha unión a fin de obtener el apoyo de los Estados católico-romanos contra los turcos. Pero la peste se había enseñoreado de aquella ciudad, y Cosme solicitó a su amigo el papa Eugenio IV que el concilio se trasladara a Florencia, propuesta que el pontífice aceptó de buen grado.

Las sesiones se desarrollaron en la catedral de Santa Maria del Fiore y en la iglesia dominica de Santa Maria Novella. Juan VII asistió a ellas y logró su propósito, pues el 6 de julio de 1440, bajo la cúpula brunelleschiana, se cantó un tedeum y fue leído el decreto de unión de ambas Iglesias. Este acontecimiento sería recogido por el pintor Benozzo Gozzoli, discípulo de Fra Angelico, en sus frescos del palacio Medici. Aunque el tema representado aquí es el cortejo de los Reyes Magos, en realidad constituye una recreación de la comitiva medicea acompañando a Juan VII. Aparecen así personajes como Cosme, en compañía de todos sus familiares y amigos, mientras que los Reyes apenas destacan en el conjunto.



Detalle del fresco *El cortejo de los Reyes Magos* de Benozzo Gozzoli, donde se representa al emperador bizantino Juan VII Paleólogo. Palacio Medici (1459-1461), Florencia.

LOS NEGOCIOS DE COSME

Puede considerarse a Cosme como al hombre que mayores ingresos obtuvo en la empresa comercial de los Medici. Como ya se ha dicho, hacia 1434 la banca Medici obtenía más de la mitad de sus ingresos de la sucursal de Roma, aunque su oficina principal se ubicaba en Florencia. Aunque sólo parte de los beneficios del negocio con la Iglesia provenían de la misma curia. Actuando como banqueros principales del papa, los Medici, naturalmente, adquirieron también cuentas de los sacerdotes menores, cardenales, obispos y otros ricos eclesiásticos. Un negocio particularmente próspero, pues el futuro tanto espiritual como temporal de los clérigos menores dependía de la sanción del pontífice. Y como el mismo papa dependía cada vez más de sus banqueros, ocurrió lo inevitable, es decir, que la autoridad papal se viera obligada a garantizar el pago de los préstamos que hacían los Medici a los clérigos subordinados. Gradualmente, la excomunión se convirtió en una amenaza bastante corriente contra los clérigos deudores, de forma que los Medici podían efectuar préstamos que estaban asegurados no sólo por garantías morales y legales ordinarias, sino también por el poder espiritual y organizado de la Iglesia.

En 1458, la estructura organizativa de las empresas mediceas estaba en su momento de apogeo y contaba con once sociedades. Algunas de ellas tenían su sede en Florencia (la banca local, una manufactura de seda y dos de lana). La de Pisa se encontraba entonces en vías de liquidación; la de Venecia sería disuelta en 1469 y puesta de nuevo en marcha de 1471 a 1481; la de Roma unía a sus actividades bancarias y comerciales el papel de agencia fiscal del papado; la de Milán, finalmente, cuya fundación se remonta a 1452, se abrió tras un pacto entre Cosme y el duque Francesco Sforza. En cuanto a las filiales transalpinas, los lugares elegidos para situarlas fueron Brujas, Londres, Aviñón y Ginebra.

El grupo estaba diseñado como una compañía de filiales, erigiéndose cada una de ellas como una sociedad jurídicamente independiente, con razón social, libros y capitales autónomos. En todas ellas, los Medici y sus socios poseían más del cincuenta por ciento del capital de la empresa, cuya gestión confiaban a un gobernador elegido por los socios minoritarios. Los gobernadores, retribuidos con una participación en los beneficios superior en porcentaje a su aportación al capital social, debían dirigir cada año a los socios florentinos una copia de su balance, cerrado el 24 de marzo, y acudir a la sede del consorcio cada dos o tres años para rendir cuentas de sus actividades. Y aunque el sistema resultaba operativo, su eficacia dependió, en última instancia, de la autoridad, la prudencia e inteligencia del máximo jefe y sus allegados directos. Así ocurrió en tiempos de Cosme y su hijo Piero.

El capital combinado de las dos tiendas de lana florentinas que poseían los Medici era, el 25 de marzo de 1451, de 10.000 florines. Durante los diecisiete años que median desde 1435 hasta esa fecha, los beneficios aumentaron a 10.373 florines, es decir, un 103,7 %. El capital destinado al comercio de seda era en esa misma fecha de

7.200 florines, mientras que los beneficios totales sumaban 19.126, es decir, un 265,6 % durante los años registrados. El establecimiento de la seda produjo, pues, un promedio de ingresos dos veces mayor que el de las lanas.

Ahora bien, el verdadero negocio era el bancario. Los Medici remuneraban las sumas que les habían sido confiadas por sus clientes con un interés que oscilaba entre el ocho y el diez por ciento. Era esta una cifra superior a la del rendimiento medio de las propiedades rurales de la Toscana. Sin embargo, el que cobraban por sus préstamos podía superar el veinticinco por ciento.



Villa medicea de Careggi, que fue sede de la academia platónica dirigida por Marsilio Ficino.

MECENAZGO INTERESADO

Todos los burgueses florentinos invertían parte de sus ganancias en beneficio de instituciones eclesiásticas y en limosnas. Dichas actividades constituían una suerte de penitencia ante los negocios poco limpios en que se veían envueltos, además de constituir un método para atraer la atención de los ciudadanos. Cosme supo utilizar estas prácticas de propaganda de una forma magistral y sin gastar demasiado patrimonio, pues hubo un momento en que su fortuna llegó a confundirse con la de la república.

Además, y aunque no era un hombre excesivamente culto, dotó a las bibliotecas del convento de San Marcos y de la abadía florentina con diversos libros, muchos de ellos de gran valor por tratarse de obras de la antigüedad clásica casi desconocidas. Al filósofo florentino Marsilio Ficino, que se decía hijo espiritual de Cosme, le regaló su villa de Careggi, al objeto de que se realizaran allí estudios sobre el pensamiento de Platón y de seguidores suyos como Plotino.

MUERTE Y SUCESIÓN

Afirma Lorenzo el Magnífico en sus *Ricordi* que Cosme el Viejo, su abuelo, murió el 1 de agosto de 1464 en Careggi «muy perjudicado por la vejez y la gota, con grandísimo dolor no sólo entre nosotros y los de nuestra ciudad, sino en toda Italia [...], fue sepultado en San Lorenzo y todos los señores de Italia ordenaron honrarle y mandaron mensajes de condolencia; especialmente le recordó el rey de Francia [...]. Por decreto público fue titulado Pater Patriae».

Realmente Cosme supo jugar con habilidad todas sus cartas, y por ello recibió a su muerte tales homenajes. Además, dejó a sus herederos una fortuna mucho mayor que la recibida de su padre.

El hijo mayor, Piero el Gotoso (llamado así por su enfermedad), nacido en 1416, era un hombre muy culto que había estudiado incluso letras clásicas y que había sido preparado ya por su padre para continuar sus actividades políticas. De hecho, en vida de Cosme ya ejerció como embajador y gonfaloniero. Su padre le había casado con Lucrecia Tornabuoni, miembro de otra familia de la alta burguesía florentina. Pero la gota llegó a provocarle tales dificultades que incluso pensó en retirarse de la política. Entonces tuvo la desafortunada idea de pedir al Gobierno el dinero que su padre había prestado a la república, dinero que en parte procedía de las mismas arcas estatales. Ello provocó una quiebra de alianzas, y el banquero Luca Pitti acabó por enfrentarse con él.



Retrato de Cosme el Viejo pintado por Pontormo (1519-1520). Museo de los Uffizi, Florencia.

De hecho, Pitti organizó, el 27 de agosto de 1466, una emboscada en las afueras de Florencia que debía acabar con la vida de Piero y ocupar la ciudad con ayuda de las tropas del marqués de Ferrara. Piero regresaba ese día de su villa de Careggi en una litera por causa de su enfermedad, aunque le precedía prudentemente su hijo Lorenzo con una escolta. Tras una breve escaramuza, los sicarios de Luca tuvieron que huir. El pueblo fue inmediatamente consultado mediante un parlamento (reunión celebrada en la plaza de la Señoría) y, gracias al apoyo del ejército de sus aliados milaneses, se le concedió a Piero el gobierno de la república por una década. Pitti, condenado a muerte por la Señoría, sería no obstante perdonado por el nuevo gobernante, aunque nunca más volvería a ejercer influencias políticas.

Piero fallecería el 2 de diciembre de 1469, comenzando entonces la era gloriosa de Lorenzo el Magnífico, uno de los miembros más destacados de la familia Medici.

3

Lorenzo el Magnífico

RECUERDOS

Así comienza Lorenzo, llamado el Magnífico por sus contemporáneos, sus breves *Ricordi*, escritos en 1472:

He encontrado en los libros de Piero, nuestro padre, que yo nací el primero de enero de 1449, y tuvo nuestro padre de la señora Lucrezia di Francesco Tornabuoni, nuestra madre, siete hijos, cuatro varones y tres hembras, de los cuales al presente quedamos cuatro, dos hombres y tres mujeres, esto es, Giuliano, mi hermano, de veinte años de edad, y yo, de veinticuatro, y Bianca, esposa de Guglielmo de Pazzi, y Nannina, mujer de Bernardo Rucellai.

Este hombre, de aspecto poco agraciado, intentó convertir Florencia en una nueva Atenas, una ciudad culta y próspera en la que él fuera considerado más que otro Pericles, un verdadero príncipe. Su desprecio hacia las actividades bancarias, sus inversiones en el campo y el gusto por las justas y las fiestas cortesanas así nos lo permiten suponer.



Busto pintado de Lorenzo el Magnífico, obra de Verrochio (h. 1480). Galería Nacional de Arte, Washington.

UNA ELEVADÍSIMA EDUCACIÓN

Lorenzo fue educado, gracias a los intereses y a la cultura de sus padres, de acuerdo con las normas de la aristocracia septentrional, por lo que acabó convirtiéndose en un personaje refinado, amante de las letras y poco inclinado hacia las actividades típicamente burguesas. Primero fue un hombre piadoso, Gentile Becchi, que más tarde alcanzaría el obispado de Arezzo, quien educó al Magnífico. Luego siguieron Marsilio Ficino y el poeta neoplatónico Cristoforo Landino, así como el filósofo griego Janos Argyropoulos, que se había instalado definitivamente en Florencia en 1456.

Cuando en 1459 llegó a Florencia el sucesor del ducado de Milán, Galeazzo María Sforza, el mozalbete que era Lorenzo organizó en su honor un juego de habilidades con armas que demostraba ya sus aficiones. En 1465 acogió en Pisa a Federico de Aragón, hijo del rey Ferrante de Nápoles, y le acompañó a Venecia y Milán. Después viajaría a Roma y Nápoles para defender los intereses de su familia. En suma, se convirtió en un verdadero aristócrata.

En 1466, Lorenzo sustituyó a su padre en su puesto del Consejo de los Cien, y pocos meses antes de que Piero falleciera, el Magnífico se casó con Clarice Orsini. Se trataba de una noble romana, y la boda adquirió caracteres principescos. Los Orsini estaban muy bien relacionados con la corte pontificia y convenía acercarse a ellos, dado que los intereses de los Medici se encontraban muy próximos al papado. La boda se celebró en Roma por poderes, y en lugar de Lorenzo asistió un pariente suyo, el arzobispo de Pisa, pero las fiestas habidas posteriormente en Florencia significaron un reto a la mentalidad burguesa, muy comedida en los dispendios de este tipo.

UNA SUCESIÓN SIN PROBLEMAS

La clientela y la influencia política de los Medici se habían ampliado tanto que cuando falleció Piero no hubo problemas para que Lorenzo le sustituyera como hombre fuerte en Florencia. Incluso fue invitado a que asumiera el cuidado de la ciudad y del Estado y, evidentemente, aceptó, porque como dice en sus *Ricordi*, era necesario «conservar a los amigos» y porque en Florencia «se malvivía si se era rico y no se estaba interesado en las cosas del Estado». La influencia que ejerció sobre la política de la república fue muy superior a la de su abuelo, de forma que en los círculos internacionales era considerado como el verdadero jefe del Estado florentino.

Aunque no era muy amante de las actividades bancarias, no descuidó Lorenzo los intereses económicos de su casa, que constituía la primera firma comercial y crediticia de Europa. No obstante, las cosas habían cambiado para los Medici. Requisas de naves y ataques de los piratas hanseáticos provocaron en la segunda mitad del siglo xv graves quebrantos a la compañía. Además, la competencia de otras firmas aumentaba. Por todo ello, Lorenzo se lanzó a las inversiones agrarias en la comarca vecina a Pisa, un tanto insalubre y por ello infravalorada, aunque tras la restauración medicea de 1512 se utilizaran fondos públicos para su saneamiento. No faltaba un motivo político para estas actividades, pues Lorenzo pretendía afianzar su poder haciendo depender de su familia las comunicaciones con Pisa y con el mar. Nicolás Maquiavelo, en sus *Istorie fiorentine*, llega a afirmar que el Magnífico, «a fin de no tentar la fortuna», dejó de lado las industrias mercantiles y se dedicó a posesiones más estables, las cuales «parecían más propiedades regias que no de un ciudadano privado». La compañía filial medicea de Milán fue clausurada en 1478, ante la imposibilidad de los Sforza para hacer frente a sus deudas. Las sucursales de Londres y Brujas se liquidaron a partir de 1480, de forma que puede decirse que con Lorenzo desaparece el complejo entramado bancario-comercial organizado por su bisabuelo Giovanni.

LA GUERRA DEL ALUMBRE

El alumbre es un mineral que en el siglo xv se utilizaba en la manufactura de vidrio y curtidos, y especialmente en la fabricación de tintes. Hasta mediados de dicha centuria, lo importaban los genoveses del golfo de Esmirna, pero los turcos cortaron el suministro y se convirtió en un material muy buscado en Italia. En esta coyuntura, en 1462 se descubrió una mina de dicho material en Tolfa, localidad de los Estados de la Iglesia, y el problema se subsanó. El interés de Lorenzo por el alumbre comenzó en 1471, cuando viajó a Roma como embajador de su ciudad. Entonces, el papa Sixto IV concertó algunos negocios bancarios con él y le concedió diversos derechos sobre la explotación de la mina de Tolfa.

Sin embargo, el asunto se complicó cuando cerca de Volterra, en la mina del Sasso de Val di Cecina, se descubrió una nueva explotación de alumbre. Entonces, Lorenzo intentó controlar la producción en contra de la opinión de los volterranos, que consideraron más conveniente para su ciudad encargarse ellos mismos de dicha labor. El conflicto, pues, estaba servido.

Antes de seguir con la explicación del caso, conviene hacer referencia a ciertos acontecimientos anteriores que harán más comprensible la cuestión. La ciudad de Volterra se encontraba bajo la dependencia de los florentinos desde 1361. Estos, en dicho año, habían acabado con la señoría de Bocchino Belforti, otorgándose posteriormente el derecho a cobrar tributos y controlar su fortaleza medieval (la denominada Rocca Vecchia). No obstante, los volterranos seguían considerándose independientes, e incluso mostraron su rebeldía en 1429 cuando la Señoría de Florencia intentó imponer el nuevo impuesto del catastro en su ciudad. Y esta tradicional aversión a los florentinos volvería a estallar algunos decenios más tarde por el tema del alumbre.



Vista actual de Volterra.

En diciembre de 1470, el Gobierno municipal, no sin discusiones, acordaba conceder a una sociedad integrada por sieneses, florentinos y dos volterranos, Paolo Inghirami y Bendetto Riccobaldi, la facultad de extraer el recientemente descubierto alumbre de la mina del Sasso. No obstante, tras las nuevas elecciones comunales de mayo de 1471, el Gobierno entrante decidió retirar los derechos de explotación a la sociedad, provocando con ello la irritación de Lorenzo de Medici. Hubo intentos de llegar a un acuerdo pacífico, habida cuenta de que el Magnífico había invertido dinero en la sociedad explotadora, pero los volterranos se negaban a ceder la mina a particulares. Por este motivo, enviaron entonces una embajada a Florencia, aunque sus componentes debieron de ser sobornados o quedaron satisfechos con la explicación recibida, pues regresaron a Volterra con el único fruto de un canon anual en concepto de arrendamiento por la explotación. La explicación dejó descontentos a sus conciudadanos, que provocaron en abril de 1472 algunos disturbios con alguna muerte incluida. Una nueva embajada no consiguió nada mejor, y Lorenzo optó al final por un castigo ejemplar.

Los volterranos habían considerado el asunto de la mina como una afrenta de Florencia, la capital de una república que la creía suya, y por ello se dispusieron a combatir fortificando la ciudad y enviando emisarios a algunos estados italianos. Lorenzo, a su vez, contrató a Federico de Montefeltro, duque de Urbino y uno de los más eficaces mercenarios de la península apenínica. Volterra, tras un mes de resistencia, acabaría capitulando y sería ocupada el 18 de junio. Y a pesar del acuerdo alcanzado, los *condottieros* de Federico la sometieron a un terrible saqueo. El propio duque de Urbino lograría con ello un precioso botín. Muchas familias volterranas acabaron en el exilio, y los gastos de reparación fueron tan enormes que la ciudad se arruinó; la recuperación económica de Volterra tardaría algunos años en alcanzarse, y

ello gracias a que sus impuestos tuvieron que ser aligerados. Florencia había concluido así, de forma definitiva, con la rebeldía de los volterranos.

Controlada la sublevación de Volterra, Lorenzo decidió construir una nueva fortaleza que tendría como objetivo prioritario evitar nuevos disturbios. Se diseñó así un gran cuadrilátero con baluartes angulares de planta circular, en el centro del cual se elevó una alta torre también circular denominada el Mastio (el Torreón). El conjunto pasó a conocerse como la Rocca Nuova, y fue unida a la Vecchia medieval por dos largos muros paralelos, de forma que todo el complejo ofrecía una imagen impresionante. Se desconoce al autor del proyecto, aunque se habla de un arquitecto llamado Francesco di Giovanni, más conocido como Francione, que ya había participado en el asedio de Volterra y que posteriormente sería nombrado *Ingegnere della Repubblica Fiorentina*.



Rocca Nuova de Volterra, fortaleza construida por orden de Lorenzo el Magnífico.

La fortaleza, concluida en 1475, fue pronto utilizada como prisión (función que en la actualidad aún conserva), y allí fueron a parar algunos de los condenados tras la conjura antimedicea de los Pazzi (1478). Durante el siglo XVI todavía se efectuaron algunas obras, pues hay constancia de que en 1529 se trabajaba en ellas y de que en 1543 el duque Cosme I de Medici ordenó reparar los muros de la fortaleza.

La Rocca Nuova de Volterra, con sus baluartes angulares en círculo y sus muros completamente verticales, posee todavía un carácter tradicional, aunque sólo destaque la torre del Mastio por encima de todo el complejo. No obstante, constituye una primera manifestación del gran interés que mostraría más adelante Lorenzo por mejorar las defensas del Estado florentino, de acuerdo con las novedades que en esta materia se iban introduciendo ya en lugares como los Estados de la Iglesia, provocadas por el imparable desarrollo de la artillería.

LA CONJURA DE LOS PAZZI Y EL CONFLICTO CON SIXTO IV

La guerra de Volterra constituye un ejemplo de cómo Lorenzo había unido sus intereses a los de Florencia, por encima de los intereses de los demás ciudadanos. Esta política, evidentemente, acabaría creándole diversas enemistades dentro y fuera de la república, como lo demuestra la conjura que contra su familia se organizó en 1478.

En la corte pontificia de Sixto IV, los Medici tenían numerosos enemigos, entre los que destacaban el cardenal Raffaello Sansoni-Riario y su hermano Girolamo, conde de Imola y jefe de los Ejércitos de la Iglesia. Los negocios que hacían depender las arcas papales de los créditos mediceos no agradaban a todos, y por ello pronto el pontífice fue convencido de que dichos negocios no le beneficiaban, y que debía hacer algo para perjudicar la política florentina del Magnífico.

Girolamo estaba en contra de Lorenzo porque este se había opuesto a su nombramiento como conde de Imola. Además, el Medici mantenía alianzas con Venecia y Milán, por aquel entonces enemigas de la Iglesia. Por todo ello, se organizó una conjura destinada a eliminar a Lorenzo y su hermano Giuliano, los dos principales miembros de la familia, con la idea de que si se alcanzaba el éxito, la estirpe medicea sería definitivamente erradicada de Florencia.

Los agentes papales entraron en contacto con el banquero Jacopo Pazzi, enemistado con Lorenzo porque este había dificultado sus negocios con Sixto IV, y le propusieron participar en la conspiración. Otro de los conjurados fue Francesco Salviati, miembro de una rica familia florentina, enfrentado a su vez con los Medici porque había sido nombrado arzobispo de Pisa por el papa y Lorenzo se había negado a aceptar tal designación. Por último, el rey Ferrante de Nápoles, aliado de Sixto IV, dio también su consentimiento al asesinato.

Las tropas de Girolamo se concentraron en torno a Florencia. A su vez, el cardenal Riario anunció su visita a la capital toscana y fue invitado por Lorenzo a un desayuno en su palacio de vía Larga.

Era el 25 de abril de 1478, pero Giuliano de Medici, por culpa de una enfermedad, no asistió al ágape, y los conjurados decidieron aguardar hasta el día siguiente, fiesta de la Pascua, en espera de que el hermano participara en la ceremonia que debía celebrarse en Santa Maria del Fiore.

Francesco Pazzi, hijo de Jacopo, un asesino llamado Bernardo Bandini y los sacerdotes Maffei y Stefano fueron los encargados de llevar a cabo el atentado. Mediada la misa, Giuliano cayó abatido por los cuchillos asesinos, pero Lorenzo, aunque herido en el cuello, logró huir a la sacristía. La confusión comenzó a reinar en la ciudad, aunque pronto los partidarios de los Medici lograron controlar la situación. Al grito de *palle, palle*, se dedicaron a linchar a los conjurados, y la familia Pazzi acabó exterminada casi en su totalidad. Francesco Salviati, que cantó victoria

demasiado pronto, también moriría a manos del gonfaloniero de justicia. El cadáver de Bandini aparecería colgado en las almenas del palacio de la Señoría, permitiendo a Leonardo da Vinci recrearse en esa imagen y dibujar su cuerpo colgado.

La conjura tuvo consecuencias negativas para la economía de los Medici, pues Sixto IV ordenó cancelar los negocios que mantenía con la familia, y los empleados de la oficina romana acabaron encarcelados en el castillo romano de Sant'Angelo. A su vez, Ferrante de Nápoles dio orden a sus tropas para que invadieran el territorio florentino.



Castillo de Brolio.

El ejército coaligado del papa y del rey de Nápoles penetró en 1478 en la Toscana a través de la comarca del Chianti. Durante la incursión, fue ocupado y desmantelado el castillo de Brolio. Era esta una fortaleza de muy antiguos orígenes (aparece ya mencionada en el siglo IX), perteneciente a la rica familia florentina de los Ricasoli. Dada su posición fronteriza entre las Repúblicas de Florencia y Siena, pasó por diversas vicisitudes, motivando que en 1484, concluida ya la guerra, Lorenzo el Magnífico ordenara su remodelación. Probablemente diseñados por el arquitecto mediceo Giuliano da Sangallo, sus muros exteriores bastionados constituyen uno de los primeros ejemplos de renovación defensiva en la Toscana. En el siglo XVI, Cosme I continuaría la restauración de la fortaleza.

Debido a la invasión antes aludida, Lorenzo el Magnífico desplazó a la pequeña localidad fortificada de Castellina in Chianti al ya mencionado Giuliano da Sangallo, el cual se encargó con éxito de defender el alcázar. No obstante, las tropas de Alfonso de Calabria, hijo del rey de Nápoles, obtendrían el 7 de septiembre de 1479 una espectacular victoria en Poggio Imperiale, posición situada en el camino que conducía a Roma y a sólo cuarenta y ocho kilómetros de Florencia. Según Maquiavelo, que menciona la batalla en sus *Istorie fiorentine*, los florentinos, pese a su óptima situación en el montículo, huyeron ante el enemigo dejando en el campo su

artillería. La fortaleza de Poggio, al mando del ahora ya duque de Ferrara (un mercenario a sueldo de Florencia), se rindió sin demasiados problemas para sus atacantes.



Fortaleza de Poggio Imperiale en Poggibonsi.

Ante las dificultades que esta guerra comportaba, Lorenzo se vio obligado a viajar personalmente a Nápoles (diciembre de 1479), y después de hacer gala de sus hábiles dotes diplomáticas, logró convencer al rey Ferrante de que abandonara la coalición antimedicea. El conflicto había concluido, a los ojos de los florentinos, gracias a la intervención del Magnífico, lo que permitiría a este ampliar su poder en Florencia.

Concluida la guerra, y queriendo el Magnífico «per utilità pubblica ed ornamento dello stato fare la fortificazione del Poggio Imperiale sopra Poggibonsi su la strada di Roma, per farsi una città» [Para utilidad pública y ordenamiento del Estado levantar la fortaleza de Poggio Imperiale, junto a Poggibonsi y el camino de Roma], ordenó al Sangallo preparar el proyecto. Los trabajos comenzaron hacia 1487 y prosiguieron lentamente, hasta quedar interrumpidos a la muerte de Lorenzo (1492). La idea de construir una ciudad completa quedó entonces abandonada. En 1495 fue encargado de las obras Antonio da Sangallo el Viejo, quien en 1551 todavía se preocupaba de dirigir las. El conjunto, cuyas murallas exteriores rodean la colina de Poggio Imperiale con un perímetro de casi dos kilómetros, consta de puertas dobles, bastiones y caminos cubiertos; la fortaleza, construida casi enteramente con ladrillos, posee una forma rectangular con uno de los lados menores convexo, a lo que hay que añadir sus cinco bastiones angulares. Cosme I, durante el tiempo de la guerra de Siena (1552-1557), también procuró potenciar su eficacia mejorando alguno de sus puntos más débiles.

AUMENTA EL PODER DE LORENZO

Lorenzo quiso acabar con sus enemigos aumentando el control sobre los mecanismos de poder de la república. En 1480, propició la creación del denominado Consejo de los Setenta, órgano extraordinario que en principio sólo debía funcionar por cinco años, aunque sus actividades se prolongaron hasta 1494. Con gran agudeza política, el sagaz Lorenzo intentó atraerse a las familias de los *ottimati*, escogiendo entre sus miembros a parte de los consejeros. Entre los elegidos se encontraban Tommaso Soderini, Jacopo di Pietro Guicciardini, Filippo Tornabuoni y el propio Lorenzo.

Según la ordenanza constitutiva, este consejo poseía amplias facultades políticas. Así, treinta y cinco de sus miembros escogían durante un año, cada dos meses, a los miembros de la Señoría o Gobierno de Florencia; además, elaboraban la lista de ciudadanos que podían ejercer oficios públicos. Entre los Setenta eran elegidos los Ocho de Práctica, magistrados que controlaban la política exterior, y los Doce Procuradores, encargados de la hacienda estatal.

En los años posteriores, el Magnífico logró acercarse a la familia Riario, e incluso al mismo Sixto IV, al luchar unidos contra Venecia en una santa liga organizada con el papa. La paz se firmó en 1484, aunque la actividad militar y diplomática del Magnífico no concluyó aquí.

Existía desde antiguo un conflicto fronterizo con la República de Génova por la posesión de Sarzana, propiedad del banco genovés de San Giorgio desde 1479 y notable por su estratégica posición sobre la *strada* Romea, ruta comercial de unión entre el sur de Francia y la Toscana. Los florentinos lograron conquistar la localidad en 1487, y Lorenzo se dispuso entonces, dentro de su política de renovar las defensas de la república, a reforzar los muros de la polémica población. Para ello desplazó a Sarzana a nuestro ya conocido arquitecto Francione, nombrado al efecto *Provveditore delle opere di fortificazione e di difesa della Repubblica di Fiorenza* [Procurador de las obras de fortificación y defensa de la República de Florencia]. La obra construida, denominada la Ciudadela, se levantó sobre otra preexistente. El encargo era tan importante que incluso los hermanos Antonio y Giuliano da Sangallo intentaron acapararlo. Las tareas acabaron en 1492 y se concretaron en una fortaleza con forma rectangular (30 por 75,60 metros), construida casi enteramente en piedra, circundada por un amplio foso y con seis bastiones circulares. Una impresionante obra que posteriormente sería utilizada durante mucho tiempo como cárcel.

A fin de completar este complejo sistema defensivo, ya en 1493 los florentinos se preocuparon de reestructurar radicalmente el vecino castillo de Sarzanello, construido en la época medieval sobre una altura cercana. El proyecto fue diseñado por Francione y Luca Caprina, que articularon un complejo militar en dos cuerpos distintos: la poderosa fortaleza triangular, en cuyo interior se encuentra la torre cuadrada, y el revellín, asimismo triangular, con funciones de defensa en el lado de ingreso al conjunto. Alrededor aparece un foso y todo el terreno está modelado

formando un talud. Desde Sarzanello puede dominarse el amplio panorama del valle del Magra, la costa de la Versilia y las estribaciones de los Alpes Apuanos. La pena para los florentinos fue que, tras la invasión francesa de 1494, ambas fortalezas fueron entregadas al Ejército galo, cuyos jefes militares las vendieron definitivamente a Génova.

Y dentro de este apartado de obras militares, cabe reseñar la construcción de la Porta Nuova de Colle Val d'Elsa, levantada a fines de siglo supuestamente por el conocido arquitecto Giuliano da Sangallo. Dado que la localidad había sido fácilmente conquistada por Alfonso de Calabria en la guerra de 1478-1479, Lorenzo creyó oportuno reforzar sus defensas. La poderosa fortificación resultante consta de un tramo rectilíneo flanqueado por dos torreones circulares de su misma altura, en medio del cual se abre la puerta. El conjunto posee un cierto parecido con la fortaleza de Volterra.

MUERTE, POESÍA Y MECENAZGO

En los últimos años de su vida, Lorenzo gozó de una salud muy delicada, motivo por el cual se mantenía apartado de Florencia y acostumbraba a residir en sus posesiones campestres. Precisamente fue en su villa de Careggi donde falleció el 8 de abril de 1492.

Durante el siglo XVI, sus parientes y descendientes se dedicaron a fomentar el mito de un Lorenzo protector de los artistas de una forma un tanto exagerada. El arte florentino de finales del siglo XV, comparado con el de los primeros cuarenta años de la centuria, no resulta ni mucho menos tan renovador. Además, muchos artistas florentinos trabajaron a menudo fuera de la Toscana. Así, hacia 1485, Verrocchio, el principal escultor de los Medici, marcha a Venecia para no regresar. En 1482, Leonardo había abandonado Florencia y no volverá hasta 1503. En 1484, Antonio y Piero del Pollaiuolo se instalaron en Roma para realizar la tumba de Sixto IV.

En realidad, Lorenzo amaba más las artes literarias, los espectáculos festivos y las obras menores, como las medallas, que no la pintura o la escultura. No obstante, aprovechó la gran categoría de algunos artistas florentinos para exportarlos al resto de Italia y dar así muestra de la riqueza cultural de su Estado.

Por ejemplo, en 1481 envió a Botticelli y a Ghirlandaio a decorar la Capilla Sixtina de Roma; en 1482, recomendó probablemente a Leonardo ante el duque de Milán, y en 1488 permitió a Filippino Lippi que marchara a Roma a pintar para el cardenal Caraffa. *El nacimiento de Venus* y la *Primavera*, obras maestras de Sandro Botticelli realizadas en este tiempo, no fueron pintadas para el Magnífico, sino para un primo suyo también llamado Lorenzo. Y el supuesto taller que creó el gobernante en el jardín de la plaza de San Marcos, dirigido por el viejo broncista Bertoldo y donde aprendió Miguel Ángel, no debió de ser demasiado prolífico en obras, a tenor de las fechas de su funcionamiento. En definitiva, la leyenda de un Lorenzo mecenas de las artes sólo sería eso, una leyenda más que una realidad, fomentada por la propaganda promedicea de los años 1512-1550.

No obstante, en el palacio mediceo tuvieron cabida los grandes poetas y pensadores florentinos de estos años. Así, podemos destacar al poeta Agnolo Poliziano, al cabalista Pico della Mirandola, a Marsilio Ficino y a Cristoforo Landino. El propio Lorenzo gozaba componiendo rimas de carácter amoroso y pagano que serían criticados por el prior dominico del convento de San Marcos, el fraile ferrarés Girolamo Savonarola.

Caída y primer exilio de los Medici

PIERO DE MEDICI, LLAMADO EL FATUO

Lorenzo tuvo seis hijos con su esposa Clarice Orsini, tres varones y otras tantas hembras. El mayor de los hombres, Piero, sería su sucesor en el Gobierno florentino, mientras que para el segundo, Giovanni, Lorenzo obtuvo el cardenalato cuando sólo contaba con catorce años. Fue el papa Inocencio VIII, aliado de Lorenzo, quien se lo concedió en 1489. Con el tiempo, Giovanni se convertiría en el primer papa de la familia. Giuliano, el tercer varón, también llegaría a gobernar en Florencia a partir de 1513.

Piero, reconocido por el Gobierno florentino como el sucesor de su padre en los cargos que este ocupaba, tenía ya una mentalidad de verdadero cortesano. Nacido en 1472, tuvo como maestro al poeta Poliziano, y amó más la caza o las fiestas que las actividades políticas. Descuidó el Consejo de los Setenta y, debido a ello, algunos *ottimati* pudieron pasar a la oposición. La oportunidad de derrocar a los Medici surgiría en 1494, y el motivo fue la actitud de Piero durante la invasión de Italia por las tropas de Carlos VIII, rey de Francia. Su incapacidad política para mantenerse en el poder hizo que sus contemporáneos le conocieran ya como el Fatuo, para distinguirlo de su abuelo el Gotoso.

LA HUIDA Y LA NUEVA REPÚBLICA

La invasión de Italia por parte de Carlos VIII de Francia ha sido considerada tradicionalmente como la causa de las sucesivas intervenciones extranjeras en la península, que culminarían con el dominio hispánico en este territorio durante dos siglos.

El motivo de la acción francesa deriva de las complejas relaciones políticas que se establecieron en la Italia del siglo xv, y que algún historiador calificó en su momento como «el embrollo italiano». A grandes rasgos, podemos afirmar que la raíz del problema surgió en el ducado de Milán. Allí, Ludovico Sforza, tutor de su sobrino el duque Gian Galeazzo, era quien verdaderamente gobernaba aquel Estado, aspirando incluso a sustraer a su sobrino el título ducal, sancionando así legalmente su poder. Pero Gian Galeazzo contaba con un apoyo nada despreciable, derivado de su matrimonio con Isabel de Aragón, nieta del rey Ferrante de Nápoles. Este, por medio de su relación familiar, deseaba entrar en alianzas con su yerno, y a tal fin se mostraba interesado en que el duque gobernara su Estado de forma efectiva. Como reacción, Ludovico decidió entonces entablar relaciones con el rey francés, convenciéndolo para que invadiera el reino de Nápoles.

Carlos VIII argumentaría su acción apoyándose en los supuestos derechos que poseía la casa real de Anjou, a la que él pertenecía, sobre la corona napolitana, la cual había estado en sus manos durante más de siglo y medio. Antes de partir hacia Italia, el monarca francés tanteó diplomáticamente a Fernando el Católico, rey de Aragón y de Sicilia, y por lo tanto muy interesado en los asuntos mediterráneos. Se firmó así el Tratado de Barcelona (19 de enero de 1493), según el cual Francia se comprometía a devolver a Aragón los condados de Rosellón y Cerdeña, adquiridos poco tiempo atrás, mientras que Fernando el Católico afirmaba su voluntad de no combatir contra Carlos VIII, siempre y cuando este no se enfrentara con la Santa Sede. Al no cumplirse dicho tratado, los enfrentamientos entre los monarcas hispanos y franceses convertirían la península italiana, durante algo más de medio siglo, en un verdadero campo de batalla.

Viene ya dicho que la invasión de Italia tendría lugar en 1494. Carlos VIII llevó consigo un ejército de cuarenta mil hombres y un tren de asedio con artillería tirada por caballos que incluía al menos cuarenta piezas. Según el historiador italiano Guicciardini, se transportó por mar hasta Génova gran cantidad de cañones para batir muros y usar en campaña, acontecimiento que, de acuerdo con el mismo autor, jamás se había conocido en la península.

Piero de Medici, hijo y sucesor de Lorenzo el Magnífico, llevaba en 1494 dos años de gestión política al frente de la República de Florencia. Durante este tiempo, se había alejado diplomáticamente de Milán para acercarse a Nápoles, abandonando la tradicional amistad de su país con el Estado lombardo. Por este motivo, Carlos VIII llegó dispuesto a combatir a los florentinos, y tomó por las armas la fortaleza

septentrional de Fivizzano. Cuando se disponía a sitiar Sarzana, la Señoría de Florencia encargó a ocho eminentes ciudadanos, entre los que se encontraba el propio Piero, la negociación directa con el monarca francés. Pero el hijo del Magnífico prefirió actuar por su cuenta, y con la intención de afianzar su poder en Florencia, estableció personalmente un acuerdo de paz con Carlos VIII, prometiéndole la entrega de doscientos mil ducados, y como garantía de buena voluntad cedería temporalmente a las tropas francesas las fortificaciones de Pisa, Livorno, Sarzana, Sarzanello, Pietrasanta y Librafatta, centros de gran interés estratégico por encontrarse en la ruta que llevaba al sur de Italia a través de la llanura costera.

Al conocerse en Florencia tan imprudente pacto, se produjo una alteración general al considerarse el hecho como una verdadera traición. Piero regresó a la ciudad el 8 de noviembre, y al día siguiente, cuando pretendía entrar en el palacio de la Señoría, algunos magistrados se lo impidieron. Ante el temor a sufrir daños físicos, volvió a su casa y optó por huir a Bolonia junto a sus hermanos Giuliano y el cardenal Giovanni, su primo Giulio, su esposa Alfonsina y sus dos hijos Lorenzo y Clarisa.

La nueva república florentina, ya sin los Medici al frente, se vio envuelta en sucesivos conflictos interestatales y revueltas internas, que a la larga provocarían su derrumbe. Desde el punto de vista de su situación interior, el principal problema con el que hubo de enfrentarse fue el de la sublevación de Pisa en 1494, ciudad que finalmente sería reconquistada en 1509 tras arduos esfuerzos.

El mismo día en que los florentinos acababan con el dominio de los Medici, Carlos VIII se encontraba precisamente en Pisa. Sus ciudadanos solicitaron al monarca que les fuera devuelta su antigua libertad, y aunque el rey francés partió hacia Florencia sin dejar nada establecido, Pisa quedó en un estado de plena efervescencia. El temor al poderoso ejército galo hizo que los florentinos recibieran sumisos al monarca, el cual, tras ciertas negociaciones con el nuevo Gobierno republicano, prometió devolver las fortalezas cedidas por Piero de Medici a sus antiguos dueños, afirmando que Florencia quedaría bajo la protección de las armas francesas. A su vez, la república debería pagar 120.000 ducados en tres plazos.



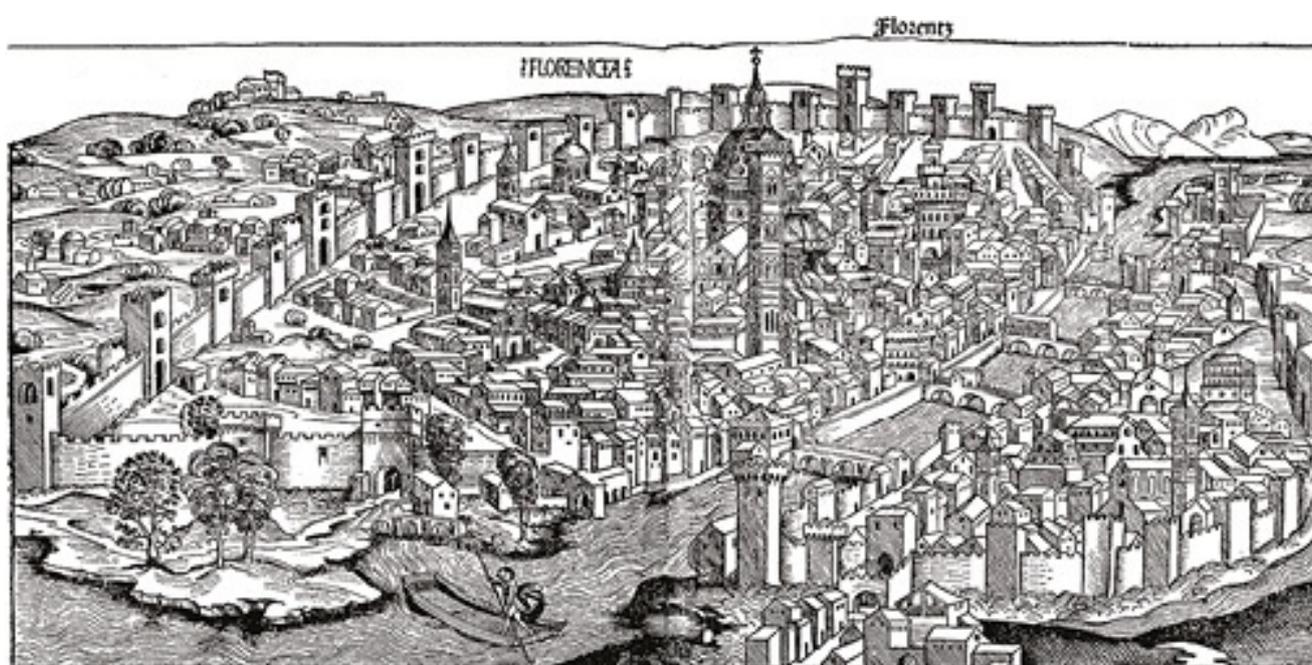
Savonarola predicando contra la prodigalidad. Óleo de 1881 que se conserva en la universidad de San Buenaventura de Nueva York, realizado por el pintor bávaro Ludwig von Langenmantel.

No obstante, los pisanos creyeron llegado el momento de luchar por su independencia. Los funcionarios florentinos fueron expulsados ante la pasividad de los delegados franceses. Pietrasanta tampoco retornaría al dominio florentino, sino que fue vendida a los luqueses; no sería hasta 1513 que dicha localidad, gracias a un arbitraje del papa León X (recordémoslo, antes cardenal Giovanni de Medici), volvería definitivamente a manos de Florencia. Y Sarzana se entregó a cambio de treinta mil ducados al banco genovés de San Giorgio.

En lo que se refiere al Gobierno florentino, los cambios también fueron notables. Los *ottimati* intentaron crear una nueva república oligárquica a su medida, pero sus propósitos se vieron momentáneamente frenados por las prédicas del fraile Savonarola. El dominico se convirtió durante cuatro años en el hombre fuerte de la ciudad, pues era partidario de una reforma de las costumbres y de una participación popular amplia para llevar a cabo tal cometido. No obstante, acabaría ejecutado en 1498 a causa de los virulentos ataques verbales que dirigió contra el papa Alejandro VI Borgia. Fue precisamente la plaza de la Señoría la que sirvió de marco a la hoguera donde se quemó su cuerpo tras ser estrangulado.

EL EXILIO MEDICEO

Piero de Medici, mientras, se instalaría en Roma con su familia, pues en la capital pontificia mantenía muy buenas relaciones con las estirpes aristocráticas de la zona y con diversos miembros de la curia papal. Gracias a sus riquezas, logró unir a muchos de sus partidarios e intentó en cuatro ocasiones recuperar el poder en Florencia. Primeramente, en 1496 se aproximó a la capital toscana en compañía de Virgino Orsini, pero fue descubierto en sus aledaños. En el mismo año aguardó infructuosamente junto al capitán Bartolomeo de Alviano a que los florentinos le abrieran las puertas de la ciudad. Y en 1500 y 1502 buscó el apoyo de César Borgia, hijo de Alejandro VI y jefe de las fuerzas pontificias, pero sus incursiones fueron detenidas gracias al dinero republicano. En 1503, Piero se encontraba combatiendo en tierras napolitanas junto a las tropas francesas de Luis XII contra los aragoneses de Fernando el Católico, y falleció ahogado en el río Garigliano.



Vista de Florencia. Grabado realizado en Núremberg en 1493, basado en otro realizado en Florencia pocos años antes por Francesco di Lorenzo Rosselli.

La jefatura de la familia pasó entonces a su hermano Giovanni, el joven cardenal, quien había alcanzado una gran influencia en la Roma papal tras viajar por los Países Bajos, Francia y Alemania. Fue sobre todo su mala relación con Alejandro VI la que le sirvió de recomendación ante el nuevo pontífice Julio II della Rovere, a su vez enemigo acérrimo de los Borgia. A partir de su elección en 1503, el cardenal Giuliano obtuvo de este papa numerosos favores, que le permitirían años más tarde restaurar el poder mediceo en Florencia.

LA RAMA POPOLANA

Hemos mencionado ya en el capítulo 1 que con Lorenzo de Medici, el hermano de Cosme el Viejo, se funda la rama *popolana* de la familia.

Lorenzo mantuvo siempre muy buenas relaciones con su hermano Cosme, e incluso le acompañó a su exilio en 1433. No obstante, sus sucesores acabarían distanciándose de la rama gobernante. Recibieron en herencia las villas de Cafaggiolo y Trebbio, en el Mugello, y allí residirían la mayor parte de sus vidas, llegando incluso a enfrentarse a sus parientes más influyentes. Lorenzo y Giovanni, nietos del anterior Lorenzo, gritaron en contra de Piero cuando este hubo de huir en 1494, e incluso destruyeron sus escudos familiares para sustituir las bolas por la cruz republicana. Por este motivo fueron conocidos como los Medici *popolari*, ya que defendían la libertad democrática y el gobierno puramente republicano.

Primera restauración médica en Florencia

FERNANDO EL CATÓLICO Y LA RESTAURACIÓN MEDICEA

Cuando Carlos VIII invadió Italia, Fernando el Católico buscó por todos los medios frenar su avance, pues aquel monarca ponía en peligro la posesión aragonesa de Sicilia. Lo estipulado en el Tratado de Barcelona no le permitía muchas posibilidades de intervención, y en un principio intentó solventar el problema mediante la diplomacia o la ayuda indirecta a los príncipes italianos. Envió trigo al papa Alejandro VI con el fin de facilitarle una eventual resistencia militar, pero el rey francés entró fácilmente en Roma y obligó al pontífice a encerrarse en el castillo de Sant'Angelo. En este momento, entraron en juego los embajadores aragoneses, quienes se quejaron ante Carlos VIII por el denigrante trato dado al papa, hecho que infringía una de las cláusulas del Tratado de Barcelona. También solicitaron una solución pacífica al conflicto de Nápoles, intentando conseguir que Fernando obrara como árbitro de un posible acuerdo. Pero el monarca galo se negó a atender a razones, dando lugar a que el asunto tuviera como única solución el enfrentamiento armado. Las tropas aragonesas combatirían y vencerían a las francesas en dos campañas, logrando incorporar Nápoles a las posesiones hispánicas (1504). Pero el conflicto hispano-francés por el control de Italia no había hecho más que comenzar.

En 1511, dicho conflicto, que enfrentaba ahora a Fernando con el monarca galo Luis XII, afectaba ya a todos los estados italianos. El nuevo rey francés pretendía mantener bajo sus dominios el ducado de Milán, y desde allí extender su poderío al resto de la península. El motivo que había argumentado desde 1499 para apropiarse del ducado lombardo era también de carácter dinástico: Luis XII era bisnieto de Gian Galeazzo Visconti, duque de Milán. En 1505, el duque obtuvo del emperador Maximiliano de Habsburgo la investidura del ducado (Milán era considerado jurídicamente un feudo del imperio), pero hubo de enfrentarse seis años más tarde con la Liga Santa, coalición inspirada por el papa Julio II, enemigo del intervencionismo francés en Italia, y en la que participaban el rey de Aragón, el de Inglaterra y otros príncipes italianos.

En oposición al pontífice, Luis XII había convocado un «conciliábulo» en Pisa con el fin de que los cardenales aliados le depusieran. El Gobierno de la república florentina, más próximo a Francia que al papa, permitió que el concilio se celebrara en su territorio. Por este motivo, Julio II lanzó la excomunión contra el Estado toscano, y este pasó a considerarse enemigo de la Liga Santa.

Los conflictos internos, como los enfrentamientos entre facciones en diversos lugares de la república, junto a estas delicadas cuestiones de política exterior que afectaban a Florencia, fueron aprovechados por el cardenal Giovanni de Medici para lograr que el poder de su familia volviera a imponerse en dicho Estado. Conociendo el pontífice su propósito de regresar a Florencia, le concedió el cargo de legado papal en Bolonia, ciudad vecina a Toscana, con el fin de que pudiera influir más directamente desde allí entre sus seguidores.

Poco antes de que se iniciara la campaña militar de la Liga Santa, los florentinos escogieron como embajador entre la corte de Fernando el Católico a Francesco Guicciardini, miembro de una destacada familia local y futuro historiador de las guerras italianas. El temor a sufrir un ataque aconsejaba negociar con el rey aragonés. Guicciardini partió en enero de 1512 y pasó dos años en España. La primera entrevista que tuvo con Fernando se celebró el 27 de marzo en Burgos, y aquí el astuto monarca engañó al toscano prometiéndole que sus tropas nunca atacarían Florencia. Y mientras esto aseguraba a Guicciardini, Fernando escribía a la vez a su embajador en Roma la necesidad de restaurar el gobierno mediceo en Florencia.

LA CAMPAÑA DE 1512

Dirigía las tropas de la liga don Ramón Folch de Cardona, virrey de Nápoles. El noble catalán dispuso que su ejército avanzara desde Bolonia hasta la frontera florentina acompañado del cardenal Giovanni de Medici, quien aportó dos cañones para la campaña. El encuentro entre los hombres del virrey y los soldados de las milicias florentinas tuvo lugar el 28 de agosto en Prato, y el combate fue fácil para las armas de Cardona. Los poco instruidos agricultores toscanos apenas ofrecieron resistencia y permitieron que los aragoneses, hombres expertos por haber participado en diversas campañas napolitanas, entraran en la mencionada ciudad al poco de comenzar la lucha. Maquiavelo, personaje considerado francófilo por sus escritos (de hecho, ocupaba entonces un alto cargo como funcionario de la república, y desde tal puesto había promovido la creación de la milicia florentina), afirma en una carta fechada el 16 de septiembre que:

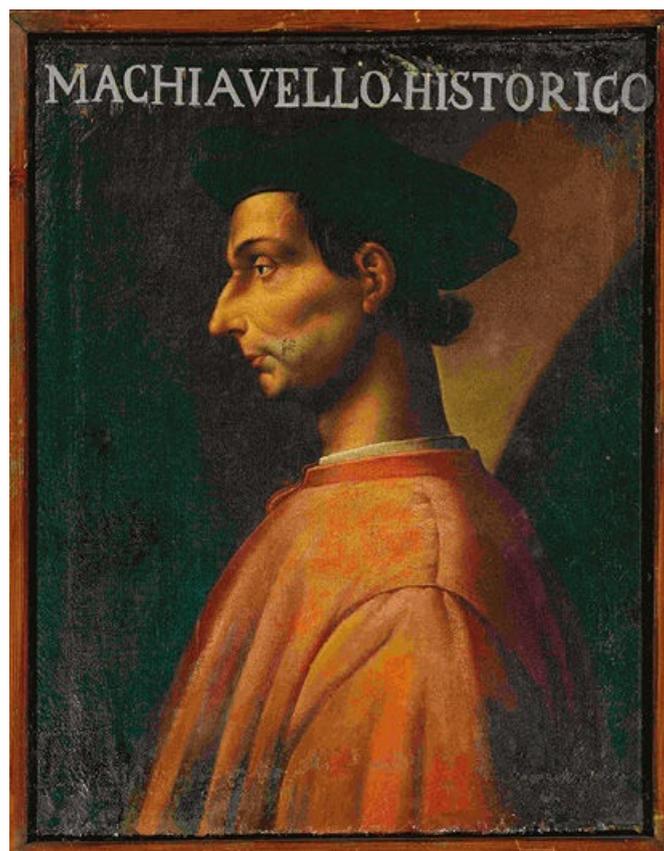
«los españoles, ocupada la población, la saquearon y mataron a los hombres, ofreciendo un miserable aspecto de calamidad [...], murieron unos cuatro mil hombres, y otros quedaron prisioneros hasta que no pagaron su rescate. No se perdonaron a las vírgenes recluidas en los lugares sagrados, las cuales sufrieron toda clase de estupro y sacrilegios».



Detalle del sepulcro de Ramón Folch de Cardona, el virrey de Nápoles que dirigió la campaña de 1512. Se encuentra en la iglesia de Bellpuig d'Urgell (Lérida), y fue realizado por el italiano Giovanni de Nola empleando mármol de Carrara entre 1522 y 1525.

Al conocerse en Florencia los sucesos de Prato, el temor hizo que los ciudadanos buscaran un culpable que cargara con el desastre. El elegido fue el gonfaloniero Piero Soderini, más próximo a seguir combatiendo que a la negociación. Tres jóvenes que se mostraban partidarios del retorno de los Medici, junto a varios seguidores, ocuparon el palacio de la Señoría y obligaron a Soderini a abandonar la ciudad. A continuación, una embajada enviada al virrey Cardona anunció que la ciudad estaba dispuesta a recibir amistosamente a los Medici y a participar en los gastos de la liga. Concluían así más de diecisiete años de gobierno republicano, repletos de conflictos y

problemas.



Crespi, Antonio Maria. Retrato de Nicolás Maquiavelo (h. 1613-1621). Galería de los Uffizi, Florencia.

EL NUEVO GOBIERNO MEDICEO

De nuevo los Medici se encontraban en Florencia. El cardenal Giovanni escogió una bailía o consejo de sesenta y seis miembros con el encargo de restaurar las instituciones desaparecidas en 1494. También se llevó a cabo una rigurosa depuración política que afectó al propio Maquiavelo. Los bienes de los Soderini fueron confiscados y la familia expulsada de Florencia. El virrey Cardona, una vez cobrada una fuerte suma, dejó el territorio en manos de su nuevo dueño. Pero Giovanni no tardaría en regresar a Roma, dejando en manos de su hermano Giuliano el gobierno del Estado toscano.

Giuliano era el tercer hijo varón de Lorenzo el Magnífico. Tras huir su familia en 1494, se refugió en Urbino y pasó allí gran parte de su exilio. Pero con la restauración medicea de 1512, pasó a ser considerado durante algún tiempo jefe del Estado hasta que su hermano Giovanni, al ser nombrado papa, requirió su presencia en Roma.

GIOVANNI DE MEDICI, NUEVO PONTÍFICE

El cardenal Giovanni fue elegido papa el 11 de marzo de 1513 tras un breve cónclave, adoptando el nombre de León X. Este hecho incrementaría aún más el poder de los Medici en Florencia. Giuliano, llamado a Roma, recibió el título de capitán general de la Iglesia. Algunos banqueros toscanos se vieron beneficiados por la elección, pues consiguieron ampliar sus negocios con la Santa Sede.



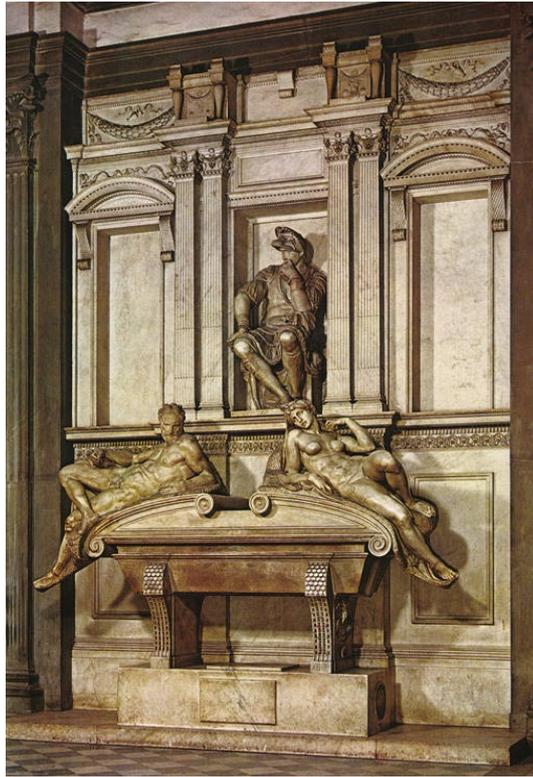
Retrato del papa León X junto a sus sobrinos los cardenales Luigi de Rossi y Giulio de Medici. Pintura de Rafael realizada entre 1518-1519. Museo de los Uffizi, Florencia.

León X, de acuerdo con el característico nepotismo de la época, buscó beneficiar a su familia tanto en Roma como en los asuntos relacionados con la política internacional en los que intervino. En esencia, aspiraba a crear estados principescos para sus parientes, procurando conceder a su estirpe un carácter aristocrático. Así, para su hermano Giuliano se intentó organizar un feudo con los territorios de Módena, Reggio, Parma y Plasencia, aunque no se logró tal objetivo ante la presión que Francisco I, nuevo monarca galo, ejercía en el norte de Italia. Aliándose por fin con este, León X obtuvo de dicho monarca, en 1515, el título de duque de Nemours para Giuliano. No obstante, este fallecería en Florencia al poco tiempo (17 de marzo de 1516), afectado por una tuberculosis pulmonar, sin dejar ningún sucesor en su feudo francés.



Retrato de Giuliano de Medici, duque de Nemours. Copia de un original de Rafael realizado hacia 1515 que se conserva en el Museo de Arte Metropolitano de Nueva York.

Al llamar a Giuliano a Roma, León X nombró como nuevo jefe del Gobierno florentino a su sobrino Lorenzo, hijo del Piero huido en 1494. Lorenzo, nacido en 1492, había sido educado en Roma por su madre Alfonsina Orsini. Como gobernante de Florencia, procuró atraerse al pueblo disminuyendo sus impuestos y aumentándoselos a aquellos ciudadanos poseedores de grandes propiedades agrarias. Además, nombró funcionarios a diversos personajes no nacidos en la capital, sino en los dominios del Estado toscano. Estas medidas, evidentemente, provocaron cierto descontento entre los *ottimati* de Florencia, los cuales acogieron la muerte de Lorenzo (1519) sin demasiado pesar.



Tumba de Lorenzo de Medici, duque de Urbino, obra de Miguel Ángel realizada entre 1524-1534. Sacristía Nueva de la iglesia de San Lorenzo, Florencia.

Florencia no podía ser convertida en un principado, pues cuando el cardenal Giovanni entró en la ciudad en 1512, se comprometió a mantener un gobierno republicano. Por ello, el ya papa León X buscó para su sobrino Lorenzo un señorío dinástico fijándose en Urbino, feudo de la Iglesia detentado por Francesco Maria della Rovere. Este fue desposeído y Lorenzo pasó a ser el nuevo duque (1516).

Lorenzo, partidario acérrimo de los franceses, se casó en 1518 con Maddalena de la Tour d'Auvergne, emparentada con la casa real de Francia. Precisamente de este matrimonio nacería la célebre Catalina, que fue soberana de aquel reino.

Al fallecer Lorenzo sin dejar herederos varones legítimos, Urbino se perdería definitivamente para los Medici.

EL CARDENAL GIULIO DE MEDICI

En la corte pontificia de León X destacaba otro miembro importante de la familia Medici. Se trataba de Giulio, hijo natural póstumo de aquel Giuliano asesinado en la conjura de los Pazzi. Se le encaminó hacia la carrera eclesiástica, y a los pocos meses de ser elegido papa, León X le nombró cardenal y arzobispo de Florencia. De esta forma, y una vez muerto el duque de Urbino, Giulio se convirtió en el virtual gobernante del Estado toscano.

León X, protector de Rafael y Miguel Ángel, fue uno de los típicos papas humanistas, amante de las artes, la caza y las letras, a causa de la principesca educación recibida. Precisamente durante una montería firmaría la bula de excomunión de Lutero. Al año de este decisivo acontecimiento, falleció repentinamente (1 de diciembre de 1521).

El cardenal Giulio intentó suceder a su primo en el solio pontificio, aunque no lo logró a causa del intervencionismo de Carlos V en la elección. El emperador prefería a su antiguo tutor, el cardenal Adriano de Utrecht, el cual fue reconocido como papa con el nombre de Adriano VI. La hora de Giulio no llegaría hasta 1523.

6

De nuevo el exilio

EL SEGUNDO PONTIFICADO MEDICEO

A la muerte de Adriano VI, el cardenal Giulio, ahora sí apoyado por Carlos V, fue elevado al anhelado solio pontificio. El emperador confiaba en que el nuevo pontífice le apoyaría en la guerra mantenida con Francisco I de Francia. Pero Giulio, ahora Clemente VII, no deseaba que el poder imperial aumentara excesivamente. Algunos historiadores italianos han hablado de un cierto nacionalismo papal (también aplicable a Julio II) y de un interés por mantener la independencia de la península, planteamientos que sin duda quedan fuera de lugar en la época que estamos tratando. Clemente VII fue un papa que miró por su familia, al igual que muchos otros, y a lo sumo, buscó mantener su soberanía en los Estados de la Iglesia. Por ello, su enfrentamiento con el emperador hay que entenderlo como un conflicto político encaminado a evitar la excesiva influencia de Carlos V en los territorios fronterizos con el patrimonio pontificio, así como un deseo de liberación frente a la presión que en materia espiritual ejercía el emperador. Hay algo de medieval en este enfrentamiento; todo deriva de las distintas concepciones del poder que ambas autoridades poseían. El papa se consideraba superior al emperador, y viceversa. El emperador deseaba la celebración de un concilio que acabara con los males de la Iglesia, pero Clemente VII temía que en dicho concilio se cuestionara su autoridad. Y de tales planteamientos surgió, como era de prever, un enfrentamiento armado.

Clemente VII nombró como su representante en Florencia al cardenal Silvio Passerini. Además, quedó en dicha capital Ippolito de Medici, hijo ilegítimo del duque de Nemours, detentando el título de *capo della città*. Y para completar el triángulo, llegó a la ciudad del Arno Alejandro de Medici, duque de Penne (feudo de los Abruzzos perteneciente a la Iglesia). Este Alejandro había nacido en 1511 de padres desconocidos. Se decía que era hijo del duque de Urbino, hombre de muchos amoríos, aunque los historiadores actuales se inclinan por la paternidad del propio Clemente VII. Se habló de una madre negra o mulata por los rasgos pronunciadamente negroides que poseía, y por los que fue apodado el Moro. Lo cierto es que el papa mostraba un mayor cariño hacia él que hacia Ippolito, el cual siguió la carrera eclesiástica y alcanzaría el cardenalato en 1529.



Retrato de Clemente VII realizado por Sebastiano del Piombo hacia 1531. Museo Paul Getty, Los Ángeles.

El nuevo Gobierno de Florencia dependía directamente de Roma. Los impuestos aumentaron y fueron en parte destinados a financiar la política de Clemente VII. Este favorecía a un grupo muy restringido de seguidores, entre los que destacaban sus propios familiares. Muchos de los *ottimati* se mostraban descontentos y anhelaban la vuelta a una república oligárquica. Y, como sucedió en 1494, la restauración republicana de 1527 llegaría gracias a un acontecimiento de política internacional.

EL SACO DE ROMA DE 1527

Los éxitos del emperador Carlos en Italia, quien tras la batalla de Pavía pretendía controlar el ducado de Milán, hacían presagiar a Clemente VII lo peor. Antes de aquel memorable combate, el pontífice había sellado en diciembre de 1524 un pacto de alianza con Francia, en previsión de que Francisco I conquistara algunos territorios y se viera obligado a ceder una parte al patrimonio de la Iglesia. Pero el encarcelamiento del rey francés en Madrid tras aquella batalla llevó al pontífice a los brazos del emperador, convirtiéndose repentinamente en un fervoroso aliado suyo que se empeñó incluso en la entrega de cien mil ducados.

Cuando Francisco I fue liberado de su cautiverio, el cambiante papa volvió a las andanzas profrancesas. El 22 de mayo de 1526, se firmó en Cognac el documento de constitución de una liga santa que estaría integrada por Francia, el papa, Venecia, Francisco II Sforza (duque de Milán, interesado en recuperar su Estado) y, encubiertamente, Enrique VIII de Inglaterra. Este hecho dio lugar a que las tropas mercenarias de Carlos V, acantonadas en Lombardía bajo el mando del condestable de Borbón, se lanzaran contra Roma. El único ejército que se opuso a su avance fue el de Giovanni delle Bande Nere, un joven Medici de veintiocho años sobrino de Clemente VII. Giovanni murió en el combate, y de él tendremos ocasión de hablar más adelante.

El lunes 6 de mayo de 1527, en medio de una espesa niebla matinal, las tropas imperiales iniciaron el asalto de Roma. El condestable murió en los primeros enfrentamientos y fue sustituido por Philibert de Chalons, príncipe de Orange, hombre cuya autoridad no fue muy bien aceptada por los soldados atacantes. Estos entraron fácilmente en la ciudad y el papa, que rezaba en su capilla del palacio vaticano, tuvo que huir precipitadamente al castillo de Sant'Angelo. Comenzó entonces el pillaje y se cometieron todo tipo de desmanes.



Estatua de Giovanni delle Bande Nere situada en la plaza florentina de San Lorenzo. Obra de Baccio Bandinelli realizada hacia 1540 por encargo de su hijo Cosme de Medici, duque de Florencia.

Durante varios meses, Roma estuvo sin gobierno. Las descontroladas unidades imperiales actuaban libremente mientras sus jefes negociaban con las autoridades pontificias. Clemente VII logró huir a Orvieto a principios de diciembre encaramándose por una chimenea. La ciudad sería evacuada en febrero de 1528, aunque el papa no regresaría a ella hasta octubre, totalmente humillado y obligado a aceptar la alianza con Carlos V.

LA NUEVA REPÚBLICA FLORENTINA

El 26 de abril de 1527, cuando los imperiales todavía no habían entrado en la capital pontificia, hubo un motín popular en Florencia, aprovechando la ausencia de Ippolito y Alejandro. Algunos jóvenes atacaron el palacio de la Señoría dañando levemente el *David* de Miguel Ángel, instalado aquí en 1504 como símbolo del buen gobierno republicano, pero el gonfaloniero Luigi Guicciardini logró calmarlos. Al parecer, esta sublevación iba dirigida contra los aristócratas promediceos y contra la gestión del cardenal Passerini, considerada nefasta por casi todos.

A los pocos días de este alboroto, llegó a Florencia la noticia de la toma de Roma por las tropas imperiales. En esta ocasión, no fue solamente el pueblo el que se opuso al gobierno del cardenal, sino incluso algunos *ottimati* como el banquero Filippo Strozzi, recién llegado a la ciudad. Aunque se permitió que los Medici siguieran residiendo en Florencia como ciudadanos privados, tanto Alejandro como Ippolito decidieron huir a Lucca junto a Passerini. La república se proclamó el 16 de mayo, se nombró una nueva Señoría y se eligió como gonfaloniero a Niccolò Capponi, un hombre de tendencia moderada. La aristocracia florentina había ocupado gran parte de las riendas del poder, y logró mantenerlas al menos hasta 1529.

LOS MEDICI EN EL EXILIO

Clarice de Medici, hermana del duque de Urbino, fue en gran medida la responsable de que Ippolito y Alejandro abandonaran Florencia. Clarice, esposa de Filippo Strozzi, acusó de corrupción a sus parientes, y estos, considerándose en peligro, optaron por huir. No obstante, Clarice logró que su sobrina Catalina de Medici fuera confiada al convento florentino de las dominicas de Santa Lucía. De allí, a causa de la peste que había afectado a dicha institución, pasaría al convento benedictino de le Murate.

Strozzi acompañó a los Medici huidos a Lucca y allí les pidió a los capitanes de Livorno y Pisa que entregaran las fortalezas a la nueva república. Aunque la orden fue firmada, los castellanos de ambas localidades se negaron a someterse hasta el acuerdo definitivo alcanzado en junio.

LA LUCHA POR FLORENCIA

La república florentina se adhirió a la liga antiimperial el 22 de junio de 1527. Su nuevo gonfaloniero, Niccolò Capponi, comprendió que el derrotado pontífice acabaría por aliarse con Carlos V y buscaría su ayuda para recuperar Florencia. Por ello, desarrolló una política moderada e incluso prometió la entrega a las arcas pontificias de las rentas eclesiásticas de la república, así como libertad para que los miembros exiliados de la facción medicea regresaran a Florencia.

Pero Capponi sería criticado por su tibieza y en abril de 1529 acabaría siendo sustituido por el comerciante Francesco Carducci. La nueva Señoría, más radical, se enfrentó con un pontífice ya restituido en su poder romano tomando a sueldo a dos mercenarios enemigos suyos.

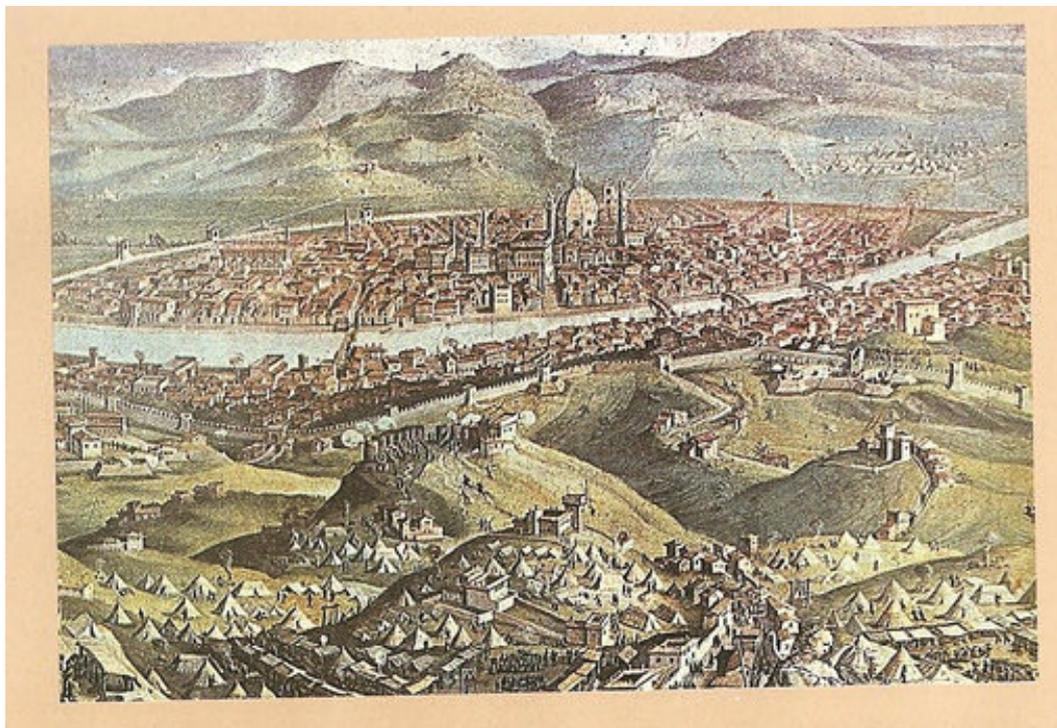
Tal como temía Capponi, el papa, irritado con los florentinos, se echó en brazos del emperador. Sus delegados firmaron en Barcelona un tratado de alianza el 29 de junio de 1529, en el cual se estipulaba el apoyo de Carlos V para la restauración medicea en Florencia, la entrega de sus riendas a Alejandro el Moro y la boda de este con Margarita, hija natural del emperador. Esta predilección papal por Alejandro quedó definitivamente manifiesta con el nombramiento, en este mismo año, de Ippolito como cardenal. De esta forma, se pretendía retirar de la carrera política a un posible competidor del Moro en el Gobierno florentino.

Las operaciones militares se iniciaron en octubre bajo el mando de Philibert de Chalons. Al comenzar la campaña, Florencia contaba con cerca de 75.000 habitantes intramuros y otros 15.000 en los arrabales; un historiador contemporáneo a los hechos afirma que ante la presencia de las tropas imperiales en la campaña, otras 30.000 personas pasaron a refugiarse en la capital. Lógicamente, el abastecimiento se convertiría en uno de los principales problemas del Gobierno republicano.

El 29 de octubre de 1529, la capital republicana comenzaba a ser bombardeada por los cañones imperiales. Dado el arcaísmo por aquel entonces imperante en las técnicas artilleras, bien puede afirmarse que los florentinos apenas sufrieron sus efectos; más padecerían a causa del hambre provocada por el asedio que no por los ingenios bélicos. La iglesia románica de San Miniato al Monte, que se levanta sobre una de las colinas que rodean la ciudad, se convirtió en uno de los primeros objetivos de las balas, ya que desde su campanario se dominaba una de las posiciones imperiales. Miguel Ángel, que en abril de aquel año había sido nombrado jefe de los Dieci della Guerra (Consejo Supremo Militar de la república florentina), mandó recubrir dicha torre con sacos de lana; en esa misma zona, el artista había dirigido la construcción de un baluarte defensivo de notable importancia estratégica, reforzado con bastiones artillados que descendían en dirección a la ciudad. Aún hoy estas obras son en parte visibles, enmascaradas por la vegetación no muy lejos de la plaza Michelangelo.

Según parece, el emperador no tenía un excesivo interés por someter a los

florentinos mediante las armas, y esperaba más un acuerdo de estos con el papa que no una campaña militar en toda regla que incrementara sus gastos. Carlos V llegó incluso a ofrecer una adecuada compensación para Alejandro en el ducado de Milán. Pero Clemente VII se negó sistemáticamente a aceptar cualquier otra propuesta que no significara la reducción de Florencia.



Asedio de Florencia en 1530. Fresco de Giorgio Vasari y Giovanni Stradano que se encuentra en la sala de Clemente VII del Palazzo Vecchio de Florencia, realizado hacia 1558.

Para los imperiales, aquella constituyó una empresa relativamente sencilla, habida cuenta de que acababan de salir de un complicado conflicto con los franceses, extendido entre Nápoles y el Milanésado. Varias de las ciudades enemigas se rindieron sin combatir, como Perugia (perteneciente a las posesiones pontificias, aunque en rebeldía contra el papa) o Arezzo; los mismos florentinos se encontraban divididos respecto a la actitud a tomar, por lo que tampoco pondrían demasiado empeño en la defensa.

No obstante, se produjeron algunas acciones sangrientas, como el saqueo de Empoli por las tropas hispánicas o la batalla de Volterra, victoriosa para los florentinos. Al fin, todo se decidió en una batalla campal que tuvo lugar en la montaña pistoyesa el 3 de agosto de 1530: fue en Gavinana donde Francesco Ferruccio, un excontable convertido en jefe del Ejército republicano que operaba fuera de Florencia, pereció junto a más de mil quinientos de sus hombres (para ser más exactos, moriría asesinado tras ser hecho prisionero). En la batalla, que enfrentó a siete mil soldados imperiales contra unos tres mil trescientos republicanos, murió también el propio Philibert de Chalons. Los florentinos, que esperaban su ayuda para continuar resistiendo el asedio, acabaron capitulando ocho días después en el llamado Acuerdo de Santa Margherita a Montici.

LA REPRESIÓN

La facción medicea de Florencia, muy apagada entre 1527 y 1529 por temor a la burguesía republicana, comenzó a preparar mediante medidas políticas y represivas el retorno de sus dirigentes. Sus disposiciones serían supervisadas por Ferrante Gonzaga, nuevo jefe del Ejército imperial y hermano del marqués de Mantua.

En primer lugar, el comisario nominado por el papa, Baccio Valori, reunió al pueblo en parlamento el 20 de agosto y escogió a doce ciudadanos para organizar el Gobierno del Estado. A continuación, comenzaron a adoptarse las primeras medidas represivas. Fueron detenidos más de sesenta destacados republicanos y algún que otro eclesiástico a quien se le ocurrió predicar contra el pontífice (el dominico Benedetto da Foiano, por esta misma razón, acabaría sus días en el castillo romano de Sant'Angelo). Todo ello ignorando la capitulación del 11 de agosto, donde se establecía que el papa se obligaba a perdonar a todos los que en Florencia se hubieran opuesto a su poder. El último gonfaloniero republicano, Raffaello Girolami, se salvó de la horca gracias a la intervención de Ferrante Gonzaga, aunque, trasladado a Pisa, murió pocos días después. El 30 de octubre fueron ejecutados en la prisión florentina del Bargello Francesco Carducci, también gonfaloniero, Jacopo Gherardi, Bernardo da Castiglione, Giovambattista Cei y Luigi Soderini, todos ellos altos cargos durante la república; luego se sucedieron más ejecuciones, torturas y destierros. Francesco Guicciardini, el historiador y aristócrata florentino, ahora en el bando mediceo, fue uno de los que más destacó por su encarnizada persecución de los republicanos.

Alejandro de Medici, primer duque de Florencia

NEGOCIACIONES POR FLORENCIA

El 24 de febrero de 1530, algo más de cinco meses antes de que Florencia capitulara, Carlos V era coronado emperador en Bolonia, ratificándose así la alianza entre Clemente VII y el imperio aprobada en Barcelona.

El emperador había llegado a la capital de la Romaña pontificia el 6 de diciembre anterior, por lo que dispuso de tiempo suficiente para despachar con el papa sobre el futuro de Florencia, una vez que esta cayera en manos de los imperiales. Carlos, que esperaba concluir rápidamente la campaña toscana, a fin de utilizar sus tropas en una Austria amenazada por los turcos, siempre quiso mostrarse generoso con los florentinos y a la vez contentar al pontífice. Así, en las conversaciones de Bolonia, en las que también participó el florentino Francesco Guicciardini, Clemente VII prometió que al recuperar Florencia mantendría en su nuevo Gobierno un consejo republicano. El papa, en realidad, no se mostraba demasiado seguro ante la actitud poco combativa del emperador, de forma que en un principio quiso mostrarse calculadamente diplomático y condescendiente con los rebeldes.

Por todo ello, en la Capitulación de Santa Margherita, los generales imperiales establecieron que debía ser Carlos V quien decidiera sobre el nuevo Gobierno de la república, aunque garantizando siempre su libertad. La ambigüedad del acuerdo alcanzado permitía compaginarlo fácilmente con la obligación contraída ante los Medici.

En Barcelona, los agentes imperiales se habían comprometido con los delegados de Clemente VII a ofrecer las riendas del Estado florentino a Alejandro de Medici, según viene ya dicho. La idea dinástica volvía a florecer en las pretensiones del papa. Y para rematar la alianza, estaba previsto casar a Alejandro con Margarita de Habsburgo, hija natural de Carlos V. Un bastardo, hijo de un pontífice bastardo, casado con una joven asimismo bastarda.

El emperador dio su veredicto sobre Florencia el 28 de octubre de 1530. Fue en Augsburgo, ciudad a la que Carlos V había viajado para presidir la dieta germánica, donde se firmó el diploma que concedía a Alejandro de Medici la jefatura de la república florentina y esbozaba en líneas generales el tipo de Gobierno que se pretendía establecer. El encargado de redactar el documento sería el secretario y humanista Alfonso de Valdés, y los puntos esenciales de la resolución fueron los que siguen:

- Perdón e indulto imperial para el Estado rebelde.
- Establecimiento de un Gobierno basado en consejos restringidos, dirigido por Alejandro de Medici.
- Sucesión dinástica de cargos para los miembros de la familia Medici.
- Consideración de la república florentina como territorio imperial.

Más tarde, el 6 de junio de 1531, Alejandro sería asimismo confirmado como duque de Florencia.



Pontormo, Jacopo. Retrato de Alejandro de Medici (h. 1535). Museo de Arte de Filadelfia.

LAS FACCIÓNES FLORENTINAS

Alejandro anduvo durante un tiempo acompañando al emperador en sus viajes de corte. A la capital toscana no llegaría hasta el 5 de julio de 1531, procedente de Bruselas. Fue entonces cuando parte de la aristocracia que había defendido el retorno de los Medici a Florencia promovió una reforma institucional, supervisada desde Roma por Clemente VII, que favoreciera tanto a dichos aristócratas (los llamados *ottimati* y también ahora *grandi*) como a la familia del pontífice. Una comisión de doce expertos fue la encargada de redactar la nueva Constitución florentina, dada a conocer el 27 de abril de 1532.

La nueva provisión política exponía una organización institucional de carácter mixto (república-ducado), por la cual se regiría el Estado toscano sin demasiados cambios hasta 1859. A Alejandro se le confirmaba el título de duque de la república florentina y se creaban tres órganos de carácter consultivo, administrativo y judicial: el Consejo de los Doscientos, el Senado de los Cuarenta y ocho (cuyos miembros ostentaban el cargo de forma vitalicia y renovable a instancias del duque) y un Consejo de cuatro miembros. El cargo de duque sería hereditario en la familia de los Medici, y tendría encomendadas las principales tareas del gobierno. Huelga decir que los puestos principales de las nuevas instituciones pasaron a manos de los *ottimati*.

Conviene hacer ahora breve mención a la situación sociopolítica del nuevo ducado, con el fin de entender mejor los hechos posteriores. En primer lugar, debemos tener en cuenta que la mayoría de la población, es decir, los trabajadores de la industria florentina y otros estratos menores de la sociedad, no participaban para nada en las tareas del Gobierno, por lo que sus opiniones son de difícil precisión. A pesar de tal incertidumbre, el historiador italiano Giorgio Spini, en su libro *Cosimo I e l'indipendenza del principato mediceo* (p. 10, v. bibliografía) afirma que:

[...] la plebe era favorable a los Medici porque solía recibir de ellos una mejor justicia y mayores concesiones que con un Gobierno republicano: gritar «¡Palle, palle!» fue siempre una costumbre de plebeyos, según escribe un cronista del grupo popular. Pero su participación en las actividades políticas se reducía nada más que al clamor confuso de una presencia ruidosa en el ambiente.

El grupo aristocrático, los *ottimati*, estaba integrado por una minoría de banqueros y terratenientes, algunos de los cuales habían alcanzado importantes cargos durante los pontificados de León X y Clemente VII, como los cardenales Giovanni Salviati y Niccoló Ridolfi. Eran defensores de una república oligárquica que les permitiera controlar todos los puestos del poder, y por ello, al comprobar cómo las posturas de la república florentina comenzaron desde 1528 a radicalizarse, abandonaron la ciudad y se pasaron al bando mediceo. Enemigos declarados de la burguesía media (el grupo llamado «popular», integrado por pequeños prestamistas y comerciantes), por boca de Guicciardini culparon a esta de todos los desastres acaecidos durante la guerra. Estos *grandi*, tras la victoria de los Medici, no esperaban ahora más que privilegios y cargos políticos que les permitieran recuperarse de los quebrantos económicos sufridos durante la campaña militar, y que afectaron esencialmente a sus posesiones

agrarias. Precisamente Guicciardini fue uno de los que más sufrió en sus propiedades los efectos del conflicto.

El exponente más característico de este grupo, tan ambiguo en sus posturas políticas, era Filippo Strozzi. En su biografía queda reflejada la posición poco clara y demasiado interesada de los notables florentinos. Casado con Clarice di Piero de Medici, nieta de Lorenzo el Magnífico, León X lo convirtió en depositario general de la Cámara papal, hecho que le permitió incrementar su fortuna y adquirir notoriedad por sus manifiestas aficiones intelectuales. Gracias a sus negocios bancarios, pudo sufragar la continuación del palacio familiar, la soberbia mole comenzada en 1489 en la florentina vía Tornabuoni. Durante el pontificado de Clemente VII, continuó con su labor como banquero de la Santa Sede y administrador de los bienes pontificios, aunque a raíz del conflicto iniciado contra Carlos V comenzaron sus primeras disensiones con los Medici. Strozzi se ofreció como rehén voluntario a las tropas imperiales y marchó cautivo a Nápoles, sin que Clemente VII hiciera nada para rescatarlo. De regreso a Florencia, el banquero, instigado por su mujer, se mostró durante los acontecimientos de 1527 contrario al Gobierno mediceo y partidario de una república moderada. Al año siguiente falleció Clarice, y al radicalizarse las posturas políticas de los republicanos, abandonó la capital del Arno. En 1530, lo vemos nuevamente al lado del pontífice, apoyando incluso en la práctica las duras medidas represivas aplicadas a sus enemigos y financiando la boda entre Catalina de Medici, sobrina del pontífice, y el duque de Orleans (el futuro rey de Francia, Enrique II). Su dinero serviría también al duque Alejandro para la construcción de la fortaleza florentina de San Giovanni. Culto y amante de la filosofía, hombre mundano y muy aficionado a los placeres, Filippo Strozzi no tardaría en enemistarse con el nuevo gobernante de Florencia. Quizá influyera en ello el hecho de que el duque no le concediera ningún cargo relevante en su administración.

En medio de estas dos posturas, la incierta de los grupos sociales más desfavorecidos y la no menos ambigua de los *ottimati*, se encontraba el *popolo*, integrado por la burguesía media de comerciantes e industriales, ahora inmersa en una crisis que la alejaba de su esplendor medieval. Durante los períodos republicanos de 1494-1512 y 1527-1530, logró controlar gran parte del poder político, gracias a que las leyes reconocían el derecho hereditario a participar en él. Entre 1529-1530, había constituido el nervio de la defensa a ultranza contra las pretensiones despóticas de los Medici, pero la caída de Florencia y su consiguiente represión, los desastres ocasionados por la guerra en materia de comunicaciones comerciales y las tendencias económicas poco favorables a su desarrollo habían quebrado tanto su fuerza que, a partir de entonces, dejó de constituir un peligro para las demás fuerzas políticas del Estado. En cuanto a sus tendencias respecto al conflicto franco-imperial, sus simpatías iban dirigidas hacia Francia, ya que la victoria del imperio significaba de seguro la automática pérdida de la libertad republicana. Así quedó manifiesto en la investidura que Carlos V concedió a Alejandro de Medici, donde ni remotamente se

recoge la posibilidad de una república en manos de esta facción «popular».



Palacio Strozzi en Florencia

PROBLEMAS ECONÓMICOS

La situación económica de Florencia, tras las destrucciones de 1530, era más bien problemática. La capital había perdido cerca de la mitad de los ciento veinte mil habitantes que la poblaban durante el asedio. La descripción que hace Guicciardini en su *Historia de Italia* constituye un buen exponente del momento que vivía el territorio:

Estando por esta causa más enflaquecida la ciudad, y en mayor necesidad los que habían participado en estas cosas, quedó más libre, más absoluta y casi real la potestad de los Medici en ella: habiendo quedado por tan largas y graves guerras muy exhausta de dinero; privada dentro y fuera de muchos habitantes; perdidas las casas y las haciendas de fuera, y dividida entre sí misma más que nunca. Esta pobreza aumentó por la necesidad de proveerse de alimentos en tierras extranjeras, siendo así que aquel año no se había cogido trigo ni sembrado después. Y habiéndose pasado de manera los desórdenes de aquel año a los otros, que salió aquella ciudad extenuada y afligida para hacer traer trigo de lugares alejados y ganado de fuera de su dominio, de lo que había salido por causa de guerra tan grave y llena de gastos.

Efectivamente, la carestía de alimentos obligó al duque a importar, en 1534, trigo procedente de Sicilia. Las manufacturas se mostraban ahora más que nunca en dificultades para salir de su complicada situación. Pero Alejandro (o sus ministros) no se mostró indiferente ante tan graves problemas de Estado, sino que, adoptando una política que con sus sucesores daría muy buenos resultados, procuró integrar a toda la Toscana de él dependiente en una unidad política y económica. En primer lugar, y al objeto de hacer resurgir la industria de la región, autorizó a los mercaderes a trabajar la seda fuera del marco gremial florentino (1533). En 1534 se promulgaron una serie de disposiciones de largo alcance, como fue la disminución de gremios menores, a fin de reducir los gastos de su administración, así como crear una comisión para la reforma de las explotaciones del campo. En cuanto a las medidas de integración, se trataron de unificar las aduanas y aligerar los impuestos pagados por Pisa y Livorno (esta última, entonces, apenas una aldea). Para comenzar no era demasiado, aunque bien es cierto que el duque apenas dispuso de tiempo para realizar reformas más profundas.

Otras medidas a las que hubo de recurrir Alejandro fueron de carácter monetario, como la devaluación del escudo de oro, o bien estuvieron determinadas por la falta de dinero en las arcas públicas. Así hay que interpretar la revisión de expedientes de los republicanos y la confiscación de los libros catastrales, con la finalidad de poner al día el impuesto de la décima, una carga tributaria creada en 1495 y que afectaba especialmente a los bienes inmuebles de los aristócratas.

EL GOBIERNO DE ALEJANDRO

Una vez en Florencia, Alejandro de Medici mostró como gobernante una actitud bien distinta a la que los nobles esperaban de él. El duque era joven (había nacido en 1511), amante de los placeres y muy dado al contacto con los desheredados. Solía pasear por las calles acompañado de su escolta y con una flauta en la mano, deteniéndose ante las tiendas para conversar con la gente. A los *ottimati*, aparte de procurar que pagaran todos sus impuestos, les prohibió que hicieran ostentación durante el carnaval, e incluso obligó al noble Roberto Acciaiuoli a restituir cierta cantidad de dinero a un campesino. A más de un pobre condenado a muerte le conmutó la pena, dando lugar a que, con su demagogia, se creara la antipatía entre los aristócratas. Por otro lado, el duque se mostraba muy aficionado a las aventuras amorosas, organizando numerosas salidas nocturnas desde su palacio familiar.

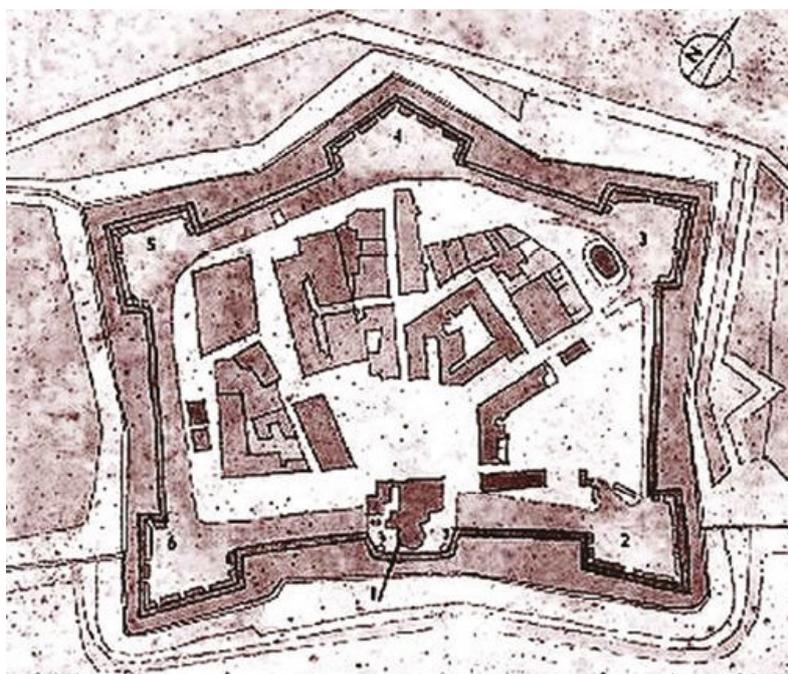
Las riendas del poder las dejó el duque a hombres de su confianza, en su mayoría no florentinos, los cuales fueron los promotores de las reformas antes aludidas. Entre estos favoritos conviene destacar la figura de Francesco Campana, secretario del duque, nacido hacia 1496 en la pequeña población de Colle Val d'Elsa. Había estado ya al servicio de Lorenzo de Medici y de Clemente VII, y poseía una gran cultura humanística y una notable experiencia administrativa. Burócrata por excelencia y reorganizador de la cancillería medicea, Campana llegó a ser para el duque Alejandro y para su sucesor Cosme una suerte de Francisco de los Cobos mediceo. Otro de los consejeros del duque era el cardenal Inocencio Cybo, nieto de Lorenzo el Magnífico y emparentado con el marqués de Massa-Carrara. Inocencio disfrutaba también de las simpatías del emperador, por lo que ejercía de regente en el ducado durante las ausencias de Alejandro.

A fin de evitar nuevas sublevaciones y conseguir un mayor control militar del Estado, Alejandro ordenó la construcción de algunas fortalezas y la creación de una milicia popular. Se edificaron así en Florencia dos importantes fortificaciones, una sobre la ribera del Arno, hoy desaparecida, y la conocida fortaleza de San Giovanni (también llamada fortaleza da Basso). Esta impresionante obra de ingeniería militar, que aún hoy domina en el plano de la capital toscana, había sido querida ya por Clemente VII, a fin de lograr *securitate e reputazione allo Stato del Duca Alessandro [y] refugio in qualche tumulto repentino e in qualche furor di popolo [seguridad y reputación para el Estado del duque Alejandro, así como refugio ante cualquier tumulto repentino o furor del pueblo]*. Alejandro confió la construcción a Antonio da Sangallo el Joven, quien, con la colaboración del mercenario Alejandro Vitelli y Nanni d'Alessio, dirigió las obras entre 1534 y 1535, trabajando incluso los días de fiesta. De planta poligonal e impresionantes bastiones reforzados con bloques en punta de diamante, la fortaleza de San Giovanni recibió pronto una guarnición y se convirtió además en la cárcel de los prisioneros políticos. Estaban en proyecto además otras construcciones de este tipo en Pisa y Livorno cuando Alejandro fue

asesinado en enero de 1537, por lo que su realización sería obra de su sucesor Cosme I.



Fortaleza de San Giovanni en Florencia



Planta de la fortaleza de San Giovanni en un dibujo antiguo

En cuanto a la mencionada milicia, se siguieron bastante de cerca las directrices que había dado Maquiavelo durante su gestión como secretario de Cancillería entre 1498 y 1512. En esencia, todo consistía en reclutar campesinos a fin de formar un pequeño ejército que prestara servicio únicamente en casos de emergencia, organizándose así un núcleo militar identificado con el Estado mediceo que pronto tendría ocasión de mostrar su disciplina y eficacia.

CLEMENTE VII Y CATALINA DE MEDICI

En otro orden de cosas, conviene destacar el nuevo éxito por el pontífice en sus deseos de encumbrar a su familia. Francisco I de Francia, quien a pesar de la paz firmada en 1529 con el emperador todavía mantenía vivo su interés por Italia, pensó en casar a su segundo hijo Enrique con Catalina de Medici. Clemente VII supo llevar muy bien el negocio (porque realmente de un negocio se trató), y dilató las discusiones por tres años (de 1530 a 1533). Por fin, la boda tuvo lugar en Marsella el 28 de octubre de 1533, siendo el mismo papa quien celebró el oficio religioso. Catalina (recordémoslo, hija de Lorenzo de Medici, duque de Urbino) se convertiría así en princesa de Francia, y llegó a ser reina y regente de dicha monarquía.



Tumba de Catalina de Medici y el rey francés Enrique II. Basílica de Saint-Denis, en las proximidades de París.

LA OPOSICIÓN DE LA OLIGARQUÍA FLORENTINA

El 25 de septiembre de 1534 falleció Clemente VII, el principal apoyo de Alejandro en Italia; su entierro tuvo lugar en la iglesia romana de Santa Maria Sopra Minerva. Preocupado por los intereses familiares, había logrado crear un principado mediceo en Florencia y hacer de su sobrina Catalina la futura reina de Francia, y en este sentido, pudo morir tranquilo.

La desaparición del papa motivó que el duque Alejandro incrementara el control sobre todo aquello que pudiera dar lugar a una nueva revuelta interna en Florencia. Además, el nuevo pontífice, Paulo III Farnese, de noble familia latina, no era en principio un aliado de los Medici, y se le tenía por hombre ambicioso que aspiraba a obtener algún estado dinástico para su hijo Pier Luigi. Siena y Florencia, sin duda, se encontraban entre sus posibles candidatas.

El duque Alejandro gobernó, como hemos visto, a través de sus secretarios y auditores, mostrando una actitud cuasiabsolutista en algunas de sus gestiones. Además, se rodeó de un consejo secreto, del que formaban parte algunos *ottimati* como el historiador Guicciardini. Es este un signo inequívoco de que el duque pretendía huir de la mano de la oligarquía y restringir el trato de los asuntos a un grupo de íntimos. Esta situación ejerció de revulsivo para que algunos *grandi*, rechazados, optaran por formar un grupo de oposición que adoptó como lemas «libertad» y «aristocracia» contra el absolutismo principesco del duque.

El principal apoyo económico de este grupo opositor lo ejercía Filippo Strozzi. El rico banquero florentino, unido financieramente a Clemente VII, había sido nombrado como premio a los préstamos otorgados miembro del Senado de los Cuarenta y ocho, aunque Strozzi tuviera a Roma como centro de sus actividades económicas. No obstante, a la muerte de su protector, el banquero no tardó en entrar en conflicto directo con el duque. Los motivos son complejos, pero pueden considerarse de carácter personal. Alejandro temía el prestigio y la riqueza de Filippo Strozzi, condiciones que podían llevarle a desarrollar ambiciones políticas. Además, poco antes de fallecer Clemente había tenido lugar un enfrentamiento entre Piero Strozzi, hijo del notable florentino, y Giuliano Salviati, servidor de Alejandro. Este último pretendía mantener relaciones con Luisa Strozzi, hija ya casada del banquero, por lo que a punto estuvo de ser asesinado por Piero, herido por su condición de hermano en su honor familiar. Piero acabó encarcelado, aunque la intervención papal evitaría males mayores. No obstante, a fines de 1534 Luisa Strozzi moriría en extrañas circunstancias.

La desaparición de Clemente significó la ruptura total de Filippo Strozzi con Alejandro. El propio financiero sufrió un atentado infructuoso, lo que le obligó a marchar a Roma fuertemente escoltado por una guardia privada. Allí hizo que sus hijos se instalaran en diversos lugares de Italia y entró en contacto con la oposición antimedicea dirigida por el cardenal Salviati. Su dinero serviría a partir de entonces

para combatir al odiado duque.

Los enemigos de Alejandro intentaron atraerse al joven cardenal Ippolito de Medici, el hijo natural de Giuliano, duque de Nemours, y nieto del Magnífico. No obstante, dicho personaje falleció el 10 de octubre de 1535 asimismo en extrañas circunstancias, cuando se dirigía a Nápoles a recibir al emperador. Este regresaba entonces de su victoriosa expedición contra Túnez. De hecho, el viaje del cardenal formaba parte de un plan de los emigrados florentinos encaminado a exponer directamente a Carlos V los problemas políticos de Florencia. Pero Alejandro, deseoso de que su opinión también fuera escuchada, marchó él mismo a Nápoles junto a Guicciardini. Allí, Jacopo Nardi, representante de la oposición al duque, y el ilustre historiador florentino, expusieron cada uno sus ideas ante los oídos del emperador, quien optó por continuar apoyando a Alejandro y prometiéndole el inmediato matrimonio con su hija Margarita. No obstante, aconsejó a su futuro yerno que calmara los ánimos de sus enemigos decretando una amplia amnistía.

La boda entre Alejandro y Margarita tuvo lugar en la misma Nápoles el 25 de febrero de 1536, y una vez en Florencia, el duque dictó la amnistía solicitada. No obstante, sus enemigos prefirieron continuar en el exilio, seguramente porque no se fiaban del duque. Durante unos meses, estuvieron a la espera de que el rey de Francia, tras iniciar en la primavera de aquel año una nueva campaña contra el emperador en el Piamonte, decidiera extender la guerra a la Toscana.

EL ASESINATO DE ALEJANDRO

El momento esperado por la oposición antimedicea llegó a principios de 1537, cuando en la noche del 5 al 6 de enero Alejandro cayó asesinado por Lorenzo di Pierfrancesco de Medici, pariente suyo. Las razones de este crimen no aparecen demasiado claras en la historiografía. Lorenzo di Pierfrancesco, más conocido como Lorenzino, descendía de otro Lorenzo, hermano de Cosme el Viejo. Esta rama familiar, a diferencia de la que ya conocemos, había conservado siempre vivo e inalterado el amor a la libertad republicana, de forma que sus miembros incluso se hacían llamar, como hemos visto ya, *popolani*.

Lorenzino, hijo de Pierfrancesco de Medici y Maria Soderini, había nacido en Florencia en 1514. Su padre, tras una vida disipada, acabó con el patrimonio familiar y hubo de retirarse a la modesta villa medicea de Cafaggiolo. Murió en 1525 dejando a su familia bajo la tutela de Clemente VII, el cual la acogió en Roma durante el conflicto de 1530.

Tras la restauración medicea, Lorenzino se dedicó de inmediato a cortejar a su primo el duque Alejandro, de quien pronto logró su confianza, obteniendo grandes favores. Ambos se convirtieron en cómplices de diversas aventuras nocturnas. No obstante, también germinó poco a poco el odio en el corazón del cortesano, quizá a causa de la misteriosa muerte del cardenal Ippolito, adjudicada al duque por la oposición antimedicea. Benvenuto Cellini, el orfebre que trabajó para el duque Alejandro, afirma en su autobiografía que el duque tenía a su primo «unas veces por loco y otras veces por cobarde», lo cual nos permite afirmar que el príncipe solía humillar a menudo a un pariente condenado para siempre a ser ignorado y a vivir de la limosna de su primo. Según el contemporáneo Benedetto Varchi, Lorenzino, debido a su cultura, era calificado irónicamente por el duque como *filósofo*.

La trampa fue preparada por Lorenzino con una gran sutileza. De hecho, a fines de 1536 las relaciones entre Alejandro y su primo parecían cada vez más íntimas y cordiales. Durante los festejos de la boda entre el duque y Margarita, Lorenzino llegó a estrenar una comedia titulada *Aridosia* en el Spedale dei Tessoritori, compuesta especialmente para dicha celebración. En la vigilia de Navidad fueron vistos ambos cruzando el puente de Santa Trinità montando el mismo caballo. Pocos días después Lorenzino, en la noche de Reyes, anunció al duque que una de las mujeres que deseaba, y que hasta entonces le había rechazado, había accedido por fin a ofrecerle sus favores a cambio de dinero. Según algunos historiadores se trataba de Caterina di Tomasso Soderini, esposa de Lionardo Ginori; según otros, no era otra que Laudomia, la propia hermana de Lorenzino. Alejandro decidió aceptar la propuesta y ambos abandonaron el palacio Medici y se dirigieron a la casa del traidor, anexa a dicho lugar. Una vez allí, Alejandro se introdujo en el lecho a la espera de su amante, aunque lo único que encontró fue la muerte. Su primo y un criado apodado Scoronconcolo cayeron sobre él y le asesinaron con sus espadas. Tenía el duque

veintiséis años.

El temor invadió a los magnicidas, los cuales huyeron rápidamente a uña de caballo. Lorenzino, llegado a Bolonia, proclamaría su crimen afirmando que lo había realizado en defensa de la libertad de su patria. Mientras, en Florencia, los criados de Alejandro, al no encontrar a este en su cámara, advirtieron de inmediato al cardenal Cybo y se inició la búsqueda del duque. No sería hasta muy entrado el día de Epifanía que el cadáver acabó por ser descubierto en medio de un charco de sangre. Aunque su muerte significó un gran trastorno para Carlos V, no obstante, el problema se solucionaría mediante la elección de su primo Cosme como nuevo duque de Florencia, ya que Alejandro sólo dejaba un bastardo de unos cuatro años.

LOS ORÍGENES DEL MANIERISMO FLORENTINO

Florenia, capital del arte en el Quattrocento, había perdido a comienzos del principado mediceo mucho de su esplendor anterior. La actividad arquitectónica apenas dejó ningún edificio destacable, si exceptuamos la fortaleza de San Giovanni. No obstante, con la implantación del ducado, resurge nuevamente el tradicional mecenazgo de los Medici, desviado durante algunos años hacia Roma por los pontífices León X y Clemente VII. La pintura, la escultura y las artes de lo efímero (debemos mencionar los decorados que adornaron la entrada de Carlos V en Florenia) se convirtieron en las principales actividades artísticas del ducado.

Clemente VII olvidó pronto la colaboración de Miguel Ángel como ingeniero militar con la república de 1527, encomendándole la continuación de las tumbas de Lorenzo y Giuliano de la capilla Medici (ubicada en la iglesia de San Lorenzo). El artista tampoco pudo negarse a esculpir un David (o Apolo) para Baccio Valori, delegado del pontífice en la campaña contra Florenia. Dicha figura, que se conserva en el Museo del Bargello, tiene bajo su pie derecho la silueta de una forma redonda, «sin duda una cabeza de Goliat», según Charles de Tolnay. Este historiador, uno de los grandes especialistas en la obra de Miguel Ángel, analiza la obra desde una perspectiva muy particular:

Parece como si en la mano izquierda tuviese la honda, y en la derecha la piedra. En lugar de ajustarse a la posición normal del *contrapposto* basada en las leyes de equilibrio de la fuerza y el peso del cuerpo, parece como si la figura habitase en un espacio imaginario. Sus gestos son reflejos inconscientes de la vida del alma, como los gestos de un hombre que estuviese soñando; con la cara vuelta de lado y los ojos entreabiertos, trata de librarse de una pesadilla. La figura no es la representación de la *fortezza* como el David de mármol, ni el perpetuo vencedor que era el David en bronce, sino un conquistador que parece preocupado por su victoria. Cabe preguntarse si al hacer este David extraño y soñador, Miguel Ángel no tratara quizá de recordar a Valori, el nuevo conquistador, que no siempre son triunfos las victorias. Quizá contribuya esto a explicar la ambigüedad implícita en la doble denominación de David y Apolo que daban los coetáneos a la estatua. La alusión sólo a David se habría captado inmediatamente.



David-Apolo, escultura realizada hacia 1530 por Miguel Ángel que se conserva en el museo florentino del Bargello.

No obstante, Miguel Ángel abandonaría Florencia en 1534 para dirigirse a Roma y no regresar jamás. Quizá temiera la caprichosa gestión del duque Alejandro. De hecho, en la capital pontificia realizó hacia 1539 un busto de Bruto (hoy en el Museo del Bargello), ejecutado según Vasari por encargo del cardenal Niccolò Ridolfi, enemigo de los Medici. Bruto, el tiranicida, representa sin duda, aunque de forma idealizada, a Lorenzino.

En Florencia, tras la partida de Miguel Ángel, sirvió como escultor de corte Baccio Bandinelli (1493-1560), hijo del orífice Michelangelo di Viviano (el viejo artista Baccio d'Agnolo apenas trabajaba ya). La crítica consideró siempre a Bandinelli demasiado apegado al influjo miguelangelesco. Su colosal Hércules y Caco, todo un símbolo de la victoria medicea, destinado a la plaza de la Señoría, fue inaugurado en 1534, precisamente junto al David de Miguel Ángel. Giorgio Vasari afirmó que precisamente la cercanía entre ambas, que no permitía comparación posible, restaba valor a la obra de Baccio. Muchos florentinos criticaron el Hércules, que bien podía considerarse el símbolo de la barbarie derrotando a la democracia. Benvenuto Cellini, enemigo de Bandinelli, llegó a comentarle:

Nuestra admirable escuela florentina dice que si le cortaran el pelo a tu Hércules no le quedaría calabaza suficiente para contener el cerebro; y que no se sabe si la cara que tiene es la de un hombre o la de un monstruo mezcla de buey y de león; que no mira hacia donde debiera, que la cabeza está pegada al cuello con tan poca gracia que no se ha visto nunca algo peor; que los hombros parecen albardas de burro; que los músculos alrededor de sus tetillas no tienen nada que ver con los de un hombre, sino que parecen ser la copia de un saco

de melones apoyado contra una pared; la espalda, a su vez, parece copia de un saco de calabacines; no hay manera de poder adivinar cómo están unidas sus piernas al tronco; ni se sabe tampoco sobre cuál de ellas descansa o hace la fuerza, y resultara más que imposible decir si descansa sobre las dos piernas al mismo tiempo, como a veces han hecho algunos maestros que de veras entiendan de escultura. Cualquiera verá que tu Hércules está caído hacia delante más de un tercio de brazo; error, este, imperdonable, grotesco, que cometen solamente los maestrillos esos que andan por ahí a docenas. La escuela dice también que los brazos de tu Hércules caen sin la menor gracia, sin la más mínima sombra de arte, como si tú no hubieras visto nunca un desnudo vivo; y que la pierna derecha de Hércules y la de Caco, que se rozan, tienen entre las dos una masa de carne, y no dos pantorrillas que se tocan; tanto es así que si las piernas se separaran las dos, se quedarían sin el trozo de pantorrilla correspondiente a la parte donde están rozándose; y dice también la escuela que uno de los pies de Hércules está enterrado y el otro parece que pise ascuas.

De la mano de Baccio también se conserva, en el salón del Cinquecento del Palazzo Vecchio, una escultura de Alejandro de Medici vestido a la antigua, con coraza de cuero y faldellín imitando escamas metálicas. Se trata del duque elevado a la categoría de héroe clásico.



Hércules y Caco, escultura de Baccio Bandinelli instalada en 1534 en la plaza de la Señoría de Florencia.

Bandinelli era un protegido de Clemente VII. De hecho, el artista había fundado ya en 1531 una escuela de escultura en Roma, a la que dio el pomposo nombre de *accademia*. Tras la realización del Hércules y Caco, regresó a la capital pontificia para encargarse del sepulcro del papa. Su proyecto, destinado a la iglesia de Santa Maria Sopra Minerva, venía a constituir una compleja exaltación de la inmortalidad del alma, dogma proclamado en el Concilio de Letrán por León X (diciembre de 1513). La muestra del sufrimiento humano, necesario para obtener la salvación, debía quedar reflejada en la imagen de un papa semidurmiente. No obstante, la imagen no encontró eco durante el pontificado de Paulo III, que prefería una simbología del triunfo frente a los protestantes. De ahí que la obra acabara convirtiéndose en una

suerte de arco triunfal, que Bandinelli dejó inacabado en 1540 al objeto de regresar a Florencia. Sería en la capital del Arno donde el artista, gracias al apoyo de Cosme I de Medici, se convertiría en uno de los artífices de la escultura cortesana.

El orfebre Benvenuto Cellini, quien desde joven había trabajado en Roma pese a ser florentino, fundió en 1535 algunas piezas para Alejandro. Cellini había asesinado en una reyerta al orfebre Pompeo de Capitaneis, por lo que hubo de huir de Roma e instalarse durante algún tiempo en Venecia y Florencia. Fue aquí donde confeccionó diversas monedas para el duque. Luego, perdonado por el pontífice, regresaría a la capital del Tíber.

Durante los meses de estancia en Florencia, Cellini tuvo ocasión de contactar con Niccolò di Raffaello, más conocido como Il Tribolo. Ambos habían nacido en 1500, y Cellini mantenía desde antiguo muy buenas relaciones con él; de hecho, había apadrinado ya a uno de sus hijos. El apodo de Tribolo procede, según Vasari, de que de joven era «tanto en la escuela como fuera un diablo que siempre molestaba y atribulaba a los demás». Tribolo, otro protegido de Clemente VII, a la muerte de este acabaría instalándose en Florencia, donde en un principio colaboraría con Vasari en los ornamentos que celebraron la entrada de Carlos V en 1536. También esculpió algunos escudos para la fortaleza de San Giovanni, aunque, al igual que ocurrió con Bandinelli y Cellini, sería durante el principado de Cosme I cuando realizaría sus obras principales.

Igualmente los pintores florentinos se encontraban desperdigados por Italia o incluso más allá de los Alpes (como Rosso Fiorentino, instalado en Francia desde 1530). El maduro Jacopo Carucci, Pontormo, era el único destacable que aún trabajaba en Florencia. Precisamente él había pintado supuestamente, hacia 1525, a un jovencísimo Alejandro de Medici, obra que se conserva en la Pinacoteca Nacional de Lucca y supone un soberbio ejemplo del ampuloso retrato manierista, con amplia capa roja sobre fondo negro. No obstante, no existe ningún motivo externo que permita afirmar definitivamente que se trate del futuro duque de Florencia. Una vez encumbrado Alejandro, se sabe que Pontormo pintó al duque poco después de la muerte de Clemente VII y esta obra que se conserva en el Museo Nacional de Arte Antiguo de Lisboa, con copia en el de Filadelfia, lo representa en traje de luto negro y dibujando sobre un papel el rostro de una mujer. El retrato parece que se realizó en el palacio Pazzi, visitado a menudo por Alejandro para encontrarse con Ricciarda Malaspina.

Pontormo había trabajado ya, entre 1520 y 1521, en la villa medicea de Poggio a Caiano. En 1532, el pintor realizó diseños para la finalización del ciclo del gran salón, aunque el proyecto acabó siendo abandonado a la muerte de Clemente VII. De los bocetos realizados, solamente se conserva uno que representa gigantescos desnudos en una escena denominada «Juego de pelota». El duque también encargó al pintor y a su discípulo Bronzino veinte cartones para tapices, destinados al Palazzo Vecchio, de los que apenas se sabe nada, así como la decoración de la villa medicea

de Careggi. Estas últimas pinturas (1535-1536) se perdieron, aunque hay algunos bocetos atribuidos a Bronzino, que demuestran su grandiosidad. La ampulosa y miguelangelesca *Mujer con espejo*, guardada en la Kunsthalle Kupferstichkabinett de Hamburgo, muestra la lúcida abstracción de la escuela de Pontormo.

Agnolo di Cosimo, Bronzino, fue el principal alumno de Pontormo, aunque en 1530 se había instalado en Pésaro, al servicio del duque de Urbino. Dos años más tarde, su maestro lograría traerle de nuevo a Florencia, convirtiéndose más tarde en el gran pintor de corte de Cosme I.

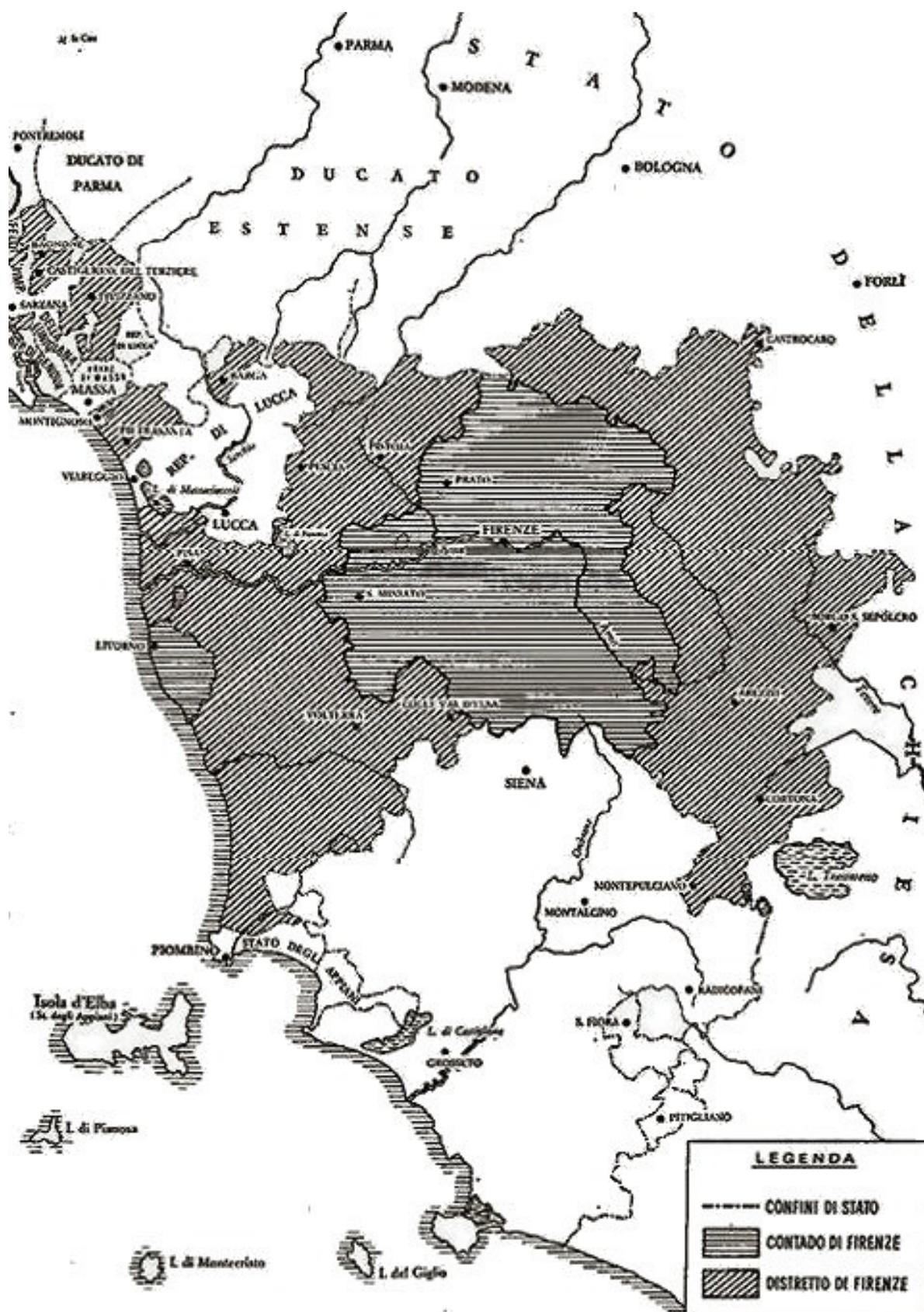
Giorgio Vasari constituye el mejor ejemplo de artista modelado al amparo de los Medici. Nacido en Arezzo en 1511, fue Silvio Passerini, cardenal de Cortona y tutor de Alejandro e Ippolito de Medici, quien en 1524 lo instaló en Florencia para dirigir su educación en compañía de sus pupilos. Aprendió entonces junto a Miguel Ángel, Andrea del Sarto y Bandinelli, aunque la rebelión de 1527 le hizo regresar a Arezzo. En los años posteriores, lo vemos de nuevo en Florencia, Bolonia, Pisa, Arezzo y Roma. Sus primeras pinturas las realizó en su ciudad natal, aunque en Roma pintó una *Venus con las Gracias* que gustó mucho al cardenal Ippolito. En 1534 retrató al duque Alejandro, obra que se conserva en el palacio Medici-Riccardi de Florencia, vestido con armadura y portando bastón de mando. Dicha pintura se basa en el modelo miguelangelesco del duque Giuliano, y tiene por fondo la ciudad de Florencia. El propio Vasari cuenta que sufrió mucho para dar brillantez a la coraza. Se trata de un retrato de Estado en el cual, mediante diversos símbolos (el bastón, la ciudad, etc.), se describen la dignidad y las funciones del gobernante.

EL TERRITORIO FLORENTINO: LA CIUDAD DE FLORENCIA, EL CONTADO Y EL DISTRETTO

Pasemos ahora a exponer brevemente cómo estaba organizado territorialmente el Estado florentino. A tal fin, conviene consultar el mapa que aparece en la página siguiente.

El ducado ocupaba en tiempos de Alejandro algo menos de los dos tercios de la actual región toscana, siendo su población aproximada de unos seiscientos mil habitantes. A grandes rasgos, la división administrativa diferenciaba dos zonas perfectamente definidas en su territorio: el *contado*, que estaba constituido por las tierras circundantes a Florencia, y que tradicionalmente había pertenecido a la república medieval, y el *distretto*, surgido a raíz de la adquisición de nuevas ciudades, tierras y villas rurales en los últimos siglos del Medievo.

En el *contado* se encontraba el centro del Estado, es decir, Florencia, que en 1530 había perdido mucho de su tradicional esplendor. Los noventa mil habitantes de fines del siglo xv contrastaban con los sesenta mil del censo de 1551, de forma que, por aquel entonces, la capital del Arno era ya superada por ciudades como Venecia, Milán, Nápoles, Palermo, Roma, Bolonia y Génova.



Mapa de la Toscana en el siglo XVI. Procede del libro de Giorgio Spini *Cosimo I e l'indipendenza del principato mediceo*, ed. Vallecchi, Florencia, 1980, pág. xxv.

Aparte de Florencia, las ciudades más importantes del *contado* eran Prato, centro lanero, y Livorno, comprada por los florentinos a los genoveses en 1421. La guerra de Pisa de 1494-1509 había convertido a este último lugar en un espacio

prácticamente despoblado.

En el *distretto* se ubicaban algunas ciudades de gran importancia histórica, que en el pasado habían constituido burgos autónomos o repúblicas independientes, y que habían pasado a depender de Florencia bien por conquista, bien por adquisición. Aunque durante un tiempo se les permitió conservar diversas formas de autogobierno, poco a poco comenzaron a sentir el peso de Florencia con el aumento de los impuestos, diversas prohibiciones económicas (como el funcionamiento de ciertas manufacturas) y el control de sus instituciones políticas. Por este motivo, el *distretto* constituía un territorio en efervescencia larvada, que solía estallar en los momentos de crisis política. El éxito de los grandes duques Medici sería, a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI, el de integrar todo el antiguo territorio republicano en una sola unidad mediante el establecimiento de leyes igualitarias para todos.

Las principales ciudades del *distretto* eran Pisa, la más poblada después de Florencia, Volterra, Pistoia, Arezzo, Borgo San Sepolcro y Cortona.

En cuanto a las fronteras exteriores, el ducado mediceo conectaba con las Repúblicas toscanas de Lucca y Siena, la República de Génova, el marquesado toscano de Massa-Carrara (familia Cybo-Malaspina), el señorío toscano de Piombino (familia Appiani), los territorios de la Iglesia y el ducado de Módena-Ferrara (familia Este).

II

Cosme de Medici, primer gran duque de Toscana (1519-1574).

La formación del Estado absolutista

La elección de Cosme y la crisis de 1537

GIOVANNI DELLE BANDE NERE Y COSME DE MEDICI

Dado que el título de duque de Florencia recaería, tras la muerte de Alejandro sin sucesión, en la figura de Cosme de Medici, conviene hacer una breve referencia introductoria sobre este personaje y su antecesor más inmediato, su padre el *condottiero* Giovanni delle Bande Nere.

Giovanni delle Bande Nere era hijo de Giovanni el Popolano, que fue embajador de Florencia en Forlì durante el período republicano que siguió a la huida de Piero de Medici, y donde se casaría con la señora de la ciudad Catalina Sforza. Precisamente en dicha ciudad y de dicho matrimonio nacería Giovanni el 6 de abril de 1498. Este, casado con Maria Salviati, sería el último *condottiero* de la Italia bajomedieval. Dirigía un pequeño ejército que llevaba como emblema una banda negra, y que estuvo al servicio de su pariente León X y de Francisco I de Francia. Seis días antes de la batalla de Pavía, en las operaciones previas, resultó herido salvándose con ello del desastre posterior. En noviembre de 1526 hubo de enfrentarse al ejército imperial que se dirigía contra Roma, siendo herido por un falconete. Llevado a Mantua, falleció el día 30 del mismo mes.



Villa medicea de Trebbio, donde residía Cosme de Medici, el futuro duque de Florencia, según una pintura de Giusto Utens realizada en 1599. Museo Firenze com'era, Florencia.

Su hijo Cosme nació el 12 de junio de 1519 en el palacio florentino de la familia Salviati, donde residía su madre. Los Salviati eran una familia de banqueros de variada filiación política. Jacopo Salviati, padre de Maria, había apoyado a Lorenzo el Magnífico, mientras que el arzobispo de Pisa, Francesco, fue asesinado por el pueblo al participar en la conspiración de los Pazzi. Cosme fue educado por su madre, residiendo principalmente en el palacio Salviati y en la villa de Castello. A la muerte de su padre, fue llevado a Venecia por temor a las iras antimediceas. Residió también en Bolonia, y en 1530 regresó a Florencia. En la nueva corte medicea,

Cosme apenas destacó, pues prefería residir en su villa de Trebbio, y allí se encontraba precisamente el día en que fue asesinado el duque Alejandro.

LA ELECCIÓN DE COSME

Uno de los primeros en conocer la muerte de Alejandro fue el cardenal Cybo, informado del suceso en la mañana del 7 de enero. Inmediatamente comprendió la gravedad de la situación, ya que Florencia estaba prácticamente desguarnecida. El jefe de las tropas del ducado, Alejandro Vitelli, se encontraba en Arezzo, aunque rápidamente se ordenó su regreso, pues era de temer una reacción, bien de carácter popular, bien protagonizada por los exiliados antimediceos. Afortunadamente para el cardenal, Lorenzino no divulgó su crimen hasta que no se encontró a salvo en Bolonia, por lo que prácticamente nadie se enteró del asesinato hasta veinticuatro horas después de que ocurriera. Inocencio Cybo decidió no publicar la noticia hasta el día 8, una vez que la situación estaba ya en parte controlada.

Durante los días 7 y 8, el cardenal estuvo madurando un plan que le permitiera incrementar su poder aprovechando la situación. El único heredero que había dejado Alejandro era su hijo bastardo Giulio, de cuatro años. Si este era elegido sucesor, durante su minoría de edad, Cybo podría ejercer de regente. Por lo tanto, Giulio sería su candidato. Además, el cardenal esperaba encontrar el apoyo del emperador para llevar este plan a la práctica, pues hasta entonces había sido su hombre de confianza en Florencia.

Sin embargo, los miembros del Senado de los Cuarenta y ocho, encabezados por Guicciardini, debieron de intuir con presteza la sutil táctica del cardenal, ya que rápidamente encontraron su propio candidato alternativo. Dado que Lorenzino, el pariente más próximo a Lorenzo, no podía ser el sucesor por razones obvias, pusieron sus miras en Cosme, que por aquel entonces tenía diecisiete años. Guicciardini, que había previsto ya las posibilidades de dicho joven, llegó a mantener contactos con su madre para casarlo con su hija Isabel, aunque Alejandro de Medici se había opuesto radicalmente a dicho matrimonio.

En la reunión del Senado de los Cuarenta y ocho que tuvo lugar el día 9 de enero, el candidato de Guicciardini y de algunos otros seguidores salió elegido sucesor del duque asesinado, pese a la notoria discrepancia de algún notorio republicano como Palla Rucellai. El cardenal Cybo tuvo que aceptar la derrota, mientras Vitelli ordenaba a sus tropas que vitorearan por las calles el nombre del nuevo duque, instalándose a continuación en la fortaleza de San Giovanni. Allí se había refugiado ya Margarita de Habsburgo, la viuda del duque asesinado, cuya custodia era necesaria si no se deseaba provocar las iras de su padre el emperador. Mientras, comenzaban a configurarse las intenciones de los aristócratas promediceos, centradas en una limitación de los poderes de Cosme, a fin de evitar lo ocurrido con Alejandro. Así, el día 10 fue aprobada en el Senado una provisión por la que el nuevo gobernante dejaría de ostentar el título de duque; todas sus disposiciones deberían adoptarse de acuerdo con los senadores, y el Senado sería la institución encargada de nombrar al sustituto de Cosme cuando este se ausentara de la capital. Para evitar cualquier

oposición del emperador a tales medidas, el día 12 partiría una embajada hacia España, dirigida por Bernardo de Medici, obispo de Forli. Su misión era esencialmente la de lograr la sanción imperial a la elección de Cosme, obtener la mano de la viuda Margarita para el nuevo gobernante y tranquilizar a Carlos garantizándole la lealtad del Gobierno florentino a la causa imperial.

En realidad, se temía una reacción del emperador, o de sus agentes en Italia, que acabara con la independencia de Florencia. El mismo día 9 de enero, don Fernando de Silva, conde de Cifuentes y embajador de Carlos V en Roma, escribía a Guicciardini dando noticia del envío a la capital toscana de Camilo Colonna con el fin de vigilar los intereses imperiales. Otro aliado de Carlos, el almirante genovés Andrea Doria, envió un mensaje al historiador florentino instándole a que actuara rápidamente en salvaguarda de la causa imperial. Además, el marino genovés desplazó dos galeras a la costa tirrena. Y por si esto no fuera suficiente, a los pocos días de la muerte de Alejandro llegaban a la Toscana tropas imperiales, enviadas por las principales autoridades italianas dependientes de Carlos V. El marqués del Vasto, gobernador del Milanesado, desplazó soldados alemanes al mando de Pirro Colonna, un mercenario a sueldo del emperador. Las galeras genovesas también embarcaron mil quinientos soldados españoles en el puerto ligur de Lerici y las trasladaron a la Toscana. En estos días, todos los agentes de Carlos en Italia se pusieron rápidamente de acuerdo para mantener el Estado florentino en el bando antifrancés.

ACTITUD DE LA OPOSICIÓN

Por su parte, los emigrados también adoptaron sus medidas, encaminadas a aprovechar la confusa situación que se vivía en Florencia. Desde Bolonia, Lorenzino había viajado a Venecia, donde se entrevistó con Filippo Strozzi. Este, lleno de entusiasmo, marchó rápidamente a Bolonia para observar más de cerca los acontecimientos. Mientras tanto, Salvestro Aldobrandini, otro de los exiliados, reunía algunas tropas en la Romaña. En Roma, sede principal de la oposición antimedicea, también se llevaron a cabo acciones destinadas a acabar con el Gobierno de Florencia, centradas principalmente en el reclutamiento de mercenarios.

Paulo III, aunque en teoría se mostraba neutral respecto a los acontecimientos de Florencia, no se oponía a las acciones de los emigrados en sus posesiones. Sus intereses se encontraban más próximos a un gobierno oligárquico en la Toscana que fuera su aliado, que no a un gobierno de los Medici, tradicionales enemigos de los Farnese. Por otro lado, el pontífice debía considerar la posibilidad de que el Estado toscano quedara incorporado a las posesiones imperiales, al igual que había sucedido en Milán, por lo que deseaba que el problema florentino se solucionara de forma pacífica. Con esta intención, envió un emisario a la capital del Arno para recomendar a sus gobernantes que negociaran con los exiliados una salida adecuada a tan intrincado asunto.

Aunque el cardenal Cybo y Alejandro Vitelli acusaron al papa ante el emperador de permitir el reclutamiento de tropas enemigas en su territorio, la idea de una negociación pacífica empezó a cuajar en las mentes de todos los interesados, con excepción hecha de Francia. Algunos emigrados temían que, si se declaraba la guerra, su país fuera conquistado por Carlos V y perdiera su independencia. Entre los contrarios a una acción contundente que provocara una intervención armada se encontraba precisamente Filippo Strozzi. Por ello, los cardenales antimediceos Ridolfi, Salviati y Gaddi decidieron viajar a Florencia en busca de una solución pacífica a los problemas de su patria. Su entrada en la ciudad se produjo el 20 de enero, en un clima de euforia por la elección de Cosme orquestada por Vitelli.

Esta embajada había llegado a la capital toscana pese a la oposición del marqués del Vasto. Este, que se encontraba acampado en Asti dispuesto a intervenir, desconfiaba de la oposición florentina a causa de sus continuos contactos con la enemiga Francia, contactos de los que había advertido repetidamente al cardenal Cybo. Y aunque el Gobierno florentino no hizo demasiado caso de sus consejos, se creyó conveniente adoptar algunas medidas de control de la población, destinadas a evitar una revuelta interna. Se ordenó la entrega de todas las armas, y se estableció un riguroso turno de vigilancia para evitar que los exiliados las introdujeran en la ciudad.

No obstante, no todos los agentes imperiales eran de la opinión del marqués del Vasto. Así, el marqués de Aguilar, sustituto de Cifuentes en la embajada de Roma, y que llegó a Florencia el 24 de enero, era partidario de una solución pacífica, aunque,

lógicamente, favorable a los intereses del emperador.

Las conversaciones no condujeron a ninguna solución práctica. Los cardenales se encontraron con una Florencia ocupada militarmente por las tropas de Vitelli, y con soldados españoles y alemanes en las proximidades. El verdadero poder estaba en manos de personas leales a Carlos V, como Cybo, Vitelli, Guicciardini y el propio Cosme, quien escuchó sin apenas hacer comentarios a su tío el cardenal Salviati, hermano de Maria, su petición de que renunciara al gobierno del Estado. Los emigrados podrían regresar a Roma, recibieron garantías de ello, pero no participarían en la vida política florentina. Ante la intransigencia de ambas partes, a finales de enero se dieron por concluidas las negociaciones, y los cardenales retornaron a la capital pontificia.

LOS INTERESES FRANCESES

Mientras esto sucedía en Florencia, otros elementos menos interesados en una solución pacífica actuaban por su cuenta. Francisco I de Francia deseaba crear un nuevo frente antiimperial en Italia, ya que su intento de invadir la Lombardía había fracasado recientemente. Por este motivo prometió, a través de Bernardo Salviati, hermano del cardenal y prior en Roma de los caballeros de Malta, la entrega de dinero a los exiliados.

Pero todavía existían ciertos temores, habida cuenta de la terrible experiencia sufrida por la Toscana entre 1529 y 1530. Paulo III todavía consideraba la paz como una solución viable y, para ello, dispuso que se prohibiera reclutar tropas en su territorio. Incluso en los primeros días de enero llegó a proponer a Cosme una boda con su nieta Vittoria, buscando evitar que el Medici cayera en la órbita imperial casándose con la viuda Margarita.

Otro de los interesados en la guerra era Piero Strozzi, el impetuoso hijo de Filippo, quien se encontraba en Francia en el momento del asesinato de Alejandro. Piero ejercía como militar al servicio de Francisco I, y los diplomáticos franceses vieron en él un elemento primordial para la consecución de sus aspiraciones bélicas. Por ello, decidieron apoyarle en todo momento, de forma que en marzo Piero se encontraba ya en Italia al frente de unos doscientos voluntarios pertenecientes a la facción antimedicea. Su primer objetivo fue Castrocaro, población de la Romaña florentina. La localidad se había sublevado, por lo que podía ser tomada fácilmente y convertida en punto de partida para futuras incursiones. Sin embargo, Bartolomeo Capponi, comisario florentino en Castrocaro, descubrió los contactos de Piero con los rebeldes, logrando frustrar el ataque.

CONFUSIÓN EN EL DUCADO DE FLORENCIA

El episodio de Castrocaro nos da paso a comentar brevemente cuál era la situación en que se encontraba el territorio florentino durante los primeros tres meses de 1537. Las poblaciones del Estado, mal sometidas al Gobierno de Florencia, aprovechaban cualquier conmoción política para avivar la lucha autonomista. Y con la muerte de Alejandro, los disturbios volvieron a resurgir. Castrocaro es un ejemplo de ello, y a la subversión se unieron además otros municipios de la Romaña florentina (frontera oriental y septentrional del Estado, por donde transcurren los Apeninos) y la montaña pistoyesa.

Pisa también se vio conmocionada por la crisis ya desde los primeros días. El hijo del papa, Pier Luigi Farnese, que tenía interés en gobernar Florencia, había intentado atraerse a Mateo de Fabriano, jefe de la fortaleza pisana, aunque su acción fue descubierta por los agentes de Cosme. En marzo, algunos exiliados llevaron a cabo una estrategia similar, también infructuosa. No obstante, la ciudad se vio afectada por peligrosas tensiones.

En Pistoia, los partidarios del clan local de los Panciaticchi, promediceo, protagonizaron el 8 de enero una verdadera matanza entre sus opositores los Cancellieri. Los supervivientes se retiraron a la montaña y reunieron bandas de guerrilleros, con las que se dedicaron a asaltar las pequeñas poblaciones de la comarca, provocando la inseguridad en la frontera septentrional. Entre los líderes del grupo mediceo sobresalía Niccolò Bracciolini, cuñado de Alejandro Vitelli, quien pronto se convertiría en el jefe indiscutido del partido progubernamental en la provincia. El comisario florentino en Pistoia, Luigi Guicciardini, hermano del historiador, trató por todos los medios de imponer la paz, aunque sus esfuerzos se vieron frenados a causa de los manejos de Vitelli a favor de su pariente.

Añadamos que Arezzo realizó una nueva tentativa por recuperar su antigua independencia, pretendiendo ser anexionada a las posesiones imperiales con un privilegio de autonomía. Las bandas de salteadores se impusieron en la comarca de Empoli, mientras que en Barga, el comisario florentino era atacado violentamente. Piero Strozzi intentó ocupar Borgo San Sepolcro, pero fracasó nuevamente.

La llegada de las tropas imperiales a la región no hizo más que incrementar el estado de turbulencia. De un lado, la población hubo de soportar sus desmanes, y de otro, los impuestos aumentaron para poder sufragarse los gastos de la tropa. La hacienda de Cosme se colmó de deudas a causa de los créditos solicitados a Andrea Doria y a los gremios florentinos. Según el embajador sienés Girolamo Tantucci, los mejor situados económicamente abandonaron la capital del ducado a fin de evitar la entrega de sus riquezas. La sensación de inseguridad era, pues, generalizada en todo el Estado.

No obstante, esta situación de tensión e inquietud se solucionaría con extrema rapidez, asombrando a los más pesimistas. La administración medicea y el propio

Cosme, a pesar de su juventud, supieron afrontar los problemas con entereza. El engranaje burocrático creado en torno a Alejandro supo mantenerse fiel a la clase gobernante sin perder el ánimo, hasta conseguir la calma y la sujeción de las riendas del Estado.

LA ACTITUD DEL EMPERADOR

Aunque la competencia política de Cosme y de sus gobernantes pudiera haber influido en la resolución de los problemas de Florencia, era Carlos V quien, en última instancia, debía decidir qué opción adoptar. Sin su apoyo, nada podían hacer aquellos gobernantes o los exiliados.

Para tomar una decisión, el emperador debía tener en cuenta la posible intervención francesa y la necesidad de mantener buenas relaciones con el papa, a fin de obtener su colaboración en la lucha contra los turcos. En noviembre de 1536, Carlos V había intentado una alianza con Paulo III y la república veneciana, encaminada a combatir a los otomanos, pero la intransigencia del embajador Cifuentes puso en peligro la consecución del acuerdo. Por ello, el emperador había decidido sustituirlo por el marqués de Aguilar, más diplomático frente al pontífice.

Todos estos acontecimientos motivaron que Carlos pusiera en la balanza todos los informes que le llegaban de Italia y escuchara a los embajadores florentinos que habían llegado a Valladolid el 28 de enero de 1537. El emperador se encontraba en dicha ciudad con motivo de la convocatoria de las cortes castellanas, de las que esperaba obtener subsidios para su campaña antifrancesa en Provenza.

Todos sus agentes habían aconsejado al emperador el control directo de las principales fortalezas florentinas y la concesión de algún premio a Vitelli por su lealtad. Por lo demás, Carlos debía tener en cuenta además otras dos circunstancias: la investidura de Florencia otorgada a Alejandro, que debía transmitirse a los sucesores varones de la familia Medici, y la promesa napolitana realizada ya por su yerno en 1536, relativa a la entrega de las mencionadas fortalezas. Desde esta perspectiva, parecía lógico mantener a Cosme en el Gobierno de Florencia, con la garantía añadida de controlar las fortalezas por si la situación se complicaba. La incorporación del Estado toscano a las posesiones imperiales, en un momento de guerra abierta con Francia, constituía un grave riesgo para sus intereses en Italia, mientras que la restauración de la república parecía una solución hartamente complicada, dado el confuso momento que vivía Florencia.

Con estas premisas, Carlos V prefirió confiar más en sus leales agentes en Italia, despachando a la embajada florentina a fines de febrero con el único compromiso de dar una respuesta definitiva a través de su delegado Cifuentes. No obstante, poco más tarde dispuso que el marqués de Aguilar supervisara la actuación del impetuoso diplomático desde Roma.

El último día de febrero, el emperador ordenó el envío de diversas cartas a los personajes directamente relacionados con el conflicto. A la viuda Margarita se le hacía sabedora de la confianza mostrada por su padre hacia el cardenal Cybo, Alejandro Vitelli y Cosme de Medici, aunque se le aconsejaba que se pusiera a disposición del conde de Cifuentes o del marqués de Aguilar. Al cardenal Cybo se le agradecía su actuación en pro de los intereses imperiales, y se le encomendaba la

custodia de Margarita hasta la llegada de Cifuentes. En premio a su fidelidad, se le designaba candidato al obispado de Troia (Apulia). A Alejandro Vitelli también se le daban las gracias por sus acciones, se le encarecía a continuar con su fiel actitud y se le prometía algún beneficio compensatorio. Por último, también era recordado con agrado Mateo de Fabriano, el castellano de Pisa que se había negado a aceptar el soborno de Pier Luigi Farnese.

LAS NEGOCIACIONES DE CIFUENTES

El primero de marzo fueron remitidas a Cifuentes, todavía embajador en Roma, las instrucciones que debía tener en cuenta al negociar con el Gobierno florentino. Los puntos esenciales eran el reconocimiento de Cosme como sucesor de Alejandro, obtener la entrega de tres fortalezas como garantía (la de Pisa, la de Livorno y la florentina de San Giovanni), adoptar una actitud moderada y prudente frente a los exiliados y negar el matrimonio entre Margarita y Cosme. Al parecer, Carlos V, con el objetivo de satisfacer la vanidad pontificia, pretendía ofrecer la mano de su hija viuda a Octavio Farnese, hijo de Pier Luigi y nieto del papa.



Retrato de Cosme I de Medici por Agnolo Bronzino realizado en 1545. Galería Pitti, Florencia.

Con tales cometidos en su carpeta, Cifuentes hizo su entrada en Florencia el 11 de mayo. Nadie conocía allí los propósitos del emperador, pues la posible boda de Margarita con un Farnese se había mantenido en secreto por miedo a que Cosme se sintiera despedido y se aliara con Francia. Por ello, la primera gestión del embajador fue la de sacar de la fortalezas de San Giovanni a la viuda e instalarla primero en casa de Ottaviano de Medici, un *ottimati*, y de allí trasladarla a Prato, lejos de las tropas de Vitelli.

A continuación, Cifuentes pasó a tratar el problema de los emigrados, entrando en contacto por carta con el cardenal Salviati. Días atrás, Filippo Strozzi había comunicado a don Lope de Soria, embajador imperial en Venecia, que se mostraba partidario de la instauración de un gobierno republicano en Florencia, así como de entregar al emperador las fortalezas de Pisa y Livorno. Pero Cifuentes, haciendo caso omiso de la moderación que se le había exigido, se negó a enviar una delegación al jefe de los exiliados. Las negociaciones con dicha facción quedaron, así, virtualmente

rotas. Mientras, en Florencia, la única preocupación del conde era la de obtener las fortalezas, declarando no querer conceder a Cosme más poder que el establecido en la provisión del 10 de enero. Además, sólo aceptó negociar con los ministros mediceos, especialmente con Francesco Campana, y con los propios interesados, es decir, Cosme y su madre Maria. El Senado de los Cuarenta y ocho fue dejado completamente al margen por considerarlo inoperante.

La intransigencia de Cifuentes a punto estuvo de provocar una ruptura con los propios gobernantes florentinos. Al final, el embajador imperial tuvo que ceder en algunos de los puntos tratados, por lo que el acuerdo entre Cosme y el conde quedó aprobado con las siguientes cláusulas:

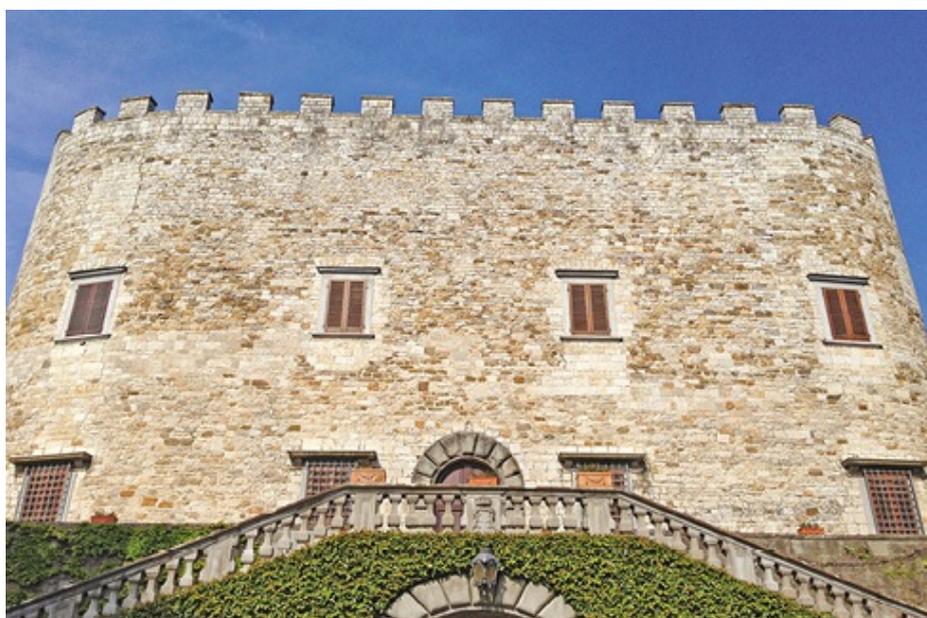
- Cosme quedaba autorizado, si el emperador así lo ratificaba, a ejercer el mismo poder de que había gozado Alejandro, punto un tanto oscuro porque el anterior duque había actuado con cierto despotismo y sin demasiadas limitaciones.
- Cosme juraría fidelidad al emperador y a sus sucesores, ceremonia que tendría lugar el 21 de junio.
- Cosme entregaría a las tropas imperiales las fortalezas de Florencia y Livorno. La de Pisa, definitivamente, quedaría en su poder.

De estas disposiciones no fue informado el Senado de los Cuarenta y ocho, institución que a partir de entonces quedaría prácticamente relegada de las funciones de gobierno. Alejandro Vitelli fue encargado por Cifuentes para que custodiara la fortaleza de San Giovanni en nombre del emperador, hasta la llegada del nuevo castellano que debía nombrar Carlos V. De la misma manera se actuó con Fazio Buzzacarini, gobernador de la fortaleza de Livorno.

DERROTA DE LOS EMIGRADOS

A principios de julio, el conde de Cifuentes abandonaría Florencia para acompañar a Margarita a su nueva residencia de Prato. Poco después, Filippo Strozzi entraba en contacto con agentes franceses con el propósito de organizar una expedición bélica contra la capital toscana. La guerra era ya inevitable, y en parte había sido provocada por la carencia de sensibilidad diplomática del embajador español. Además, las noticias que llegaban de la capital del Arno alentaban a la lucha, ya que en ellas se afirmaba que la situación interna del Estado, dado el desorden existente, era favorable a una acción armada.

A finales de julio, las tropas de los emigrados se concentraron en Mirándola, población de la Romaña situada bajo la órbita francesa. El ejército estaba compuesto por unos seis mil infantes y trescientos jinetes, mantenidos en gran parte con dinero francés. Sus jefes principales eran Piero Strozzi y Bernardo Salviati (hermano del cardenal), aunque aspiraban también a comandar la expedición Anton Francesco degli Albizzi y Baccio Valori (quien a la muerte de Alejandro se había pasado a la causa republicana), lo que provocó ciertas discusiones sobre la estrategia a seguir. El plan de ataque se centró en una invasión a través de la montaña pistoyesa, buscando obtener allí el apoyo de la facción de los Cancellieri. Una vez el ejército se puso en marcha, un pequeño contingente de doscientos hombres dirigido por Valori, Albizzi y Filippo Strozzi se adelantó y se instaló en Montemurlo, minúsculo reducto fortificado desde donde podía dominarse la llanura de Prato.



Antiguo castillo de Montemurlo, donde fue derrotada la facción antimedicéa el 1 de agosto de 1537.

En Florencia se conocían ya las intenciones de los emigrados gracias a Filippo de Nerli, tío de Cosme, que ejercía labores de espionaje en Bolonia. Por ello, se habían adoptado ya medidas preventivas, de forma que Prato fue reforzada ante el temor de un ataque. Una previsión justificada ante el intento que ante sus muros llegó a realizar Piero Strozzi. Cuando Vitelli conoció el escaso número de tropas enemigas

concentradas en Montemurlo, decidió dar un golpe de mano por sorpresa y acabar con sus jefes.

Reunidos unos tres mil hombres entre españoles e italianos, Vitelli partió el 31 de julio de Florencia, y al alba del día 1 de agosto caía sobre Montemurlo. Pese a la sorpresa, un grupo de soldados antimediceos consiguió mantenerse durante dos horas en la fortaleza, hasta que acabaron por rendirse. Los principales líderes enemigos fueron capturados, con excepción de Piero Strozzi, que logró huir para unirse al ejército de Salviati. Este, al conocer la derrota, decidió regresar a sus bases.

A finales de agosto, Albizzi, Valori y otros fueron condenados a muerte y decapitados, mientras que Filippo Strozzi era confinado en la fortaleza de San Giovanni. Tras más de un año de torturas y penalidades, y pese a los esfuerzos de Paulo III y de los delegados franceses en Italia por liberarle, el ilustre banquero sería hallado muerto en su celda el 18 de diciembre de 1538. Nunca se aclaró la causa de su muerte, aunque en aquel momento se habló bien de suicidio, bien de perversas maquinaciones de Cosme. Sin embargo, la solución agradó al emperador, quien, de esta forma, no hubo de enfrentarse al papa por la cuestión de tan incómodo prisionero.

Tras la derrota de Montemurlo y la ejecución de sus principales dirigentes, la oposición antimedicea quedó muy mermada. La esperanza de una alternativa republicana se disipó irremisiblemente. Por otro lado, el poder de Cosme se vio muy reforzado por la victoria y por el reconocimiento imperial, de forma que el sueño oligárquico de limitar sus capacidades empezó a mostrarse como algo ciertamente utópico. Montemurlo constituye, pues, un acontecimiento crucial en la historia de Florencia. Como dice el historiador Giorgio Spini en su ya mencionado libro: «A partir de este momento, el principado territorial absoluto sustituye definitivamente, sin posibilidad alguna de una vuelta al pasado, a la antigua república ciudadana».

LA SANCIÓN IMPERIAL

El 20 de agosto de 1537, precisamente el día en que fueron ejecutados los líderes republicanos en Florencia, el emperador enviaba desde Monzón (Aragón) una serie de cartas destinadas a los implicados en la cuestión toscana. En el escrito redactado para Cosme, Carlos V se mostraba muy satisfecho por la victoria de Montemurlo e instaba al interrogatorio exhaustivo de los prisioneros para conocer su posible participación en el asesinato de Alejandro. El mismo interés por los cautivos aparece en los escritos remitidos a Vitelli y al cardenal Cybo.

Una vez alejado el peligro exterior, la principal preocupación del Gobierno mediceo era la de acabar con el desorden interno y conseguir que las tropas imperiales abandonaran el Estado toscano, ya que su mantenimiento resultaba extremadamente gravoso para las reducidas arcas del país. Además, el peligro francés se alejaba por momentos, pese a algún intento acaecido desde Mirándola en octubre. El 15 de noviembre, Carlos V y Francisco I firmaban un armisticio, con el que la paz retornó temporalmente a Italia. Ya no existía motivo alguno para que las tropas españolas continuaran instaladas en la Toscana, y a mediados de febrero de 1538 Cosme lograría que aquellas abandonaran el país, previo pago de una elevada suma de dinero.

La victoria de Montemurlo había elevado el prestigio del joven gobernante a los ojos del emperador. Como este no había concedido su sanción a los acuerdos llegados con Cifuentes, en agosto de 1537 se hacía inevitable conocer la voluntad imperial. Cosme seguía aspirando a una boda con Margarita, a la devolución de las fortalezas y a su reconocimiento como sucesor de Alejandro. Al objeto de negociar tales cuestiones directamente con los ministros imperiales, fue desplazada a Monzón una embajada encabezada por Averardo Serristori, que llegó a dicha villa el 18 de septiembre.

Las discusiones tenidas con el canciller imperial Granvela y con Francisco de los Cobos no ofrecieron a Serristori los resultados esperados. Sobre la cuestión de la boda con Margarita y respecto a la devolución de las fortalezas, la respuesta de Carlos se aplazó hasta un momento más adecuado, es decir, hasta la consecución de una tregua con Francia, aunque esta última condición no se diera a conocer explícitamente. Lo único que se obtuvo fue un privilegio imperial, fechado el 30 de septiembre, por el que se permitía que Cosme usara el título ducal. Aunque no era mucho, este privilegio permitía suponer que el emperador se mostraba conforme con el mantenimiento del joven Medici en el poder. La concesión fue proclamada en Florencia por Lope Hurtado de Mendoza, delegado imperial en la Toscana, en enero de 1538.

9

Consolidación del Estado medico

UNA BODA NECESARIA

En la primavera de 1538 se reunieron en Niza Carlos V, Francisco I y Paulo III con la intención de sellar una paz que permitiera al emperador solucionar el problema protestante mediante un concilio, así como continuar la guerra contra el turco. Resulta lógico que Cosme, habida cuenta de la actitud evasiva mostrada por Carlos ante sus propuestas, temiera que de esta reunión resultaran perjudicados sus intereses. Y más considerando los ambiciosos proyectos papales de crear un estado dinástico para los Farnese. Las relaciones del duque con la Santa Sede se situaban entonces en su nivel más bajo por razones que más adelante analizaremos, y no era cuestión de echar a perder todo lo que se había conseguido. Por ello, Cosme envió a Niza a sus mejores ministros, es decir, a Francesco Campana y al cardenal Cybo, para que defendieran sus intereses.

En el transcurso de las negociaciones llevadas a cabo entre el cardenal y el emperador, este informó que había decidido conceder a Alejandro Vitelli, como premio a su fidelidad, el feudo napolitano de Amatrice. En cuanto al tema de las fortalezas, Carlos dio a entender que era inútil insistir más, ya que estaba dispuesto a mantenerlas en su poder. Sin embargo, se comprometió a reducir las guarniciones, a fin de no aumentar los gastos del duque. Quedaba únicamente pendiente la cuestión de Margarita, la cual fue entregada, según había previsto el emperador, a Octavio Farnese, dando de esta forma satisfacción al pontífice. La reunión finalizaría el 18 de junio con una tregua, y Cosme pudo respirar aliviado por poder, al menos, conservar el ducado.

Ahora se hacía necesario que el duque lograra un buen matrimonio con el que aumentar su prestigio. Descartada definitivamente Margarita, la nueva candidata debía al menos estrechar los lazos con el emperador. Además, el problema tenía que solventarse con relativa presteza, ya que era conveniente un heredero para mantener la dinastía medicea. Cosme no quería ni oír hablar de una boda con algún miembro de la casa Farnese, y rechazó la proposición del papa de casarle con su nieta Vittoria. Tras algunos rumores relativos a ilustres nombres sonando como candidatos, fue el virrey de Nápoles, don Pedro de Toledo, quien logró colocar a una de sus hijas en el trono de Florencia. El duque Cosme podría, de esta forma, emparentar con la familia ducal castellana de los Alba, pues don Pedro era hijo de Fadrique Álvarez de Toledo, segundo duque de Alba. A fines de 1538, el emperador dio su consentimiento a un enlace que fuera en dicha dirección.

Los agentes de Cosme encargados del asunto se habían desplazado ya a Nápoles, y desde allí aconsejaron a su señor que se inclinara por la segunda hija del virrey, doña Leonor de Toledo. Un consejo que fue aceptado, ya que con esta elección el duque no tendría que desembolsar ningún dinero. La boda se celebró en julio de 1539, y el 25 de marzo de 1541 nació Francisco, primer varón del matrimonio (antes había nacido Maria) y futuro gran duque de Toscana, quien sería bautizado en el

cuarto aniversario de la victoria de Montemurlo. Su padrino fue el propio emperador, representado en la ceremonia por don Juan de Luna, castellano de la fortaleza de San Giovanni.



Retrato de Leonor de Toledo y Giovanni, su segundo hijo varón. Obra de Agnolo Bronzino realizada en 1545, que se conserva en la Galería de los Uffizi de Florencia.

PRIMEROS COMPASES GUBERNATIVOS

Con la victoria de Montemurlo y la confirmación del pláacet imperial a la elección de Cosme, fue alejado de Florencia el peligro de una posible pérdida de su independencia. Pero la labor a realizar, sobre todo en el orden interno, era todavía muy grande. En este ámbito, el nuevo duque demostró su gran valía como gobernante, manifestando ya unas pautas de conducta encaminadas a conseguir un poder absoluto sobre los demás órganos del Estado. Cada vez con mayor frecuencia fue prescindiendo del Senado de los Cuarenta y Ocho, haciendo caso omiso a la provisión del 10 de enero de 1537. La oligarquía quedó desplazada, y con la muerte de Francesco Guicciardini en mayo de 1540, perdió al principal de sus líderes. Los cargos de la administración fueron preferentemente ocupados por burócratas de clase media procedentes de los dominios florentinos, quedando así ligados a la familia Medici, causante de su buena fortuna. El propio cardenal Cybo se vio afectado por este proceso. De hecho, varios acontecimientos le hicieron sospechoso a los ojos del duque. Entre ellos, una excesiva relación con los delegados imperiales como el marqués de Aguilar y el castellano Juan de Luna, sus relaciones amorosas con su cuñada Riccarda Malaspina, marquesa de la vecina Massa-Carrara, o la falsa acusación que el cardenal lanzó respecto a las intenciones de Cosme de envenenar al pequeño Giulio, el bastardo de Alejandro. Por todo ello, Cybo hubo de retirarse discretamente, en mayo de 1540, al castillo de Massa.

Aunque la actuación política de Cosme en relación con algunos aspectos de gobierno se llevó al unísono, podemos establecer un esquema que comprendería en primer lugar la pacificación de los dominios, en ebullición desde la muerte de Alejandro; los intentos por obtener del emperador las fortalezas de Florencia y Livorno, ya que su mantenimiento en poder de Carlos V significaba una amenaza constante a la independencia del ducado; el enfrentamiento continuo con Paulo III, en parte relacionado con las primeras manifestaciones de un expansionismo mediceo a costa de los demás Estados toscanos y, por último, la creación de las bases para el desarrollo de una política absolutista. De todo ello nos ocuparemos a continuación.

LA PACIFICACIÓN DE LOS DOMINIOS

Alcanzar el orden interno constituía la condición indispensable para que Cosme pudiera consolidar su poder. Las enormes dificultades con que hubo de enfrentarse el sucesor de Alejandro no le permitieron, en un principio, sofocar las rivalidades del dominio. Sus ministros y delegados favorecieron a los grupos promediceos, como los Pichi de Borgo San Sepolcro o los Panciatichi de Pistoia, pero una vez vencidos los exiliados y solucionados los problemas de la capital, el duque impuso su autoridad absoluta sobre las facciones, mostrándose imparcial con ellas. Su actuación estuvo encaminada a obtener una paz duradera, aunque no a costa de favorecer a las familias partidarias de los Medici, sino impartiendo justicia a todos por igual.

El área de mayor confusión era la montaña pistoyesa, donde los partidarios de los Cancellieri, aprovechando la proximidad de los territorios pontificios y estenses, habían organizado bandos que se refugiaban en dichas zonas. La pacificación de la provincia se vio favorecida por la marcha a su feudo napolitano de Alejandro Vitelli, protector del jefe mediceo de Pistoia. El 1 de agosto de 1538, Filippo Nerli, el delegado florentino en Pistoia y antiguo espía de Cosme en Bolonia, escribía a este aconsejando no conceder cargos a los pistoyeses en las magistraturas de gobierno de su ciudad y la actuación represiva contra las facciones violentas, fueran del bando que fueran.

Siguiendo esta tesis, Nerli ejecutó a Baccino Bracciolini, uno de los líderes promediceos de la comarca. El líder de los Panciatichi, Niccolò Bracciolini, al no verse muy seguro en su tierra, entró en contacto con los venecianos para ofrecerse como mercenario. La última acción violenta llevada a cabo en Pistoia tuvo lugar en julio de 1539, cuando los Cancellieri intentaron entrar en la ciudad sin conseguirlo. Por último, Cosme dispuso que durante una década todos los cargos políticos de Pistoia fueran detentados por hombres de su confianza procedentes de Florencia. De esta forma, quedaba eliminado uno de los principales motivos de discordia, es decir, el control del municipio, por el que se enfrentaban las más destacadas familias de la localidad.

En Borgo San Sepolcro también se alcanzó la pacificación en 1538, adoptándose la vía de la conciliación. Los Pichi y los Graziani fueron llamados al orden, y ambos clanes alcanzaron la paz gracias a las prédicas de un eclesiástico y a la política conciliadora de los delegados gubernamentales.

Estos logros parciales se vieron a su vez reforzados con medidas preventivas. En Arezzo se reanudaron las obras de fortificación iniciadas por Alejandro. En Pistoia, Prato y Florencia fueron construidas o reparadas algunas fortalezas, mientras se llevaba a cabo una labor de erradicación del bandidaje en las provincias limítrofes. El propio Cosme se desplazó a los lugares más conflictivos: así, entre 1539 y 1540 visitó Pisa, Arezzo, Volterra, Borgo San Sepolcro y otras poblaciones menores, siendo muy bien acogido en todas. La política integradora del país daba ya sus primeros frutos.

LOS ENFRENTAMIENTOS CON EL PAPA

Ya desde los primeros momentos de su elección, el duque Cosme estuvo en continuo enfrentamiento con el papa. Este ya había tenido problemas con Alejandro a causa del apoyo prestado a los exiliados florentinos, y por el mismo motivo las relaciones con Cosme siguieron bastante frías. Además, hay que tener en cuenta los intereses de los Farnese por poseer su propio principado dinástico. Los pontífices del Renacimiento, al no poder dejar en herencia los territorios de la Santa Sede y la tiara papal a sus hijos, necesitaban encontrar otros patrimonios para ellos. Alejandro VI Borgia lo intentó para su hijo César y fracasó; León X logró feudos para sus parientes y la restitución de su familia en Florencia; Clemente VII obtuvo un gran éxito al colocar a su presunto hijo en el trono florentino, y Paulo III no podía ser menos respecto a su hijo Pier Luigi o su nieto Octavio.

Durante los seis primeros meses de gobierno de Cosme, Paulo III había intentado, mediante acciones diplomáticas y subversivas, lograr que aquel abandonara su cargo. En primer lugar, permitió veladamente el reclutamiento de tropas antimediceas en su territorio e intentó atraerse a Alejandro Vitelli. Su hijo Pier Luigi, aunque no lo lograra, buscó además apoderarse de Pisa. No obstante, el pontífice siguió con sus planes con verdadera obsesión, buscando perjudicar los intereses de Cosme en cuanto surgía la ocasión. Requisó los bienes de los Medici en Roma, argumentando que Clemente VII había dejado deudas, y que el sobrante pertenecía, en todo caso, a Lorenzino, el asesino de Alejandro. Más tarde, el papa impuso en toda Italia un diezmo extraordinario destinado a sufragar la lucha contra el turco, que el duque de Florencia se negó a pagar. Como contrapartida, el 10 de febrero de 1538 el pontífice decretó un entredicho contra los territorios mediceos, y Cosme hubo de ceder al mes siguiente. Los enfrentamientos de estos meses fueron tales que podrían alargar estas páginas de forma excesiva, aunque conviene saber que no se limitaron a los expuestos.

Tras el matrimonio entre Margarita y Octavio, el temor de Cosme a las ambiciones del papa aumentó. En la corte ducal se consideró oportuno adoptar una política regalista que frenara las pretensiones del pontífice, política por otro lado acorde con el absolutismo hacia el que se tendía. Los propios ministros de Cosme apoyaban al pensador reformista Aonio Paleario y entraban en contacto con lecturas poco ortodoxas.

Una de las más destacadas mujeres simpatizantes con la Reforma, y que durante algún tiempo residió en Florencia, era Caterina Cybo, duquesa de Camerino y hermana del cardenal Inocencio. Caterina fue una firme seguidora del sienés Bernardino Ochino, un excapuchino pasado a la herejía. Precisamente a causa de la posesión de Camerino estuvieron en trance de enfrentarse las tropas mediceas con las de Pier Luigi Farnese, jefe de las armas pontificias. Dicho ducado era feudo papal, y su dueña había casado a su hija Giulia, pese a la oposición pontificia, con Guidobaldo

della Rovere. A causa de este matrimonio, el papa revocó todos los derechos feudales de los nuevos duques, y se dispuso a anexionarse Camerino. Las operaciones militares comenzaron en otoño de 1538 bajo la dirección de Pier Luigi. Cosme se puso en guardia al temer que, después de Camerino, el Farnese se lanzara contra la República de Siena. Al final, la intervención moderadora de Carlos V solucionó el problema sin apenas derramamiento de sangre. Al considerar inútil toda resistencia, Guidobaldo abandonó Camerino.

La crisis entre las dos cortes enemigas por el problema de Camerino se agudizó a causa del beneficio del hospital de Altopascio. Dicha institución pertenecía a Florencia, aunque se encontraba en la diócesis de Lucca, y por ello había concedido su beneficio a la familia florentina de los Capponi en 1472. En 1537, tras la muerte de Giovanni Capponi, el papa hizo cesión de los derechos sobre el hospital a su nieto Alejandro, pero Cosme se negó a aceptarla y en el mismo año concedió la investidura del beneficio a su secretario Ugolino Grifoni. Previamente, había presionado a los Capponi para que cedieran sus derechos de presentación. Además, el duque puso la cuestión en manos del emperador, aunque en 1538 este todavía no había dado su parecer. Grifoni fue excomulgado y el propio Cosme sería amenazado con la misma pena. Entonces, el duque intentó llegar a un acuerdo con el pontífice, y el 24 de enero de 1539 se estipuló que el beneficio pasaría a manos de Giulio, el hijo espurio de Alejandro de Medici, aunque una parte de las rentas sería entregada al cardenal Alejandro Farnese. No era esta una solución que favoreciera a Cosme, ya que permitir al papa la concesión de la investidura constituía un precedente lesivo para las pretensiones regalistas del duque. Sin embargo, su secretario Niccolini consiguió que en el acta de acuerdo se diera a entender que la investidura adquiriría un carácter excepcional. No obstante, esto no impidió que más tarde el papa variara unilateralmente las disposiciones contractuales, dando a Giulio el título del beneficio y a su nieto la administración de las rentas. Era esta una diplomacia de golpes bajos que provocó continuas protestas por parte de Cosme, cuya tenacidad logró imponerse no obstante, y en 1540 se saldó definitivamente el asunto con la entrega del hospital a Grifoni.

En diciembre de 1540, Cosme obtuvo del papa la promesa de no imponer ningún tipo de carga extraordinaria al clero toscano. El año anterior, Paulo III había vuelto a elevar la décima con el pretexto de la guerra contra los protestantes. El duque no aceptó el nuevo incremento, y su territorio cayó en entredicho desde el 1 de agosto de 1540. Ante las continuas ofensas papales, Cosme desplegó con tenacidad todos sus resortes diplomáticos, logrando, por medio de su suegro el virrey de Nápoles, la promesa antes aludida.

LA GUERRA DE PERUGIA

Sin embargo, el conflicto que más cerca estuvo de llevar al enfrentamiento armado a Cosme y Paulo III fue el causado por la rebelión de Perugia. El papa, siempre necesitado de dinero, había aumentado en 1540 los tributos pagados en los territorios pontificios. Pero, además de la carestía sufrida entre 1539-1540, los habitantes de Perugia argumentaron, buscando no tener que pagar, que su ciudad estaba exenta de gravámenes extraordinarios por una bula de Eugenio IV. Al negarse por ello a contribuir, Paulo III lanzó el entredicho a la ciudad, lo que provocó que los peruginos se sublevaran y expulsaran al vicelegado papal. A la cabeza de la revuelta se colocó Rodolfo Baglioni, exiliado político de Perugia y capitán al servicio de los Medici. El duque de Florencia, temeroso de volver a entrar en conflicto con el pontífice, había pedido a Baglioni que no abandonara la Toscana, pero su gestión no obtuvo resultado y el mercenario partió hacia su ciudad de origen.

A las tropas papales se sumaron diversos contingentes españoles enviados por el virrey de Nápoles. En la corte ducal corrió el rumor de que el emperador había aceptado secretamente que el pontífice se apoderara de Florencia tras recuperar Perugia. Por ello, Cosme solicitó la intercesión de Carlos V, el cual se mostró partidario de una estricta neutralidad y ordenó que las tropas españolas regresaran a sus bases. Pese a esto, Pablo III no cedió en sus intenciones de someter a los rebeldes por las armas, y pronto su hijo Pier Luigi comenzó las operaciones militares. Cosme comprendió que Perugia no resistiría mucho tiempo y, a fin de evitar acciones armadas cerca de su frontera, intentó ejercer de intermediario para alcanzar la paz. El papa despreció sus propuestas y siguió adelante en su deseo de rendir la ciudad sin condiciones. Los jefes rebeldes acordaron entonces entregar Perugia sin combatir, y el día 1 de junio de 1540 Pier Luigi entraba triunfalmente a la cabeza del ejército pontificio.

El conflicto de Perugia dio lugar a que el papa acusara a Cosme de apoyar la sublevación. Paulo III llegó a afirmar que el duque había aconsejado a los peruginos que solicitaran su anexión al imperio, y probaba tal acusación mediante una carta comprometedor. Nuevamente el emperador se encargó del arbitraje entre ambas posturas, y todo se solucionó dándose a entender que las pruebas del papa eran falsas.

Mientras esto ocurría en el campo diplomático, los rebeldes que habían huido de Perugia se preparaban para una nueva acción, reuniendo mercenarios florentinos y sieneses. Cosme fue de nuevo acusado de facilitarles apoyo, y Alejandro Vitelli, capitán ahora de las fuerzas pontificias, se dispuso a invadir el territorio de su antiguo señor. Sin embargo, no se llegó al enfrentamiento a causa de la intervención de los agentes imperiales en Italia. Carlos V necesitaba paz en la península, y por ello se evitó la lucha.

El hecho de que Cosme pudiera, en estos primeros años de gobierno, dedicarse a la política exterior, constituye un signo de la sustancial tranquilidad que reinaba en su

Estado, así como una muestra de la debilidad republicana. No obstante, las constantes apelaciones al emperador confirman también la dificultad del nuevo poder principesco de Florencia para alcanzar el nivel de autonomía y capacidad decisoria del que gozaban otros Estados europeos de la época.

LA RECUPERACIÓN DE LAS FORTALEZAS

Para poder disfrutar de una independencia más o menos estable, Cosme precisaba recuperar el control sobre las fortalezas de Florencia y Livorno. Por ello, cuando Carlos V viajó a Milán en el verano de 1541, el duque fue a Génova para encontrarse allí con él. La entrevista versó, lógicamente, sobre el asunto de los presidios. Cosme argumentó para poder recuperarlos que su poder estaba lo suficientemente asentado, y que su fidelidad hacia el imperio había quedado ampliamente demostrada en numerosas ocasiones. Por ello, el emperador no precisaba ya de mayores garantías que la palabra del duque. Sin embargo, Carlos evitó dar una respuesta concreta y relegó la cuestión hasta su regreso de la expedición de Argel, nido berberisco que pretendía conquistar.

El intento contra Argel, que tuvo lugar en octubre de 1541, resultó un rotundo fracaso para las armas del emperador. De esta situación se aprovechó Francisco I, aliado de los turcos, y a principios del año siguiente pasó a Italia Piero Strozzi. Desde Roma, ideó una conspiración para conquistar Pisa aprovechando el descontento de Fazio Buzzacarini, noble pisano que había sido rechazado por el emperador en su expedición a Argel. No obstante, Cosme fue informado a tiempo y ordenó arrestar a Fazio. Piero no se desanimó por ello, y se dedicó a buscar un territorio favorable que pudiera servir de cabeza de puente a las tropas francesas.

Un nuevo enfrentamiento europeo entre Carlos V y Francisco I provocó en la corte medicea la adopción de medidas preventivas. Se reforzó el Ejército contratando tropas mercenarias, y se procuró aumentar las arcas mediante impuestos extraordinarios. Además, el conflicto permitió al duque iniciar una nueva ofensiva negociadora en torno al tema de las fortalezas. En mayo de 1543, el emperador desembarcó en Génova, una de las etapas de su viaje a Alemania, y Cosme fue, como en 1541, a rendirle homenaje y a insistir sobre el tema. En esta ocasión, el emperador pasaba por una coyuntura políticamente menos favorable que la de dos años atrás. Tras el desastre de Argel, la flota turca recorría el Mediterráneo occidental con toda tranquilidad, y el emperador no podía, por sí solo, defender las costas del Tirreno. La fidelidad de Cosme era ahora más necesaria que nunca. Por ello, accedió a las pretensiones del duque a cambio de la entrega de 150.000 escudos de oro y la promesa de ayuda en la empresa contra los protestantes. El 12 de junio era firmada el acta de devolución en Pavía, y el 3 de junio el duque hacía su solemne entrada en la fortaleza de San Giovanni. No fue ajeno a su éxito el canciller imperial Granvela, quien siempre apoyó a Cosme en sus gestiones frente a Carlos V gracias a los regalos que recibía del duque, entre los que destacó una *Pietà* del pintor Bronzino.

Cosme se mantuvo fiel al acuerdo de Pavía, entregando con presteza el dinero estipulado. Además, desplazó a Alemania un contingente de mil soldados comandados por Stefano Colonna. En abril de 1544, dos mil infantes mediceos a las órdenes del ya conocido Rodolfo Baglioni pasaban a engrosar las tropas imperiales

del marqués del Vasto con el fin de combatir a los franceses. Transportados en las galeras genovesas de Gianettino Doria, sobrino de Andrea, combatieron en la batalla de Serravalle (Piamonte) contra los franceses y los exiliados toscanos dirigidos por Piero Strozzi. Tras la victoria, el marqués del Vasto cedió a Cosme los soldados toscanos capturados.

La paz, llamada de Crépy, no llegaría hasta el 18 de septiembre de 1544, y en ella quedó acordada la cesión de Saboya a los franceses y el mantenimiento del Milanesado en poder de Carlos V. Por aquel entonces, el Estado florentino estaba ya plenamente consolidado, y ningún peligro inmediato le amenazaba. Incluso el duque se permitió el lujo de enviar una embajada, dirigida por Bernardo de Medici, a París, con objeto de establecer relaciones cordiales con Francisco I.



Pietà de Agnolo Bronzino, entregada por Cosme de Medici al cardenal Granvela. Realizada entre 1540 y 1545, se conserva en el Museo de Bellas Artes y de Arqueología, Besançon (Francia).

EL ASESINATO DE LORENZINO

Cosme consideraba que la muerte de su antecesor, Alejandro, constituía un magnicidio que no debía quedar impune. Pero Lorenzino había huido inmediatamente después de perpetrar su crimen, y por ello el duque tuvo que recurrir a sus agentes en el extranjero y a asesinos a sueldo. El tiranicida había marchado primero a Bolonia, luego a Venecia y por fin a Francia, donde se le había perdido la pista. A partir de entonces, tuvo lugar una novelesca persecución que culminaría con uno de esos asesinatos de Estado a que tanto nos tiene acostumbrados la historia.

Localizado en Pesaro en 1542, en París de nuevo entre 1543 y 1544 (donde se cartea con Piero y Roberto Strozzi, hijos del banquero fallecido en su prisión florentina), Lorenzino pasa por fin a Venecia (1544), donde adopta el nombre de Marco. A pesar de las precauciones adoptadas, su llegada pronto es conocida por Pier Filippo Pandolfini, embajador mediceo en la Serenísima. Entonces, el duque envía a dos sicarios volterranos para que acaben con el asesino.

No obstante, los dos agentes tardarían casi cuatro años en cumplir con su cometido. Lorenzino andaba siempre con una pequeña escolta, y cuando los volterranos estaban a punto de ser sustituidos por otros hombres más eficaces, decidieron actuar cuando su objetivo salía de una iglesia. En la mañana del 26 de febrero de 1546, lograron apuñalarle con cuchillos envenenados y acabaron con su vida. Luego pudieron huir para cobrar su recompensa.

**El expansionismo mediceo en la Toscana y la guerra de
Siena**

LOS VECINOS DE COSME

El ducado de Florencia se encontraba rodeado de pequeños Estados, que eran objeto de las ambiciones tanto papales como francesas. Aunque Lucca, Siena, Massa y Piombino fueran territorios jurídicamente dependientes del imperio, su debilidad política daba lugar a que se convirtieran a menudo en objetivos de los enemigos de los Habsburgo. A causa de sus actividades comerciales, la República de Lucca mostraba una actitud ambigua, sin renunciar radicalmente, al menos en estos años, a una eventual alianza con Francia. Por su parte, tanto Siena como Piombino constituían un apetecido plato para Paulo III. Es lógico suponer que Cosme, ante el temor de verse rodeado por sus enemigos, pretendiera a su vez ampliar sus territorios a costa de los demás Estados toscanos, o por lo menos intervenir, de acuerdo con sus intereses, en sus asuntos internos. Resultaba preferible apoderarse de ellos que no asistir impasible a su caída en manos poco amigas. Además, la anexión de nuevos territorios consolidaría aún más su poder en el ducado de Florencia, y le concedería un cierto prestigio en el resto de Italia. Por esta razón, las tendencias intervencionistas y claramente expansionistas no tardaron en manifestarse como un aspecto característico de la política exterior de Cosme.

MIRAS SOBRE PIOMBINO

El pequeño señorío de Piombino, regentado por la familia de los Appiani, había sido reconocido como feudo protegido por el imperio en 1509. Incluía algunos municipios en la península, como Piombino, Suvereto, Scarlino o Buriano, más las islas de Elba, Montecristo, Gorgona y Pianosa, en el archipiélago toscano. Debido a su debilidad militar, las naves berberiscas recorrían con facilidad sus costas, y el feudo era objeto de las ambiciones de los Farnese. Los agentes imperiales temían que se convirtiera en una cabeza de puente para los franceses, por lo que a menudo apoyaron las pretensiones de Cosme sobre dicho Estado. Tampoco era ajena a dichas pretensiones la existencia de ricas minas de hierro en la comarca, explotadas ya desde época etrusca.

En 1539, Paulo III concedió el obispado de Massa Maritima a su nieto Alejandro Fernese, después de haber obligado a renunciar a su antiguo titular. Aunque dicha localidad se encontraba en territorio sienés, su obispo también ejercía jurisdicción sobre Piombino. Cosme advirtió al emperador del peligro que significaba para sus intereses la designación pontificia, a la par que solicitaba el apoyo de Francisco de los Cobos y de Granvela para obtener el señorío de Piombino. Las negociaciones se alargaron hasta junio de 1541, pero el duque no obtuvo la esperada cesión. Carlos V ordenó a Juan de Luna, el castellano de la fortaleza de Florencia, que arbitrara las negociaciones, y el día 3 del citado mes se reunió con Cosme y Jacobo V Appiano en Volterra. El señor Piombino, que no deseaba perder su Estado, confirmó su lealtad al emperador y su disposición a combatir a turcos y franceses. Por otro lado, Cosme se comprometía a ayudar con sus tropas al pequeño señorío en caso de peligro. De esta forma, aunque el feudo de los Appiani no pasara a depender totalmente de los Medici, quedaba al menos bajo su tutela militar. Así, cuando el pirata de Argel Kayrerd-Din Barbarroja intentó atacar Piombino en 1543, las tropas mediceas fortificaron la ciudad y lograron la retirada del enemigo. Además, el 17 de marzo de dicho año Cosme obtenía el monopolio de explotación de las minas de hierro de Elba.

En 1545, y ante el temor a que los franceses ocuparan Piombino, Carlos V ordenó que tropas hispánicas ocuparan el señorío. El duque de Florencia volvió a insistir en que se le entregara dicho territorio, lográndolo por fin el 22 de junio de 1548. Aunque esta situación duraría poco tiempo, pues los genoveses, temerosos de que Cosme se adueñara de una estratégica zona peligrosamente próxima a sus posesiones de Córcega, protestaron ante su aliado el emperador y lograron que revocara la cesión de Piombino. Excepción hecha, eso sí, de la base de Portoferraio, en la isla de Elba, que siguió en manos de Cosme.

CONFLICTOS CON LUCCA

La República de Lucca había sido una tradicional enemiga de Florencia. Recordemos que fue precisamente la guerra de 1429 entre florentinos y luqueses la que permitió el ascenso de los Medici al poder. Pero el pequeño Estado se encontraba bajo la protección del emperador, a quien consideraban su supremo señor, por lo que Cosme no podía anexionárselo sin más. No obstante, el duque fomentó los continuos conflictos fronterizos existentes entre ambos Estados, e incluso apoyó revueltas contra el Gobierno oligárquico luqués. Ya en julio de 1538, las tropas mediceas atacaron la población limítrofe de San Quirico de Valdriana para vengar un incidente entre campesinos, y en los mismos días Cosme apoyó a la marquesa Riccarda Malaspina de Massa en un enfrentamiento con Lucca del que más tarde hablaremos.

En mayo de 1540, los hombres del duque volvieron a invadir territorio luqués para destruir las obras de canalización del río Serchio, a la vez que hacían correr el rumor de que la pequeña república defendía los intereses franceses. No obstante, fue el asunto del gonfaloniero Burlamacchi el que más afectó a las relaciones entre Cosme y Lucca durante esta primera etapa de gobierno.

Francesco Burlamacchi pertenecía a una rica familia luquesa de gran prestigio en su república. Precisamente en el momento de su detención (agosto de 1546), el conspirador ocupaba el cargo de gonfaloniero. El complot que por aquel entonces había orquestado tenía motivaciones muy complejas. En primer lugar, iba encaminado a terminar con las tendencias expansionistas de Cosme, por lo que también fueron avisados de sus planes los hermanos Piero y Leone Strozzi. Además, adquirió un cariz religioso, pues se pretendía solicitar la intervención del emperador en los asuntos de la Iglesia, a fin de lograr la reforma moral e institucional que el papa era incapaz de impulsar. Se deseaba crear un Estado federado toscano, integrado por Lucca, Pisa, Siena, Florencia, etc., a modo de la antigua confederación etrusca. Por ello, Burlamacchi pretendía reunir a la milicia campesina luquesa y lanzarla de noche contra territorio pisano, al objeto de sublevarlo contra Cosme. Pero fue de nuevo un delator quien advirtió de todo al duque, mientras un exiliado político sienés ponía en conocimiento del asunto al Gobierno luqués.

Puesto que el plan de Burlamacchi atentaba contra los intereses imperiales en Italia, la oligarquía de Lucca tuvo que enviar a su gonfaloniero a Milán, dando así a entender que su república nada tenía que ver con una conspiración tan grave. A pesar de las protestas de Cosme, quien deseaba juzgar a Burlamacchi en Florencia con el fin de conocer toda la trama, el conspirador sería encarcelado en la capital lombarda y allí mismo ejecutado el 14 de febrero de 1548.

INTERVENCIONISMO EN MASSA-CARRARA

El pequeño marquesado de Massa-Carrara también era fronterizo con Lucca, y debido a un conflicto entre poblaciones limítrofes, ambos Estados se vieron arrastrados a una guerra durante la que Cosme se mantuvo en todo momento dispuesto a intervenir contra los luqueses.

El 8 de julio de 1538, en plena cosecha, un grupo de masseses atravesó la frontera y atacó la población luquesa de Montignoso. Al día siguiente, el gonfaloniero de la república, Francesco Turrettini, lanzó un discurso ante su Gobierno exigiendo una acción de represalia. Puesto que el enemigo era débil, los luqueses desplazaron primero una embajada a Massa para exigir satisfacciones, y al no lograr nada, se ordenó que todos los súbditos del vecino marquesado que se encontraran en Lucca fueran arrestados. A continuación, tres mil infantes y trescientos caballos invadieron el territorio enemigo y acamparon frente a los muros de Massa.

Cosme, aliado de la marquesa Riccarda, decidió intervenir en su favor. Además, corría el rumor de que Paulo III apoyaba financieramente a la república, y lo que había comenzado como un típico problema fronterizo acabó convirtiéndose en un conflicto regional. En él intervinieron unidos el marqués de Aguilar, embajador imperial y amante de Riccarda, el duque de Florencia y la propia marquesa, exigiendo al unísono a los luqueses que retiraran sus tropas de Massa. Por otro lado, las operaciones militares tampoco favorecían a las tropas de la república, que se encontraron sin vituallas a causa de las dificultades para el abastecimiento impuestas por Cosme y a las lluvias torrenciales caídas en aquellos días.

Enterado el emperador del conflicto, ordenó al marqués del Vasto que ejerciera un arbitraje en su nombre. La sentencia definitiva llegó en 1540 a través de Francesco de Lodi, comisario delegado del Gobierno imperial en el Milanesado. Los masseses fueron condenados a pagar cuatro mil escudos, de forma que los luqueses se consideraron diplomáticamente vencedores ante Cosme, al haber sido reconocidos como víctimas de un ataque enemigo.

Sin embargo, en 1546 el duque de Florencia tuvo de nuevo ocasión de intervenir en los asuntos internos de Massa. La marquesa Riccarda había tenido de su esposo Lorenzo Cybo, del que se encontraba separada, dos hijos llamados Giulio y Alberico. Debido a la predilección que mostraba hacia él, Riccarda nombró heredero a su segundogénito Alberico, obteniendo incluso del emperador un documento que legalizaba tal situación.

Giulio Cybo solía residir con su padre en su villa de Agnano, cercana a Pisa, y en 1541, cuando cumplió los dieciséis años, Lorenzo lo envió a la corte imperial y residió en España por tres años. Posteriormente, Giulio regresó a Italia, y desde Roma exigió a su madre que le entregara el marquesado. Ante su negativa, el joven decidió actuar por su cuenta y, con la ayuda de su padre, entró en Massa. Riccarda entró en contacto con él y le aseguró que le entregaría el marquesado, pero a su regreso a

Roma, deshizo el compromiso y ordenó al castellano de su fortaleza, Piero Gassano, que se preparara para un eventual ataque.

Giulioi sumamente irritado por el engaño, solicitó ayuda de Cosme para efectuar una acción armada. Tras reunir un ejército de mil infantes y cien jinetes, en la noche del 20 de septiembre de 1546 se apoderó del feudo, excepción hecha de su fortaleza principal.

Al conocer Riccarda la acción de su hijo, escribió una carta al emperador informando de los hechos y acusando a Giulio y a su padre de estar al lado de Francia. Por ello, solicitaba además la intervención de Carlos V en su favor, instándole a que ordenara a Cosme cualquier acción que le permitiera recobrar sus posesiones.

El asedio del castillo de Massa, no obstante, duró poco, ya que con la ayuda de un cañón que Andrea Doria le había proporcionado, Giulio logró conquistarlo, matando al castellano Gassano y a sus dos hijos. Con ello, la situación cambió radicalmente. El emperador dispuso entonces que Ferrante Gonzaga, sucesor en el Gobierno de Milán del marqués del Vasto, ejerciera un arbitraje y ofreciera una solución satisfactoria para todos.

Ferrante convocó en Milán a Riccarda y a Giulio, pero este se negó a acudir. Su intransigencia motivó que todos los afectados se pusieran en su contra. Cosme de Medici logró apresar al impetuoso muchacho y lo encerró en la fortaleza de Pisa.

Mientras, Ferrante determinó que si Giulio quería poseer el marquesado, debería indemnizar a su madre con cuarenta mil escudos de oro, pero al no poseer tal cantidad, el joven regresó a Roma y se dedicó a conspirar junto a agentes franceses, al parecer estimulado por Paulo III. Conocedor de ello el gobernador de Milán, consiguió detener a Giulio cuando este viajaba en dirección a Génova. El 18 de mayo de 1548 sería ejecutado en Milán.

LOS ORÍGENES DE LA GUERRA DE SIENA

Siena, el segundo Estado de la Toscana en lo que se refiere a extensión después del ducado de Florencia, era otra república bajo protección imperial, lo que impidió que en 1526 Clemente VII se la anexionara.

Pero sus problemas más graves eran más de índole interna que externa. Las luchas endémicas entre las diversas facciones políticas (denominadas *monti*) reflejaban los conflictos sociales existentes entre los grupos populares y la alta burguesía, y provocaban una continua situación de inestabilidad. Por este motivo, Carlos V fue enviando desde 1530 una serie de delegados para que gobernaran en su nombre, los cuales no hicieron más que complicar la situación. Así, en febrero de 1546, y a causa de un motín popular, hubo de huir de Siena don Juan de Luna, y fue sustituido en septiembre de 1547 por don Diego Hurtado de Mendoza, quien llegó a la capital toscana al frente de una nueva guarnición hispánica. Granadino, hijo del conde de Tendilla, sabemos que este Diego sería posteriormente un destacado poeta, atribuyéndosele en la actualidad por algunos historiadores la autoría, nada menos, que de *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*.



Siena, Piazza del Campo, centro del poder republicano en la ciudad.

Dejando de lado el ámbito literario, debemos decir que Diego no era un personaje demasiado diplomático. Su actuación en Siena provocó un gran descontento entre sus habitantes, sobre todo cuando decidió construir una fortaleza en la que alojar a sus tropas. Para ello, logró convencer al emperador mediante una comisión de ciudadanos afectos a sus intereses. Además, impuso un préstamo forzoso destinado a mantener la guarnición y edificar la fortificación.

Vanas fueron las súplicas que numerosos sieneses le hicieron llegar, y que incluso se enviaron a Carlos V. Este respondió siempre que la fortaleza estaba destinada a defender la república de un posible ataque francés. Por ello, las obras se iniciaron el 11 de noviembre de 1550.

Mientras, la situación internacional comenzaba a mostrarse poco favorable a los intereses imperiales. En 1551, Enrique II de Francia firmaba con los príncipes protestantes la alianza de Chambord. En el Mediterráneo, los turcos ocupaban Trípoli ese mismo año, amenazando la costa occidental italiana. Los agentes franceses se empeñaban en provocar sublevaciones en la península apenínica, siendo Siena una de sus principales objetivos. La guerra por la república estaba a punto de estallar.

EL DESARROLLO DE LA GUERRA

En Italia corría el rumor de que el príncipe Felipe deseaba crear un Estado que incluiría Siena, Parma, Piacenza y Piombino, rumor no muy alejado de la realidad, pues Felipe mantenía en secreto correspondencia con don Diego para que Siena quedara para él. No obstante, en 1551 se supo que Fernando, el hermano del emperador Carlos, iba a convertirse definitivamente en su sucesor en el trono imperial, y por ello Siena pasaría a depender de él. Felipe, que estaba en contra de tal nombramiento, aspiraba a conservar Siena para sí en cuanto pasara a ser rey de los territorios hispánicos.

Los sieneses sabotearon por todos los medios a su alcance la construcción de la fortaleza, de forma que las obras avanzaron muy lentamente. Los soldados españoles, faltos de paga, vendían sus armas y huían de sus puestos, mientras que los contactos entre ciudadanos de la república y agentes franceses se hacían cada vez más frecuentes. Roma, con la complicidad del cardenal Alejandro Farnese, se convirtió en el centro de tales contactos. Entre febrero y mayo de 1552, se ataron los cabos de la trama que acabaría con la expulsión de los españoles de Siena. El cardenal de Tournon, embajador francés en Roma, se entrevistó con diversos conjurados, entre los que destacaba el caballero sienés Amerigho Amerighi, y se logró convencer al conde de Pitigliano y al conde de Santa Fiora, ambos feudatarios de la república, para que se unieran a la revuelta. Mientras, los agentes franceses sondearon a Cosme de Medici sobre su actitud ante una eventual intervención del ejército galo en Italia. El duque, observando las dificultades por las que pasaba el emperador en Alemania, enfrentado a los protestantes, dio a entender que se mantendría neutral, confiando en que Francia no llegaría a interesarse por Siena.

Durante el mes de julio, Amerighi se dedicó a reunir tropas en la campiña, con el pretexto de un posible ataque turco en la costa. El día 26 se concentraron cerca de la capital unos mil hombres. Aquel día, don Diego no se encontraba en Siena, sino en Roma, y su lugarteniente Diego de Álava aún llegó a conocer en el último momento el verdadero motivo de la concentración militar. Sin embargo, ya nada pudo hacer al respecto, salvo advertir a su superior y al duque Cosme. Durante la noche del 26 y el día siguiente, logró arrestar a dos conjurados y se encerró a continuación en la ciudadela. El mismo día 27 llegaban a Siena cuatrocientos infantes enviados por Cosme. Después, don Diego Hurtado se desplazaría a Florencia en busca de más refuerzos, pero ya era demasiado tarde.

La guarnición española de Siena acabó viéndose en una situación muy comprometida. La ciudad se encontraba en plena efervescencia, mientras que en el exterior el número de enemigos aumentaba a cada hora que pasaba. Diego de Álava no disponía de hombres suficientes para defender todo el perímetro urbano, por lo que algunos oficiales siguieron en la ciudadela, mientras que otros, ante los primeros ataques de los conjurados, intentaban defender únicamente las puertas. El día 28

llegarían las primeras tropas francesas, y en vistas de que la situación de los asediados no les permitía conservar la ciudad, el duque Cosme decidió pactar la capitulación. Gracias al acuerdo adoptado, el 5 de agosto toda la guarnición pudo abandonar libremente Siena. Los jefes rebeldes, a su vez, se comprometieron a licenciar a todas las tropas extranjeras situadas en su territorio y a mantenerse fieles al emperador. No obstante, y dado que los españoles conservaban todavía la fortaleza de Orbetello, en la costa sienesa, los franceses se negaron a abandonar la república y acabaron tomando posesión de la capital.

Una vez perdida Siena para la causa imperial, tanto don Diego Hurtado como Cosme buscaron evitar responsabilidades ante el emperador, culpándose mutuamente del fracaso. El duque no quería que se diera a conocer la oferta de neutralidad lanzada a los franceses, y gracias al apoyo que en la corte hispánica le otorgaron el duque de Alba y Francisco de Toledo, tíos ambos de su esposa Leonor, logró salir airoso del asunto. Don Diego, en cambio, sería llamado al poco tiempo a España y nunca más regresaría a Italia.

Durante los meses siguientes a la sublevación sienesa, no se dio ningún tipo de acción armada. En Siena, el pueblo destruyó la odiada fortaleza, mientras que el cardenal Ippolito d'Este, hermano del duque de Ferrara, era nombrado su delegado en la república por Enrique II de Francia. Mientras, Carlos V, preocupado entonces por el asedio de Metz, envió a Francisco de Toledo para pulsar la opinión de Cosme y convencerle de que dirigiera las futuras operaciones contra Siena. El duque se negó, argumentando que preparaba en secreto una conjura proimperial en la capital de aquella república, conjura que podía ser descubierta si se organizaba una campaña militar. En realidad, Cosme temía una intervención francesa contra su Estado, y de momento no deseaba comprometerse en una guerra. También era cierto que conspiraba contra el Gobierno profrancés de Siena, pero su plan fue descubierto y sus agentes acabaron decapitados.

La guerra llegó a la Toscana en enero de 1553. Los sieneses se habían preparado ya, gracias a la ayuda francesa, contratando varios miles de mercenarios y reparando las fortalezas de sus dominios. Carlos V ordenó imperiosamente al virrey don Pedro de Toledo que invadiera el territorio republicano, y así lo hizo en enero de aquel año. Sin embargo, el 22 de febrero don Pedro falleció, y la campaña, que se alargó hasta el 15 de junio, quedó sin un jefe de prestigio. Fue don García, el hijo del difunto virrey, quien dirigió las operaciones, sin recibir para ello demasiado apoyo de Cosme. Los soldados se limitaron a saquear la campiña, asediar la localidad de Montalcino sin llegar a conquistarla y sufrir los efectos de un avituallamiento desordenado. En junio, don García dio orden de regresar a Nápoles ante el temor de un ataque turco-francés.

Diez meses después del motín de Siena, sólo quedaban tropas imperiales en el pequeño puerto de Orbetello, aunque sometidas al asedio francés. Cosme se encargaba de defender el señorío de Piombino, consignado el 7 de agosto de 1552 por don Diego Hurtado. Temeroso de un ataque francés, el duque preparó sus milicias,

tomó a sueldo a numerosos mercenarios alemanes e italianos y aumentó los impuestos para reparar las defensas.

Sin embargo, los franceses no fueron los primeros en golpear. Indirectamente, habían provocado la irritación de Cosme sustituyendo a Ippolito d'Este por Piero Strozzi al frente de la defensa de Siena. El duque consideró tal medida como una provocación, pues el ejército de Strozzi incluía a diversos exiliados florentinos, y comenzó por ello a preparar un plan secreto que le permitiera conquistar la vecina república.

La nueva campaña se inició la noche del 26 de enero de 1554, cuando el marqués de Marignano, mercenario lombardo al servicio de Cosme, irrumpió por sorpresa en territorio sienés. El plan de ataque incluía la toma de la capital y de las principales localidades del Estado. Sin embargo, a causa de la falta de medios, y a pesar de la sorpresa con que se produjo la incursión, únicamente se logró ocupar el fuerte de Camollia, situado frente a la capital. El día 28, Cosme escribía al Gobierno de la república, afirmando que su intención era liberar al Estado de la opresión francesa. Pero los sieneses hicieron caso omiso de la epístola, y tampoco se amedrentaron ante un peligro tan próximo. Bien al contrario, pues procuraron aumentar sus fuerzas solicitando más soldados y dinero a Francia y dificultando la labor del marqués de Marignano, quien se esforzaba por cerrar el círculo en torno a Siena para aislarla del exterior.



Toma del fuerte de Camollia de Siena por las tropas de Cosme de Medici en 1554.

Pintura de Giorgio Vasari, realizada en 1570, que se conserva en el Palazzo Vecchio de Florencia.

A fines de marzo, los sieneses obtuvieron una victoria en Chiusi, donde perecieron cerca de ochocientos soldados mediceos y fueron capturados otros dos mil. Pero las acciones de este tipo no se prodigaron demasiado. El marqués de Marignano prefería enfrentarse en pequeñas escaramuzas y conquistar fortificaciones en territorio enemigo, disgregando y desgastando las fuerzas contrarias. Además, sus

esfuerzos se concentraban sobre todo en la toma de la capital. La derrota de Chiusi tuvo como compensación la ocupación de Monastro, desde la que se podía controlar la red de comunicaciones de la Maremma (comarca costera, en el meridión sienés). La devastación subsiguiente arruinó los cultivos, a la vez que las tropas mediceas saqueaban las haciendas campesinas y robaban el ganado. Ante las continuas peticiones de Strozzi, Enrique II tuvo que enviar más mercenarios suizos a Italia, concentrándolos en la base de Mirándola.

Entre junio y julio de 1554 llegaron los refuerzos necesarios para continuar la guerra. Alemanes y grisonos pasaron del Piamonte a Mirándola, mientras que otras tropas desembarcaban en Porto Ercole (localidad de la Maremma sienesa). Piero Strozzi pretendía llevar a sus hombres a territorio florentino con la intención de aliviar la presión que se ejercía sobre la capital republicana. Para ello confiaba en que la República de Lucca los aprovisionara. El 11 de junio, Strozzi abandonó Siena y se dirigió hacia el noroeste, llegando a fines de mes a territorio luqués. La acción tomó por sorpresa al marqués de Marignano, quien se aprestó a seguir al ejército enemigo. Durante su expedición, Strozzi procuró fomentar la sedición antimedicea en la provincia pisana, mostrándose respetuoso con sus habitantes. Sin embargo, no obtendría ningún resultado positivo. Pese a que la incursión puso en serias dificultades al ejército florentino, Piero acabaría estrepitosamente derrotado el 9 de agosto cerca de Marciano, al este de Siena. En esta batalla combatieron cerca de treinta mil hombres, con una distribución de tropas bastante igualadas en ambos bandos, lo que nos da una idea de las proporciones que alcanzó esta guerra. Más de cuatro mil hombres del Ejército franco-sienés murieron, y otros tantos cayeron prisioneros o heridos. El propio Strozzi sufrió daños físicos y hubo de huir precipitadamente.

Después de Marciano, la guerra se centró en torno a las murallas de Siena, cuya defensa era dirigida por el francés Blas de Montluc. Strozzi, una vez recuperado de sus heridas, pudo entrar en la ciudad. El marqués de Marignano pretendía bloquear totalmente la urbe y derribar sus murallas a cañonazos. En octubre, el hambre comenzó a notarse en la ciudad, donde se procuró que las bocas inútiles para su defensa la abandonaran. Las peticiones de ayuda que se hicieron a Francia fueron vanas, a causa de la lentitud burocrática y los contratiempos de la estación invernal. Pese a todo, no faltarían promesas y buenas palabras. Por otra parte, Cosme enviaba continuos mensajes al Gobierno sienés para que cesara la resistencia, amenazando con el saqueo de la ciudad en cuanto fuera ocupada.



Vista de Montalcino, último baluarte republicano de Siena.

A pesar de todo, la capitulación no llegaría hasta el 17 de abril de 1555. Los defensores se rindieron al emperador, no a Cosme. De hecho, el duque combatía en nombre de Carlos V, y los derrotados recibieron la promesa de que se mantendrían sus instituciones republicanas. Además, se estipuló un perdón general para todos los ciudadanos. Cláusulas tan beneficiosas para los vencidos fueron aprobadas por Cosme sin contar con la opinión del emperador, ya que el duque deseaba cuanto antes acabar con el asedio de la capital enemiga. Temía a los franceses y deseaba expulsarlos cuanto antes de la Toscana. Unas setecientas familias sienesas abandonaron sus mansiones para instalarse en Montalcino, población montañosa donde todavía resistía tenazmente Piero Strozzi, y donde se mantuvieron libres hasta el final de la guerra.

LA INTEGRACIÓN DE SIENA EN EL ESTADO MEDICEO Y LA DISCUSIÓN SOBRE PIOMBINO

Carlos V había nombrado a su hijo Felipe, en enero de 1556, vicario imperial en Italia, y por esta razón, cuando Siena cayó en manos de las tropas mediceas, pasó a depender directamente del príncipe español. Casi toda la república se encontraba ahora nuevamente bajo la órbita del imperio, aunque su primer gobernante fuera el florentino Agnolo Niccolini. En las semanas siguientes se recuperó Porto Ercole, imposibilitando con ello que los franceses enviaran refuerzos por vía marítima. Por otro lado, la situación política internacional tendía a buscar una solución pacífica al conflicto franco-imperial, y así, el 3 de febrero de 1556, una semana después de que Carlos V abdicara en su hijo Felipe al trono hispánico, se firmaba la Tregua de Vaucelles. Como consecuencia de esta firma, se detuvieron las hostilidades en la Toscana.

Cosme, considerando que había llevado todo el peso de la guerra de Siena, aspiraba a obtener de Felipe dicha república, y por medio de sus embajadores dio a conocer tal pretensión al monarca hispano. Las conversaciones fueron largas, y hasta el 3 de junio de 1557 no se alcanzó el acuerdo. En este día, el procurador real y comandante de las tropas del Milanesado, don Juan de Figueroa, otorgaba al duque de Florencia y a sus sucesores los feudos de Siena y Portoferraio. La capitulación acordada incluía además el juramento de fidelidad de los Medici a la corona hispánica, la colaboración militar entre ambos príncipes y el pago por parte de Cosme, como contrapartida por la investidura concedida, de dos millones de escudos. Felipe II ratificaría las concesiones de Siena y Portoferraio en Bruselas el 25 de noviembre de 1558. No obstante, se reservó para sí una serie de localidades costeras antes pertenecientes a la república sienesa, las cuales pasaron a formar el llamado Estado de los Presidios, que se mantuvo en manos de la corona hispánica hasta la guerra de Sucesión española. Dichos lugares eran Porto Ercole, Orbetello, Talamone, Monte Argentario y Porto San Stefano.

Todavía se mantenía libre el núcleo sienés de Montalcino, integrado voluntariamente a la corona de Francia. Firmada la tregua, Cosme nada podía hacer contra ese territorio. Pero las circunstancias internacionales se pusieron a favor del duque de Florencia cuando el nuevo papa Paulo IV se alió con Enrique II de Francia, rompiendo con ello la Tregua de Vaucelles. Felipe II logró derrotar a los franceses en San Quintín (1557) y Gravelinas (1558), y estos tuvieron que avenirse a una paz más duradera que sancionara el dominio hispánico en Italia. Se firmó así el Tratado de Cateau-Cambrésis (1559), donde se estipuló que Montalcino debería ser entregada a Cosme de Medici.

No obstante, las pretensiones del duque de Florencia de incorporarse el feudo de Piombino se vieron frustradas. Aunque durante la guerra Cosme se encargó de defender el pequeño Estado, y en ese tiempo se realizaron gestiones para su

adquisición, Felipe II decidió devolverlo a Jacobo VI Appiano, su dueño legítimo. Además, se reservó el derecho a instalar allí una guarnición. De esta forma, Piombino pasaría a convertirse en uno más de los Presidios hispánicos de la costa toscana.

11

Un príncipe absolutista

PODER CONSOLIDADO

Concluida la guerra de Siena, puede afirmarse ya que el ducado mediceo en Florencia se encontraba plenamente consolidado. La paz de Cateau-Cambresis significó el fin de las luchas en Italia iniciadas sesenta y siete años atrás, y el inicio del dominio hispánico en la península. La política de Cosme tendrá a partir de entonces, como finalidad más inmediata, acrecentar un prestigio político que le permitiera mantener su dominio en la Toscana y alcanzar una posición relevante respecto a los demás Estados italianos. Habría que erradicar definitivamente el papel desarrollado por la vieja República de Florencia en el tempestuoso pasado de la península. Para ello, el duque Cosme necesitaba conservar los estrechos lazos que le unían al monarca más poderoso de Europa, es decir, a Felipe II, con quien llegó a establecer relaciones de enorme cordialidad y de alianza militar, aunque sin llegar al puro servilismo.

En esta segunda etapa de su gobierno, Cosme se fue aproximando cada vez más a Roma, llegando incluso a entrometerse en la compleja política de elección de papas. También estableció positivos contactos con las vecinas tierras de Ferrara, casando en 1560 a su hija Lucrecia con el duque Alfonso II d'Este. Como resultado de esta política, llegará el reconocimiento de su prestigio con la obtención de manos del pontífice del título de gran duque de Toscana.

RELACIONES DE COSME CON EL PAPADO

Cuando en diciembre de 1559 fue elegido Gian Angelo de Medici, arzobispo de Milán, como papa con el nombre de Pío IV, las relaciones con la Santa Sede, tan turbulentas durante los pontificados de Paulo III y Paulo IV, cambiaron radicalmente. Pío IV era hermano menor del marqués de Marignano, el mercenario lombardo que dirigió la campaña contra Siena, y fue elegido papa gracias a la diplomacia de Felipe II y de Bartolome Concini, primer secretario del duque. Pronto ambos gobernantes establecieron relaciones de estrecha colaboración, que se iniciaron con la entrega al Santo Oficio de Roma de varios toscanos sospechosos de herejía. Una política de acercamiento que se vio recompensada con la concesión del capelo cardenalicio para Giovanni, hijo de Cosme, el 2 de agosto de 1560. Y cuando Giovanni falleció a fines de 1562, Pío IV nombraría cardenal a Ferdinando, otro de los hijos del duque.

A fines de 1560, Cosme y su esposa Leonor marcharon a Roma para rendir homenaje a Pío IV, atravesando por primera vez el feudo sienés. El historiador Agostini Lapini narra el gran recibimiento ofrecido al matrimonio ducal por los sieneses, aunque realmente no podemos ofrecer un testimonio exacto de lo que sucedió. Llegados a Roma el 6 de noviembre, el papa prometió a Cosme apoyo para lograr que su primogénito Francisco casara con una dama de la casa real hispánica. Casi un año después, el 1 de octubre de 1561, Pío IV aprobaba la creación de una orden militar ubicada en el Estado toscano, llamada Orden de los Caballeros de San Stefano.

La orden de San Stefano constituye un genial proyecto de Cosme, encaminado a crear un cuerpo militar de navegantes autónomo que encaminara a las familias más poderosas de la Toscana hacia actividades bélicas y marineras, desviándolas así de cualquier veleidad conspiradora. Por otro lado, se buscaba defender el comercio de Pisa y Livorno y convencer a la oligarquía mercantil a que dedicara sus esfuerzos a las actividades agrarias. De hecho, para pertenecer a la orden no se podían llevar a cabo negocios comerciales. Los estatutos aprobados por el pontífice hicieron que los caballeros de San Stefano se rigieran por normas parecidas a las de la orden de Malta, permitiéndoles la posesión de beneficios eclesiásticos.

Como culminación a este buen entendimiento, Cosme permitió que se aprobaran en sus dominios los decretos del Concilio de Trento (18 de noviembre de 1564). No obstante, Pío IV falleció en diciembre del año siguiente y fue sustituido por Antonio Ghislieri, uno de los cardenales que no entraba en la lista de candidatos mediceos. Pío V, el nuevo pontífice, centró su actividad política en la lucha contra la herejía en Italia, y el duque de Florencia, que no deseaba romper las buenas relaciones mantenidas con el papa anterior, mantuvo una actitud de relativa sumisión a las disposiciones pontificias. En primer lugar, tuvo que satisfacer el rigorismo antiherético de Pío IV entregando a su protegido Pietro Carnesecchi. Este, que había ejercido ya como secretario de Clemente VII, y siempre se había mantenido fiel a la

causa medicea, acabó en manos de la Inquisición romana, y fue decapitado y a continuación quemado el 1 de octubre de 1567.

Otra de las formas de participación en la lucha contra los herejes fue colaborando, a petición de Pío V, en una expedición enviada a Francia para combatir a los hugonotes. Junto a un préstamo de cien mil ducados, Cosme aportaba en 1569 cerca de mil infantes y cien caballos que, bajo el mando de Fabiano del Monte, se unieron al ejército papal.

Junto a esta política antiherética, el duque de Florencia se mostró extremadamente flexible ante las pretensiones eclesiásticas de inmunidad fiscal, derivadas de la bula *In coena Domini* por parte de Pío V (1567). Más sumiso en este ámbito que Venecia, e incluso que Felipe II, Cosme no prohibió la publicación de la bula en su Estado, remitiéndose a la discreción de los obispos. Y así, tal como ocurrió en Arezzo, Cortona, Montepulciano, Massa, Maritima, etc., los preladados procedieron sin recelo a la publicación, dejando que el clero, particularmente el regular, y en primer lugar los dominicos, evitase quedar libre del pago de impuestos y gabelas. La resistencia de algunas comunidades eclesiásticas fue solventada parcialmente por el duque y el príncipe Francesco mediante la adopción de compromisos que, siguiendo la línea establecida por la bula, salvaguardasen ciertos derechos fiscales del Estado con la reclamación de concesiones hechas a la república, en materia de tasas al clero, en tiempos de León X. Además, por una u otra causa, fueron frecuentes bajo el gobierno de Cosme las provisiones tributarias que afectaban incluso a los eclesiásticos, a pesar de su pretendida inmunidad fiscal.

RELACIONES DE COSME CON FELIPE II Y EL IMPERIO

Aunque el duque deseaba llevar a cabo una política independiente, debía tener en cuenta las estrechas relaciones que le unían a la Monarquía Hispánica. Cosme se encontraba directamente controlado por tropas de Felipe II desde Piombino y los Presidios, por lo que no podía hacer nada en contra de sus intereses. Así, cuando los corsos, dirigidos por Sampiero de Bastelica, se rebelaron contra los genoveses y ofrecieron a Cosme el dominio de su isla, la corte de Madrid obligó al duque a rechazar la oferta en dos ocasiones (1564 y 1567). De hecho, corrió el rumor de que fue el duque quien provocó la revuelta, con el fin de aprovecharse del conflicto y ocupar Córcega. Aunque Cosme buscó apoyos para lograr su propósito en el emperador Maximiliano II, este consultó a la corte hispana y a continuación se negó a defender sus pretensiones.

Las principales manifestaciones del persistente contacto establecido entre Cosme y los Habsburgo fueron la colaboración en la lucha contra el turco y la boda de Francisco, primogénito del duque, con una princesa imperial. El príncipe fue objeto de una especial atención por parte de su padre, quien aspiraba a obtener un buen partido con su boda. Ya hemos visto cómo Pío IV adelantó en su momento la propuesta de casarlo con una hermana de Felipe II. Pero el monarca español no estimó ventajosa dicha oferta, y se buscó por ello entre las archiduquesas hijas del emperador Fernando I. La solución parecía aceptable para todos los interesados, y a fin de llevar a cabo las negociaciones de forma más directa, Cosme envió a España a su primogénito. Este residiría en la corte hispánica entre mayo de 1562 y septiembre de 1563. Allí surgieron de nuevo los tradicionales conflictos de precedencia con Alejandro Farnese, hijo del duque de Parma, y se trató la misma cuestión en relación con los d'Este, duques de Ferrara. Los Medici se consideraban príncipes más prestigiosos que los mencionados, y por ello siempre se mantenían en disputa por una simple cuestión de protocolo cortesano. De regreso a Florencia, Francisco recibió en mayo de 1564 las riendas del Estado de manos de su padre, aunque Cosme se reservó para sí el título ducal. De hecho, no perdió ninguna de sus atribuciones políticas, ya que siguió controlando el Gobierno, dejando a su hijo la vida oficial de la corte. A sus cuarenta y cuatro años, Cosme se encontraba ya envejecido y desanimado, sobre todo desde que a fines de 1562 perdiera, en cuestión de un mes, a sus hijos Garzia y el cardenal Giovanni, además de su esposa Leonor, todos fallecidos mientras atravesaban las insalubres tierras sienesas.

En el curso de las conversaciones relativas al matrimonio del príncipe Francisco, Cosme abordó también, siempre apoyado por Pío IV, el asunto de la concesión de un título adecuado a su poder. Se pensó en un principio nada menos que la categoría de realeza, rechazada de inmediato por las cortes italianas y por Felipe II. El 13 de julio de 1565, el duque escribía al emperador Maximiliano II, sucesor de Fernando I, fallecido en julio del año anterior, comunicándole que el papa creía ahora

conveniente conceder a los Medici el título de archiduques. El argumento de Cosme se basaba en la conveniencia de equiparar a su hijo Francisco con su futura esposa la archiduquesa Juana de Habsburgo. Pero el emperador, aunque se mostró favorable a elevar la posición honorífica del duque, no dio por el momento ninguna respuesta concreta. El acuerdo de matrimonio entre Francisco y Juana quedó concluido en la primavera de 1565, aunque las nupcias no se celebrarían hasta el 18 de diciembre del mismo año.

Cosme tuvo, en la medida de sus posibilidades, una participación muy activa en la lucha contra el turco. El duque se había visto en la necesidad de crear una flota de guerra, a fin de evitar las incursiones de los piratas berberiscos en sus posesiones. Dentro del marco de la cooperación con la Monarquía Hispánica se inscribe la convención del 17 de mayo de 1564, por la que Cosme ponía a disposición de la flota de Felipe II diez de sus galeras, con ochenta y cinco hombres cada una, durante un período de cinco años. La esporádica colaboración que hasta entonces habían desarrollado las naves toscanas se convertía ahora en un apoyo orgánico y estable, a cambio de la contribución en el pago de la mitad de los gastos ocasionados por la pequeña flota, y de la entrega al duque de un quinto del botín. La anterior cooperación medicea en la lucha contra los musulmanes se había producido en casos como el ataque a la isla de Djerba (7 de marzo de 1560), bajo el mando del duque de Medinaceli, virrey de Sicilia. En esta acción se participó con cuatro galeras. Cuatro años antes de esta desastrosa campaña, y fuera ya del marco mediterráneo, se había enviado ya tres mil infantes a Hungría para combatir al enemigo islámico.

En septiembre de 1565, la armada de don García de Toledo, nuevo virrey de Sicilia, conseguía liberar Malta del asedio turco, destacándose en la acción las naves ducales mandadas por Alfonso de Aragón Appiano, hermano del señor de Piombino. También participaron aquí varios caballeros de la orden de San Stefano. Sin embargo, la Monarquía Hispánica no actuó con la misma fidelidad que Florencia, olvidando de forma sistemática el pago convenido por los gastos de las galeras. Por esta razón, los intentos de llegar a una nueva convención llevados a cabo por Alfonso de Aragón resultaron un fracaso, acentuado por la destrucción, en la primavera de dicho año, de cinco galeras en una tempestad cuando participaban en la campaña contra los moriscos. Ello obligó al duque a olvidar la alianza, entrando el 4 de agosto de 1569 al servicio de Pío V con cuatro galeras y provocando con ello el resentimiento de Felipe II.

La última y más importante acción en la que participaron las galeras toscanas durante el gobierno de Cosme fue la batalla de Lepanto. Después del asedio turco contra Chipre (1570), se organizó una liga santa contra los infieles, en la que participaron Venecia, Pío V y el monarca español. Cosme no pudo firmar la alianza, pues se encontraba en litigio con España a causa de la negativa de su rey a reconocerle el ya logrado título de gran duque de Toscana. Sin embargo, puso a disposición del pontífice doce galeras mandadas por Alfonso de Aragón, que también

participaron en aquel célebre enfrentamiento.

CREACIÓN DEL GRAN DUCADO DE TOSCANA Y MUERTE DE COSME

Como premio a su actitud antirreformista, Pío V concedió a Cosme el título de gran duque de Toscana, tema debatido ya en las cancillerías española, imperial y pontificia durante varios años. Desechadas la categoría regia y archiducal, esta última reservada exclusivamente a los príncipes Habsburgo austriacos, se pensó en la dignidad gran ducal por ser desconocida en Italia y no provocar por ello susceptibilidades en los demás príncipes. El 25 de agosto de 1569, mediante bula, Pío V otorgaba a Cosme dicho título, que en latín quedaba definido como Magnus Etruriae Dux. La coronación tuvo lugar solemnemente en Roma el 5 de marzo del año siguiente.

No obstante, el hecho provocó cierto revuelo internacional. Los Estados italianos, en especial Ferrara, protestaron enérgicamente. En las cortes de Madrid y Viena se calificó el asunto como una intromisión papal, ya que la Toscana era un feudo imperial, no de la Santa Sede. Felipe II llegó a amenazar a Cosme con la desinfeudación de Siena si seguía por tales derroteros, anunciando incluso que la entregaría a su hermanastro Juan de Austria.

Sin embargo, a pesar de este rechazo inicial, la diplomacia de Cosme demostró, como siempre lo había hecho, que estaba a la altura de las circunstancias. Para ello, dio muestras de acercamiento a la corte de Francia, donde no había escandalizado la concesión de Pío V. Sin salirse de la órbita de los Habsburgo, el flamante primer gran duque de Toscana demostraba así que siempre tendría en quien apoyarse. Sería el papa Gregorio XIII, elegido el 13 de mayo de 1572, quien conseguiría convencer a Felipe II de que indujera al emperador a sancionar el título. Aunque Cosme no llegaría a ver solucionado definitivamente el asunto, pues la muerte le sorprendió el 21 de abril de 1574. No sería hasta el 2 de noviembre del siguiente año cuando Francisco I, su sucesor, recibiera del emperador Maximiliano el tan debatido título, merced a un decreto firmado en Ratisbona en dicha fecha.

Durante los últimos años de su vida se hizo patente el declive físico de Cosme. En 1567 sufrió su primer derrame cerebral, de forma que, para alegrar su vejez, casó en segundas nupcias con su amante Camila Marteli (1570). Una boda que tampoco fue muy bien recibida en la cancillería imperial. En los días anteriores a su muerte, prácticamente perdió todos sus sentidos. Sin duda la intensa actividad política desarrollada durante su vida adulta influyó en el prematuro envejecimiento y, como consecuencia, en su fallecimiento.

LA POLÍTICA INTERVENCIONISTA DE UN PRÍNCIPE ABSOLUTO

Cuando Cosme subió al poder, el aparato institucional del Estado toscano era una mezcla de órganos políticos creados en época republicana y en la reforma de 1532. Alejandro de Medici había dado ya muestras de querer doblegar tales instituciones a sus intereses absolutistas, pero será su sucesor quien consiga delinear la trayectoria política de un todopoderoso príncipe en el marco de un estado regional cada vez más burocratizado. El sistema comunal republicano, donde el Gobierno era ejercido por ciudadanos florentinos mediante magistraturas ubicadas en la capital, será sustituido por una jerarquía de funcionarios nombrados por el duque o en su nombre. Esto no quiere decir que el antiguo patriciado de Florencia quedara arrinconado, sino que sus funciones políticas pasarán a ser controladas por un príncipe absolutista que se eleva por encima del complejo gubernamental. Aumenta el número de profesionales permanentes en la administración, dando con ello entrada a funcionarios no florentinos.

Pero la reforma institucional no se desarrolló de acuerdo con un esquema preconcebido. Cosme había sido elegido por el Senado de los Cuarenta y ocho con la obligación de someterse a las instituciones estatales que, teóricamente, mantenían la función legislativa, aunque Alejandro hubiera logrado menoscabar dicha prerrogativa. Durante sus primeros años de gobierno, el futuro gran duque buscó más la estabilidad en su puesto que no la reforma del aparato gubernamental. Pero cuando su poder quedó afirmado, fue creando y remodelando instituciones a medida que las necesidades así lo exigían. En este sentido, un aspecto común caracterizó esa evolución política: la firme y manifiesta tendencia a centralizar el poder en la persona del príncipe y de sus más íntimos colaboradores.

Algunas de las magistraturas con las que se encontró Cosme estaban ocupadas por miembros del Senado de los Cuarenta y ocho, en su mayoría aristócratas. Este hecho pudo crear cierto grado de desconfianza en el duque, que prefirió dar vida a nuevas instituciones ligadas directamente a él, dejando que las otras realizaran un papel casi decorativo. En Cosme se daba la decidida voluntad de gobernar de forma absoluta, de construir un Estado monárquico semejante a aquellos que predominaban en Europa. Por otro lado, existía la necesidad de conservar la tradición florentina, manifiesta en algunas instituciones republicanas y en el dominio de Florencia sobre el resto del Estado. Y ante este cuadro, se optó por conservar la forma legal de actuación, aunque en el fondo todo emanara del príncipe, quien confiaba los cargos más delicados a funcionarios de clase media. De entre ellos, destacaron los secretarios Francesco Campana, de Colle Val d'Elsa, y Lelio Torelli, jurista nacido en Fano.

Las dos instituciones principales de Gobierno pasaron a ser el Magistrado Supremo y la Práctica Secreta. El primero, ya existente al subir Cosme al poder,

estaba compuesto por cuatro miembros y un delegado del duque. El segundo, creado en 1545, se integraba de personas escogidas por Cosme, gozando de poderes jurídicos y legislativos. En los territorios del Estado existían además funcionarios nombrados generalmente por el duque, y en cuanto se refiere a los feudos, dichas entidades apenas existían en la Toscana, por lo que Cosme apenas hubo de preocuparse por sujetar a sus beneficiarios.

Gracias a este sistema que permitía el intervencionismo directo del príncipe, Cosme pudo encauzar la política del ducado en el plano del orden público y de las mejoras económicas. La legislación autoritaria le permitió lograr una destacable seguridad ciudadana, a costa de la aplicación de duras penas a los delincuentes. Particularmente rígida fue la ley del 11 de marzo de 1549, conocida como la *Polverina* por haber sido elaborada a instancias del magistrado Jacopo Polverini. La ley castigaba con extrema severidad a todos aquellos que actuaran contra el poder o la persona del príncipe, permitiendo inmunidad y recompensas a los delatores. Pero el rigor no fue sólo aplicado a los delitos de Estado, sino que también se extendió a los comunes, controlados por una tupida red policial.

El intervencionismo estatal alcanzó campos muy amplios, como el referente a las obras públicas. En las áreas no urbanas, adquirió especial relieve la mejora y racionalización de la red viaria (camino de Bolonia, Florencia-Faenza, camino del Mugello, del Tíber, del Valdarno, del Casentino, de la Val di Chiana, del Chianti, de Roma, de Volterra, de Pisa...) y fluvial. Las obras de regimentación del agua, de rectificación de cursos hídricos o de bonificación de estas quedan ahora bajo responsabilidad de la corte medicea. La contención de río y la mayor seguridad en la navegación por el Arno entraban también en su campo de actuación. En este sentido, la búsqueda de una mejora en la producción agrícola era ajena a estas medidas.

Tampoco dejó de estar presente la autoridad estatal en el ámbito urbano. La fundación de nuevas ciudades con funciones administrativas, militares o comerciales es ciertamente un hecho constante en la mentalidad territorialista de la época, así como un símbolo del desarrollo alcanzado por el principio urbanocéntrico. En el interior, se fundaron Heliópolis (actual Terra del Sole, en la Romaña) y Sasso di Simone (en el Montefeltro); junto al mar, en la isla de Elba, Cosmópolis (modernización de Portoferraio), cuyo nombre hace referencia a su fundador, y en la costa peninsular Livorno, que aunque fuera construida en tiempos de Francisco I, fue proyectada durante el gobierno de su padre. Y junto a la creación de nuevas ciudades, hay que destacar las iniciativas destinadas al embellecimiento o modernización de edificios o lugares tanto públicos como privados (con fuentes, esculturas, pavimentaciones, decoraciones en relieve o pictóricas, etc.) y las iniciativas destinadas a la reestructuración del aspecto externo de la ciudad mediante la renovación arquitectónica, la decoración con símbolos heráldicos, la efectiva reestructuración de las alineaciones viarias, etc. La ampliación de la plaza de las Siete Vías, en Pisa, para dar cabida al palacio e iglesia de los caballeros de San Stefano,

constituye una buena muestra de ello.



Vista de Portoferraio, en la isla de Elba.

CONSTRUCCIÓN DE FORTALEZAS

La debilidad de la república florentina siempre había radicado en la falta de un sistema defensivo adecuado a la tensa situación política que vivió Italia durante la primera mitad del siglo XVI. Cosme, bien para evitar revueltas internas, bien para llevar a feliz término sus tendencias expansionistas y mantener la autonomía frente a otras potencias, tuvo mucho cuidado en organizar su potencial militar. En el ámbito marítimo, algo hemos adelantado al hablar de la orden de San Stefano y de la participación de la flota toscana en la lucha contra los piratas berberiscos. En cuanto al Ejército de Tierra, se buscó la máxima eficacia en el sistema de reclutamiento de bandas establecido por Alejandro. Estas pasaron a ser una suerte de milicia nacional voluntaria que realizaba periódicamente ejercicios militares, y que en cualquier momento podía ser llamada al servicio activo. Aparte, se mantuvo la tradicional contratación de mercenarios, sobre todo en los años de la guerra de Siena.

Pero el hecho más significativo de la política defensiva de los primeros duques de Florencia, en especial de Cosme I, fue la creación de una red de fortalezas en su territorio, a fin de lograr un mayor control del ducado. Durante la etapa republicana, el mayor esfuerzo se concentraba en Florencia, ciudad que por este motivo hubo de soportar el asedio de 1529-1530. Pero Cosme, que concebía ya su Estado como un ente regional, consideró conveniente potenciar la defensa de la totalidad de sus territorios, al objeto de evitar pérdidas innecesarias. Aparte de las ciudades de nueva fundación, todas ellas fortificadas, hay que destacar, entre otras, las fortalezas de Santa Bárbara, en Pistoia (1542), Arezzo, Borgo San Sepolcro y Pisa (iniciadas en 1544), Empoli (1548), Cortona (1549), Siena, Grosseto y San Martino (en el collado de San Piero a Sieve). Otras fortalezas fueron reparadas o remodeladas, como en los casos de Pisa, Volterra y Castrocaro. Particularmente en la capital, los Medici realizaron una suerte de campo atrincherado, construyendo a su alrededor la fortaleza de San Giovanni, en el noroeste, la de San Miniato, al sur, y la fortaleza de Belvedere, también en su flanco meridional. Durante la guerra de Siena, Cosme procuró asegurar las defensas de la ciudad en su costado sur, más expuesta a los eventuales ataques del enemigo, reforzando un lienzo de los muros medievales y creando una nueva línea de bastiones tras el perímetro murado. Las puertas de la ciudad asimismo fueron readaptadas para emplazar baterías de cañones. Por último, el duque también construyó bastiones y fortificaciones en San Casciano Val di Pesa y en San Gimignano, localidades adelantadas de Florencia en dirección a Siena.



Fortaleza de Grosseto.

Para poder llevar a cabo esta labor constructiva, Cosme se rodeó de diversos arquitectos, en su mayoría especializados en tareas militares, a excepción de Bartolomeo Ammanati y Giorgio Vasari. Entre ellos destacó Baldassare Lanzi, diseñador de la fortaleza de Siena, de los muros de Grosseto, de la ciudad de Terra del Sole y del puerto de Livorno. Sin embargo, el más conocido de los arquitectos militares del duque fue Gian Battista Belluzzi, nacido en 1506 en la República de San Marino. Llegó a Florencia como embajador del duque de Urbino, y allí se quedó contratado por Cosme. Su primer encargo fue la fortaleza de Pistoia (1542). Belluzzi era una mezcla de técnico especialista y de humanista conocedor de Vitrubio y Alberti. La práctica militar le llevó a concebir un tipo de fortaleza destinada sobre todo a superar la prueba de la artillería, abandonando para ello todo tipo de ornamentos y condicionantes estéticos. Según creía, la sobriedad de los muros provocaba un mayor temor al enemigo que no cualquier tipo de decoración. Durante los diez años que estuvo al servicio del duque, diseñó las murallas de Volterra, Arezzo, Borgo San Sepolcro, Pisa, Castrocaro, Empoli y Portoferraio. Participó además en la guerra de Siena como capitán de Infantería, dirigiendo la construcción de trincheras y fortalezas de campo. Escribió además un tratado de arquitectura militar.

El prestigio alcanzado por los ingenieros militares italianos fue enorme en toda Europa. En la Toscana se experimentaron técnicas modernas de construcción, y por ello los discípulos de los grandes maestros tuvieron gran acogida en las cortes extranjeras. Conocemos el caso de Tiburzio Spanocchi, de noble familia sienesa, que obtuvo un elevado puesto entre los arquitectos militares de Felipe II y fue el encargado de edificar las fortificaciones de Zaragoza, concretamente en torno al palacio de la Aljafería, poco tiempo después de que dicha ciudad se sublevara por el asunto de Antonio Pérez.

LA MARINA DE GUERRA

El gobierno de Cosme coincidió con el incremento del peligro turco en el Mediterráneo. Desde Argel, las acciones de los piratas berberiscos llegaron a amenazar poblaciones de la costa toscana. Las dificultades económicas del ducado mediceo no permitieron, en un principio, desarrollar una política marinera racional y adecuada. Sin embargo, a partir de 1546 se dieron los primeros pasos encaminados a proteger las costas, poniéndose en funcionamiento las antiguas atarazanas de Pisa. Las necesidades militares se incrementaron en 1548, cuando Carlos V encargó al duque la defensa de Portoferraio.

La primera galera de la nueva flota medicea se fabricó hacia 1547, y se bautizó con el nombre de *Pisana*. A partir de entonces, se botaron tres naves más, destinadas a transportar las tropas que debían defender Portoferraio. La primera acción de importancia en la que intervinieron las naves toscanas fue el ataque imperial a la isla de Djerba, posesión del pirata Dragut, en 1550. Desde dicha fortaleza, el pirata berberisco amenazaba el protectorado hispánico de Túnez, y Cosme encontró aquí una buena ocasión para ganarse las simpatías del emperador. Tras un duro asedio, la ciudadela fue conquistada, aunque sería abandonada cuatro años más tarde.

La toma de Djerba provocó, paradójicamente, el aumento de las acciones berberiscas, obligando a Cosme a construir dos galeras más. La guerra de Siena y la defensa de Piombino requerían un mayor esfuerzo naval. Evidentemente, el duque no pretendía, pues tampoco tenía medios para ello, enfrentarse él solo a la numerosa flota franco-turca, pero su pequeña escuadra podía aprovisionar de alimentos y transportar soldados a las fortalezas costeras, como ocurrió en 1553, cuando los turcos intentaron tomar Portoferraio. Gracias al apoyo ofrecido por las galeras toscanas, el puerto elbano logró mantenerse bajo el control de Cosme, pese al ataque de los turcos. También se llevaron a cabo diversas acciones ofensivas de pequeña envergadura, como la toma de Giglio, isla abandonada del archipiélago toscano, y de Porto Ercole en 1555.

La paz con Francia firmada por Felipe II cuatro años más tarde permitió a este monarca organizar una expedición contra Trípoli, ciudad conquistada por los turcos en 1551 y gobernada por Dragut. La flota, dirigida por el duque de Medinaceli, se vio en dificultades a causa de epidemias y temporales. En marzo de 1560 se detuvo en Djerba, dando tiempo a que la armada turca llegara en ayuda de Dragut y atacara las naves cristianas. Todo concluyó con una vergonzosa fuga de estas, acción en la que dos naves toscanas resultaron capturadas, mientras que la capitana logró huir ocultando las insignias mediceas y haciéndose pasar por una nave privada.

La defensa marítima representaba para Cosme un importante gasto, aunque este fuera necesario para la seguridad del Estado. Con vistas a limitar el dispendio público en la construcción y mantenimiento de las naves, el duque ideó dos formas de gestión menos gravosas. Primeramente creó la orden de San Stefano, cuyos miembros

aportaban medios para crear su propia flota. No obstante, el gran maestre de la orden era, según nombramiento concedido por Pío IV en 1562, el propio duque. Su sede se estableció en Pisa, concretamente en un palacio diseñado al efecto por Giorgio Vasari. Allí, los caballeros eran instruidos en cuestiones náuticas. En 1563, Cosme dotó a la orden de cuatro naves, destinadas a ejercicios prácticos para los miembros de la orden. En este mismo año se perdería la primera nave stefaniana, ante un ataque turco perpetrado frente a las costas del levante español.

La segunda de las maniobras encaminadas a disminuir el gasto de la minúscula flota medicea tuvo como resultado la puesta al servicio de la Monarquía Hispánica de diez galeras toscanas (1564), a cambio de un pago en concepto de alquiler que representaba la mitad de los gastos de mantenimiento. Las consecuencias de este contrato son ya conocidas.

En 1571, Cosme alcanzó el número máximo de naves que estuvieron en su posesión. En total, sumaban doce galeras estatales, cuatro de San Stefano, dos galezas, dos galeones y otros navíos menores, que en su mayoría participaron en la batalla de Lepanto. No obstante, en 1604 el número de galeras mediceas era sólo de siete. El desarrollo de una actividad marinera antiturca comprometió gravemente la posibilidad de mantener una política de acuerdos mercantiles con la Sublime Puerta, provocando que los comerciantes toscanos corrieran el riesgo de perder sus mercancías en el curso de eventuales ataques berberiscos. No obstante, cuando los turcos fueron derrotados en Lepanto, disminuyendo con ello la actividad militar en el Mediterráneo, Francisco I pudo llevar a cabo sin excesivo peligro la potenciación del puerto de Livorno como centro comercial.



Palacio de la orden de San Stefano en Pisa, diseñado por Giorgio Vasari.

EL CONTROL DE LA CULTURA

Con el principado mediceo, la cultura liberal del Renacimiento que se desarrolló en Florencia durante el siglo xv y comienzos del xvi entra en una fase de decadencia. Los antiguos ideales humanistas se pierden, para dar paso a una cultura contrarreformista dogmática y represiva, donde el intervencionismo estatal constituye uno de sus aspectos más sobresalientes. El sometimiento de Cosme a los dictados religioso-culturales romanos, especialmente durante los pontificados de Pío IV y Pío V, da lugar a un obligado conformismo religioso que dominó toda la vida del principado. La vigilancia de la Inquisición romana, instalada también en el Estado toscano, no fue ajena a este fenómeno. El exceso de celo de los censores eclesiásticos llegaría incluso a provocar las protestas de los impresores florentinos.

El intervencionismo cultural mediceo se centró básicamente en dos campos. Por un lado, en la exaltación principesca a través del arte, cuyas manifestaciones son variadísimas (arquitectura, escultura, pintura mural y de caballete, jardines, fiestas cortesanas, coleccionismo, teatro...), y serán tratadas en otro apartado. En el campo institucional, Cosme se preocupó por dar vida a centros culturales y educativos, como fueron la Academia Florentina y la Universidad de Pisa. La academia fue fundada de forma espontánea por doce jóvenes intelectuales, el 1 de noviembre de 1540, con el nombre de Academia de los *Umidi* (Academia de los Mojados). Una denominación burlesca que parodiaba el nombre de la academia paduana *degli Infiammati*, es decir, de los quemados. Su existencia como entidad autónoma fue brevísima, ya que el 31 de enero de 1541 el duque Cosme pasó a reformarla y reconocerla como centro oficial de la cultura toscana. Las sucesivas transformaciones que sufrió en tiempos del primer gran duque de Toscana redujeron cada vez más la autonomía del cuerpo de académicos, que recibieron sueldo del Gobierno, se restringió su actuación y se controló su producción intelectual. Los dirigentes de la institución (cónsul, censor, proveedor...) se fueron convirtiendo paulatinamente en funcionarios dependientes del duque. Algunos de los miembros de la aristocracia florentina con inquietudes culturales fueron integrados en la academia, donde su actividad y producción sería controlada y dirigida hacia cauces que no perjudicaran el sistema establecido. La exaltación de la historia etrusca como momento presente del principado mediceo en la Toscana puede ser un buen ejemplo de ello.

En cuanto a la antigua Universidad de Pisa, el Gobierno mediceo se preocupó mucho por darle un prestigio internacional, favoreciendo la admisión de profesores y alumnos extranjeros. Entre los más conocidos científicos de la época que pasaron por ella destacaron, en el campo de la anatomía, el flamenco Andrea Vesalio y el modenés Gabrielle Fallopio. Vesalio fue invitado por Cosme a comienzos de 1544, aunque aquel no aceptó quedarse como profesor permanente. En cambio, Fallopio, procedente del Estudio de Padua, se convertiría en catedrático de Anatomía de la universidad pisana. En el ámbito de las humanidades, cabe destacar el

mantenimiento, por parte de Cosme, del antiguo Estudio de Florencia, cuyo rector pasó a ser un cónsul de la academia.

En el marco de esa política de intervencionismo cultural, debe señalarse, como hecho de gran relieve, la creación el 5 de abril de 1547 de una imprenta ducal, dirigida por el flamenco Lorenzo Torrentino. Este personaje, tras haber viajado por casi toda Europa, se había instalado en Bolonia, donde ejercía como librero. Un mercader florentino lo presentó ante el secretario Lelio Torelli, e inmediatamente entró al servicio del duque. El contrato tendría una duración de doce años (aunque sería renovado hasta la muerte de Torrentino, acaecida en 1570), y obligaba al impresor a instalar una imprenta de dos prensas, con seis tipos de alfabeto latino y tres de griego; las obras para imprimir deberían tener licencia del duque o del Magistrado Supremo (no se hacía referencia a la censura eclesiástica, que quedó al margen, aunque en las cláusulas contractuales se mencionaba la obligación de salvar la fe católica); por su labor, Torrentino cobraría cien escudos de oro al año, aunque no podría vender libros a elevado precio y habría de entregar a Cosme un ejemplar de cada obra. Algunas de las ventajas que obtuvo el flamenco fueron el privilegio nobiliar de portar armas, una reducción de los impuestos por exportación de libros, el monopolio de importación de libros franceses y alemanes (con excepción de obras sobre temas legales), etc.

La imprenta se ubicó en las proximidades del Palazzo Vecchio, y desde allí comenzó a lanzar ediciones de las más conocidas obras de la época. Entre las más destacadas, podemos mencionar la traducción toscana de la versión latina del *Corpus Hermeticorum*, atribuida a Hermes Trismegisto y traducida al latín por Marsilio Ficino; la versión italiana del tratado de arquitectura de Leone Battista Alberti; las biografías de artistas italianos redactada por Vasari; el *Pandectas* de Justiniano, así como numerosas obras de académicos florentinos, como las de Gian Battista Gelli, comentarista de Dante y defensor del uso de la lengua toscana en las ediciones, en contraposición a las lenguas clásicas. De hecho, la primacía del toscano como lengua más importante de Italia queda patente en la labor editorial, si tenemos en cuenta que de 418 libros impresos por Torrentino, 162 lo estaban en dicha lengua, lo que representa un índice muy elevado para la época.

Como compensación a la falta de libertad patente en el ámbito de las humanidades (la producción histórica es claramente promedicea), Cosme procuró fomentar en sus dominios la investigación científica, especialmente desarrollada en la Universidad de Pisa y en el jardín botánico que él mismo fundó en Florencia. Con el advenimiento del principado, se fomentó la traducción al toscano de obras antiguas, y buen ejemplo del interés por la ciencia antigua fueron los estudios realizados por el joven Galileo sobre la obra de Arquímedes, así como en los tratados pseudoaristotélicos. La medicina, o mejor dicho, la anatomía, junto con las ciencias naturales, serán las ramas que adquieran mayor interés, sin descartar actividades de tipo práctico, como la arquitectura, la cartografía o los diseños para la remodelación

de cauces fluviales (el arquitecto Bernardo Buontalenti realizó un proyecto de este tipo para el Arno). Otras ciencias, en cambio, quedaron arrinconadas, como ocurrió con la matemática teórica. Los nuevos avances de la astronomía copernicana también llegaron tardíamente a la Toscana.

Pero no debemos engañarnos y creer que la actividad científica en el ducado mediceo llegó a alcanzar relieve a escala europea. A pesar de las tentativas del duque por elevar el tono del debate científico en su Estado, dándole apertura hacia contactos directos con algunos de los mayores exponentes en el campo italiano y europeo del campo científico, el siglo XVI registra un fenómeno de sustancial provincianismo y marginalidad. Los temas de investigación europeos y sus descubrimientos, aunque reseñados y citados por autores toscanos, no fueron objeto de un debate positivo. Si tomamos por ejemplo la actividad anatómica, pese a las enseñanzas de Vesalio, Fallopio y Realdo Colombo, comprobamos que no se formó una escuela de seguidores que continuara sus investigaciones. Más bien fueron los artistas que no los científicos quienes más se preocuparon por la anatomía. Así, el pintor Alessandro Allori, discípulo de Bronzino y miembro de la academia, redactó entre 1565 y 1580 un tratado sobre dibujo, ofreciendo reglas de diseño anatómico.

En la época que estamos tratando, no podemos separar la ciencia de la magia, el ocultismo, la alquimia o la astrología. Este tipo de estudios se prodigó notablemente durante el Renacimiento, siendo Pico della Mirandola uno de los principales divulgadores del ocultismo oriental. Los miembros de la familia Medici, en especial Francisco I, sintieron una especial atracción hacia la alquimia y el hermetismo, fomentando su desarrollo en la corte. En ocasiones, astrología y política venían ligadas para explicar ciertos acontecimientos. Así, Cosme I, nacido bajo el signo de Géminis en 1519, pasó a considerar el día de la batalla de Montemurlo como el de su segundo nacimiento; por ello, añadió el signo de Capricornio, que en aquella época correspondía al día de dicha batalla, a su horóscopo. A partir de entonces, todos los literatos de la corte, alimentados en igual medida de erudición y astrología, señalaron la coincidencia de la fecha de Montemurlo con la de la batalla de Actium, donde Augusto derrotó a Marco Antonio y Cleopatra (de hecho, hubo de adaptarse la reforma cesariana del calendario para hacer coincidir ambas fechas). Al igual que Augusto, Carlos V también era Capricornio, lo que le convertía en la reencarnación renacentista del primer emperador romano, bajo cuya protección florecía el principado de Cosme. Este no dudó ante una doble rectificación de fechas para dar por supuesta su pertenencia a un signo zodiacal tan ilustre. Reivindicaba no sólo tenerlo por horóscopo, sino también como astro de la suerte, tal y como escribía en sus *Imprese amorose e militare* Paulo Giovio, el más célebre de sus cortesanos. Según este autor, Cosme I había hecho batir monedas y medallas con la imagen de tan fantástico animal. Y en su gran escultura de bronce guardada en el museo florentino del Bargello, al pie del duque aparece el Capricornio en lugar de los Géminis. A causa de este interés por los efectos planetarios en el hombre, Cosme se hizo

confeccionar numerosos horóscopos, y las obras sobre adivinación y hermetismo fueron muy divulgadas.

Y no era sólo el duque quien se interesaba por tales actividades. El arquitecto Buontalenti se hacía leer el horóscopo antes de iniciar una obra, y el número de interesados por la alquimia integrados en la corte medicea eran muy numerosos. El monje carmelita Giuliano Ristori da Prato, profesor de Matemáticas en la Universidad de Pisa y estudioso de la geografía tolemaica, relacionó la muerte del duque Alejandro con la negativa posición de Saturno y la Luna, realizó previsiones astrológicas sobre la vida de Cosme y redactó un tratado de quiromancia, prueba de ese interés por lo esotérico al que antes hemos aludido.

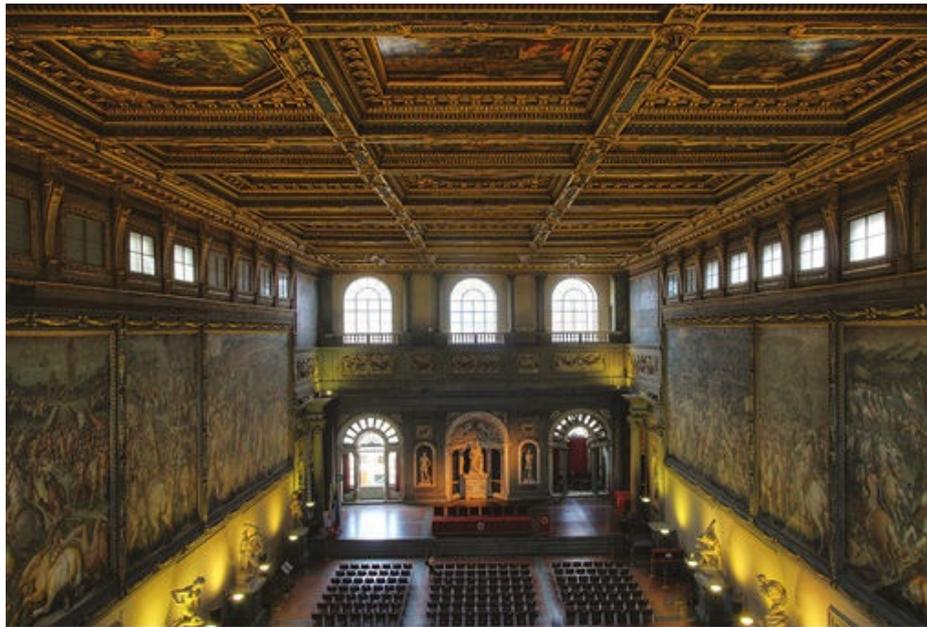
El coleccionismo de amuletos y de otros objetos con propiedades mágicas fue también objeto del interés de los Medici. Es conocida la anécdota del cuerno de unicornio que estaba en posesión del príncipe Francisco, y que en realidad procedía de un narval. Se decía que este cuerno poseía facultades curativas, sobre todo en casos de envenenamiento. El médico y filósofo Andrea Bacci, con motivo de una conversación sostenida con el príncipe, escribió *L'Alicorno* (Florencia, 1573), poniendo en tela de juicio la infundada superstición del cuerno como elemento taumatúrgico.

LA ACTIVIDAD ARTÍSTICA EN LA CORTE GRAN DUCAL

El mecenazgo protagonizado por el duque Cosme a favor de los artistas estaba encaminado casi exclusivamente a la exaltación del príncipe. En todos los ámbitos de las artes aparece manifiesto el deseo explícito de resaltar el poder omnímodo del gobernante; arquitectura palaciega, escultura divinizadora (son numerosos los bustos que del príncipe se conservan), pintura evocadora de grandes hazañas o de la imagen (en ocasiones alegórica) del duque. El escudo de los Medici o la efigie de Cosme aparecen también en otro tipo de manifestaciones artísticas, como son las medallas, cerámica, muebles, etc. En los acontecimientos festivos, se crea un mundo de ilusión que procura esconder las contradicciones de un poder impuesto por la fuerza. El artista pasa a ser un funcionario al servicio de la corte, y debe someterse a sus imperativos. La iconografía se complica, a falta de una mayor libertad a la hora de exponer los temas con naturalidad; el arte se torna manierizante y sofisticado, fruto de una crisis cultural general en toda Europa. La libertad se ha perdido frente a los avances del dogmatismo religioso o del poder absolutista, y la actividad del artista deberá volar hacia mundos ideales.

En 1540, el duque abandona el antiguo palacio de la familia Medici construido por Michelozzo, para trasladarse con su corte al Palazzo Vecchio, sede de la antigua Señoría medieval del pasado Gobierno republicano. Con este hecho, Cosme da a entender su firme voluntad de gobernar como un soberano, por encima de las antiguas instituciones de gobierno. El palacio sufre una completa renovación, especialmente en el aspecto decorativo, ampliándose también en su parte posterior. El alma de esta transformación es Giorgio Vasari (1511-1574), humanista y polifacético artista (fue arquitecto, pintor, orfebre e incluso biógrafo de los principales artistas del Renacimiento italiano), ligado desde joven a la familia Medici. La obra de Vasari en el Palazzo se centró principalmente en el denominado salón de Quinientos, ampliado por el artista para dar grandiosidad al lugar donde eran recibidos los embajadores y se solían celebrar festejos. Se construyó una monumental escalera para llegar a él, y en sus paredes y techo Vasari pintó varios frescos alusivos a las grandezas de Florencia y de su mecenas, de las que hablaremos más adelante.

Si estas obras se realizaron entre 1540 y 1543, en fecha posterior (1570), Vasari creó el espacio denominado *studiolo* para el príncipe Francisco, también en el palacio. El *studiolo* es una pequeña estancia alargada cubierta de bóveda de cañón. Concebido como un espacio cerrado, hermético, su interior manierista se adapta perfectamente a la función que debía realizar. El príncipe, gran amante de la alquimia, montó aquí un laboratorio para realizar sus experimentos. La decoración es extremadamente rica, con un variado repertorio de símbolos alquímico-mitológicos.



Salón de los Quinientos en el Palazzo Vecchio de Florencia.

La parte posterior del Palazzo fue ampliada entre 1549 y 1555 por Giovanni Battista del Tasso, quien cubrió el exterior con un rústico almohadillado, típico del arte manierizante de la época.

En 1549, Leonor de Toledo adquirió el palacio Pitti, al otro lado del Arno, estableciendo allí los duques su nueva residencia. Este palacio, edificado en el siglo XV para el banquero Luca Pitti según diseño de Brunelleschi, vio también ampliadas sus estancias y patios durante el gobierno de los sucesivos grandes duques que allí residieron. En época de Cosme, el arquitecto Bartolomeo Ammanati construyó entre 1558 y 1577 su patio posterior. Ammanati (1511-1592), arquitecto y escultor natural de Settignano, fue, junto con Vasari, el principal colaborador del duque en su política de edificaciones. El patio citado posee una fachada enteramente recubierta de almohadillado que llega a alcanzar incluso el fuste de las columnas, en lo que el tratadista boloñés de la época, Sebastiano Serlio, vino a llamar «orden prisionero». No obstante, mantiene los órdenes clásicos derivados de la imitación del Coliseo, es decir, el dórico-toscano en el pórtico, el jónico en el primer piso y el corintio en el segundo. Obra de Ammanati es también el puente de Santa Trinidad (1567-1569), construido sobre los restos de otro anterior derribado en 1557 a causa de una gran avenida fluvial. De estilizada línea, el puente se sostiene sobre tres pilares que cortan el agua sin dificultad, gracias a su forma romboidal.



Palacio Pitti en Florencia.

En 1560, Vasari inició la construcción del palacio de los Uffizi, edificio alargado que se extiende desde el Palazzo Vecchio hasta el río Arno. Su edificación se dilató hasta 1580, y fue concluida por Bernardo Buontalenti y Alfonso Parigi. El edificio estaba destinado a ser la sede de los tribunales y archivos del gran ducado. Las amplias aberturas externas están en contraposición con la mayor amplitud de los muros en los edificios clásicos. Se forma en *II* alargada se justifica por la intención del duque de comunicar el Palazzo Vecchio, los Uffizi y su residencia en el palacio Pitti. Con este fin, Vasari diseñó el denominado corredor vasariano, una galería elevada sobre dichos edificios y el Ponte Vecchio. De esta forma, el príncipe absoluto atravesaba parte de la ciudad sin dejarse ver. El aislamiento de Cosme en relación a su pueblo era algo bastante habitual, manteniendo el duque en la plaza de la Señoría un destacamento de mercenarios alemanes que impedía el paso a personas no autorizadas.

En Pisa, Vasari diseñó también la plaza de los Caballeros, ampliando la antigua plaza de las Siete Vías. Son obras suyas el mencionado palacio de los caballeros de San Stefano y la iglesia de la orden. Frente al palacio se eleva una gran escultura del primer gran maestro de la orden, es decir, el propio duque Cosme.

Anexo al palacio se encuentra el jardín. El Renacimiento revalorizó la naturaleza, y los primeros Medici se acercaron a ella, como ya hemos visto, a través de las villas florentinas. Cosme había pasado su juventud en la villa de Trebbio, y deseaba hacer de su residencia un lugar de conexión entre arte y naturaleza. Así, el príncipe se convierte en demiurgo, es decir, ordenador de una naturaleza artificial, que puede compararse con el paraíso terrenal bíblico. La ciencia no es ajena a este interés por el jardín: ya hemos aludido a la instalación, junto al convento de San Marcos, tradicional institución protegida ya por Cosme el Viejo, del jardín botánico (1545).

La primera de las grandes realizaciones relacionadas con el jardín se cobró forma en la villa de Castello, próxima a Florencia. Su diseñador fue Niccolò Pericoli, más

conocido como Il Tribolo. Su jardín se concibe como un elemento situado tras el edificio, e incluye puertas secretas y laberintos boscosos, de acuerdo con la mentalidad hermética y amante de la sofisticación del príncipe manierista. En la villa de Castello pasaría el duque los últimos años de su vida, junto a su segunda esposa Camila Martelli. En sus jardines encontramos también algunas construcciones exaltatorias, como arcos de triunfo. Aunque más importantes son los jardines de Bóboli, en el palacio Pitti, iniciados por Tribolo en 1549, su dirección fue breve, pues falleció al año siguiente. Su sucesor en la obra fue Bartolomeo Ammanati, y más tarde Bernardo Buontalenti. También aquí aparecen elementos misteriosos, como alguna gruta anterior a la diseñada por Buontalenti. Se trata de un jardín que no abre perspectivas infinitas, como lo harían los jardines barrocos, sino que crea un espacio a la vez amplio e íntimo.

Junto a la arquitectura en piedra, duradera, se encuentra la arquitectura efímera, la construcción destinada a conmemoraciones, realizada en madera u otros materiales que permitan su posterior desmonte. Este tipo de obras, que hoy sólo conocemos por dibujos o descripciones, adquirió una enorme importancia en la corte manierista. Complicados montajes teatrales, fantásticas escenografías para fiestas, carrozas, etc., poseen un valor artístico prácticamente desconocido para nosotros. Se destinan básicamente a los tres ritos ligados a la perpetuación y expansión de la especie principesca, es decir, el nacimiento, el casamiento y la muerte. En ocasiones, adquieren un significado diverso, aunque confluyente (el nacimiento es la continuidad de la dinastía; el casamiento constituye a menudo la causa de nuevas e importantes conexiones internacionales, y la muerte es la búsqueda en lo sagrado de la trascendencia de lo efímero), adquiriendo una proyección política. Se diseña una ciudad efímera, una urbe disfrazada para las ocasiones dinásticas y solemnes. Viene a ser como si encima de la ciudad se colocara otra, que es efímera porque dura el tiempo del bautizo, de los esponsorios o del sepelio. El elemento central de este disfraz es el arco de triunfo, donde el príncipe se presenta como un César de la antigua Roma.

La primera manifestación de este tipo de actividad artística tuvo lugar el 29 de julio de 1530, con motivo de la boda entre Cosme y Leonor. Se observa una primera escalada de la mitología familiar al elevarse, en la florentina puerta de Prato, un arco de triunfo decorado con cuadros alusivos a Giovanni delle Bande Nere, el padre de Cosme, diseñado por Tribolo. El cortejo transcurrió por el barrio de San Marcos, allí donde Cosme el Viejo promovió la construcción de un convento y una biblioteca, y en su plaza se levantó una estatua ecuestre del mismo Giovanni, proyectada por Tribolo y el pintor Bronzino. En el antiguo palacio de los Medici se acondicionó el jardín para representar la comedia *Il Commodo*, de Antonio Landi, con intermedios musicales alegóricos en los que aparecía Apolo, las musas y personificaciones de ciudades y ríos del dominio mediceo. Grandes cuadros mostraban la gloria de los Medici. Bastiano da Sangallo compuso una escena de Pisa y un globo solar que se movía pendiente de una complicada maquinaria, simbolizando la unidad del tiempo.

El nacimiento de Francisco, primer varón del matrimonio, inauguró las celebraciones rituales que conmemoraban la continuidad de la dinastía. Para ello, fue remodelado el baptisterio de San Giovanni, de forma que se asemejara a una construcción romana, adosando a su entrada un arco de triunfo en el que se representaron escenas de la vida del emperador Constantino. En el interior, se eliminó el cono y la fuente mayor, dejando el espacio central libre para colocar una gran tribuna que rodeara la fuente bautismal.

De gran esplendor fueron también las nupcias entre Juana de Austria y el príncipe Francisco. En 1565, el estatus de la dinastía había cambiado, al haberse consolidado su poder. Por ello, Cosme encargó a Vincenzo Borghini, prior del hospital de los Inocentes, la elaboración de un informe que permitiera establecer el tipo de celebración que debía llevarse a cabo. Siguiendo su programa, desde el ingreso de los archiduques por la puerta de Prato hasta el Palazzo Vecchio, varios arcos de triunfo coronaron el cortejo. Uno de ellos estaba dedicado a Himeneo, el dios clásico del matrimonio; otro celebraba a la familia de la novia; a continuación, se elogiaba a la familia del novio, y por último, tres arcos representando la sabiduría y magnanimidad del duque Cosme. El patio del Palazzo Vecchio fue decorado con frescos alusivos a ciudades austriacas, y el salón de los Quinientos acogió el banquete nupcial.

Por último, la muerte del gran duque. Francisco I quiso dar, en las exequias de su padre, un testimonio tangible de la potencia política y del prestigio familiar, imitando la ceremonia de los funerales de Carlos V en Bruselas (1558). El 17 de mayo de 1574, el cuerpo de Cosme fue expuesto en un gran catafalco, al parecer diseñado por Buontalenti y destinado al salón de los Quinientos. Otro aparato funerario, instalado en la iglesia dinástica de San Lorenzo, fue confiado al pintor Alessandro Allori, según un programa iconográfico de Borghini.

Otros acontecimientos importantes fueron celebrados con el mismo aparato escénico, como el ingreso de Cosme en Siena (1560) o las pompas fúnebres de Miguel Ángel llevadas a cabo en Florencia en 1564.

En 1563, Cosme de Medici fundó la Academia del Diseño. La mano absolutista del príncipe llegaba también al ámbito de las artes. En esta academia, el duque encontrará a los artistas que precise para la realización de los aparatos festivos y las obras exaltatorias. En ella se reúnen tanto arquitectos como escultores, pintores, orfebres, etc. Benvenuto Cellini fue el encargado de diseñar el emblema de la institución, representando una alegoría de Apolo-Sol que ilumina el universo, de la misma manera que las artes iluminan la acción humana.

Los escultores alcanzaron en el principado mediceo altos niveles de calidad, enfocando su producción hacia una exaltación, tanto alegórica (mediante escenas mitológicas) como realista (bustos, estatuas, etc.), de la dinastía Medici. A pesar de la aversión que Miguel Ángel sentía hacia el despotismo del duque, sus obras fueron utilizadas por Cosme para decorar algunos interiores o simplemente como piezas de colección. Así, la *Victoria*, destinada a la tumba de Julio II, fue colocada en el salón

de los Quinientos, tras donación realizada al duque por el sobrino del escultor. El *David-Apolo*, la *Virgen de la Escalera* y cuatro *Prisioneros* se encontraban entre la colección particular de Cosme. Además, este fue el organizador de las exequias realizadas al cuerpo del escultor cuando fue trasladado de Roma a Florencia para ser enterrado en la iglesia de Santa Croce.

Los principales escultores de Cosme fueron Bartolomeo Ammanati, Baccio Bandinelli, Benvenuto Cellini y Vincenzo de Rossi, aparte del flamenco Jean de Boulogne (en Italia más conocido como Giambologna). Ammanati realizó la fuente de Neptuno de la plaza de la Señoría (1565), por la cual fue muy criticado, y además decoró con esculturas clásicas de clara influencia miguelangelesca las villas y palacios mediceos. En sus últimos años, Ammanati, influenciado por las directrices del Concilio de Trento, llegó a arrepentirse de todos los desnudos realizados. Baccio Bandinelli (Florencia, 1493-1560) llegó a ser el escultor preferido de Leonor de Toledo, realizando gracias a su apoyo diversos bustos de Cosme y la escultura que de su padre se alza en la plaza de San Lorenzo. En la plaza de la Señoría instaló su denostado *Hércules y Caco*. Pero es Benvenuto Cellini (Florencia, 1500-1571), el bronceista, el máximo exponente de la sofisticación manierista. Personaje de grandes inquietudes (no hay más que leer su novelesca autobiografía), viajó por Italia y Francia, y a su regreso a Florencia, recibió el encargo del *Perseo* de la plaza de la Señoría (1545), símbolo de la caída de la república. Realizó además diversos bustos de Cosme. Vincenzo de Rossi (Fiesole, 1525-Florencia, 1597), discípulo de Bandinelli, fue descubierto por Cosme cuando este se encontraba en Roma (1560), y se dedicó esencialmente a trabajos mitológicos destinados al salón de los Quinientos y a los jardines de Bóboli. Giambologna (Douai, 1529-Florencia, 1608) se instaló en Florencia en 1562 y alcanzó gran prestigio en la corte medicea. Como artista áulico, realizó el conjunto marmóreo de *Florencia dominando Pisa* que se conserva en el Museo del Bargello, el busto del duque (único en el que aparece con armadura moderna) y la estatua ecuestre del mismo Cosme de la plaza de la Señoría, inaugurada en 1595.



Perseo, de Benvenuto Cellini, bronce realizado entre 1545 y 1554. Loggia dei Lanzi, Florencia.

Pintores cortesanos de Cosme fueron Jacopo Carrucci *Pontormo*, decorador de las villas de Careggi y Castello (1537-43), considerado en su época demasiado extravagante y por ello rechazado en ocasiones; Agnolo di Cosimo Tori *Bronzino*, el gran retratista de la familia Medici y, sobre todo, Giorgio Vasari, el pintor preferido de Cosme. Vasari es el exaltador por excelencia de las glorias de la familia gobernante, y en especial del duque. De la producción florentina del artista caben destacar los frescos de las estancias de los Elementos, del salón de los Quinientos y la decoración del *studiolo* del príncipe Francisco, todos ellos en el Palazzo Vecchio. En las estancias de los Elementos, los dioses del cosmos (nombre no elegido por casualidad) gobiernan con sabiduría, al igual que el duque lo hace en la Toscana. En la misma época en que pintó estas salas (1556-62), Vasari trabajó también en las salas de León X y Clemente VII, representando aquí a personajes de la familia Medici adoptando caracteres divinos. Entre 1563 y 1572, Vasari y sus discípulos decoraron el salón de los Quinientos; en sus muros, seis grandes escenas bélicas (*Toma de Siena*; *Toma de Porto Ercole*; *Batalla de Marciano*; *Batalla de Torre San Vincenzo*; *Maximiliano de Austria intenta tomar Livorno*; y, *Asedio de Pisa por las tropas de la república*), y en el techo, en casetones de madera, más de treinta escenas de la vida de Cosme, con la coronación del duque por Flora en el centro. Para el *studiolo*, Borghini ideó un programa hermético y alquímico del que Vasari sólo realizó el panel titulado *Perseo y Andrómeda*.



VASARI, Giorgio. Clemente VII corona a Carlos V en Bolonia (1556-1562). Salón de Clemente VII, Palazzo Vecchio (Florençia).

III

Continuidad y decadencia de la dinastía (1571-1737)

Francisco I de Medici, gran duque proespañolista

GRAN DUQUE HERMÉTICO

El gobierno de Francisco I (1574-1587) fue mucho más proespañolista que el de su padre Cosme. El nuevo gran duque, menos enérgico, debió de sentirse muy influenciado por la corte hispánica durante su estancia en la península ibérica, e incluso llegó a imitar sus vestimentas. Era hombre sombrío y muy irritable, aficionado a pasatiempos inútiles (caza, pesca, alquimia), temeroso de su pueblo y, por ello, no demasiado apreciado por los florentinos. Su principado no estuvo exento de problemas, entre los que destacaron sobre todo los familiares.



Retrato de Francisco I de Medici, realizado hacia 1560, cuando todavía no era gran duque, por Alessandro Allori. Se conserva en el Museo Erfgoed, Amberes.

PROBLEMAS FAMILIARES

Nada más ocupar el trono gran ducal, Francisco se encontró con una serie de dificultades que denotaron su debilidad como político. Su hermano, el cardenal Ferdinando, contrario a sus amores con la veneciana Bianca Capello, se retiró a Roma. A su vez, el duque de Ferrara comenzó a provocar problemas fronterizos. El notable Orazio Pucci organizó una conjura para eliminarle (de hecho, su padre Pandolfo Pucci ya lo había intentado contra Cosme y fue condenado a muerte por ello), aunque fue descubierto, torturado y ejecutado. El bandolerismo, en parte propiciado desde los Presidios hispánicos de Toscana, creció notablemente, y los turcos volvieron a amenazar las costas del país. Todo ello, sazonado con una serie de dramas familiares de los que a continuación trataremos.

En primer lugar, Francisco actuó con dureza con su madrastra Camila Martelli, a la que encerró en un convento florentino. Camila, a pesar de haber protegido a Francisco en vida de Cosme por causa de sus amores con la Capello, no pudo abandonar su encierro durante todo el tiempo en que su hijastro gobernó el gran ducado. Francisco estaba apasionadamente enamorado de la veneciana, mujer que había llegado a Florencia huyendo en compañía de Piero Buonaventura, un agente de banca. La noble familia de Bianca había exigido el castigo para Piero y la extradición de la muchacha, pero al enamorarse el príncipe de ella pagó a su marido Buonaventura una cantidad por la dama y se convirtió en protector de ambos. Los florentinos pasaron a conocer al banquero con el apodo de Piero «cuernos de oro».

La veneciana se apoderó de la voluntad del nuevo duque e intentó aprovecharse de ello para adquirir una mayor influencia en la corte. Puesto que la gran duquesa Juana de Austria, una mujer fea y algo deforme, no había podido dar descendencia masculina al gran ducado (entre 1567 y 1575 tuvo nada menos que siete hijas), existía un grave problema de sucesión. Bianca Capello, en 1575, urdió por ello una trama que beneficiara a sus intereses. Así, compró un niño recién nacido y anunció a Francisco que se trataba del fruto de sus relaciones, por lo que bien podría convertirse en sucesor al trono gran ducal. No obstante, el médico que asistió al parto descubrió el engaño, y Bianca fue obligada a confesar su engaño ante Francisco. Sobre esta complicada historia, hay quien cree que la veneciana sí tuvo en realidad un hijo del propio gran duque, y que fue su hermano el cardenal Ferdinando quien, desde Roma, organizó el engaño para evitar que el recién nacido sucediera a su padre. Por fin, en 1577 Juana daría a luz a un varón, a quien se bautizó con el nombre de Felipe en honor al monarca español. La gran duquesa murió en 1578 a los treinta y dos años de edad, cuando esperaba un nuevo hijo. Felipe no llegaría a ocupar el trono toscano, pues fallecería en 1582.



Retrato de Bianca Capello pintado hacia 1584-1585 por Scipione Pulzone. Se conserva en el Kunsthistorischesmuseum de Viena.

Estos asuntos familiares, envueltos en cierto halo de misterio, acabaron por irritar al emperador Maximiliano II. El archiduque Fernando, su hermano, amenazó en 1576 al embajador toscano con vengarse por las ofensas que recibía Juana, hermana de ambos. Sin embargo, el nacimiento de Felipe relajó la tensión existente entre Viena y Florencia.

Francisco I casaría por fin con Bianca Capello sólo dos meses después de la muerte de su primera esposa. Curiosamente, Piero «cuernos de oro» había sido asesinado no hacía mucho por sicarios pagados por el gran duque, en el curso de una extraña reyerta.

Don Pedro de Medici, hermano del gran duque, fue también protagonista de otro delicado asunto familiar. Había casado con Leonor de Toledo, hija del virrey de Nápoles don García, y por tanto sobrina de la primera esposa de Cosme I. La infidelidad cometida por Leonor con el caballero Bernardo Antinori provocó que don Pedro, con la complicidad del propio Francisco, estrangulara a su esposa el 9 de julio de 1576. Lo que en un principio se presentó como una muerte natural acabó siendo reconocido en secreto, ante el rey de España, como una suerte de ejecución provocada por la infidelidad de la dama. Felipe II no tomó en consideración aquel acto, e incluso concedería a don Pedro un alto cargo militar. Precisamente el hermano del gran duque participaría junto al duque de Alba, pariente de su difunta esposa, en la conquista de Portugal.

Pocos días después del «ajusticiamiento» de Leonor, otro asesinato ensombreció

la corte medicea. Isabel de Medici, hermana de Francisco, había casado muy joven con Paolo Giordano Orsini, duque de Bracciano y por ello feudatario de la Iglesia. Troilo, primo de Giordano, se enamoró de Isabel y ambos iniciaron una relación amorosa que acabaría por descubrirse, dando lugar al estrangulamiento de la joven en la villa de Cerreto Guidi. Aunque estaba al corriente del asunto, Francisco anunciaría a las cortes europeas que su hermana había fallecido por un accidente sufrido mientras se lavaba la cabeza.

ACTIVIDAD ARTÍSTICA Y CONSTRUCTIVA DEL GRAN DUQUE

El introvertido Francisco se hizo construir un laboratorio en los jardines del convento de San Marcos, y cuando no estaba en compañía de la veneciana, pasaba jornadas enteras entre hornillos y alambiques, intentando fundir cristal de roca o imitar la porcelana china. Otro de sus pasatiempos consistía en diseñar y componer falsas joyas, así como coleccionar piedras semipreciosas. El gran duque protegió especialmente a Buontalenti, sucesor de Vasari en las actividades artísticas de la corte. Buontalenti, llamado por los florentinos Bernardo *delle Girandole*, construyó un teatro para su protector, inaugurado en 1586 con motivo de la boda entre Virginia, hermanastra del gran duque, con César d'Este, duque de Ferrara. Francisco convirtió a los Uffizi en sede de las colecciones artísticas mediceas, como lo eran ya de la tapicería gran ducal. Dicho edificio se convirtió así en el centro intelectual de la ciudad y de la corte, reuniendo esculturas antiguas y modernas, pinturas y objetos raros y preciosos, alojando además los gabinetes científicos y el teatro.



Puerta de San Marcos en Livorno, diseñada por Bernardo Buontalenti.

Pero la obra más importante realizada durante el principado de Francisco fue el puerto de Livorno, ya proyectado en época de Cosme I. Las tareas de fortificación de la ciudad fueron dirigidas por Buontalenti, y el lugar, que al subir Cosme al trono ducal apenas estaba habitado, se convirtió a comienzos del siglo XVII en uno de los principales puertos del Mediterráneo occidental. Por aquel entonces, su población rondaba ya las cinco mil personas.

COLABORACIÓN DE FRANCISCO I CON FELIPE II

Como hemos dicho anteriormente, el reconocimiento del título gran ducal para la familia Medici tuvo lugar, por parte del emperador Maximiliano II, el 8 de noviembre de 1575. El 26 de enero del año siguiente, tal dignidad era aceptada también por Felipe II. Autoridades españolas en Italia, como el virrey de Nápoles, duque de Medinasidonia, o bien el duque de Osuna, gobernador de Milán, aconsejaron no obstante al monarca hispano que no sancionara el nombramiento. Fueron las manifiestas intenciones de Francisco I por servir fielmente a los intereses españoles, demostradas en numerosas ocasiones, las que acabaron por convencer a Felipe de que convenía aceptar el título de su aliado toscano.

Poco antes de que falleciera Cosme de Medici, cuando este se encontraba ya enfermo, el príncipe Francisco volvió a poner sus galeras al servicio de Felipe II. De hecho, seis de ellas, más un galeón, participarían en la conquista de Túnez, lograda el 11 de octubre de 1573 bajo la dirección de don Juan de Austria. Al año siguiente, el ya gran duque Francisco I ofrecía sus naves al monarca español, aunque bajo un nuevo contrato que le permitiera cobrar por los gastos. La reconquista de Túnez por parte de los turcos, acaecida en julio de 1574, hacía prever nuevas acciones hispánicas.

Sin embargo, Felipe II tenía ya puestas sus miras en los asuntos de Flandes, y decidió invertir ahora la mayor parte de sus ingresos en el frente atlántico. La respuesta a la oferta del gran duque fue la de anunciarle que sus galeras ya no eran necesarias. Y puesto que el gasto de la flota era bastante elevado, Francisco I tuvo que retirar del servicio varias de sus naves y dedicar otras cuatro a las tareas del corso. Los transportes venecianos fueron los que más sufrieron este cambio de objetivo, lo que obligó a la diplomacia de la Serenísima a pedir a Felipe II que ordenara al gran duque el fin de los ataques. En esta tesitura, la diplomacia toscana llegó a acercarse a las autoridades otomanas, en sendas embajadas llevadas a cabo en 1574 y 1578, al objeto de establecer relaciones comerciales. La inactividad de la flota otomana tras la reconquista de Túnez, junto a las treguas pactadas con Felipe II, favorecía dicho acercamiento, aunque al final no se llegó a ningún acuerdo concreto.

Como muestra de fidelidad a Felipe II, Francisco I envió a su hermano Pedro a Madrid en diciembre de 1577. Este, a pesar de haber asesinado a su esposa española, resultó bien acogido en la corte madrileña, siendo nombrado jefe de la Infantería italiana al servicio del monarca. Con este cargo, don Pedro participó activamente, tal y como adelantamos ya, en la conquista de Portugal dirigida por el duque de Alba.

El 31 de enero de 1580 fallecía don Enrique, monarca luso y último representante de la casa de Avís. Felipe II, interesado en sucederle, había realizado ya las gestiones oportunas para alcanzar su propósito, pero ante la dificultad de lograr una solución exclusivamente diplomática al asunto, se vio obligado a presionar mediante las armas. Para esta empresa obtuvo de Francisco I de Medici un crédito de 250.000

escudos de oro y la promesa de reclutar soldados italianos, equiparlos y trasladarlos hasta puertos españoles. El gran duque propuso de nuevo una colaboración marítima, aportando galeras de su flota a la empresa portuguesa. Pero los genoveses, cuyas naves eran las que solía utilizar Felipe II en este tipo de acciones, solicitaron a este que no aceptara la propuesta toscana. En agosto de 1580, las tropas del rey español tomaron Lisboa, haciendo entrada en ella el propio don Pedro de Medici al frente de sus soldados.

Sin embargo, la cuestión portuguesa estaba muy lejos de haber sido solucionada. Un nuevo pretendiente, don Antonio, prior de la orden militar de Crato, buscó apoyo en la corte de Francia. La pequeña guerra entre Felipe II y el prior tuvo como escenario las islas Azores, que se habían negado a aceptar al monarca español.

En 1582, una flota francesa se presentó en el archipiélago. Entre sus jefes se encontraba Filippo Strozzi, privado de la reina Catalina de Medici y sobrino del antiguo enemigo de Cosme I muerto en la fortaleza de San Giovanni. El 26 de julio, la armada de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, se enfrentó y derrotó a las naves francesas. Strozzi sería capturado y asesinado por sus oponentes. Al año siguiente, las islas pasaron a manos de Felipe II.

Francisco I resultó beneficiado por su participación en la guerra de las Azores. El 25 de noviembre de 1581, el embajador toscano Domenico Simoni escribía al gran duque desde Lisboa, anunciándole que Felipe II había firmado un documento en el que reconocía todas las deudas contraídas con los Medici, incluido el pago de las naves y la artillería entregadas hasta 1573. Simoni daba a entender que aquel logro había resultado muy costoso de conseguir. A su vez, el 22 de julio del año siguiente, el propio Felipe II ofrecía a Francisco I la concesión del emblema de la orden del Toisón de Oro.

Una de las manifestaciones más evidentes de la actividad proespañola de Francisco I fue su política antifrancesa. Esta quedó patente en la negativa del gran duque a ofrecer créditos a la monarquía gala, tal como ocurrió en 1574. Por otro lado, Francia seguía constituyendo el país de acogida de los exiliados florentinos contrarios a los Medici. Entre 1578 y 1579, el embajador Curzio Picchena se dedicó a eliminar e intimidar a algunos de estos emigrados, por lo que fue encarcelado y posteriormente expulsado de Francia. Y como culminación de esta tensa situación, Francisco I acabó retirando a su nuevo embajador Sinolfo Saracini, rompiendo así sus relaciones con aquel reino. El motivo fue la preferencia concedida por Catalina de Medici a los representantes de Saboya y Ferrara sobre la legación toscana.

LOS PRÉSTAMOS A FELIPE II

El gran duque Francisco, fiel seguidor como hemos visto de la política proespañola, fomentó e incluso participó personalmente en la concesión de créditos a Felipe II.

El historiador Felipe Ruiz Martín, en su ya clásica obra titulada *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo*, publicada en París en 1965, estudió las relaciones establecidas entre los banqueros y Felipe II, que tantos problemas provocaron a los primeros. Según Ruiz Martín, a consecuencia de la sublevación flamenca, el monarca español incrementó sus peticiones de dinero a los prestamistas toscanos, incluido el gran duque Francisco I. Con ello pretendía apartar a los perturbadores genoveses del sistema crediticio hispano. Fue entre 1579 y 1586 cuando tuvieron lugar las principales operaciones, hasta que Felipe II llegó a la conclusión de que las posibilidades financieras de los florentinos eran demasiado limitadas. De 1579 a 1583, se realizaron cinco operaciones crediticias, que significaron la recepción por parte de las arcas hispanas de 1.416.667 escudos, prestados por Francisco de Medici y las bancas de los Strozzi, Carnesecchi, d'Averone y Caccia.

El primer crédito, concedido por el gran duque en 1579, fue de 400.000 escudos. No se estipuló ningún tipo de garantía ni de interés, y Francisco se contentó con la palabra real de su devolución. A esta cantidad hay que añadir los gastos de munición, armas y soldados, provocados por la campaña de Portugal. En total, 10.000 arcabuces, 2.000 mosquetes, pagas para 4.000 soldados españoles y 5.000 alemanes, transportes, etc., lo cual sumó un total de 164.667 escudos entregados en 1580.

Pero Felipe II continuó exigiendo. En el mismo año de 1580, solicitó 400.000 escudos más, pagaderos a un interés del siete u ocho por ciento. El gran duque no pudo reunir tal suma, y sólo se entregaron 250.000, concedidos por Zanobi Carnesecchi y Alessandro Strozzi. En este caso, el préstamo fue puntualmente devuelto con un ocho por ciento de interés. Por ello, las firmas crediticias de d'Averone y Caccia intentaron buscar un beneficio enviando a Sevilla a varios delegados, que en mayo de 1581 negociaron un asiento de 300.000 escudos, devueltos al recibirse la siguiente remesa de metales americanos.

En 1583 fue firmado un nuevo asiento de 300.000 escudos de plata por los mismos Carnesecchi y Strozzi. El principal problema de tales operaciones residía en que los florentinos no disponían de oro, y las cantidades entregadas con sus créditos debían cambiarse por monedas de dicho metal. La razón hay que buscarla en que el oro era la única moneda que aceptaban los comerciantes franco-flamencos, abastecedores de los ejércitos hispanos. Por ello, hubo de recurrirse de nuevo a los banqueros genoveses, quienes acabaron encargándose de sufragar con sus préstamos buena parte de la empresa de la Armada Invencible.

Desaparecido ahora el interés hacia los banqueros florentinos, al morir Felipe II en 1598 todavía no habían sido devueltos los 300.000 escudos encontrados en 1583.

Esto obligó al nuevo gran duque, Ferdinando I, a buscar nuevos destinos para su dinero, lejos ya de la cada vez más insolvente Monarquía Hispánica. La compra de trigo y los préstamos a Enrique de Borbón, rey de Francia, serían los más destacados.

MUERTES DE FRANCISCO I Y BIANCA CAPELLO

La esterilidad de Bianca Capello impidió que Francisco pudiera dejar descendencia masculina. El falso hijo de la veneciana, aunque se le permitió usar el apellido Medici, jamás sería reconocido como sucesor. Simplemente llegaría a ocupar el cargo de prior de los caballeros de Malta en la Toscana. El principesco matrimonio pasó sus últimos años sobre todo en su nueva villa de Pratolino, remodelada por Buontalenti.

Pero la muerte de ambos tendría lugar en la villa de Poggio a Caiano, en circunstancias que en su momento se calificaron de sospechosas. El cardenal Ferdinando había regresado de Roma en octubre de 1587 para reconciliarse con su hermano. Por aquel entonces, Bianca era ya una mujer madura de cuarenta años enferma de hidropesía, mientras que Francisco estaba cada vez más afectado por los productos químicos que usaba en sus experimentos y por el exceso de comidas picantes. El 8 de octubre, al regresar de una cacería, el gran duque se vio afectado por una altísima fiebre. Cinco días después, Bianca enfermó también, y a mediados de mes ambos fallecieron. Puesto que el cardenal se encontraba en la villa, inmediatamente se habló de veneno. Y por ello, Ferdinando ordenó que se practicara la autopsia a los cadáveres, sin que se descubriera nada aparentemente anormal.

Como nuevo sucesor en el gran ducado, Ferdinando organizó unas espectaculares exequias en honor a su hermano, celebradas en la catedral de Florencia y en la iglesia de San Lorenzo. Pero no permitió que la odiada Bianca Capello fuera enterrada junto a él. Hay que decir que la muerte de Francisco no fue demasiado llorada por sus súbditos, y pronto se acallaron los rumores de un posible asesinato.

**Las veleidades autonomistas del gran duque Ferdinando
I**

TENDENCIAS A DESPLEGAR UNA POLÍTICA EXTERIOR AUTÓNOMA

En cuanto falleció el gran duque Francisco I, su hermano ordenó que se adoptaran medidas preventivas para controlar el orden público. Temía alguna reacción, bien por parte de los nobles, bien por parte popular, que se opusiera a su ascenso al trono toscano. Sin embargo, no hubo el más mínimo problema. Ya hemos dicho que Francisco no había sido muy apreciado por sus súbditos, y cinco días después de su fallecimiento, el Senado de los Cuarenta y ocho aclamó con vítores al sucesor en el marco del Palazzo Vecchio.

Ferdinando había nacido en 1549, y era el sexto hijo varón de Cosme I. A los catorce años fue nombrado cardenal, y hasta 1587 pasó gran parte de su tiempo en Roma, donde fundaría el Colegio de la Propaganda de la Fe. En la capital pontificia acumuló gran cantidad de piezas clásicas, como la *Venus de los Medici*, el grupo de los *Nióbidas*, los luchadores helenísticos, etc., fruto de la disolución de las colecciones privadas fomentada por los papas contrarreformistas. Todas estas esculturas serían posteriormente instaladas en los Uffizi de Florencia. Cuando falleció su hermano, Ferdinando dejó el cardenalato y se convirtió en el tercer gran duque de Toscana. Las imágenes que de él se conservan nos lo presentan hacia 1600 como un hombre alto y robusto que usaba bigote y perilla, viajando a menudo por sus posesiones al objeto de vigilar personalmente las obras que él mismo había ordenado. Sin duda, Ferdinando fue un príncipe muy activo.



Retrato de Ferdinando I en hábito de cardenal, obra de Scipione Pulzone realizada hacia 1580. Se conserva en la Galería de Arte de Australia del Sur, Adelaida.

A diferencia de Francisco, el nuevo gran duque desarrolló una actividad política comparable a la de su padre Cosme. Especialmente espectacular resultó su despliegue diplomático, que le llevó a mantener relaciones con diversos gobernantes europeos y a participar en asuntos de índole internacional. Todo ello se realizó casi a espaldas de la corte de Madrid, que ya había comenzado a mostrar cierta despreocupación por los asuntos italianos. Este hecho permitió a Ferdinando, un gobernante particularmente activo, liberarse de los opresivos lazos políticos que le unían al monarca español, aunque no de forma completa ni duradera. Al mundo financiero toscano le convenía desligarse un tanto de sus negocios con la corte hispana y buscar mercados crediticios más solventes. El creciente endeudamiento financiero de Felipe II provocaba serios problemas a los banqueros florentinos, entre los que se incluían los propios Medici, controladores de los recursos monetarios del principado. Particularmente grave fue la tercera bancarrota del monarca hispano (1596-1597), que puso en serias dificultades al mundo financiero y mercantil toscano, sobre todo al de la lana, cuya materia prima era en buena medida importada de España gracias a las operaciones crediticias establecidas por particulares.

Ferdinando había odiado a su hermano y se había opuesto a su política prohispana. Ya durante su cardenalato, se carteo en secreto con Catalina de Medici, y cuando alcanzó el trono toscano, fue con el monarca galo Enrique IV con quien mantuvo mayores relaciones diplomáticas, al menos durante su primera etapa de gobierno. Pero también buscaría contactos con Isabel I de Inglaterra, la vieja enemiga

de Felipe II. Las naves inglesas llegaban cada vez con mayor frecuencia al puerto de Livorno, y tales relaciones comerciales eran en parte consecuencia de las buenas relaciones establecidas entre ambas cortes. Incluso al subir Jacobo I Estuardo al trono inglés en 1603, se pensó en casar a su hijo Carlos con una princesa de la casa Medici, aunque no se alcanzaría ningún acuerdo al respecto.

No obstante, durante el primer año de gobierno de Ferdinando, se produjo una pequeña cooperación marítima con España, que puede considerarse como continuación de las anteriores empresas mediterráneas. El *San Francesco*, único galeón de la flota toscana, que, a diferencia de las galeras toscanas, podía surcar sin problemas las aguas atlánticas, participó en la expedición que en 1587 se organizó para acabar con la piratería en el virreinato del Perú, y que fue dirigida por el marqués de Santa Cruz. El mismo galeón formó parte al año siguiente de la Armada Invencible, y resultó incendiado. Su capitán falleció a causa de unas fiebres en el puerto de Santander, una vez que regresó de la desgraciada expedición.

EL ASESINATO DEL SEÑOR DE PIOMBINO

Hemos visto ya que en 1559 el señorío de Piombino, tras recibir una guarnición hispánica, pasó a convertirse en una importante posición de Felipe II en la costa toscana. No obstante, el pequeño feudo mantenía una teórica independencia y continuaba gobernado por la familia Appiano. Los grandes duques, desde Cosme hasta Ferdinando, intentarían apoderarse del lugar mediante contactos diplomáticos mantenidos con los monarcas hispánicos. No obstante, en 1589 tuvo lugar un acontecimiento que permitió a Felipe II entrever cuál sería a partir de entonces la política del gran duque en relación con Piombino. Nos referimos al asesinato de su señor, Alejandro Appiano.

Alejandro era hijo y sucesor de Jacobo VI en el feudo. Ya en 1587 había tenido que rechazar la ofensiva diplomática de Francisco I de Medici ante la corte hispánica, encaminada a obtener las islas de Pianosa y Montecristo, integradas en sus posesiones. El gran duque argumentó que el Appiano era incapaz de defenderlas, e incluso se dedicó a infamar a Alejandro, aunque nada obtuvo con ello.

Dos años después, el 28 de septiembre de 1589, Alejandro Appiano caía asesinado a arcabuzazos en una plaza de Piombino. El promotor del crimen había sido Félix de Aragón, jefe de la guarnición hispánica, que estaba enamorado de Isabel Mendoza, la española con quien estaba casado Alejandro. El gran duque vio la oportunidad de aprovechar una coyuntura favorable, y dispuso que unidades de infantería, artillería y caballería tomaran posiciones en la frontera de los Presidios, aumentando además la guarnición de Portoferraio. Desde dicha base, llegaría a ocupar casi toda la isla de Elba.

Las intenciones de Ferdinando eran, en principio, las de proteger el monopolio mediceo de explotación de las minas de hierro elbanas, así como apoyar al sucesor de Alejandro, el pequeño Cosme Appiano, residente entonces en Florencia y trasladado a Elba con los soldados toscanos. No obstante, los oscuros intereses del gran duque iban encaminados a obtener el feudo de Piombino, y pagó por ello a diversos notables del lugar para que fomentaran el cambio de dinastía.



Fortaleza de Piombino.

El conde de Miranda, virrey de Nápoles, envió soldados para reforzar la guarnición piombinesa, y tras una exhaustiva investigación, se descubrió la participación de Félix en la conjura. Las autoridades hispánicas no quisieron ni oír hablar de una posible cesión de Piombino al gran duque y, por fin, el feudo pasaría a manos de Cosme Appiano.

LA POLÍTICA PROFRANCESA

En 1588, Ferdinando de Medici renunció al cardenalato y decidió casarse al objeto de dejar un heredero para el gran ducado. Por aquel entonces, ya había fermentado en su mente la idea de desligarse de España y acercarse a Francia, un reino dividido por las guerras de religión en el que todavía ejercía gran influencia su pariente la reina madre Catalina de Medici.

Las intenciones de Ferdinando eran las de casar con una princesa francesa, y las negociaciones llevadas a cabo en París por Orazio Rucellai y Enea Vaina dieron como fruto la elección de Cristina de Lorena, nieta de Catalina de Medici y emparentada con la católica familia de los Guisa, como futura gran duquesa de Toscana. Cuando tales noticias llegaron a Madrid, Felipe II se irritó e intentó buscar una candidata de la casa de Habsburgo, pero no se le hizo excesivo caso y se le pidió además que fueran devueltos los créditos no pagados en tiempos de su antecesor. De todas formas, los Guisa eran aliados del monarca español, por lo que la boda no representaba ninguna ofensa al rey hispánico.

En octubre de 1588, Rucellai llegó a la corte francesa y concluyó el acuerdo matrimonial. Por aquel entonces, la monarquía francesa se encontraba en pleno declive a causa de los conflictos religiosos. El duque de Guisa caía asesinado a fines de año, el 5 de enero del siguiente fallecía Catalina de Medici, y el siguiente 1 de agosto moría su hijo, el monarca francés Enrique III, a manos del fraile jacobino Jacques Clément. Se iniciaba con ello una nueva fase de la guerra que enfrentaba a católicos y hugonotes, ya que al no haber dejado herederos directos, Enrique III había elegido como sucesor antes de fallecer al protestante Enrique de Navarra (o de Borbón), decisión no aceptada por la Liga Católica del reino, tras la que se encontraba Felipe II.

El viaje de Cristina a la Toscana se hizo en un clima de guerra civil. Marsella se encontraba en rebeldía, y se necesitó por ello un verdadero ejército como séquito. Por fin, la futura gran duquesa llegaría a Florencia el 30 de abril de 1589.

Cristina siguió la misma ruta para acceder en la capital toscana que su antecesora, Juana de Austria, veinticinco años antes. Un esplendoroso aparato escénico, repleto de arcos de triunfo y rematado con diversas fiestas caballerescas, pretendía mostrar a los florentinos las bondades del Gobierno mediceo y la importancia de aquel enlace. En esta celebración, se organizó incluso una naumaquia en el palacio Pitti, donde se escenificaron luchas entre naves cristianas y turcas.

Tras el matrimonio y la elección de Enrique de Navarra como nuevo monarca francés, Ferdinando I optó por apoyar al nuevo rey mediante la concesión de créditos y la participación militar en las costas mediterráneas de Francia. El gran duque argumentaría su decisión de ayudar al monarca francés declarando que él estaba casado con una princesa de aquel reino, lo que le obligaba a colaborar con el rey legalmente elegido y salvaguardar la integridad de sus territorios. Como Enrique era

todavía protestante, pues hasta julio de 1593 no se decidió a abjurar, Ferdinando dio a conocer que cualquier conquista que realizara sería entregada posteriormente a cualquier monarca católico reconocido por toda Francia.

La Provenza constituía uno de los focos más conflictivos del territorio francés. Incluso antes ya de la muerte de Enrique III, gran parte de sus ciudades, entre las que se encontraba Marsella, se habían adherido a la Liga Católica. El duque Carlos Manuel de Saboya, yerno de Felipe II, fue instado por la condesa de Sault, una noble católica francesa, a invadir aquel territorio. En realidad, el duque de Saboya pretendía ampliar sus posesiones obteniendo el condado de Provenza, de forma que el 17 de noviembre de 1590 entró en Aix-en-Provence, donde el Parlamento regional le nombró gobernador militar de la región. Poco después, Felipe II le pidió que continuara su penetración hacia el Languedoc. Aquí los rebeldes protestantes fueron avituallados por barcos procedentes de Livorno, que ya realizaban dicha labor desde 1589.

A su vez, las naves toscanas ocuparon en julio de 1591 las islas Pomègues y el castillo de If, situado frente a Marsella, que fue consignado por su castellano, Nicolás de Bausset, al gran duque Ferdinando. El objetivo de esta empresa era evitar que aquellas estratégicas aguas cayeran en manos de los enemigos de Enrique IV de Borbón. Por aquel entonces, Marsella estaba gobernada por Charles de Casaulx, partidario de Felipe II, y podía convertirse en el puerto donde desembarcaran tropas españolas. La toma de If constituía sobre todo una forma de salvaguardar los intereses financieros del Gobierno toscano. Se calcula que Enrique IV debía entonces 973.450 ducados de oro, para los que se requería una sólida garantía de cobro. Garantía que en este caso habría sido la fortaleza.

Ferdinando obtuvo If en su poder hasta finalizar la guerra civil francesa y el conflicto con la Monarquía Hispánica (1598). Puesto que la empresa se había realizado en nombre de la casa real gala, el castillo conservó su emblema y una guarnición gala durante ese tiempo. Al parecer, Felipe II no consideró la conquista de la fortaleza como un acto realmente contrario a sus intereses. Aunque hizo llegar protestas oficiales por su ocupación, llevada a cabo sin su consentimiento, así como por el envío de dinero y víveres para Enrique IV ordenado por el gran duque, cuando este consiguió probar que su iniciativa había sido requerida por los duques de Lorena y otros nobles, y que hubo declarado su disposición a colaborar con la Liga Católica, la actitud de Felipe II se volvió más conciliadora. Y ello a pesar de que el gran duque hizo oídos sordos a su petición de que le cediera la fortaleza de If.

No obstante, en 1596 se produjo un grave incidente protagonizado por el almirante genovés Carlo Doria. Este, dirigiendo la flota española, intentó desembarcar cerca de Marsella para ocupar la ciudad. Los cañones toscanos de If hicieron entonces fuego contra los invasores y las tropas hispánicas tuvieron que reembarcar. Ferdinando de Medici se apresuró a informar de que el cañoneo se había realizado sin su consentimiento, pero Doria intentó vengarse conquistando la

problemática fortaleza. No tuvo éxito en su ataque, por lo que aconsejó al rey español que levantara un castillo en la isla de Elba destinado a controlar la base medicea de Portoferraio. Felipe II llegó a tomar en consideración el consejo, aunque dicha fortaleza, elevada en Porto Longone, no se llegaría a edificar hasta pocos años después de su muerte.

La devolución de las Pomègues a Francia se produjo en 1598, aunque Ferdinando exigió a Enrique IV el pago de los gastos ocasionados por su defensa. Las negociaciones se alargaron hasta 1607, cuando se estableció una cifra definitiva pagadera en varios años. Por otro lado, en diciembre de 1599, se estipuló contrato para celebrar la boda entre el rey francés y María de Medici, hija del anterior gran duque Francisco I. Enrique IV había conseguido la anulación de su primer matrimonio con Margarita de Valois, declarada estéril, y su ministro exigió como dote un millón de escudos de oro. Reducida tras diversas negociaciones la cantidad a 600.000 escudos, 350.000 en efectivo y el resto a deducir de la deuda, el dinero sería sufragado espontáneamente por diversos notables florentinos, que mostraron así su confianza en el gran duque. El casamiento tuvo lugar en la catedral de Florencia el 5 de octubre de 1600, y fue celebrado por poderes por el legado pontificio cardenal Pietro Aldobrandini. Respecto a este asunto, conviene saber que antes había sido rechazada ya la mano del archiduque Matías, hermano del emperador Rodolfo II de Habsburgo, que también aspiraba a la mano de María.

DESPLIEGUE DIPLOMÁTICO EN EL ESTE DE EUROPA Y LA LUCHA CONTRA LOS TURCOS

Podemos intuir ya que, pese al alejamiento protagonizado por Ferdinando de Medici, este no dejó nunca de mantenerse en el bando de los Habsburgo, al menos de forma oficial. Ello le llevó a continuar sus buenas relaciones con la corte de Viena y a participar indirectamente en la guerra de Sucesión de Polonia.

En 1586 falleció el soberano polaco Stefan Bathory. Puesto que era la Dieta del reino la que debía elegir al sucesor, surgieron una serie de pretendientes, entre los que se incluyó el propio gran duque Francisco I, quien, por lealtad a los Habsburgo, no quiso que se aireara dicha posibilidad. De hecho, el candidato con mayores posibilidades era Maximiliano, hermano del emperador Rodolfo II. El gobernante toscano, para apoyar a este, le concedería un préstamo de cincuenta mil escudos de oro.

Ante la elección de dos soberanos, Maximiliano de Habsburgo y el sueco Segismundo Vasa, la guerra de Sucesión estalló en 1587. Tras algunos combates, el austriaco fue hecho prisionero, aunque gracias a la labor mediadora de Ferdinando I el archiduque sería liberado en 1589. El gran duque recibiría por ello grandes muestras de gratitud por parte del emperador Rodolfo II. Al año siguiente, el nuevo soberano polaco, conocido como Segismundo III, pedía ayuda financiera a Ferdinando para combatir a turcos y tártaros.

Rodolfo II de Habsburgo fue otro de los monarcas que se dirigió al gran duque para obtener dinero y ayuda para luchar contra sus enemigos, en esta ocasión, los turcos. La guerra se había reanudado en 1592, al romperse una tregua anterior firmada por Maximiliano II en 1568. El gobernante toscano, que por aquel entonces se encontraba empeñado en diversas acciones, especialmente en apoyar a Enrique IV de Borbón, contestó que no podía aportar mucho para la lucha contra el turco. No obstante, fueron desplazados mil infantes al frente de batalla mandados por Giovanni de Medici, un hijo bastardo de Cosme I, dedicado sobre todo a la carrera de las armas y a la labor constructiva. Poco después, partieron de la Toscana dos destacamentos más. El dinero aportado sería de cien mil escudos. Tras la derrota de los cristianos en Raab (o Győr, Hungría) en septiembre de 1594, los soldados toscanos, ante la dureza de los combates y el irrespetuoso trato que recibieron, decidieron retirarse del conflicto. No obstante, don Giovanni continuaría al servicio del emperador.

En 1594, el embajador Cosimo Bottegari fue enviado a Transilvania, gobernada por el príncipe Segismundo Bathory. Su misión era la de alcanzar un trato de favor en materia de comercio, y logró el éxito en esta empresa. A cambio, el príncipe de Transilvania obtuvo al año siguiente un pequeño destacamento de cien hombres como ayuda para luchar contra los turcos, una tropa que participó en la victoria de Giurgiu (actual Rumanía) en octubre de ese mismo año. Las relaciones mercantiles con el este se ampliaron años después con el acuerdo establecido con Boris Godunov, zar de

Rusia, quien en 1602 concedió ciertos privilegios a algunos comerciantes florentinos.

Los intentos por obtener tratos comerciales con los turcos, protagonizados ya por Francisco I de Medici, fueron prácticamente abandonados por su hermano Ferdinando, quien optó por una política militarista y combativa, totalmente ajena entonces a los intereses de Felipe II. Este intentaba desligarse del frente mediterráneo para continuar sus luchas contra ingleses y holandeses, por lo que necesitaba paz en su flanco oriental. Volviendo a la diplomacia toscana, solamente podemos destacar el envío a Constantinopla, en 1598, del embajador y comerciante Neri Giraldi, que terminó con el encarcelamiento y posterior liberación de este por intentar curiosear en el harén del sultán desde la torre de una mezquita. Y ya fuera del ámbito otomano, aunque sin abandonar los territorios musulmanes, es preciso mencionar los acuerdos comerciales alcanzados con el reino de Fez (1604) y el pachá de Alepo (1607), que se había rebelado contra el sultán turco.

La orden militar de San Stefano fue la principal protagonista de las empresas de corso toscanas. Dividida en pequeñas escuadras, la flota de la orden se dedicaba a recorrer la costa italiana como medida preventiva; también se llegaba hasta Malta, donde colaboraba con sus caballeros en asaltos y depredaciones. Uno de sus mayores éxitos económicos fue la captura, en 1590, de una galera musulmana que transportaba el tributo anual debido por Trípoli al sultán.

A Felipe II no le interesaba que poderes oficialmente aliados de su corona llevaran a cabo tales acciones de pillaje. La tregua que mantenía con los turcos podía romperse en cualquier momento, puesto que el sultán era presionado por agentes ingleses y franceses para que ocupara el sur de Italia. Las guerras de Holanda y Francia no permitían al monarca español centrar su atención y sus efectivos en el Mediterráneo, donde lo que más necesitaba era paz. Ya en 1590, el almirante otomano Hassan Veneciano había realizado una expedición a Trípoli para someter a los rebeldes de aquella zona. Era una prueba más de que los turcos todavía podían llevar a cabo grandes empresas marítimas, pese a sus muchos problemas internos.

La sensación de temor provocó que en 1595 las galeras de Sicilia y Nápoles, junto con la flota de ofensiva toscana, se lanzaran a una expedición de saqueo sobre las costas griegas, llegando hasta Patrás (Morea). Como podemos observar, la cooperación hispano-toscana se mantenía cuando los intereses de ambos estados coincidían. Son años de numerosas aventuras de reducida escala, en los que el temor a un nuevo gran conflicto reinaba tanto en el bando turco como en el hispánico. En esta tesitura, ambas potencias procuraban amedrentar a su enemigo empleando cualquier medio. Seguir con detalle todas las acciones de ambas flotas acaecidas entre 1593 y 1595 significaría perderse en una multitud de episodios y encuentros de escasa envergadura.

En 1599 se lleva a cabo una acción exclusivamente toscana contra la isla de Quíos. Cinco naves desembarcaron sus tropas en dicho lugar, aunque la artillería turca los obligó a un rápido reembarque, mientras que la guarnición se dedicaba a

acosar a los soldados mediceos. Las bajas, tanto en muertos como prisioneros, fueron numerosas.

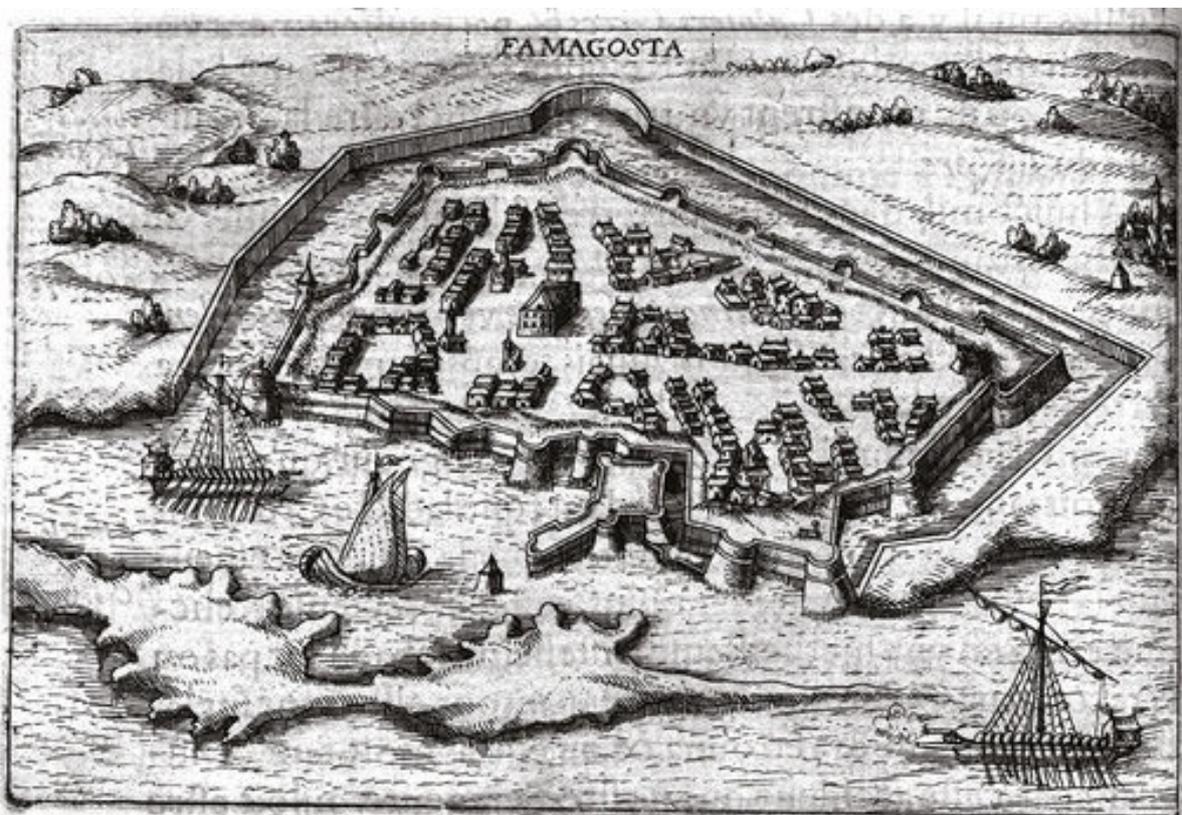
La muerte de Felipe II en 1598, junto a ciertas presiones ejercidas por la diplomacia hispánica, motivaron que Ferdinando volviera a acercarse nuevamente, y de forma clara, al bando español. De ello hablaremos más adelante, aunque lo que ahora nos interesa es apuntar que la mayor colaboración alcanzada se desarrolló en el ámbito naval. Por otro lado, parece ser que Felipe III, en sus primeros años de reinado, llevó a cabo de nuevo una política antiturca, a la que probablemente no sería ajena la paz alcanzada con Francia y la disponibilidad de mayores fuerzas para acallar a los enemigos mediterráneos.

En 1601 se organizó una empresa contra Argel. En ella participaron naves hispánicas, maltesas, saboyanas, pontificias y toscanas, bajo el mando de Gian Andrea Doria. El objetivo, que debía ocuparse aprovechando una sublevación interna, no se logró a causa de que las señales que debían enviarse desde Argel no se efectuaron. Este fracaso pone de manifiesto un proceso ya comprobado en todo el Mediterráneo, es decir, la irremediable decadencia de la guerra con grandes flotas. De hecho, tras el alejamiento de Doria, la política marinera no varió, evitándose el encuentro con el turco y permitiendo a este que se empeñara a fondo contra la República de Venecia. En relación con los berberiscos, se llevaron a cabo acciones de modesta entidad, incapaces de evitar los saqueos y ataques efectuados por dichos piratas en las costas italianas.

Hasta el fallecimiento de Ferdinando el 7 de febrero de 1609, durante su gobierno las naves toscanas continuaron su labor de corso. También se llevaron a cabo acciones a gran escala, como el intento en 1604 de incendiar la flota del corsario Amurat Rais, anclada en el puerto de Argel. Mediante el envío de un brulote, se consiguió destruir siete naves enemigas. Al año siguiente se obtuvo un nuevo éxito con el asalto y saqueo de Préveza (Epiro), donde cinco naves obligaron a la guarnición turca del castillo a rendirse y fue destruida la fortaleza. En 1606, se llegó más lejos, nada menos que hasta la costa anatolia. El objetivo era la plaza de Laiazzo (en turco, Ayas), próxima al golfo de Alejandreta, que se había rebelado contra el sultán. En esta ocasión, la acción se saldó con un fracaso y las pérdidas fueron muy elevadas. Para compensar la derrota, de regreso se saquearon algunas poblaciones de la costa anatolia. El gran duque se mantenía constantemente informado de las rebeliones internas padecidas en el Imperio otomano, y procuraba entrar en contacto con los sublevados para alentarlos, tal y como hizo con los rebeldes sirios en 1606, a los que envió municiones.

La empresa más ambiciosa que se realizó durante el principado de Ferdinando I fue el intento de ocupar Famagusta (Chipre), en el que participaron 1.800 infantes transportados en diez naves. El 23 de junio de 1607 la flota toscana se presentó ante la fortaleza, pero los asaltantes desembarcados serían barridos por la artillería turca y tuvieron que regresar a sus naves perseguidos por la caballería enemiga. El gran

duque, irritado por el fracaso, ordenó inmediatamente una acción compensatoria, que llevaría a los navíos toscanos hasta Bona (Argelia) en septiembre del mismo año. En esta ocasión la suerte acompañó a los expedicionarios, que ocuparon la ciudad y se llevaron 1.500 esclavos y un gran botín. El último gran éxito que vivió Ferdinando fue la captura de tres navíos cargados de peregrinos que se dirigían a La Meca el 21 de octubre de 1608, una acción que proporcionaría gran cantidad de dinero en concepto de rescates.



© The Hebrew University of Jerusalem & The Jewish National & University Library

Antiguo grabado del siglo XVI que representa a la ciudad chipriota de Famagusta.

Todas estas empresas hay que entenderlas como actos de un príncipe deseoso de alcanzar prestigio no sólo interno, sino también internacional. Además, existía una justificación económica. Si Francisco I no había logrado el mantenimiento gratuito de su flota poniéndola al servicio de Felipe II, su hermano Ferdinando consideró como remedio más efectivo para solucionar aquel problema la potenciación de las acciones corsarias. Una escuadra como la toscana, aunque poco numerosa, era, por un lado, necesaria para defender las costas ante los ataques berberiscos, pero por otro representaba un gasto elevado. El botín constituía el medio más socorrido para sufragar aquel estipendio. La «cruzada» contra el turco puede considerarse a su vez una forma de desviar la atención de los nobles toscanos que integraban la orden de San Stefano. Estos se alejaban así de intrigas cortesanas y disfrutaban de una suerte de entretenimiento justificado por su fe católica. Pero si los turcos no se hubiesen visto envueltos en los problemas que padecieron a fines del siglo XVI, quizá no todo hubiese resultado tan sencillo para las galeras mediceas.

EL ASUNTO DE FERRARA

El conflicto por el dominio del vecino ducado de Ferrara constituye una muestra patente de la gran tensión que existía entre las autoridades hispánicas y el Gobierno mediceo a fines del siglo XVI.

El ducado de Ferrara pertenecía a la familia d'Este desde 1264. Sus miembros fueron primero simples señores, después marqueses y, desde 1471, duques gracias al nombramiento otorgado por el papa Sixto IV. A su vez, en 1452, los gobernantes de la casa d'Este obtuvieron del emperador Federico III los ducados de Módena y Reggio.

En 1597 falleció Alfonso II d'Este sin dejar herederos legales. Quedaba un miembro procedente de otra rama familiar, considerada bastarda por descender de un hijo natural del duque Alfonso I, llamado César. Este había casado con Virginia de Medici, hija de Cosme I y Camila Martelli. Por este motivo, Ferdinando I se aprestó a defender la candidatura de su cuñado a la sucesión del vecino ducado. Sin embargo, Pío V había prohibido mediante bula conceder investiduras a hijos ilegítimos, y apoyándose en dicha disposición, el papa Clemente VIII decidió anexionarse Ferrara, jurídicamente feudo de la Iglesia.

El gran duque no encontró a nadie que defendiera los derechos de César. España y el propio Enrique IV de Borbón estaban al lado del pontífice. El rey francés llegó incluso a prometer tropas para ocupar el discutido ducado. Lógicamente, el asunto se solucionó en beneficio del papa, que se quedó con Ferrara. A su vez, César sería nombrado duque de Módena y Reggio. Es posible que el apoyo de Felipe II a los intereses pontificios tuviera algo de castigo hacia el gran duque de Toscana por haber defendido la causa borbónica en Francia.

EL PROBLEMA DEL BANDOLERISMO

El bandolerismo constituía un mal endémico en los Estados mediterráneos de la Edad Moderna. A dicha actividad se dedicaban tanto campesinos como nobles o simples desarraigados. Particularmente grave fue su desarrollo en la Toscana durante el Gobierno de Francisco I. Sin embargo, su sucesor, mucho más enérgico, ordenó diversas campañas encaminadas a erradicar el problema.

Una de las zonas de la Toscana donde más se había extendido el bandolerismo era la región sienesa. Aquí, a caballo entre el Estado mediceo y las posesiones pontificias, y con los Presidios hispánicos bastante próximos, los bandidos podían cruzar impunemente estas fronteras, aprovechando la ausencia de una política de colaboración interestatal. El gran duque no dejaba de reclamar a los señores feudales de sus dominios su participación en la captura y erradicación de los bandoleros refugiados en sus posesiones. Pero las relaciones con los Presidios españoles resultaban mucho más problemáticas, y los delincuentes se aprovechaban de las tensiones existentes entre España y los Medici. Su captura dependía aquí de la voluntad de colaboración de los gobernadores de los Presidios, quienes, en ocasiones, no dejaron de proteger a los bandoleros en fuga.

Las autoridades españolas en Italia no dejaron de favorecer el bandolerismo toscano como forma de oponerse a la política autonomista de Ferdinando I, siendo Alfonso Piccolomini el bandido más beneficiado por esta circunstancia.

Piccolomini, de origen sienés, era duque de Montemarciano y señor de Camposervoli. Entre sus antepasados se encontraba una hermana de Eneas Silvio Piccolomini, el gran humanista que llegó a ser papa a mediados del siglo xv con el nombre de Pío II. No eran pocos los casos de nobles italianos lanzados al bandolerismo buscando incrementar sus riquezas. Alfonso había vivido una juventud muy tumultuosa, viéndose involucrado en asaltos y asesinatos producidos en territorio pontificio, disfrutando siempre de la protección del gran duque Francisco I. Además, había combatido también en Francia a los hugonotes.

Sin embargo, Ferdinando de Medici no fue tan condescendiente con el bandido como lo había sido su hermano. Como contrapartida, las autoridades españolas pasaron a considerar a Alfonso como un elemento provocador de tensiones en el Estado toscano, cada vez más alejado de la órbita de Felipe II. De esta forma, Piccolomini recibiría protección en el ducado de Milán y en los Estados alineados en el bando hispánico, como eran Saboya y Parma. Tal ayuda no existía de forma oficial, pero el bandolero se jactaba de actuar al servicio de España. A principios de 1590 mandaba cerca de quinientos hombres, con los que se dedicaba a asaltar pequeñas poblaciones y ocupar nudos de comunicación, sublevando a los campesinos que padecían hambre. Y en cuanto se sentía acosado, pasaba rápidamente a las tierras de la Santa Sede. No obstante, Ferdinando obtuvo un permiso del legado pontificio en la Romaña, cardenal Gallo, para que sus tropas pudieran perseguir a los bandidos en

aquella región.

Al problema del bandolerismo se sumó el de la muerte, con pocos meses de diferencia, de los papas Sixto V y Urbano VII. El oro español pagaba a los bandoleros para que provocaran disturbios en los territorios pontificios, buscando sobre todo la elección de un nuevo papa acorde a los intereses de Felipe II. El elegido fue Gregorio XIV (1590), quien nada más subir al solio pontificio tuvo que intervenir en defensa de Alfonso Piccolomini. Este había sido capturado el 2 de enero de 1591 por las tropas toscanas cerca de Cesena, una población de la Santa Sede. El nuevo pontífice ordenó al capitán que lo capturó, Desiderio Bisaccioni, que lo entregara a sus hombres para que fuera juzgado en Roma, pero el militar no hizo caso a dicha exigencia y regresó rápidamente a territorio mediceo. Como consecuencia de ello, Piccolomini sería ejecutado en Florencia el 16 de marzo.

El apoyo prestado desde los Presidios a los bandoleros llevaría al gran duque a solicitar a Felipe II la sustitución de todos sus jefes de guarnición, petición que, evidentemente, no fue atendida. En consecuencia, Ferdinando I se vio obligado a mantener en las comarcas de Grosseto y de la Maremma diversos contingentes de soldados destinados a vigilar la frontera con las posesiones hispánicas.

EL RETORNO A LA POLÍTICA PROESPAÑOLISTA

Como hemos visto ya, las autoridades españolas hicieron todo lo posible por perjudicar el gobierno de Ferdinando I. Se fomentó el bandolerismo, se apoyó a Clemente VIII en el asunto de Ferrara, se aumentaron en 1588 las guarniciones en los Presidios, se evitó el expansionismo mediceo en la costa de Piombino, etc. A ello hay que añadir el trato de privilegio que en Madrid recibía don Pedro de Medici.

Don Pedro, el hermano de Ferdinando que residía en España al servicio de su monarca, constituía una posible baza a la hora de calmar las pretensiones autonomistas del gobernante toscano. Educado en un exacerbado proespañolismo, fue mimado hasta el extremo de ser casado nuevamente, tras asesinar a su esposa española, con la noble portuguesa Beatriz de Meneses, hija del duque de Villarreal. La boda tuvo lugar en 1593, y se llevó a cabo en contra de la voluntad de Ferdinando de Medici. Don Pedro, siempre fiel a la corona española, falleció el 24 de abril de 1604, lo que sin duda representó un respiro para el gran duque.

En 1602, el virrey de Nápoles, don García de Toledo, dio inicio a la construcción de la ya mencionada fortaleza de Porto Longone, en la isla de Elba. Tres años antes, Felipe III había sucedido a su padre en el trono de Madrid, adoptando como medida preventiva cierta reticencia a la hora de renovar a Ferdinando las investiduras de Siena y Portoferraio.

Todos estos problemas, unidos al impago de la deuda que mantenía Enrique de Borbón, llevaron al gran duque a comprender que no podía llevar a cabo una política exterior contraria a los intereses de la mayor potencia de Italia, una potencia que dominaba el reino de Nápoles y Sicilia, Cerdeña y el Milanesado, y que tenía numerosos aliados en la península. Si se pretendía continuar con la política antiturca, había que contar con Felipe III. Ya en 1599, una memoria anónima aconsejaba al gobernante toscano que conservara la amistad y la colaboración con España, y puede decirse que el fallecimiento de don Pedro en 1604 propició un cambio de rumbo a favor de una mayor cooperación con aquel monarca. Era además un momento en el que las relaciones con Francia se habían enfriado, y al año siguiente el monarca hispano renovó por fin las investiduras del feudo sienés y de Portoferraio. Como muestra de agradecimiento, Ferdinando encargó al escultor Giambologna una estatua ecuestre en bronce del monarca español. Dicha obra sería enviada a Madrid en 1616, conservándose en la actualidad en la plaza Mayor de Madrid. Como colofón a la nueva política, el gran duque casaría a su primogénito Cosme, nacido en 1590, con María Magdalena de Habsburgo, hija del archiduque Carlos y cuñada de Felipe III. El matrimonio se celebró en 1608 con el consabido aparato escénico propio de las fiestas mediceas, y en este mismo año, el embajador veneciano en Florencia, Francesco Morosini, podía afirmar que Ferdinando conquistaba «cada vez más confianza» con el monarca español, mientras que sus relaciones con Francia habían perdido mucho de su peso anterior en lo que a política exterior se refiere.

ESPLENDOR INTERNO

El principado de Ferdinando I es considerado por diversos autores italianos como de un relativo esplendor para el Estado mediceo, tanto en el ámbito económico como en el artístico.

De hecho, la primera disposición importante que adoptó el nuevo gran duque al ser elegido fue la fundación del hospital de San Paolo, una institución que tenía como particularidad la de estar destinada a convalecientes y no a enfermos. Debemos tener en cuenta que en los hospitales públicos de esta época, que tenían como clientes casi exclusivamente a los pobres, los enfermos apenas eran tratados, y en cuanto se los consideraba curados, se los devolvía a su domicilio, caso de que lo tuvieran. El hospital de San Paolo, pues, constituyó en este sentido el primero de Europa.



Iglesia florentina de San Lorenzo, donde destaca la cúpula del mausoleo de los Medici.

Como veremos, el gran duque se preocupó en gran medida en mejorar la economía de su Estado, fomentando el comercio y la agricultura. Continuó potenciando el puerto de Livorno, uniéndolo a Pisa mediante la puesta en funcionamiento del llamado canal Naviglio, construido entre 1541 y 1573. En dicha ciudad ejerció como profesor de Matemáticas, entre 1589 y 1592, Galileo Galilei. Ferdinando fundaría además un nuevo jardín botánico en 1593.



Fuerte Belvedere de Florencia.

En el campo del arte, es de destacar asimismo la labor de conservación. La colección romana del gran duque, transferida a los Uffizi, fue abierta al público, y en 1602 se prohibió que cualquier particular trasladara de Florencia sus bienes artísticos. La construcción más importante de este período es, precisamente, el mausoleo de los grandes duques, levantado tras la iglesia de San Lorenzo por Giovanni de Medici. La obra, de planta casi cuadrada, fue decorada en su interior con diversos tipos de piedra coloreada. El mismo Ferdinando fue quien estrenó tan soberbio panteón, pues sería enterrado aquí con el hábito de San Stefano, en un sepulcro de pórfido, en febrero de 1609.

Una obra que materializa la obsesiva preocupación del gran duque por la seguridad de la dinastía fue el fuerte de San Jorge, popularmente conocido como del Belvedere. Fue construido entre 1590 y 1595, de acuerdo con el diseño de Bernardo Buontalenti, en el punto más elevado de la colina de Bóboli. De esta forma, se pretendía proteger el palacio Pitti, residencia del gran duque, garantizando un refugio próximo en caso de disturbios. De hecho, se convirtió en el último tramo del corredor vasariano, aquel que enlazaba el Palazzo Vecchio con el palacio gran ducal. A la fortaleza se llegaba por los jardines de Bóboli, a través de una impresionante red de pasajes, apartamentos, pasillos, puentes y jardines. Incluso se ha especulado a menudo con que en el fuerte se habría instalado el tesoro de los Medici, y la cámara oculta allí descubierta recientemente refuerza esta hipótesis.

El arquitecto siguió aquí los principios teóricos de la fortificación moderna, incluyendo potentes bastiones angulares en una fortaleza urbana destinada a defender el flanco sur de la ciudad. Un punto de gran importancia estratégica que ya había sido señalado por Miguel Ángel durante el asedio de 1529-1530. El cuerpo interior tiene aspecto de villa, con un elegante edificio blanco en tres pisos coronando todo el conjunto. De hecho, el lugar sirvió como residencia del gran duque en tiempos poco saludables, como durante la epidemia de peste de 1630.

ABSOLUTISMO PLENO

«El Gobierno, por decirlo con una sola palabra y sin usar términos peores, es simplemente despótico». Así describa sir Robert Dallington el sistema absolutista de Gobierno desplegado por los Medici en la Toscana. Este caballero inglés había redactado en 1596 una breve descripción del Estado del gran duque, en términos que pueden considerarse en cierta manera negativos; al menos así lo entendieron los agentes de Ferdinando I, los cuales, ante la publicación de las notas de Dallington en Londres (1605), ejercieron una sonora protesta ante la corte de los Estuardo. El conflicto se resolvió retirando el libro del mercado.

No obstante, muchas de las apreciaciones del gentilhomme inglés poco tenían de desencaminadas. El gran ducado de Toscana constituía, sin duda, un verdadero modelo de principado absolutista, mucho más avanzado en 1600 que el desarrollado en las monarquías hispánica y francesa. Sin ningún tipo de Cortes o Estados Generales que representaran alguna oposición, el gran duque podía ejercer el poder a su gusto. Y dado que su familia había acumulado con el tiempo una gran riqueza procedente del comercio, de la banca y de sus inversiones agrarias, puede afirmarse además que Ferdinando I poseía un patrimonio superior al de cualquier particular. Con semejantes riquezas, lo curioso es observar que el gran duque no quiso vivir de sus rentas, sino que mantuvo una constante actividad como príncipe inversor y comerciante que le llevó a incrementar dicho patrimonio.

LEÓN XI, EL TERCER PAPA MEDICI

Alessandro de Medici, futuro papa León XI y tercer pontífice de la estirpe, nació en Florencia el 2 de junio 1536, hijo de Ottavio de Medici, descendiente de un primo lejano de Cosme el Viejo, y Francesca di Jacopo Salviati. No se sabe mucho sobre su infancia y adolescencia, aunque fue apoyado por su primo en segundo grado el duque Cosme I, quien lo trasladó a Roma en 1560. Fue ordenado sacerdote el 22 de julio 1567 y se retiró cerca de Florencia hasta el 10 de junio de 1569, cuando el duque le nombró embajador en Roma al objeto de tener a alguien de la familia próximo a su hijo, el cardenal Ferdinando. En la corte papal fue ascendiendo hasta ser nombrado protonotario apostólico el 20 de junio de 1569.

En esta primera etapa de su carrera, Alessandro se mantuvo muy cerca del cardenal Ferdinando, aunque este, en un principio, no parece que se fiara demasiado de él. A pesar de todo, logró obtener el obispado de Pistoia el 9 de marzo de 1573 con el pleno consentimiento de Gregorio XIII, aunque con la oposición del cardenal Medici. Aun así, tuvo que seguir residiendo en Roma. Al año siguiente, alcanzaría nada menos que el arzobispado de Florencia, siempre con la aprobación de Cosme I y la oposición de su hijo Ferdinando. Alessandro, de nuevo, siguió gobernando su diócesis desde Roma, actitud que suscitó polémica con los canónigos florentinos.

La aceptación de Bianca Capello en la corte gran ducal de Francisco I, por parte del arzobispo Alessandro, aún le alejó más del cardenal Ferdinando. Este no hacía más que lanzar infundios contra su pariente, pero la buena posición del arzobispo en la curia pontificia le permitió obtener el cardenalato en 1583. Al año siguiente, tomaría posesión de su diócesis y se dedicó a hacer cumplir escrupulosamente los decretos tridentinos, preocuparse por la actitud moral de los párrocos y potenciar la aplicación del Índice romano de libros prohibidos.

Cuando Ferdinando I subió al trono gran ducal, las relaciones entre ambos parientes mejoraron, aunque en 1590 Alessandro regresó a Roma para continuar reafirmando su posición en la corte papal. De hecho, Clemente VIII le nombró su legado en Francia, colaborador del nuncio Francisco Gonzaga, y lo destinó a negociar con Enrique de Borbón. Se le considera uno de los diplomáticos que más influyó en la firma del

acta de reconciliación de Enrique IV con la Iglesia católica llevada a cabo en 1596. También participó en las negociaciones por la paz entre España y Francia alcanzada dos años después.

En 1598, Alessandro regresó a Italia, y en Roma Clemente VIII le nombró prefecto de la Congregación de los Obispos, cargo que ejerció hasta 1600. También amplió en la corte papal el ámbito de sus intereses por la completa administración de los Estados Pontificios, haciéndose cargo, entre 1601 y 1604, del viejo problema del bandolerismo.

El deterioro de la salud de Clemente VIII instó a las grandes potencias a prepararse para futuras elecciones. Entre 1604 y 1605, Enrique IV ordenó a sus cardenales a permanecer unidos, designando como candidatos a la sucesión a Alessandro de Medici y Cesare Baronio.

A la muerte de Clemente VIII, el Sacro Colegio constaba de sesenta y nueve cardenales, de los cuales cincuenta y seis eran italianos, seis franceses, cuatro españoles, dos alemanes y un polaco. Nueve no participarían en el cónclave que se abrió 14 de marzo 1605, donde había una clara división de opiniones. De hecho, se discutieron veintiún candidatos elegibles, más de un tercio de los presentes, aunque los más apoyados eran sólo Alessandro y Baronio. A los españoles no les gustaba ninguno de los dos, aunque preferían al primero, que al final, tras las votaciones realizadas en la noche del 1 al 2 de abril, ascendió al trono con el nombre de León XI.

Un papado que, tras tantos esfuerzos por conseguirlo, sólo duraría veintisiete días, pues falleció el 27 de abril. Seguramente debió de enfriarse durante una ceremonia de homenaje llevada a cabo el 17 de abril en Roma.



Tumba de León XI, obra del escultor Alessandro Algardi. Basílica de San Pedro de Roma.

SITUACIÓN SOCIOECONÓMICA DE LA TOSCANA EN EL SIGLO XVI

La Toscana del Cinquecento, bajo la égida de los Medici, sufrió importantes cambios económicos, de los que en parte fueron responsables los propios grandes duques. Por este motivo, se hace necesario introducir brevemente cuáles fueron esas transformaciones, habida cuenta de que afectan a la propia biografía de la dinastía gobernante.

Bajo el gobierno de Cosme I se realizaron con cierta periodicidad diversos censos de población, destinados a conocer las posibilidades demográficas del principado en materia militar y fiscal. Así, el denominado *Stato Vecchio*, que no incluía el territorio de Siena, tenía 585.931 habitantes en 1551, mientras que en 1622 había alcanzado ya los 648.798. La ciudad de Florencia, en esas mismas fechas, pasó de 59.537 habitantes a 66.056. El territorio sienés, el *Stato Nuovo*, alcanzaba los 114.098 pobladores en 1569, mientras que en 1596 eran ya 134.832 los habitantes. En cuanto a las ciudades, después de Florencia la más poblada era Siena (25.589 habitantes en 1596), seguida de Pisa (10.069 habitantes en 1562) y, más alejada, Pistoia (5.845 habitantes en 1562). Observando estas cifras, podemos afirmar que los aspectos más interesantes de la demografía toscana de esta época son el importante crecimiento de población en la segunda mitad de la centuria y el gran peso que adquiría la población urbana, un quinto de la total, fruto de la floreciente vida comunal del Medievo. No obstante, conviene aclarar que con el paso del tiempo el predominio de la población rural se hará cada vez más patente, dada la primacía de la actividad agrícola en la región.

Cuando Cosme I subió al poder, la producción manufacturera pasaba por una grave coyuntura, provocada por la fuerte competencia de las más adelantadas industrias flamencas, alemanas e inglesas. El duque, pese a su política mercantilista y su interés por activar el comercio marítimo desde Livorno, no logró revitalizar la industria del país, de forma que tuvo además que dedicar sus esfuerzos a mejorar una actividad agrícola que al menos garantizara el abastecimiento de sus súbditos. En este campo, el proteccionismo de Cosme se hizo patente en el control de precios, la prohibición de exportar productos agrícolas y la creación de almacenes públicos de grano.

La producción de grano del ducado era, en un año normal, apenas suficiente para alimentar a todos sus habitantes. La integración de Siena a los dominios mediceos permitió un notable incremento de los recursos, puesto que este territorio constituía un destacable granero, aunque a finales de la centuria volvemos a encontrar con nuevos problemas de abastecimiento. Sin duda el aumento de la población no fue ajeno a esta deficiencia productiva.

La política de control de la producción agraria estaba encaminada a evitar convulsiones derivadas de la falta de alimentos. Si no había cosecha suficiente, se

echaba mano del grano almacenado, y si con ello no bastaba, se importaba de Sicilia o Flandes. Cuando la situación se volvía crítica, se efectuaban repartos gratuitos entre los pobres, tal y como sucedió entre 1550-1551.

A estas acciones, hay que añadir las obras de bonificación ordenadas por el duque Cosme, destinadas a aumentar la superficie cultivada de su Estado. La comarca pisana y la Maremma sienesa constituyeron los centros principales de atención. En 1564 se iniciaron las labores de desvío del Arno cerca de Pontedera, lo que permitió la puesta en cultivo de una amplia zona en la que se introdujo el arroz.

A pesar del apoyo que el mismo Cosme prestó a las manufacturas toscanas, se hacía evidente que la tierra constituía ahora un bien más seguro para los patricios de la Toscana. El mercado industrial había quedado reducido a una parte de Italia, lo que motivó el estancamiento de la producción de paño. Parte del capital mercantil se invirtió ahora en la actividad agrícola o en la compra de privilegios feudales basados en la posesión de bienes rústicos. Aunque el feudalismo era un hecho marginal en los dominios florentinos, con Cosme de Medici se desarrolló un proceso tendente a la posesión de la tierra por parte del antiguo patriciado mercantil. El primer gran duque de Toscana creó siete feudos nuevos, número que aumentó con sus sucesores. Las manufacturas ya no atraían a los notables del país. La fundación de la orden de San Stefano tuvo un efecto similar, ya que en sus ordenanzas se prohibía el ejercicio del comercio. Gracias a la orden, se dio un fuerte impulso a la nueva nobleza terrateniente, dedicada a las funciones militares en beneficio del Estado. Muchos fabricantes de lanas, para secundar la actuación del príncipe y obtener así sus favores, fundaron encomiendas para la orden y abandonaron sus antiguas actividades. Con ello, se garantizaba a la familia el honor de portar la cruz stefaniana, símbolo muy apreciado en el gran ducado.

La aristocratización de las grandes familias florentinas constituía una forma más de sometimiento al poder del príncipe, ya que con ello se eliminaba el peligro derivado de la existencia de un poderoso grupo de comerciantes e industriales actuando con su dinero desde el exterior. Tal y como había hecho precisamente Filippo Strozzi durante el primer gobierno de Cosme I. Por el contrario, si el capital se invertía en tierras, su poseedor debía mantenerse en los límites del Estado para administrarlas. Algo que facilitaba sobremanera su control político.

Pero la política de atracción del patriciado se ejercía también mediante una integración en los oficios administrativos del Estado. Muchos de los descendientes de las grandes familias republicanas pasarían a ocupar puestos permanentes en el marco político-administrativo mediceo.

En definitiva, la política económica de Cosme de Medici fue la propia de un monarca absoluto, destacando por un lado la defensa de la base corporativa en la industria, un comercio altamente proteccionista por otro y, como consecuencia de todo ello, un dominio de la agricultura sobre el resto de las actividades económicas. A la larga, esto provocó un freno a toda posibilidad de desarrollo de las relaciones de

producción. En cuanto a los aspectos sociales, con Cosme desaparece aquella sociedad renacentista tan dinámica, centrada en las actividades mercantiles y bancarias, que aspiraba a mantener las libertades republicanas. Aunque sus descendientes se mantengan en los órganos del poder central, su espíritu será muy distinto. Los exponentes de la alta burguesía se retirarán al campo y pasarán a formar una nueva clase de propietarios que buscan asegurar su riqueza, encontrando un apoyo natural en el príncipe y en su corte. Se cumple así la transformación de la ciudad-estado renacentista, fundada en instituciones burguesas, en el principado territorial basado en el feudo y en la aristocracia cortesana.

Una de las actividades económicas que alcanzó cierto desarrollo durante el gobierno de Cosme I fue el préstamo de dinero a otros monarcas, en especial a Carlos V y Felipe II, siempre necesitados de numerario para financiar sus campañas. En este ámbito podemos hablar de una iniciativa inversora desarrollada por el propio duque, quien, no sólo para beneficiarse particularmente, sino también para enfrentarse a los gastos públicos, contrataba empréstitos con los príncipes extranjeros o bien con grupos privados. No debemos olvidar que Cosme procedía de una familia de banqueros y comerciantes.

Pero la actividad particular del príncipe no se reducía exclusivamente al préstamo. Incumpliendo sus propias leyes, Cosme traficaba con productos alimenticios y minerales. Las posesiones ducales de la Maremma y del territorio pisano se convertían en escenario de un notable comercio de granos en el que participaba capital privado de los Medici. En 1557, el duque cerró un contrato con dos empresarios no toscanos para la creación en el ducado de una fábrica de salitre. En dicho contrato se estipulaba que el príncipe correría con los gastos de maquinaria y de adquisición de materia prima. Más tarde, Cosme se empeñaría en la industria del coral, de forma que se convirtió así en el mayor hombre de negocios de su Estado, donde, al no existir una distinción precisa entre el interés público y el privado del príncipe, este podía emplear a voluntad todo su poder para enriquecerse.

En cuanto al comercio marítimo se refiere, hasta la época de Cosme I dicha actividad había sido totalmente descuidada en el Estado florentino, pese a controlar los dominios de una antigua república marinera como era Pisa. El abandono provocó que su puerto fuera ocupado por marismas y quedara inutilizado. Sin embargo, el duque de Florencia, preocupado por todos los aspectos de la reordenación económica, quiso también potenciar los intercambios comerciales con el exterior, aunque evitando la competencia para los productos internos. Por este motivo, Cosme dirigió su mirada hacia la pequeña localidad de Livorno, prácticamente deshabitada cuando subió al poder. El duque prefería dejar Pisa en su decadente situación, posiblemente para evitar un resurgir autonomista en la antigua república. No obstante, esto no significa que con el tiempo Pisa no se viera favorecida por el duque, ya que allí se instalaría la sede de la orden de San Stefano y se revitalizaría su universidad. Pero poseer el puerto del ducado pasaría a ser privilegio de la vecina Livorno, que se

comunicaría con Pisa mediante el mencionado canal Naviglio, puesto en funcionamiento en época de Ferdinando I.

La construcción del puerto de Livorno ocupó gran parte del principado de Cosme. De hecho, las tareas de fortificación continuarían con su sucesor. Cosme ordenó incluso la construcción de un palacio para su corte. La legislación aplicada estuvo encaminada a convertir a Livorno en un puerto franco para productos que no compitieran con los toscanos, así como para todos aquellos que fueran de tránsito y estuvieran destinados más allá de las fronteras mediceas. Disposiciones que provocaron un aumento del volumen de tráfico en poco tiempo, y con ello de su población.

Durante los años en que gobernó Francisco I, la situación económica no fue tan esplendorosa. A partir de las malas cosechas de 1579 se entra en un período de graves dificultades de abastecimiento, derivadas del exorbitante precio del grano. La manufactura también se vio afectada y, por último, la política de préstamos a Felipe II, desarrollada sin demasiadas garantías, tampoco benefició a los banqueros florentinos. Pero la crisis de la década de 1580-1590 no hay que atribuirla a una mala gestión de Francisco I, sino que se debe a una crisis general europea. Una crisis derivada de diversos hechos, entre los que pueden volver a mencionarse los impagos de Felipe II, la decadencia del mercado de Lyon, las guerras de Flandes, el conflicto religioso de Francia, etc. Prueba de los deseos del gran duque por conseguir cierta prosperidad en su Estado y diversificar los recursos económicos, es su preocupación mostrada por las actividades mineras. Cosme y Francisco no ahorraron las prospecciones para la búsqueda de minerales en las diversas localidades de sus dominios. Así, se buscó plata en Montecatini, Val di Cecina, Campiglia y Pietrasanta; alumbre en Massa; hierro y marcasita en Montieri, etc. No obstante, los resultados más consistentes y duraderos fueron sólo los de la extracción de plata en Pietrasanta, las canteras marmóreas de Campiglia y Massa Maritima, el alumbre de Campiglia, Massa Maritima, Castelnuovo Val di Cecina y Biserno, y las minas de cobre de Montecatini.

Con Ferdinando I encontramos una nueva revitalización económica. El puerto y la ciudad de Livorno se convierten en centros destacados de atención para el gran duque, quien considera que la nueva urbe debe ser mayor que la ideada por su hermano Francisco. Iglesias, palacios, acueductos, dársenas y muelles se levantan en pocos años. Como ya hemos avanzado, en 1601 Livorno encierra a unos cinco mil habitantes. Los delegados comerciales extranjeros hacen su aparición de forma escalonada: los franceses en 1579, los venecianos en 1585, los ragusanos en 1588, los genoveses en 1596, los holandeses en 1605, los portugueses y los suecos en 1609, y los ingleses en 1634. Las entradas de barcos dan buena prueba de la nueva prosperidad del puerto: entre 1592-1593 se registran 219 entradas; 1.437 entre 1607-1608 y 2.454 entre 1609-1610. Se trata de un comercio de corta distancia, mediante barcazas, basado en artículos de primera necesidad, unido a un tráfico desarrollado

por intermediarios, bien sean genoveses, venecianos, ragusanos o marseleses, que llevan a Livorno productos de todo el mundo, incluso procedentes de América o Asia.

El aspecto más destacable del comercio en época de Ferdinando I es el rápido incremento de las entradas de grano adquirido en el norte de Europa. El hambre de 1590 había dejado exhausta a la Toscana, y su gran duque optó para evitar males mayores por comprar trigo en el puerto polaco de Gdańsk. Hasta entonces, la mayor parte del grano importado desde el gran ducado procedía de Sicilia, pero ahora la isla pasaba por un momento de escasa productividad. La tensión política entre Florencia y Madrid también debió de contribuir a cerrar el mercado siciliano a los compradores toscanos, ya que, recordémoslo, Sicilia formaba parte de las posesiones hispánicas. Los agentes desplazados a Gdańsk por orden de Ferdinando I encontraron el trigo polaco más barato, lo que compensaba los gastos de transporte. El gran duque se benefició directamente de la compra de grandes cantidades de grano, que más tarde era incluso revendido en los Estados vecinos. A su vez, otros comerciantes, sobre todo florentinos, luqueses y boloñeses, obtuvieron permisos de compra. Por todo ello, se ha llegado a afirmar que Ferdinando I pasó a ser el mayor comerciante de trigo de la península. Sus rentas aumentaban también gracias al alquiler de los almacenes que el gran duque poseía en Livorno, el gran puerto toscano del grano. El comercio del trigo báltico estaba, pues, destinado a gozar de larga vida. A su vez, el almacenamiento de excedentes permitía adelantar semillas para su cultivo cuando las cosechas habían sido insuficientes.

Pero Ferdinando no sólo se preocupó de importar trigo, sino de lograr una mayor producción de ese mismo producto en su Estado. La tendencia proagraria y aristocratizante del gran ducado queda patente en el número de miembros admitidos en la orden de San Stefano entre 1562 y 1609: 305 florentinos, 106 sieneses, 56 de Pistoia, 53 pisanos, 40 volterranos, 13 de Cortona, 9 de Borgo San Sepolcro. Ferdinando fomentaba las inversiones en el campo y las directrices aristocratizantes, continuando las bonificaciones de las tierras improductivas. Así, en la Maremma sienesa el gran duque ordenó la construcción de diques para la desecación de algunos terrenos, y en 1591 más de dos mil hombres trabajaban en las aguas de regulación de la Val di Chiana. Medidas que, no obstante, no lograron erradicar la endémica insuficiencia de la producción.

LA TOSCANA HACIA 1600. GEOGRAFÍA DEL GRAN DUCADO MEDICEO

El gran ducado tenía hacia 1600 una extensión de algo más de 20.000 km². Si tenemos en cuenta que la actual región administrativa de Toscana posee unos 23.000, podemos pensar que realmente Ferdinando era señor de casi todo el territorio. No obstante, debemos considerar que en aquellos tiempos no se tenía una idea muy concreta, sobre todo en lo relativo a los límites, de lo que representaba el concepto «Toscana». Además, encontramos aquí las diferentes divisiones de la región, tanto eclesiásticas, como fiscales o feudales, lo cual complica aún más la situación. Así, la ya mencionada comunidad de Altopascio, administrativamente dependiente del municipio de Montecarlo y políticamente de Florencia, estaba no obstante bajo la jurisdicción religiosa del obispo de Lucca. Y en la comarca de la Lunigiana, en el noroeste toscano, el problema de comprensión se hace extremo, pues encontraremos feudos dependientes del

imperio y feudos que consideraban como señor último al propio gran duque (casos de Lusuolo y Groppoli). En realidad, las fronteras del gran ducado superaban en algunos lugares los límites de la actual Toscana. La ciudad-fortaleza de Terra del Sole (hoy Castrocara), como ya vimos mandada construir por Cosme I, se encontraba al otro lado del Apenino, en aquel territorio de la Romaña que en 1923 se incluyó en la provincia de Forlì. No obstante, el gran duque no dominaba toda la región, pues todavía en 1600 encontramos algunas zonas que habían logrado escapar a su poder o que pertenecían a otros grandes señores. Por ello, cuando Cosme I recibió el título gran ducal, el documento especificaba que será «Magnus Dux Ethruriae sibi subiectae», es decir, gran duque de la Toscana a él sometida. El resto podía respirar tranquilo.

Entre estos territorios destacaba al noroeste la pequeña República de Lucca. Los luqueses, celosos de su libertad, cuando muy diplomáticamente se congratularon de la concesión del título gran ducal, lo hicieron considerando al príncipe como *Magnus Ethruriae (m) Dux*, con esa «m» que hacía referencia sólo a la mitad de la Toscana. No obstante, pocas cosas podían alegrar menos a los luqueses que el aumento de prestigio de los señores florentinos, ya que desde antiguo ambos estados habían mantenido continuos conflictos, potenciados en extremo, como se analizó ya, por Cosme I.

Otros territorios de la Toscana tradicional que escapaban al dominio gran ducal eran los feudos imperiales de la Lunigiana, controlados por diversos miembros de la estirpe de los Malaspina, y la población de Pontremoli, en el valle del Magra. Aquellos eran feudos que de antiguo habían reconocido como señor inmediato al duque de Milán, título ahora en manos del rey de España. A su vez, la comunidad de Pontremoli estaba ocupada directamente por una pequeña guarnición hispánica, ya que desde allí se controlaba el paso montañoso de la Cisa, punto de enlace entre la Toscana y la llanura padana. No obstante, los avances de los grandes duques en estos territorios eran, como hemos visto, continuos, y a la larga los Medici acabarán por dominarlos prácticamente en su totalidad.

En el noroeste, entre la Lunigiana y la Versilia, se encontraba el pequeño feudo imperial de Massa-Carrara, en manos de la dinastía de los Cybo-Malaspina. De marqueses, estos señores se convertirán en duques de Massa y marqueses de Carrara, gracias a los diplomas imperiales de 1605. La explotación del mármol era una de sus riquezas principales.

Al este de la Lunigiana, en la comarca montañosa de la Garfagnana, los duques de Módena dominaban un pequeño territorio controlado desde la fortificada población de Castelnuovo, de la que llegó a ser gobernador en su tiempo el poeta Ludovico Ariosto. Lucca y el gran ducado de Toscana, con sus respectivos enclaves de Castiglione y Barga, se repartían el resto de la comarca. Aquí, los problemas surgían más entre los luqueses y los súbditos de los duques de Módena, quedando la bien fortificada Barga como zona de dominio florentino en los pasos de montaña.

En la costa sur de la Toscana, los dominios mediceos se veían limitados por la presencia de dos poderes a tener en cuenta. En primer lugar, el principado imperial de Piombino, que incluía varios municipios costeros más las islas de Elba (con excepción del puerto de Portoferraio, cuya bahía había sido entregada en 1548 a Cosme I por Carlos V), Gorgona, Pianosa y Montecristo. Este feudo estaba en manos de la familia Appiano desde 1399, y aunque los Medici lo habían ambicionado desde siempre, lo único que lograron obtener fue el monopolio de explotación de las minas de hierro de Elba. La presencia de una guarnición hispánica en la capital, en teoría para proteger aquellas costas de la piratería berberisca, siempre representó un motivo de inquietud para los grandes duques.

Pero la presencia hispánica no se limitaba a las guarniciones de Pontremoli y Piombino, sino que se veía manifiestamente potenciada por el control ejercido en el llamado Estado de los Presidios. Este incluía una serie de centros costeros (Talamone, Argentario, Orbetello, Porto Ercole y Porto San Stefano) administrativamente dependientes del virrey de Nápoles, antiguamente pertenecientes a la República de Siena. Al pasar esta a manos de Cosme I (1557), Felipe II decidió reservarse dichos puertos al objeto de un mejor control de la ruta Nápoles-Génova.

Por último tenemos en el sur, ya en los límites entre la Toscana y el Lacio, entonces dominio de la Iglesia, otros tres feudos imperiales a tener en cuenta. Nos referimos al condado de Pitigliano, regentado por la familia Orsini, el marquesado de Santa Fiora, en manos de los Sforza, y el condado de Castellottieri, de los Ottieri. Estos feudatarios, en ocasiones protectores de bandidos, dieron muchos quebraderos de cabeza a los grandes duques; a su vez, los Orsini, que durante el siglo XVI fueron asesinandose entre ellos, provocaban problemas con sus propios súbditos por motivos fiscales, lo que motivó que los Medici hubieran de intervenir en su territorio en más de una ocasión. En 1562, Cosme I había intentado apoderarse del condado argumentando que sus habitantes no deseaban ser vasallos de los Orsini, sino suyos; hubo de intervenir el virrey de Nápoles, quien, por medio de sus agentes, consiguió la restitución de Pitigliano a sus legítimos dueños. Sería el propio Ferdinando de Medici quien lograra la integración del

condado en sus posesiones. En 1604, el gran duque inició las conversaciones con Bertoldo Orsini para permutar su feudo con el marquesado de Monte San Savino, situado al este de la ciudad de Siena, en posición menos estratégica por no ser fronteriza. Las conversaciones finalizaron positivamente dos años después, y en 1608 el emperador Rodolfo II investía a Ferdinando como conde de Pitigliano. Los feudos de Santa Fiora y Castellottieri, menos problemáticos, continuaron en posesión de sus dueños hasta algo más tarde, aunque la protección y el control ejercidos por los grandes duques prácticamente los convertía en sus verdaderos dueños.

Y ya que hablamos de los feudos, ampliamos este aspecto en lo que al Estado toscano se refiere. Como todo Estado principesco de Antiguo Régimen, el gran ducado de Toscana tenía sus feudos, los cuales, bien es verdad, poseían en tiempo de Cosme I una extensión poco destacable. Algunos eran de origen imperial y otros pontificio, fruto de las diversas transacciones territoriales de la Edad Media. El primer gran duque creó siete más (dos de ellos ya existentes, aunque anteriormente confiscados), uno de los cuales pasaría nuevamente bajo su control directo. Estas nuevas infeudaciones comportaban los tradicionales derechos propios del sistema señorial: jurisdicción civil, penal y mixta, gabelas y monopolios (caza, pesca...), cobro de impuestos, etc.

Dada la marginalidad del feudalismo toscano, Cosme I no se preocupó por la sujeción de los beneficiados. En algún caso intervino al objeto de limitar la jurisdicción señorial (actuación en el feudo de Urbech, en el actual municipio de Pratovecchio Stia, en 1563) o bien, mediante la institución central de la Práctica Secreta, se informó a través de memoriales sobre las controversias existentes en algunos feudos. Al conquistar Siena, la Baila creada para gobernar el nuevo territorio instó a todos aquellos que afirmasen poseer privilegios señoriales a presentar la documentación correspondiente. De todas formas, nada permite hablar de una política antifeudal del duque. La Práctica Secreta tendió al parecer a conservar sustancialmente los privilegios feudales, atacados en ocasiones por las magistraturas locales, aunque también defendió los derechos de algunas comunidades (reconocimiento de la inmunidad de la villa de Moggiona, anulación de los procesos iniciados por los magistrados sieneses contra los súbditos de los condes de Elci...).

Esta relativa despreocupación por la actuación de los señores feudales llevó a ciertos abusos. Las nuevas infeudaciones se creaban con ciertos límites de poder, como la exclusión de las minas y de las fundiciones de las rentas señoriales, la prohibición de imponer nuevas tasas a las comunidades infeudadas o la separación de las rentas feudales de las propias comunales. Pero no siempre dichos límites fueron respetados, y en muchos casos los nuevos feudos se convirtieron, como los antiguos, en centros de abusos y desórdenes, refugio de bandidos y ejemplos de una mala administración de la justicia. La corrupción judicial existente obligó al duque a permitir, desde 1564, la apelabilidad de las sentencias de los jueces feudales ante su propia persona si se trataba de un feudo florentino o ante el gobernador de Siena si se trataba de un feudo sienés.

Pese a estos problemas, los grandes duques utilizaron el sistema de la infeudación como método para recompensar a sus fieles servidores. Así, en 1749 existían 47 feudos ducales, 19 de ellos creados entre 1620-1650; 24 pertenecen a familias florentinas. Claro es que, comparado con la situación del reino de Nápoles, el feudalismo toscano parecía un tema ridículo, pero el asunto estaba ahí. Muchos de los feudos creados por Cosme I o su hijo Ferdinando se ubicaban en la Maremma, la zona insalubre del sur de la Toscana, muy despoblada, lo cual no permitía al feudatario acumular grandes riquezas con su nueva adquisición. El feudo era más un premio para estirpes que ya eran dueñas de otras tierras que no una forma de enriquecimiento.

Vamos poco a poco comprendiendo que el Estado mediceo constituía un verdadero rompecabezas geográfico, aunque este aspecto era frecuente en otros lugares. Felipe II, caso extremo, era tanto rey de Castilla como señor del Franco Condado o conde de Barcelona; las fronteras entre el reino de Francia y el imperio combinaban una serie de particularidades para nosotros hoy incomprensibles. No obstante, el mantenimiento de los privilegios comunales y de los derechos feudales de señores y vasallos convertían el mundo político-administrativo del Antiguo Régimen en un caos de pequeños particularismos.

Hemos visto que las fronteras del gran ducado no coincidían con los límites geográficos de la Toscana. En la parte noroeste (la Lunigiana y la Garfagnana), la antigua República de Florencia nunca había logrado alcanzar el confín apenínico, aunque en el noreste sí se hubiera superado hasta adentrarse en la Romaña (recordemos el caso de Castrocaro). A los Medici pertenecían no obstante pequeños enclaves, a modo de retales, situados en territorios de otros señores; eran el fruto de las complicadas conquistas anteriores. Su importancia venía motivada por su estratégica situación, cercana a las importantes arterias de comunicación tanto marítima como terrestre. Así, tenemos que el *capitanato* de Pietrasanta (en la comarca de Versilia), rodeado por tierras de Lucca y Massa, controlaba la vía Aurelia (vía terrestre cercana a la

costa, que enlazaba a Roma con el sur de Francia); disputado por florentinos y luqueses, el papa León X (un Medici, recordémoslo) arbitró definitivamente en 1513 a favor de los primeros, que pudieron de esta forma explotar las vecinas canteras de mármol y las minas de plata. En la Lunigiana, cercana a los pasos de montaña de los Alpes Apuanos, el gran ducado disponía del *vicariato* de Fivizzano junto a otros castillos y comunidades, en un complicado mapa de territorios que pertenecían a Génova, a los feudos imperiales de los Malaspina, a Lucca, al monarca español (recordemos la localidad de Pontremoli) y al señor de Massa-Carrara; eran del gran duque las comunidades de Albiano, Caprigliola, Bagnone, Castiglione del Terziere, Rocca Sigillina, Filattiera, Corlaga, Lusuolo y Groppoli, a las que se añadirían otras durante el siglo XVII. Barga, en la Garfagnana, estaba bajo la protección de Florencia desde el siglo XIV; la rodeaban territorios de Lucca y del ducado de Módena, por lo que se convirtió en un centro fortificado para el control del bandidaje y en un punto estratégico del comercio en la montaña. Por fin, en la isla de Elba Cosme I había mandado construir por entero la ciudad de Portoferraio (denominada Cosmopoli en su honor), defendida por tres fuertes y rodeada por las posesiones de los Appiano de Piombino. La pequeña isla de Giglio, con su puerto defendido por un torreón circular, también formaba parte de las posesiones mediceas, y aquí el gran duque Francesco I hizo un intento de impulsar la explotación minera.

El gran duque Cosme II (1609-1621)

UN PRÍNCIPE ENFERMIZO

Cosme fue el primero de los nueve hijos que Cristina de Lorena dio a Ferdinando. Nacido en 1590 y casado a los dieciocho años con la austriaca María Magdalena, de veintiuno, pronto se postuló como un gobernante poco dado a gobernar, afectado por la tuberculosis y más amante de las fiestas que de otra cosa. No obstante, había sido educado para la política y la diplomacia, pues aprendió latín, español, alemán y francés, aparte, claro está, del italiano. Tuvo también como gran maestro de ciencia a Galileo Galilei, a quien protegería hasta que le llegó su muerte.

Uno de los primeros actos de gobierno de Cosme II fue clausurar la banca medicea, al considerar que la actividad crediticia era impropia de un príncipe. Probablemente no sería ajeno a esta decisión el hecho de que los negocios bancarios no eran ya tan rentables como lo habían sido en el siglo XIV. El dinero de la familia, guardado celosamente en el fuerte Belvedere, dejará de correr para ser empleado en los gastos de la corte, obras de arte e inversiones agrarias.



Retrato de Cosme II realizado por Cristofano Allori, que se conserva en la villa medicea de Poggio a Caiano.

El escaso interés mostrado por Cosme II hacia las labores de gobierno dará lugar a un mayor protagonismo de los secretarios en la política, así como al aumento de la influencia de la madre, Cristina de Lorena, y de la esposa, María Magdalena, en los asuntos de Estado. De la actuación de esta última derivó una continuación de la política proimperial, continuadora de la que se desarrolló en la última etapa del Gobierno de Ferdinando I.

LA HISTORIA DE SOR BENEDETTA

La historiadora norteamericano-argentina Judith C. Brown, en su libro *Afectos vergonzosos*, recogía hace unos cuantos años un suceso que nos permite comprobar cómo en la Toscana de Cosme II, al igual que en otros países donde se había impuesto la más estricta ortodoxia contrarreformista, nadie escapaba de situaciones donde la superstición religiosa y la rigurosidad moral motivaban curiosas desviaciones personales.

Benedetta Carlini, nacida en 1590 en el pueblecito apenínico de Vellano, es la protagonista de dicho suceso. Su padre, un rico propietario del lugar, la destinó ya de joven a ser monja, de forma que Benedetta fue educada en la devoción a la Virgen María. La muchacha llegó a creer durante un tiempo que, disfrazado de ruiseñor, un ángel la protegía de las influencias malignas. En 1599, Benedetta ingresó en el convento de las teatinas de Pescia, localidad próxima a Vellano, y allí, su extremada juventud y su fe pueril comenzaron a provocar en ella visiones y sensaciones que atribuyó sin dudarle a una acción divina. El confesor y la abadesa del convento fueron informados de todo ello por la propia monja.

Llegados a 1615, Benedetta comenzó a sentir profundos dolores que llegaban a paralizar su cuerpo, y los médicos que la asistieron se vieron incapaces para diagnosticar la enfermedad. A partir de 1617, las visiones adquirieron un cariz violento, y a menudo la sensible religiosa se veía atacada por jóvenes que la golpeaban. Por ello, sus superiores le asignaron a una compañera para que la observara, una monja llamada Bartolomea Crivelli. A los dolores siguieron los estigmas, y en 1619, debido a su fervor místico, sus compañeras eligieron a Benedetta como abadesa del convento. En esos días, Cristo llegó a aparecerse a la monja, a quien dejó sin corazón durante tres días y a la que anunció que deseaba casarse con ella. Las hermanas organizaron para el feliz evento una ceremonia que debía llevarse a cabo el día de la Santísima Trinidad, preparando la iglesia y rezando fervorosamente. Pero llegado el momento, Cristo no apareció, aunque Benedetta entrara en un trance místico a la vista de sus compañeras.

Esta historia dio lugar a que en el mismo año de 1619 el preboste de Pescia, Stefano Cecchi, iniciara personalmente una investigación del asunto. Primero fueron examinadas las llagas, que manaban continuamente sangre, aunque en pequeñas cantidades. A continuación, interrogó a la mística, quien fue desgranando sus encuentros con Cristo. En total, catorce visitas perfectamente anotadas por el escribano del preboste. Al final, este acabaría convenciéndose de que el contenido y el significado de las visiones de Benedetta no eran contrarios a la fe. A lo largo de la investigación, también fue interrogada en diversas ocasiones Bartolomea Crivelli, quien relató los dolorosos momentos vividos por su compañera, especialmente durante los tres días que vivió sin corazón. Otro de los aspectos que salió a relucir entre las monjas de la comunidad fue la extremada irritabilidad de su abadesa, demasiado propensa a encolerizarse con ellas por cualquier motivo.

Cecchi y sus colegas dedujeron que Benedetta era una típica visionaria sin malicia, y a la que debía respetarse por su condición de abadesa y por ser favorecida, al parecer, por la influencia divina. La mística se convirtió así en la directora administrativa y espiritual del convento, granjeándose a partir de entonces la enemistad de algunas de sus subordinadas.

Las críticas sobre su gestión y su actitud llegarían a oídos de Alfonso Giglioli, nuncio papal en Florencia, quien envió en 1622 al convento a un grupo de investigadores para que estudiaran el asunto. El informe que estos remitieron difiere bastante del amable documento elaborado por Cecchi. El episodio del corazón robado es calificado aquí como un suceso completamente absurdo, y en cuanto al matrimonio místico con Cristo se afirma que se trata de un hecho más próximo «a lo lascivo que a lo divino». Se especulaba incluso con la posibilidad de que Benedetta estuviera en realidad endemoniada, por lo que los agentes del nuncio solicitaban una investigación más rigurosa.

Giglioli atendió esta última petición, y en 1623 envió de nuevo a Pescia a los investigadores para que llegaran hasta el fondo de aquel escabroso asunto. El nuevo proceso hizo florecer las tensiones existentes en el convento, provocadas por el odio acumulado hacia sor Benedetta. Se la acusó de provocarse las llagas mediante incisiones practicadas con una aguja, así como de inventarse las visiones. Las monjas habían perdido el miedo a la tiránica abadesa y deseaban que la verdad se hiciera patente. Pero la declaración que más perjudicó a Benedetta fue la efectuada por Bartolomea Crivelli, quien llegó a afirmar el haber mantenido trato carnal con su superiora, aunque siempre lo hiciera obligada o por temor. Según su confesión, durante dos años se habían visto dos o tres veces por semana para llevar a cabo prácticas lésbicas. Benedetta lo negó rotundamente, pero otras informaciones afirmaron asimismo presuntas relaciones de la abadesa con un sacerdote. Los investigadores regresaron a Florencia visiblemente horrorizados.

En este caso, la burocracia religiosa funcionó de forma bastante lenta. Benedetta no sería encarcelada hasta

1626. El nuevo gran duque Ferdinando II y su abuela Cristina de Lorena habían sido informados no obstante de todo el proceso en 1622. Y según el diario de una monja, redactado muy posteriormente a los hechos, sabemos que Benedetta fallecería en 1661, «habiendo pasado treinta y cinco años de cárcel».

POLÍTICA INTERIOR

Con Cosme II se acrecienta la política proaristocrática del gran ducado. La corte y la burocracia acogen a nuevos nobles, cuyos privilegios se ven protegidos e incluso acrecentados por el príncipe. Así, en 1620 se promulga una ley que limita el derecho de sucesión de las mujeres en los feudos, al objeto de limitar una excesiva división de los patrimonios nobiliarios.

Por otro lado, Livorno seguía siendo el centro de atención de la política comercial toscana. Cosme II, buscando vitalizar aún más su puerto, permitió que tres mil moriscos expulsados de España se instalaran en sus alrededores, aunque la medida resultó un fracaso. Los recién llegados no se adaptaron a su nueva patria y crearon numerosos problemas de orden público, por lo que fueron llevados forzosamente al norte de África.

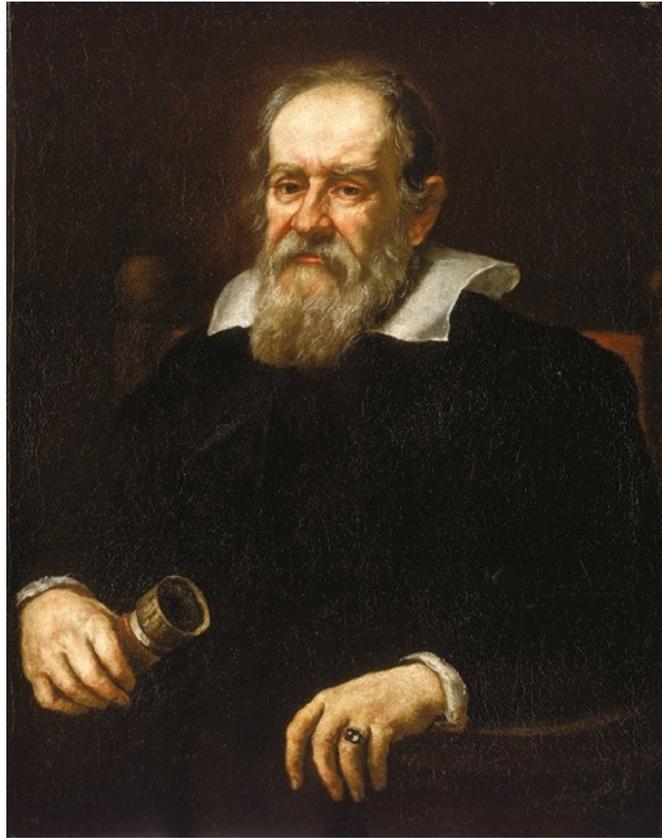
COSME II Y GALILEO

El gran Galileo mantuvo una relación bastante íntima con el gran duque, pues en la juventud de este fue su profesor de Matemáticas. Ferdinando I había permitido al famoso científico que ejerciera la docencia de dicha disciplina en Pisa entre 1589 y 1592, aunque en ese año Galileo fue reclamado en Padua, donde obtuvo la cátedra de Matemáticas. Sin embargo, siguió manteniendo estrechos contactos con Florencia, a la que viajaba a menudo para seguir instruyendo al gran duque en la ciencia de los números.

A finales de 1609, ocupando ya Cosme II el trono toscano, Galileo, siempre interesado en ejercer la docencia en su tierra natal, acudió a su antiguo alumno para mostrarle el nuevo telescopio que había fabricado. Al año siguiente publicó el *Siderus Nuncius*, una obra basada en sus observaciones astronómicas y dedicada al gran duque. Además, en dicho tratado se anunciaba el descubrimiento de los cuatro satélites que giraban en torno a Júpiter, bautizados por Galileo con el significativo nombre de «estrellas mediceas».

Tanto halago dio al final sus frutos. Cosme II regaló al científico la villa de Pian de Giulliani y le nombró matemático y filósofo de la corte. Galileo se trasladó entonces a Florencia en septiembre de 1610, dedicándose a sus observaciones y a divulgar el copernicanismo, así como a viajar a Roma en alguna ocasión.

Pero en diciembre de 1614 comenzaron los problemas para el insigne teórico. Fue entonces cuando el dominico Tommaso Caccini lanzó una prédica en Florencia contra las ideas de Galileo que provocó gran revuelo en Italia. La inquisición romana tomó cartas en el asunto y se dedicó a investigar los escritos del científico. Por fin, este hubo de acudir a Roma a fines de 1615 para defender su postura en torno a la astronomía copernicana. Lo hizo conociendo el apoyo que Cosme II le prestaba, apoyo que se materializó en el permiso obtenido por el científico para alojarse en la embajada toscana de la capital pontificia.



Retrato de Galileo Galilei realizado por Justus Sustermans, hacia 1636. Se conserva en el Museo de los Uffizi de Florencia.

En febrero de 1616, los instructores eclesiásticos recomendaron a Galileo que dejara de defender las teorías copernicanas para evitar una investigación inquisitorial. El científico acató la recomendación y retornó a Florencia, donde se dedicó a trabajos menos comprometidos, como el estudio de los movimientos de los cuerpos o las tablas de los satélites.

LA POLÍTICA EXTERIOR

Cosme II buscó siempre un reconocimiento internacional como buen gobernante y diplomático. A menudo procuraba demostrar la primacía de su Estado sobre el resto de las cortes italianas, involucrándose en empresas de gran calado. Así, mantuvo la política de su padre interviniendo en los asuntos de Oriente Próximo, fomentando la rebeldía del pachá de Siria contra el sultán turco y enviando sus galeras a combatir a los otomanos. Algunos historiadores italianos sostienen que el gran duque tenía la secreta esperanza de conquistar Jerusalén, motivo por el que acabó apoyando a Fakhr ad Din, un príncipe libanés llegado a Livorno en busca de ayuda. Incluso se llegó a pensar en trasladar el Santo Sepulcro hasta la iglesia florentina de San Lorenzo.

Pero la realidad resultó bien distinta de lo imaginado. Los turcos apenas sufrieron las incursiones de las naves toscanas, el proyecto de una expedición a Siria en la que participaran diversos monarcas cristianos no se llevó a término, y el retorno del príncipe Fakhr ad Din a su tierra acabó con su posterior estrangulamiento en Constantinopla.

Esa calidad de gran diplomático de la que pretendía hacer gala Cosme II le hizo intervenir como mediador en algunos asuntos internacionales, como fue la cuestión de los uscoques. Estos eran piratas dálmatas que se dedicaban a atacar las galeras venecianas con el apoyo secreto del Imperio de los Habsburgo, provocando incluso una guerra entre 1615 y 1616 que enfrentó a Venecia contra el archiduque Fernando de Stiria. Mayor fue el éxito, según consideraba el propio gran duque, alcanzado en ciertos acuerdos matrimoniales entre España y Francia. Cosme II celebró como un triunfo personal la boda negociada entre el futuro Luis XIII de Francia con Ana de Habsburgo, hija de Felipe III de España, y del hijo de este, el futuro Felipe IV, con Isabel de Borbón, hermana del príncipe francés (octubre de 1611). Dos nobles toscanos, el conde Orso d'Elci en París y el marqués Matteo Botti en Madrid, asistieron a las firmas del pacto, por lo que el gran duque se consideró el verdadero mediador entre las dos grandes potencias.

Sin embargo, la realidad era aquí también otra, pues el gran ducado apenas contaba ya en el ámbito internacional. De hecho, seguía siendo un satélite de la Monarquía Hispánica, y así quedó demostrado cuando en 1613 y 1614 Cosme II se vio obligado a enviar tropas en apoyo de Felipe III a causa de la guerra de Sucesión de Monferrato, un territorio que se disputaban los duques de Saboya y Mantua. El duque de Hinojosa, gobernador hispánico de Milán y encargado de defender los derechos de la casa de Mantua, obtuvo la victoria y exigió a Carlos Manuel de Saboya la devolución del cuestionado territorio, invadido por sus tropas en abril de 1613. La intervención toscana apenas influyó en esta victoria hispánica, y lo único que consiguió fue enemistar a la casa de Saboya con la de los Medici.

Las buenas relaciones pretendidas con Francia tuvieron en 1618 su año más negro a causa de las intrigas que contra María de Medici, la reina madre, se orquestaban en

París. La tensión había surgido a causa del asesinato de Concino Concini y de su esposa Eleonora Galigai, ejecutada tras ser acusada de brujería, llegados ambos a Francia junto al cortejo de María y enriquecidos al amparo que de la reina recibían. Pero los partidarios del joven monarca Luis XIII lograron desenmascarar las artimañas de aquel matrimonio e incluso provocaron el arresto de María, que acabó siendo temporalmente exiliada en el castillo de Blois. El Gobierno francés exigió la confiscación de todos los bienes de los Concini en la Toscana y, al no recibir respuesta, varios barcos gran ducales serían asaltados por navíos galos. Cosme II respondió arrestando a los marinos provenzales de Livorno, dando con ello lugar a una ruptura diplomática. No obstante, las relaciones entre ambos Estados se recuperarían al poco tiempo.

En sus últimos meses de vida, Cosme II sufrió constantemente a causa de la tuberculosis, por lo que apenas pudo gobernar. Al no encontrar alivio, llegó a ingerir curiosos ungüentos denominados «aceite de la Virgen de Bari», «licor de san Nicolás» o «leche de la Virgen». Por fin, fallecería el 28 de febrero de 1621 a los treinta y un años de edad.

Ferdinando II, cuarto gran duque (1621-1670)

LA REGENCIA

El primogénito de Cosme II, Ferdinando, tenía sólo once años cuando murió su padre. Por ello, y conociendo la gravedad de sus dolencias, su progenitor había dispuesto un consejo de regencia que gobernase en nombre de su hijo hasta su mayoría de edad. Un consejo integrado por la abuela Cristina de Lorena, la madre María Magdalena de Austria y cuatro personas más, que no debían ser extranjeras ni pertenecer a la familia Medici. Los elegidos fueron el conde Orso d'Elci, antiguo embajador en España, el marqués Giovan Francesco del Monte, comandante general de las milicias toscanas y feudatario de Monte Santa Maria, el arzobispo de Pisa Giuliano de Medici, perteneciente a otra rama alejada de la familia, y Niccolò dell'Antella, auditor de la orden de San Stefano y magistrado encargado de limosnas y licencias de posesión de beneficios eclesiásticos. Es decir, dos nobles y dos miembros del alto clero, lo que muestra la importancia adquirida por dichos estamentos en la corte medicea.



Retrato de Ferdinando II de Medici y su esposa Vittoria della Rovere. Obra de Justus Sustermans que se conserva en la Galería Nacional de Londres.

La regencia sancionaría su propio poder mediante leyes y actuaciones particulares. Tanto Cristina como María eran extremadamente religiosas, por lo que aumentaron el número de conventos en su Estado. En aquellos tiempos, residían en Florencia hasta cuatro mil frailes, además de los religiosos pertenecientes al clero secular. Por otro lado, el 30 de enero de 1623 la regencia promulgó una ley que permitía a la nobleza ocupar cargos en el Gobierno y la administración pública, práctica ya admitida pero que jurídicamente no estaba permitida desde finales del siglo XIII. Las dos regentes se rodearon de capellanes y secretarios menores, lo que incrementó el número de cortesanos. En la corte, la jerarquía militar y nobiliar

aumentó su influencia y su poder, limitando el poder del príncipe y convirtiéndose en las verdaderas detentadoras de las riendas de gobierno.

Ante la incapacidad de las regentes para algo que no adquiriera carácter religioso, la administración y las finanzas entraron en un momento de desorden a causa de la corrupción existente. Para colmo, el matrimonio organizado para el príncipe resultó un fracaso. Cuando Ferdinando II tenía sólo trece años, se le prometió a Vittoria della Rovere, su prima de apenas un año, nieta del duque de Urbino Francesco Maria della Rovere, un feudatario de la Santa Sede. Al no tener este sucesor directo, se esperaba con el contrato matrimonial unir su ducado al gran ducado de Toscana. Pero al fallecer Francesco Maria en 1631, el papa Urbano VIII exigiría la integración de Urbino a los territorios pontificios, y el gran duque no pudo, o no quiso por temor, hacer nada para evitarlo.

MAYORÍA DE EDAD DE FERDINANDO II Y PRIMEROS PROBLEMAS

En 1628, a los dieciocho años, Ferdinando fue reconocido mayor de edad, y la regencia dejó de funcionar. El gran duque había viajado por casi toda Italia y otros lugares, llegando incluso a visitar Praga para rendir homenaje al emperador. Parecía dispuesto a gobernar con prudencia, pero la herencia recibida y la coyuntura del siglo le impidieron actuar con eficacia.

Uno de los primeros problemas con que se encontró Ferdinando II fue la aparición de una epidemia de peste en 1630 que afectó a gran parte de su Estado, y de la que hablaremos en el siguiente epígrafe. Aunque acabó refugiándose en el fuerte Belvedere, el joven gran duque visitó a menudo los centros de curación y procuró mejorar la alimentación de los afectados. Algunos conventos serían destinados a alojar enfermos, provocando con ello las iras de diversas autoridades eclesiásticas.

Cuando la familia del gran duque regresó al palacio Pitti en 1634, Florencia había perdido varios miles de habitantes a causa de la epidemia. En este mismo año se celebró el matrimonio de Ferdinando II con su prima Vittoria, matrimonio que no daría la felicidad a ninguno de los dos cónyuges. Al haber sido educada en un convento, la esposa cayó también en la beatería, reuniendo en su persona el radical contraste entre el gusto por el lujo inmoderado propio de una aristócrata, con prácticas religiosas absurdas. Despreció los intereses científicos de su marido, a pesar de que se envanecía de haber enriquecido con su herencia la colección artística de los Uffizi, incrementada gracias a una buena parte de la colección del palacio de Urbino que acabó en Florencia. En realidad, los dos esposos vivieron dieciocho años separados, según algunos debido a ciertas extrañas inclinaciones que Vittoria había detectado en su marido, y según otros, como castigo por algunas infidelidades cometidas por el gran duque. Sin duda Vittoria debió de ser una mujer desabrida e insensible, y prueba de ello es que durante la mortal enfermedad de Ferdinando II sólo lo visitó en una ocasión, y porque él se lo requirió. Además, también fue extremadamente vanidosa, a tenor de los numerosos retratos que de ella conservamos, en los que aparece como diosa, vestal, santa e incluso como imagen de la Virgen con su hijo el pequeño Cosme haciendo de Jesús. Así la representó el pintor de la corte, el flamenco Justus Sustermans, en su cuadro *La Sagrada Familia* que se conserva en el palacio Pitti, y en el que Ferdinando II ejerce de san José.

El matrimonio tuvo cuatro hijos. Los dos primeros murieron al nacer, el tercero fue el futuro gran duque Cosme III, y el cuarto, concebido tras dieciocho años de separación, se llamó Francesco Maria, se convirtió en el preferido de su madre y alcanzó el cardenalato.

LA PESTE DE 1630

En otoño de 1630, la peste procedente de Lombardía llega a la Toscana. El gran duque Ferdinando II de Medici, un joven de veinte años, adopta la decisión de aislar a su familia en el fuerte Belvedere, situado sobre una colina en la zona sur de Florencia, y por tanto, más elevado y seguro que el palacio Pitti. A través de los jardines de Bóboli, la corte medicea abandona su residencia del palacio Pitti y se instala en la fortaleza, lejos del contagio. No obstante, el gran duque visitará cada mañana las zonas más afectadas por la epidemia y discutirá con las autoridades responsables del asunto sobre las medidas a adoptar.

El Magistrado de la Sanidad de Florencia, organismo encargado de evitar durante la crisis que la situación se descontrole, ha establecido en la capital un severo cinturón sanitario al objeto de impedir que la peste llegue más allá de donde ha alcanzado. Todos aquellos que pretendan entrar o salir de la ciudad deberán mostrar ante los guardianes un boleto expedido por dicha autoridad, conforme no están afectados por el mal ni han entrado en contacto con enfermos. En los demás dominios florentinos, son desplazados varios comisarios para vigilar que las disposiciones del Magistrado se cumplan.

Estas disposiciones establecen que en primer lugar deben asegurarse los intereses de los ciudadanos florentinos o demás personas privilegiadas, es decir, nobles y eclesiásticos locales. Los presuntamente muertos por el mal ya no se enterrarán en las iglesias o en los cementerios urbanos, sino en el campo y lejos de las vías principales, a conveniente profundidad y, caso de haber posibilidad, bajo una capa de cal. Los enfermos serán concentrados en un lazareto ubicado siempre fuera de los lugares amurallados y en sitios que puedan servir a diversos pueblos vecinos; las casas afectadas quedarán aisladas al menos durante veintidós días desde el último fallecimiento o curación. Las casas serán previamente purificadas con humo de azufre, las paredes lavadas con agua hirviendo y los paños, amén de remojados, bien oreados. Todo aquel objeto que haya entrado en contacto directo con el afectado, será quemado, y en la habitación del difunto se echará cal y vinagre, como se recoge en *¿Quién rompió las rejas de Montelupo?* de Carlos M. Cipolla:

Los que estuvieren sanos y habitaren dichas casas, tomarán triaca por la mañana y se ungirán con aceite, y caso de no disponer de él, comerán nueces e higos secos. Si observaren la presencia de hinchazones en su cuerpo, los ungirán con aceite de lirios blancos, de camomila o de semilla de lino, y encima colocarán un paño de lana sucia a su vez impregnada de aceite. Si se descubren bubas o carbunclos, se cubrirán de hierba de escabiosa molida y grasa de pollo, se cortarán con un cuchillo y luego se curarán con triaca. Estos enfermos deberán cuidarse comiendo carne, huevos y otras cosas, así como bebiendo agua hervida con una miga de pan y cilantro.

Higiene, aislamiento y, sobre todo, buena alimentación. No iban desencaminados los magistrados al buscar remedios contra el contagio. Pero pocos eran los que podían permitirse buenos platos. No obstante, en cada comunidad del gran ducado, sus *podestà*, vicarios o capitanes (según la categoría de la comunidad), los representantes

del poder central, todos ellos procedentes de la nobleza florentina, tuvieron que poner en marcha tales medidas, bajo la supervisión de los comisarios de Sanidad. Alguno dejó la vida en el intento.

La labor de los comisarios de Sanidad, evidentemente, no era fácil. Algunos pertenecían al estamento eclesiástico. El padre Bisogni, capuchino, dirigió el lazareto florentino de San Miniato y murió desempeñando esta labor. Niccolò Cini y Luca Mini, un canónigo y un párroco, fueron comisarios de Sanidad en los dominios florentinos; su posición les debía permitir entenderse mejor con los obispos y párrocos rurales, cuya colaboración resultaba del todo indispensable para adoptar medidas de prevención. Cuando el noble Luigi Capponi, un civil, fue destinado como comisario de Sanidad a la comarca de Volterra, tuvo que vérselas con el obispo local, quien pretendía mantener y aun aumentar las concurridas celebraciones religiosas; en ellas, amén de solicitar la intervención divina, se propiciaba el contagio. Acusado de impiedad, la causa contra Capponi llegó hasta el gran duque, quien hubo de salir en su defensa afirmando que su labor iba en beneficio de la salud pública. Hasta el papa Urbano VIII, un florentino de la familia Barberini, al conocer la actuación de los Magistrados de la Sanidad de Florencia, decidió decretar su excomunión. Así se explica que muchos miembros de la autoridad civil se indispusieran contra los supersticiosos frailes, y que un soldado pinchara junto a una de las puertas de Florencia a un eclesiástico, gritándole además «vete, vete, fraile guarro».

La epidemia no desapareció definitivamente de la Toscana hasta 1633. En Florencia, de sus 70.000 habitantes perecieron entre 7.000 u 8.000, mientras que en todo el principado falleció aproximadamente un diez por ciento de sus 800.000 habitantes, una población que ya se había visto afectada por las carestías de 1619-1621. La peste conllevó una ulterior desorientación de la economía toscana, paralizada en su práctica totalidad. Y cuando la situación volvió a su cauce, muchas de las inversiones antes destinadas al comercio de manufacturas y productos agrícolas buscaron como centro de gravedad la deuda pública, cuya oferta siempre aumenta en períodos de crisis.

¿QUIÉN ROMPIÓ LAS REJAS DE MONTELUPO?

Con este título, el prestigioso historiador italiano Carlo M. Cipolla nos narra un interesante acontecimiento relacionado con la epidemia padecida en la Toscana entre 1630 y 1633.

Montelupo es una localidad situada a cuarenta kilómetros de Florencia, que en aquella época estaba habitada por unas ciento cincuenta familias, de condición humilde y con fama de violentas. La peste había hecho su aparición en setiembre de 1630, y el pueblo fue aislado, por orden del Magistrado de la Sanidad, mediante unas rejas instaladas en sus puertas. Para controlar la situación, se organizó además una diputación dirigida por el único hombre culto del pueblo, el dominico Giovanni Dragoni, quien abrió un lazareto. Pero la cuarentena implicaba más miseria, y el hambre hizo que muchos montelupinos viajaran por los pueblos de alrededor e incluso entraran en Florencia. El pobre Dragoni, con los dos guardias que le habían sido asignados, apenas podía hacer nada para evitarlo. Pensó entonces en solicitar a las autoridades florentinas un permiso de libre tránsito para sus paisanos, permiso que fue concedido siempre y cuando se extendieran certificados sanitarios. Los montelupinos, adelantándose a los acontecimientos, llegaron a falsificar su firma, de forma que el padre Dragoni, abrumado por los problemas, acabó dimitiendo de su

cargo.

Llegó entonces de Florencia, como sustituto del dominico, un gentilhomme llamado Francesco della Stufa. Le permitieron aumentar sus fuerzas con guardias venidos de Empoli, los cuales se negaron a acercarse a los apestados. No obstante, al adoptarse una línea de dureza, hubo algunos encarcelados e incluso torturados. Pero Della Stufa falleció a causa de la epidemia y la situación empeoró, hasta el punto de que hubo de abrirse un nuevo lazareto. Durante el verano de 1631, los enfermos afluían en bandadas y de nuevo Dragoni se convirtió en el encargado de organizar aquel caos.

Para colmo de males, el párroco de Montelupo, Antonio Bontadi, proyectó una gran rogativa comunitaria para el 20 de julio, domingo. El tema llegó a oídos de Benedetto Sachetti, comisario de Sanidad del Val d'Arno, quien desplazó a la población a un cirujano apellidado Coveri. Entre este y Dragoni, quien, a pesar de ser eclesiástico, no creía en la conveniencia de la procesión, desplegaron a varios guardias para impedir a las gentes que salieran de sus casas. No obstante, el acto ya estaba en marcha y fueron multitud los que se reunieron en la iglesia parroquial. Las rogativas se repitieron, a pesar de los momentos de tensión que hubo entre Coveri y el párroco, e incluso un grupo de montelupinos llegó a romper, durante la noche del 21, las rejas que cerraban las puertas de la localidad. El propio Sachetti, al conocer el suceso, se desplazó a Montelupo muy irritado. Hubo investigaciones pero no se logró dar con el culpable. Cuando en agosto la epidemia remitió en el lugar y se volvió a la libre circulación, aunque tras un trágico balance de defunciones que quizá en algún caso se hubieran podido evitar. Sachetti, enfermo, aunque no de peste, falleció a su vez en 1632.

LA GUERRA DE CASTRO

Ferdinando II fue siempre partidario de conservar en Italia una paz duradera, como forma de mantener los poderes dinásticos. Las convulsiones del siglo XVI habían afectado directamente a la Toscana, y por ello no convenía evitar de nuevo los tradicionales enfrentamientos en la península entre Francia y España. Cuando en la siguiente centuria estos se reprodujeron, el gran duque procuró siempre mantener la neutralidad, a pesar de las dificultades diplomáticas que ello representaba.

En 1635, la posibilidad de que la guerra de los Treinta Años alcanzara también a Italia era muy elevada, y Ferdinando II avanzó la idea de crear una liga de Estados italianos que mantuviera la paz. Su propuesta sería no obstante rechazada, pero constituye una muestra de ese interés pacifista mostrado por el gran duque.

Sin embargo, cuando surgió un conflicto específicamente italiano, el gran duque no dudó en intervenir al objeto de demostrar su pretendida primacía frente a los Estados que le rodeaban. Nos referimos a la guerra de Castro, que enfrentó al pontífice con el duque de Parma.

Castro constituía un feudo perteneciente a los Farnese de Parma que se encontraba prácticamente integrado en los dominios papales. Urbano VIII Barberini, un pontífice florentino que pretendía enriquecer a sus sobrinos, deseaba adquirir el feudo para ellos, pero el duque Odoardo Farnese se negó a entregarlo mostrando cierta prepotencia. Motivo por el que el asunto acabó derivando en un enfrentamiento armado.

Como duque de Parma, Odoardo había luchado en 1636 contra los españoles que creaban problemas en las fronteras de sus dominios. Apoyado por Francia, no supo encontrar aliados en la propia Italia, por lo que sería derrotado y obligado a firmar la paz a comienzos de 1637. En su capitulación actuó como mediador el gran duque Ferdinando II, cuñado de Odoardo e interesado en que Parma conservara la independencia.

En 1641, Odoardo volvió a tener problemas al ver cómo su feudo de Castro era invadido por las tropas pontificias. Urbano VIII, además, lo excomulgó, exigiendo la devolución de ciertas deudas ducales que tenían como garantía el propio ducado de Castro. Un asunto en el que Odoardo encontraría el apoyo de otros Estados italianos, de forma que Ferdinando II se alió con Venecia y Módena, organizándose una liga antipapal. Las tropas toscanas, mandadas por Matías de Medici, hermano del gran duque, invadieron el territorio pontificio y conquistaron con cierta facilidad algunas localidades. Fue una guerra estúpida, motivada más por las ansias de prestigio que por otro motivo, en la que el papa se vio obligado a capitular. La paz sería firmada en Venecia el 31 de marzo de 1644, obligando con ella a Urbano VIII a renunciar a Castro.

Pero el asunto no concluiría aquí. El nuevo papa, Inocencio X, volvió en 1649 a ocupar Castro. En este caso, la justificación fue el asesinato del obispo local,

nombrado por el propio pontífice. El nuevo duque de Parma, Ranuccio II, fue acusado por el pontífice de instigar el crimen, y aunque intentó evitar la invasión, al final sus tropas acabarían derrotadas, el ducado incorporado a las posesiones papales y la propia ciudad de Castro arrasada.

LA COYUNTURA BÉLICA DE MEDIADOS DE SIGLO

Por estos años, lo hemos adelantado ya, la posibilidad de un nuevo enfrentamiento en Italia entre Francia y España iba cobrando forma de manera alarmante. Al fin, la probabilidad se convertiría en realidad a mediados de la centuria.

En realidad, Francia y España ya habían luchado en 1628 por la cuestión de la sucesión en el ducado de Mantua, en la que no hubo un vencedor claro, y la regencia hubo de intervenir abasteciendo a las tropas hispánicas. Pero ahora, la coyuntura era bien distinta. La potencia militar española se encontraba en franco retroceso frente a la cada vez más poderosa Francia, y Ferdinando II pudo permitirse el lujo de no colaborar con Felipe IV de España, su teórico aliado. Los franceses habían atacado Génova en 1645, y disponían ahora de una fuerza lo suficientemente temible como para enfrentarse a ella.

En la estrategia del ministro francés cardenal Mazarino se incluía el proyecto de controlar los puertos de la Toscana, desde donde apoyar las previstas rebeliones de Palermo y Nápoles. Por ello, en 1646 se ocuparon los presidios hispánicos de Porto Longone y Piombino. En el mismo año, los franceses intentaron conquistar también el presidio de Orbetello, en el sur de la Toscana, aunque aquí fracasaron.

Los agentes hispánicos solicitaron ayuda a Ferdinando II. Lo mismo hicieron los franceses, que propusieron al gran duque la ocupación de parte de la República de Lucca a cambio de la cesión a Francia de Portoferraio y el territorio sienés. El gran duque mantuvo no obstante la más estricta neutralidad, salvo en el momento en que los españoles decidieron recuperar las fortalezas perdidas. Lo que ocurrió en 1650. En ese año, las naves hispánicas procedentes de Nápoles fueron abastecidas por Ferdinando II y lograron reconquistar ambas plazas. Como premio, la corte de Madrid cedió al gran duque la fortaleza toscana de Pontremoli, tradicionalmente dependiente del ducado hispánico de Milán.

La constante intervención francesa en Italia llevó a Ferdinando II, príncipe de un Estado cada vez más debilitado y sin ambiciones, a acercarse por fin a su corte. Ante la necesidad de buscar una esposa para su hijo y sucesor, el futuro Cosme III, se buscó ahora a una princesa francesa, siendo la elegida Margarita Luisa de Orleans, hija del príncipe Gastón y prima de Luis XIV de Francia. Una boda que se celebró en 1661.



Vista de Pontremoli, en la comarca toscana de la Lunigiana, entregada por las autoridades hispánicas al gran duque Ferdinando II en 1650.

CONDICIONES ECONÓMICAS DEL GRAN DUCADO

Durante el gobierno de Ferdinando II, las condiciones económicas de la Toscana empeoraron, tanto a causa de la evolución natural de la coyuntura como por la improvisada política adoptada. Industria y comercio continuaron en decadencia a causa de la manifiesta competencia extranjera, y de nada sirvieron las medidas del gran duque encaminadas a revitalizar dichas actividades. De hecho, los contactos con Rusia y el imperio turco resultaron infructuosos. La devastación de Alemania y el empobrecimiento de la Monarquía Hispánica provocados por la guerra privaron a las exportaciones florentinas de sus mejores mercados. La producción de tejidos de lana en la capital pasó de 14.000 piezas en 1602 a sólo 5.647 en 1644.

No obstante, el puerto de Livorno continuaba prosperando, sobre todo gracias a las favorables disposiciones dadas por los anteriores grandes duques. La seguridad y la facilidad de acceso habían atraído a mercantes de diversos países, de forma que holandeses e ingleses acaparaban ya el comercio costero. La ciudad asumía cada vez más el carácter de un centro cosmopolita, donde los toscanos sólo ejercían labores mercantiles asociados con elementos extranjeros.

Incluso la agricultura, demasiado controlada y gravada con excesivos impuestos, vivía momentos de decadencia, en parte debido a la paralización de las tareas de bonificación. La población comenzó a decrecer, sobre todo tras la peste de 1630. Por último, el problema fiscal también se agravó, y tuvieron que crearse nuevos impuestos. En 1642 se decretó una tasa extraordinaria, y en 1646 apareció el novedoso impuesto del papel timbrado. La pobreza del gran ducado llegó a tal extremo que el propio Ferdinando II hubo de invertir parte de su patrimonio en obras pías.

CULTURA Y ARTE

Ferdinando II mantuvo un gran interés por la experiencia científica, hasta el extremo de que una de sus habitaciones fue convertida en laboratorio. La influencia de Galileo no fue ajena a ello. Así, el propio gran duque llegó a perfeccionar un termoscopio, del que derivaría el futuro termómetro. También estudió la posibilidad de fabricar una incubadora para huevos de gallina. Construyó higrómetros y fue amigo de Evangelista Torricelli, el inventor del barómetro. Sus estudios le llevaron incluso a analizar el veneno de las víboras.

Al subir Ferdinando al trono, Galileo, tras la recomendación romana de 1616, seguía residiendo en la Toscana. Cuando fue elegido papa el florentino Urbano VIII, en 1624, el científico marchó a Roma a cumplimentarle, llegando incluso a solicitarle permiso para continuar con el copernicanismo y divulgar sus teorías, a lo que el pontífice accedió aunque con ciertas reservas. Por ello, en marzo de 1632 apareció en Florencia el *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo*, clara exposición del sistema copernicano. En agosto, la Inquisición romana prohibía su venta y, a pesar de las protestas de Ferdinando II, enviaba una citación judicial a Galileo.

El proceso contra el científico no comenzó hasta 1633, a causa de una enfermedad padecida por el encausado. El gran duque, temeroso de enfrentarse con el irascible Urbano VIII por una cuestión que él no consideró demasiado relevante, asistió impasible a la condena del investigador, quien tras haber sido forzado a renegar de sus ideas acabaría desterrado primero en Siena y posteriormente a su villa de Arcetri, en las afueras de Florencia, donde fallecería en 1642. Ni siquiera pudo el gran duque obtener para Galileo una sepultura digna, y no sería hasta 1737 cuando sus restos fueron trasladados a la iglesia de Santa Croce, junto a los de Miguel Ángel.

Pese al escaso apoyo dado por Ferdinando II a Galileo, el método experimental divulgado por el científico tuvo en la Toscana diversos seguidores. Hemos visto como el propio gran duque realizaba, siempre, diferentes experimentos. Pero el ejemplo más interesante de dicha influencia fue la fundación de la Accademia del Cimento, palabra italiana que podemos traducir por «experimentación».

La academia fue creada en 1657 por el príncipe Leopoldo, hermano del gran duque y un personaje que había sido educado por Galileo en el interés hacia las ciencias físicas. A él se unieron un grupo de cortesanos amantes de la experimentación, que aprovecharon la farmacia del palacio Pitti para efectuar pruebas de diversa índole: aplicación de venenos de serpiente en animales, observaciones astronómicas, etc. De hecho, el lema de la academia era *Provando e riprovando*, aunque su empirismo fue siempre un empirismo escasamente científico, demasiado improvisado y centrado en la prueba, sin un estudio previo de posibilidades. Por fin, cuando en 1667 Leopoldo fue nombrado cardenal, la academia se disolvió. Tensiones entre sus miembros e incluso ciertas sospechas por parte de la Iglesia dieron al traste con la iniciativa institucional.

Ciertamente la vigilancia eclesiástica era en esta época muy extremada. La Inquisición se había instalado por fin en Florencia, llevando a cabo procesos en la iglesia de Santa Croce, y puede afirmarse que la Toscana del siglo XVII es más una Toscana de eclesiásticos, de milagros, de cilicios y de intrigas religiosas que no un paraíso de la ciencia. Las universidades de Pisa y Siena, siempre bajo el estricto control de las autoridades eclesiásticas, nada nuevo producen. El mismo Leopoldo, al alcanzar el cardenalato, prefirió que su academia se disolviera antes que dar motivos de sospecha a la Inquisición.

Un simple hecho demuestra la gran influencia de la Iglesia en el Estado toscano. En 1639, el inquisidor de Siena, Rondoni, es arrestado y condenado por permitir a sus familiares el uso de armas, contraviniendo las disposiciones legales del gran ducado. Pero ante las protestas del inquisidor de Florencia, Ferdinando II se vio obligado a liberar a Rondoni, doblegándose ante una institución eclesiástica.



Iglesia de Ognissanti de Florencia. Su barroca fachada fue diseñada durante el gobierno de Ferdinando II por el arquitecto Matteo Nigetti.

El arte de este momento también se ha vuelto provinciano, a pesar del continuo interés de los Medici por ampliar sus colecciones, destacando las de los cardenales Giovanni Carlo y Leopoldo, hermanos del gran duque. Continuator del manierismo es Giulio Parigi, fallecido en 1636, quien, junto a su hijo Alfonso, diseña los decorados teatrales de los Medici. Giulio también recibió el encargo de ampliar el palacio Pitti, especialmente su fachada, obra realizada entre 1620 y 1631 de acuerdo con lo dispuesto en el original por el primer arquitecto de la obra, el gran arquitecto del Quattrocento Brunelleschi. Por orden de la gran duquesa María Magdalena de Habsburgo, Parigi también trabajó en el palacio de la Crocetta y en la villa de Poggio

Imperiale. Otro manierista, aunque con motivos ya barroquizantes, fue Matteo Nigetti, muerto en 1649, discípulo de Buontalenti. Trabajó en la capilla-panteón de los grandes duques en la iglesia de San Lorenzo y elaboró la fachada barroca de la iglesia florentina de Ognissanti (1635-1637). El arcaizante Gherardo Silvani (1579-1673) diseñó en Florencia y otras ciudades toscanas como Volterra, Prato o Pisa algunos edificios interesantes. Su obra más conocida es la iglesia florentina de San Gateano, cuya impresionante fachada, obrada en 1645, es propia del alto barroco.

Los pintores que trabajaron en esta época en la Toscana procedían en muchas ocasiones de lugares alejados, incluso de fuera de Italia. Así, el pintor de corte de Ferdinando II era un flamenco llamado Justus Sustermans (1597-1681). El pintor y arquitecto Pietro da Cortona decoró hacia 1647 algunas salas del palacio Pitti, representando alegorías mitológicas sobre los dioses del Olimpo, que en realidad constituían una exaltación de la familia Medici, con el primer gran duque Cosme I como principal exponente.

Cosme III, sexto gran duque de Toscana (1670-1723)

LAS HONRAS FÚNEBRES DE FERDINANDO

Ferdinando II falleció en Pisa en 1670, tras haber gobernado su Estado durante cuarenta y un años. Considerado un príncipe prudente, el funeral constituyó una auténtica apoteosis de su persona. Su cuerpo, embalsamado con telas elaboradas con hilo de oro, fue recibido en la iglesia de San Lorenzo por el nuncio papal y numerosos prelados. Precedía el cortejo un séquito de mil quinientos frailes portando velas, todos los arzobispos y obispos del gran ducado, los caballeros de la orden de San Stefano, canónigos, la guardia suiza, los representantes diplomáticos, la familia, músicos, carrozas de corte y, por último, el pueblo, también portador de numerosas antorchas. El heredero, vestido de negro riguroso, probablemente debía de estar meditando sobre la pesada carga que acababa de recibir.

EL PRÍNCIPE COSME

El futuro Cosme III había nacido en 1641 tras dos infructuosos partos de su madre, Vittoria della Rovere. Esta le sometió a su beatería y vanidad, provocando que el príncipe cayera frecuentemente en la santurronería. Cosme pasaba largas horas de oración o visitando monasterios y santuarios, ofreciendo siempre grandes muestras de devoción. Con tales premisas, su gobierno constituirá uno de los más desastrosos de la dinastía.

Su matrimonio con la francesa Margarita Luisa de Orleans, que le emparentaba con el Rey Sol, fue considerado como un triunfo de la diplomacia de Ferdinando II. No obstante, desde el punto de vista personal, la boda resultó un fracaso. Margarita, enamorada de su primo Carlos de Lorena, no deseaba un casamiento que acabaría celebrándose por poderes en abril de 1661 en la capilla del Louvre. Al desembarcar en Livorno, Cosme no pudo acudir a recibirla por encontrarse enfermo de sarampión. A partir de entonces, todo fue en perjuicio del matrimonio. A Margarita le disgustaba la excesiva beatería de su suegra y de su marido, y por ello prefería retirarse a las villas de Lappegi y Poggio a Caiano. Desde allí, escribía despreciativas cartas a Cosme, en las que afirmaba preferir antes el infierno que encontrarse de nuevo con él. No obstante, del matrimonio nacerían tres hijos: Ferdinando (1663), Anna Maria Ludovica (1667) y Gian Gastone (1671). La ruptura llegaría en 1674 cuando Cosme, afectado por las continuas acusaciones de su esposa relativas a que su matrimonio debía ser anulado por haber sido forzada a aceptarlo, hubo de permitirle su regreso a Francia. Luis XIV encerraría a su prima en el convento de Montmatre, despojándola de todos los derechos y honores de que gozaba como princesa de sangre.

Antes de ocupar el trono del gran ducado, Cosme viajó por Italia y Europa, al objeto de iniciar su aprendizaje como gobernante. Así, en 1667 pasó por Bruselas, Ámsterdam, Hamburgo y Bremen, y entre 1668-1669 anduvo por España, Portugal, Inglaterra, Róterdam y París. De su paso por España dejó el conde Lorenzo Magalotti, secretario de las Accademia del Cimento y acompañante del príncipe, un interesante relato publicado en más de una ocasión, e incluso en la actualidad susceptible de ser descargado legal y gratuitamente en internet. Según Magalotti, el viaje se hizo de incógnito, al parecer buscando evitar el fasto de un viaje oficial, excesivamente caro para la corte medicea. Sin embargo, allí por donde pasaba, Cosme se daba a conocer sin reparos, visitando especialmente conventos e iglesias. Embarcó en Livorno y dejó su nave en Barcelona, para continuar por tierra hasta Madrid pasando por Lérida y Zaragoza. En la corte hispana fue agasajado por la regente Mariana de Austria. De Madrid continuaría hacia Andalucía, y de allí se internaría por Portugal hasta alcanzar Galicia, embarcando de nuevo en La Coruña rumbo a Inglaterra.

LA NOBLEZA CONTINÚA EN EL PODER

En un principio, Cosme dio muestras de interesarse por el gobierno de su Estado, pero todo resultó un breve espejismo. El gran duque se apoyó con excesiva ligereza en dos de sus cortesanos preferidos, el marqués Gabrielle Riccardi, noble de reciente fortuna cuya familia había adquirido el palacio Medici construido en el siglo xv por Michelozzo, y el conde Ferdinando Bardi, procedente de una antigua familia de aristócratas. En el consejo del príncipe también se encontraba el cardenal Leopoldo, su tío, y otros miembros de la familia, así como el ya mencionado conde Magalotti. Canónigos, abates y otros nobles provincianos también continuaron integrados en la estructura burocrática del poder, sin apenas interesarse por el desarrollo económico del gran ducado.



Retrato de Cosme III realizado por Justus Sustermans, y que se conserva en la villa medicea de Poggio a Caiano.

En realidad, Cosme III tenía unos intereses bien distintos a los puramente gubernamentales. Su excesivo celo religioso le llevaba a organizar continuas celebraciones y procesiones, hasta el extremo de que en un año se llegaron a hacer cinco meses de fiestas. Empeñado en alcanzar la protección divina, el gran duque impulsó el culto a los santos protectores de la Toscana, como san Rómulo, san Juan Bautista y santa Mustiola.

Muestra de esta política prodivina es la continua persecución que los judíos padecieron durante su principado. En 1677, 1679 y 1680 se dictaron bandos que prohibían a los cristianos servir en casas de hebreos; en 1683, nuevas disposiciones impedían a los judíos emplear nodrizas cristianas para amamantar a sus hijos. Las brujas seguían siendo quemadas, y la vigilancia contra los presuntos herejes se hizo

cada vez más estrecha. Así, el confesor de las monjas de San Mateo de Arcetri, por haber faltado supuestamente al secreto de confesión, sería trasladado a Roma y condenado a diez años de cárcel. La moral era también muy controlada, y el 9 de octubre de 1691 se dictó un bando que prohibía a los jóvenes visitar casas donde hubiera mujeres solteras o casadas sin la presencia de un pariente varón. Unas medidas que permitían a Cosme recibir continuas alabanzas de los eclesiásticos, a la vez que aumentaba hacia él un odio acérrimo entre las clases populares, indignadas ante el excesivo poder concedido a la Inquisición y por la desmesurada vigilancia de las costumbres.

LA POLÍTICA EXTERIOR DURANTE LOS PRIMEROS DECENIOS DE GOBIERNO

Cosme III procuró mantener, por un lado, el prestigio de su Estado en Italia, y por otro, la tradicional neutralidad respecto a los conflictos europeos. No obstante, el cada vez más creciente poder de Luis XIV le obligó en diversas ocasiones a plegarse a sus intereses.

Respecto a su deseo por conservar un prestigio dentro de Italia, cabe mencionar el orgullo de Cosme por pertenecer a la familia Medici y sus deseos por mostrar ante las demás cortes un poderío inexistente. La vanidad de considerarse un gran príncipe llegó a extremos tan ridículos como el mostrado en su viaje a Francia en 1669, cuando el todavía príncipe heredero Cosme llegó a despreciar nada menos que al Rey Sol durante la visita a una fortaleza, a la que consideró deficientemente defendida. Ya gran duque, Cosme se empeñó en que le fuera reconocido el tratamiento regio, en oposición al diploma imperial obtenido por el duque de Saboya, que le permitía usar el título de alteza real y por tanto le concedía una categoría superior a la del gobernante toscano. Por fin, en 1691 obtuvo dicho privilegio del emperador Leopoldo I, aunque ninguna corte se lo reconoció salvo la del pontífice Inocencio XII. Este, además, y con motivo de la peregrinación que Cosme llevó a cabo a Roma en 1700, le nombró canónigo de San Pedro. En ese mismo año, los jesuitas regalaron al gran duque una porción del intestino de san Francisco Javier.

En cuanto a las relaciones con el Rey Sol, cuando se trataba de asuntos de interés, todo lo que se hacía era poco para evitar perjudicarlo en sus intereses políticos. El temor a Luis XIV se quedó patente cuando la diplomacia toscana quiso intervenir en el asunto de Lorena. En 1678, el monarca francés pretendía reunir en la plaza holandesa de Nimega un congreso de paz, al que asistieran las potencias enemigas. Entre sus oscuras intenciones estaba la de aprovechar el fin de las hostilidades europeas para incorporar el ducado de Lorena a Francia tras la muerte de su regente Carlos IV. Sin embargo, una de las candidatas al trono lorenés era la todavía esposa del gran duque Margarita Luisa de Orleans. Por ello, el abate Gondi, embajador toscano en París, escribió a Cosme III solicitando su intervención en el asunto con el objeto de lograr el ducado para su hijo mayor Ferdinando de Medici. La diplomacia de los Habsburgo, a su vez, también intervino en la negociación buscando evitar la incorporación de Lorena a Francia. Un plan acordado entre España y el imperio preveía una primera entrega del ducado francés a Ferdinando, a la que seguiría el intercambio del mismo ducado por Cerdeña, Elba y los Presidios hispánicos de Toscana. Una generosa oferta realizada por los diplomáticos españoles que no llegó a prosperar por el miedo que los ministros toscanos sentían ante una sin duda airada reacción del Rey Sol.

En 1683, los turcos asediaron Viena. En ese mismo año, el virrey de Nápoles, duque de Carpio, intentó reunir una pequeña flota juntando naves pontificias, genovesas, portuguesas y maltesas con intención de agredir a los otomanos. Solicitó

asimismo la intervención de Cosme III para que suministrara soldados y dinero, pero el gran duque se negó. Entonces, el virrey amenazó con ocupar la base medicea de Portoferraio. Sin embargo, las posibilidades ofensivas de la monarquía eran entonces tan limitadas que no se pudo cumplir tal amenaza.

La misma resistencia encontró el embajador del emperador Leopoldo I cuando llegó a Florencia en busca de naves o dinero para combatir a los turcos. Sin embargo, aquí el gran duque cedió, aportando a la liga firmada en 5 de marzo de 1683, en la que intervinieron el imperio, Polonia, Venecia y el papa. En este sentido conviene recordar la influencia jurídica del emperador sobre el gran ducado, considerado feudo imperial. De esta forma, las diversas contribuciones de Cosme III a las empresas militares de Viena le permitirían alcanzar del emperador el tratamiento regio en 1691, tal y como hemos adelantado ya.

Los avances de Francia en Italia preocupaban enormemente a Cosme III. En 1681 habían entrado tropas galas en Casale, localidad adquirida por Luis XIV al duque Fernando Carlos de Mantua. Dos años después, la Monarquía Hispánica se vio obligada a declarar la guerra a aquel monarca. En 1684, Génova era bombardeada por las naves borbónicas por ser aliada de España. El gran duque, temiendo las represalias francesas, se veía por tanto obligado a hacer oídos sordos a las peticiones de colaboración lanzadas por la diplomacia hispánica. No obstante, cuando falleció María Luisa de Orleans, esposa del rey español Carlos II, Cosme III intentó, aunque sin éxito, casar a su hija Anna Maria Ludovica con el monarca viudo.



Asedio de Viena por los turcos de 1683.

El gran duque Cosme III colaboró en una guerra que enfrentó al Imperio de los Habsburgo con el otomano.

La diplomacia toscana se encontraba cada vez más cerca de Viena que de Madrid, aunque para compensar esta situación el gran duque tuvo que permitir que, a partir de

1691, un embajador francés residiera permanentemente en Florencia. Durante la guerra de Sucesión española, Cosme III logró mantener una estricta neutralidad, sin apoyar ni al candidato del imperio, el archiduque Carlos, ni al candidato de Luis XIV, su propio nieto Felipe de Borbón.

EL PROBLEMA SUCESORIO

En los primeros años del siglo XVIII, Cosme III comenzó a mostrar inquietud por la sucesión al trono toscano, dada la imposibilidad de que sus dos hijos Ferdinando y Gian Gastone dejaran un heredero.

El príncipe Ferdinando era un hombre bien distinto a su padre, ya que la religión no entraba dentro de sus preocupaciones prioritarias. Muy dado a las fiestas, y a pesar de los cuantiosos gastos que realizaba, el pueblo lo adoraba. En su juventud, se había unido a su tío, el futuro cardenal Francisco María, en la cadena de múltiples fiestas organizadas en las villas mediceas, y en las que participaban numerosos amigos de la nobleza. Ferdinando estaba muy interesado por la música, y llegó a invitar a Florencia al mismísimo Haendel y al fabricante de pianos Bartolomeo Cristofori. Su padre le recriminaba constantemente su excesiva despreocupación y sus deseos de viajar a la Lombardía y a Venecia en busca de más fiestas y distracciones, a la vez que le buscaba una esposa sin su conocimiento. Siempre con el permiso de Luis XIV, la elegida fue Violante de Baviera, hermana de la delfina de Francia. El contrato nupcial sería firmado en Múnich el 24 de mayo de 1688, y el encuentro entre los dos novios se produjo en la localidad toscana de San Piero a Sieve. Tras una fastuosa ceremonia en Florencia, Ferdinando, muy descontento con la elección, pronto abandonó a su esposa para continuar dedicado a la música y al teatro, mostrando especial atención al compositor Alejandro Scarlatti. También se prodigaron los viajes para disfrutar del carnaval veneciano, de forma que al final Ferdinando acabó contrayendo una enfermedad venérea que acabaría con su vida. El príncipe pasaría los últimos cuatro años de su vida entre ataques epilépticos y una demencia incipiente, siempre cuidado por su esposa y atendido por numerosos médicos que, en su presencia, discutían constantemente sobre la mejor medicina que debía usarse para su curación. Al final, Ferdinando fallecería el 30 de mayo de 1713 sin dejar hijo alguno.

A partir de entonces, la sucesión en el gran ducado pasó a corresponder a Gian Gastone, el tercer hijo de Cosme III. Pero aquel príncipe tampoco parecía muy capaz de dejar un heredero. Según algunos autores, el príncipe sufría frecuentes ataques de melancolía. Según otros, simplemente se trataba de un homosexual latente afectado por una pereza extrema. Gian Gastone era muy aficionado a las plantas, que cultivaba en los jardines de Bóboli sin preocuparse por contraer matrimonio. Acompañaba a su padre en las frecuentes peregrinaciones que este realizaba por diversos santuarios, y se dedicaba además a aprender idiomas, llegando a conocer el alemán, el español, el francés y el inglés. La esposa elegida para él fue la alemana Ana María Francisca de Sajonia Lövenberg, hija del duque de Sajonia y viuda del príncipe palatino Felipe de Neoburgo. El contrato nupcial se firmó en Düsseldorf el 4 de marzo de 1697, y se estableció que el matrimonio residiría una parte del año en Bohemia y otra en un pequeño palacio ubicado en el barrio florentino de San Marcos. Ana María resultó ser

una gorda y poco agraciada alemana de veintitrés años, más preocupada por el cuidado de los caballos que por otros asuntos, y las cosas pronto comenzaron a ir mal. Gian Gastone, también bastante obeso, se aburría soberanamente en Bohemia, y para colmo, Ana María se negó a viajar a Florencia, provocando en su esposo unos irrefrenables deseos de beber. En diversas cartas dirigidas a su padre, el príncipe toscano se quejaba de su horrible esposa y mostraba la añoranza que sentía por Florencia, hasta que, por fin, en 1705 decidió regresar solo a dicha ciudad, sin perder por ello su afición a la bebida. Aunque el hecho que más habladurías provocaba fue el verse siempre acompañado de cuatro jóvenes varones, una circunstancia que acentuaba su fama de homosexual. Aunque regresó a Bohemia en 1707, no tardaría en volver a Florencia al año siguiente, en lo que significó la ruptura definitiva con su esposa, con la que nunca más volvería a verse.

En esta tesitura, Cosme III se vio obligado a exigir a su hermano el cardenal Francisco María a renunciar a la púrpura, contraer matrimonio y dar de inmediato el anhelado heredero que tanto necesitaba el trono toscano. Fiel a las exigencias dinásticas, a sus casi cincuenta años Francisco María de Medici casaba con Eleonora, hija del duque Vincenzo Gonzaga de Guastalla. Por fortuna para ella, el matrimonio duró poco, pues Francisco falleció en 1711 de hidropesía en brazos de Emanuel, un joven musulmán que él mismo había bautizado años atrás.

Tales fracasos empujaron a Cosme III a buscar soluciones alternativas. En primer lugar, no deseaba que el gran ducado cayera en manos de una dinastía ajena a los Medici, y por ello, ya en 1710 desplazó a La Haya a su embajador Carlo Rinuccini para anunciar la posibilidad de que el Estado toscano se convirtiera en una república al estilo de Venecia, tal y como lo había sido ya en la Edad Media. En esa ciudad holandesa habían comenzado ya los encuentros destinados a concluir con la guerra de Sucesión española, por lo que se encontraban allí representantes de los principales Estados europeos. Un marco adecuado para que la propuesta toscana fuera escuchada y aceptada. Sin embargo, el embajador imperial recordó a Rinuccini que el gran ducado englobaba además a Siena y a algunos feudos del imperio, como los marquesados de la comarca de la Lunigiana y otros situados al sur de la región, territorios que no podrían integrarse en una hipotética república. Al no querer tampoco un Estado fraccionado, Cosme III tuvo que seguir buscando una nueva solución.

De nuevo las miras recayeron en otro miembro de la familia Medici, y en esta ocasión la elegida fue la propia hija del gran duque. Anna Maria Ludovica había casado en 1691 con el elector palatino del Rin Juan Guillermo de Pfalz-Neuburg, marido ilustre y muy adecuado para ejercer de gran duque consorte. Por ello, al fallecer el príncipe Ferdinando la elección parecía estar ya decidida. El 27 de noviembre de 1713, el Senado de los Cuarenta y ocho nombraba a Anna Maria sucesora en el trono toscano, en el caso de que Gian Gastone, tal y como parecía probable, no dejara descendencia.

EL RECHAZO INTERNACIONAL

Sin embargo, la decisión del senado florentino no fue aceptada en los foros internacionales. Tras la guerra de Sucesión española, las cosas habían cambiado enormemente. En la corte de Madrid reinaba Felipe V, casado en segundas nupcias con Isabel Farnese, sobrina del duque de Parma y descendiente por línea femenina de Margarita de Medici, tía de Cosme III. La reina española, además de pretender recuperar los territorios italianos perdidos por España, deseaba asimismo encontrar algún principado en la península para sus hijos, y parecía dispuesta a todo por conseguirlo.

Inglaterra, Holanda, Francia y Austria habían organizado una cuádruple alianza para acabar con las pretensiones de Felipe V y su esposa Isabel sobre Sicilia y Cerdeña. A pesar de que las tropas hispánicas fueron derrotadas, en 1718 y 1720 fue reconocida la sucesión de Carlos, primer hijo de los monarcas españoles, a los ducados de Parma y Toscana. Así, en el tratado de Londres de marzo-agosto de 1718, firmado por los cuatro enemigos de España, se había estipulado que, en el caso de que «las casas reinantes en Toscana y Parma se extinguieran sin legítima sucesión, los dos Estados pasarían al dominio del infante Carlos, primogénito del segundo lecho de Felipe V».

Cosme III pudo comprobar así cómo su Estado se convertía en moneda de cambio. Protestó enérgicamente en las cortes de Viena y Londres, pero no fue escuchado. El emperador Carlos VI incluso le recordó mediante diversos mensajes escritos, acompañados de una completa documentación, que la Toscana estaba vinculada feudalmente al imperio desde la creación del ducado de Florencia en 1531. Con ello, daba a entender que conservaba el derecho a conceder el gran ducado a quien le apeteciera.

El gran duque falleció el 23 de octubre de 1723 a los ochenta y un años de edad, sin haber podido solucionar de forma satisfactoria el problema sucesorio. En su escritorio se encontró una extraña máquina que incluía 365 pequeñas estatuas que, a su vez, representaban los 365 santos del año.

LA TOSCANA DURANTE EL PRINCIPADO DE COSME III

El problema de la carestía fue uno de los más graves vividos en la Toscana durante este período. Las importaciones de grano polaco se habían visto frenadas a causa de las guerras de Luis XIV, y el gobierno del gran duque comenzó con dos años de hambre (1671-1672), al que siguió un tercero en 1678. Control de precios y continuas prohibiciones de exportación del grano toscano de nada sirvieron para aliviar el problema. Bien al contrario, pues estas medidas desanimaban a los inversores y dificultaban las labores de bonificación. El cardenal Francisco María, que ocupó el cargo de gobernador de Siena, comprendió rápidamente el problema, a pesar de sus licenciosas costumbres. Estudió el caso de la Maremma sienesa y aconsejó a su hermano medidas liberalizadoras. Cosme III atendió la propuesta y acabaría permitiendo la libre venta de los dos tercios de la producción.

Sin embargo, tales medidas resultaban insuficientes. El fisco también perjudicaba al campesinado e, indirectamente, a la producción rural. El problema de la hacienda toscana era tal que el 21 de junio de 1692 se promulgó un edicto por el que se creaba un impuesto sobre las pelucas. En esta época, la Toscana se había convertido a todas luces en un Estado empobrecido, cuya población en 1668 rondaba los 600.000 habitantes en un proceso demográfico que a lo largo del siglo XVII fue de evidente estancamiento. En 1738 alcanzaría, no obstante, los 890.608 habitantes.

Se entiende así que las grandes familias florentinas acabaran enriqueciéndose en el extranjero. Francesco Feroni (1613-92) pasó un tiempo en Ámsterdam dedicándose al comercio y a la trata de esclavos; de regreso a su país, Cosme III lo nombró marqués de Bellavista y administrador de sus finanzas. Los Capponi y los Corsini harían fortuna durante el pontificado de Urbano VIII en Roma. Los primeros se harían construir un palacio en Florencia repleto de obras de arte. Los Riccardi llamaron al napolitano Luca Giordano para pintar en su recién adquirido palacio Medici una exaltación de Cosme III. El mismo gran duque, a pesar de su excesiva beatería, no descuidó el tradicional amor por la cultura que había caracterizado a la dinastía. Encargó por ello al erudito y filólogo Antonio Magliobechi (1633-1714), hombre con buenos contactos intelectuales en Europa, que organizara la biblioteca palatina.

Gian Gastone I, último gran duque de Medici

UN NUEVO ESTILO DE GOBIERNO

Gian Gastone ascendió al trono toscano sin mostrar demasiado interés por ocuparlo. De hecho, ni siquiera quiso organizar la tradicional ceremonia de coronación. No obstante, tal abulia sería en parte superada durante los primeros años de gobierno, especialmente gracias a los buenos consejos recibidos de ministros preilustrados como Giulio Rucellai o Filippo Buonarroti. Parecía evidente que la herencia recibida precisaba de algunos cambios, y en primer lugar el gran duque expulsó de la corte a todos los frailes y demás eclesiásticos que habían vivido a expensas de su padre o, mejor dicho, del dinero recaudado por el fisco. Las onerosas pensiones cobradas por el clero fueron suprimidas, mientras que las leyes que limitaban la libertad de los judíos o gravaban a infieles bautizados o herejes recatolizados eran asimismo abolidas. La pena de muerte, aunque no fue eliminada, dejó de aplicarse, limitando de esta forma el poder intimidatorio de la Inquisición. Por último, el nuevo soberano llegó incluso a variar las costumbres en el vestir, imponiendo en su corte la moda francesa, tan apreciada por él tras un viaje realizado a París durante su período bohemio. Los florentinos acogieron muy bien estas medidas liberalizadoras, aunque una actividad legislativa tan esporádica e improvisada no logró mejorar la actividad económica del país.



Retrato de Gian Gastone I de Medici que se conserva en el palacio Medici-Riccardi de Florencia.

Sin embargo, Gian Gastone pronto se cansó de gobernar. Su carácter, unido a las intrigas internacionales encaminadas a conceder el Estado a otra dinastía y a las dificultades que comportaba transformar un principado excesivamente controlado por

la nobleza cortesana y la burocracia, le empujaron a apartarse de las tareas políticas y a continuar dedicándose a las fiestas y a la bebida. Recriminado por ello en cierta ocasión, el gran duque decidió perdonar al culpable afirmando que no decía más que la verdad.

No habían pasado dos años desde que Gian Gastone comenzó a gobernar cuando este dejó las riendas de la vida pública a su cuñada Violante de Baviera, la viuda del príncipe Ferdinando, la cual hubo de dejar para ello su cargo de gobernadora de Siena. El gran duque la prefería a ella, por encima de su hermana Anna Maria Ludovica, ya que esta había tenido una participación muy directa en la elección para su desgraciado matrimonio de Ana María de Sajonia. Violante, de hecho, se convertiría en su mano derecha hasta su fallecimiento en 1731.

Prácticamente encerrado en sus aposentos del palacio Pitti, durante sus últimos ocho años de vida el gran duque apenas salió de ellos. Y era preferible así, porque en cuanto aparecía en público, su imagen de hombre bondadoso y generoso caía en picado. Sirva como ejemplo el hecho acontecido en 1729 durante las fiestas de San Juan. Recorría el gran duque las calles de Florencia en su carroza, tan ebrio que no pudo evitar vomitar. Sin embargo, el gobernante ni se inmutó, limitándose a limpiarse con los abundantes rizados de su peluca postiza.

La haraganería de Gian Gastone llegaba a extremos inexcusables, sobre todo en materia de higiene. Algunos contemporáneos que le visitaron en sus aposentos comentaron que el gran duque convivía con sus perros de caza; que sus uñas, tanto de las manos como de los pies, estaban completamente ennegrecidas a causa de la suciedad; que su cama, de la que apenas se levantaba, estaba sucia y olía a tabaco, y que su aspecto era muy extravagante, sobre todo cuando usaba sombreros de paja y largas camisas y corbatas sin encaje. Una imagen realmente poco dignificante.

Pero lo que más se comentaba en Florencia eran sus escandalosas fiestas privadas. Con la expulsión de los frailes, la corte medicea había reducido su número de integrantes, aunque se había liberalizado en cuanto a licencia moral se refiere. Por medio de Giuliano Dami, su camarero, el gran duque se rodeó de diversos jóvenes, tanto alemanes, bohemios o italianos. Se le encontraba a menudo con ellos en la cama, jugueteando o bebiendo hasta llegar a la embriaguez, fumando o narrando escandalosas historias. A cada nuevo integrante de su séquito le realizaba un examen de cuerpo y modales, que al superarlo se celebraba con una orgía.

Este ambiente de libertinaje, de alguna manera, favoreció cierto desarrollo cultural, pues provocó el relajamiento de la vigilancia eclesiástica. De hecho, se ha llegado a afirmar que el gobierno de Gian Gastone coincidió con el inicio del *Illuminismo* (es decir, la Ilustración) en la Toscana. Los científicos Antonio Cocchi (1695-1755) y Giovanni Lami (1697-1770), que en su juventud habían viajado por Europa, llevaron a Florencia la nueva cultura europea, en especial la inglesa. En 1735 se crearon la Società Colombaria, dedicada a estudios arqueológicos y filológicos, y la Sociedad Botánica Toscana, dirigida por Cocchi. En 1731 se había creado ya la

primera sociedad masónica, obra de un grupo de ingleses. El marqués Lorenzo Ginori invirtió en 1737 en la fundación de una fábrica de porcelanas, dando lugar a que por primera vez en mucho tiempo el dinero obtenido de las rentas agrarias fuera destinado a otra actividad empresarial.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA SUCESORIO

Parecía evidente que, con el tratado de Londres, la cuestión sucesoria del gran ducado había quedado resuelta, aunque sin haber sido escuchadas las propuestas de la diplomacia toscana. No obstante, y hasta la muerte de Gian Gastone, los cambiantes acontecimientos internacionales motivaron que el asunto acabara teniendo una solución bien distinta.

Gian Gastone, movido por un cierto sentido de la ética política, cursó protestas a las cortes extranjeras por la aceptación que se había hecho en ellas de lo acordado en Londres, ordenando incluso aumentar las guarniciones de Livorno y Portoferraio ante una eventual arribada del infante don Carlos de Borbón. Sin embargo, cuando el emperador Carlos VI ratificó el 7 de junio de 1725 en Viena lo dispuesto en Londres, el gran duque se sintió tan frustrado que no volvió a preocuparse del asunto. Al año siguiente, el mismo emperador firmaría la investidura provisional de don Carlos como sucesor al trono de Toscana. No obstante, Carlos VI se negaría hasta 1731 a permitir el envío de tropas hispánicas a la Toscana.

El 20 de enero de aquel año fallecía el duque Antonio de Parma sin dejar heredero. El 22 de julio siguiente, y de acuerdo con lo estipulado en Londres, Carlos VI hubo de aceptar la sucesión de Carlos de Borbón al ducado de Parma y permitir que los soldados españoles entraran en la Toscana.

Carlos de Borbón partió hacia Italia el 20 de octubre de 1731. Gian Gastone, considerando ya inevitable la sucesión hispánica, se preocupó únicamente de salvar la dignidad alcanzando de Madrid la garantía de que el gran ducado conservaría su soberanía hasta que le llegara la muerte. Antes de que Carlos arribara a la península itálica, a fines de octubre, comenzaron a desembarcar tropas hispánicas en Livorno y Portoferraio. En total, seis mil soldados que, bajo la protección de la flota inglesa, se apoderaron de ambas fortalezas y posteriormente de Pisa. Desde allí, algunos continuarían su ruta hasta instalarse en Parma. Carlos realizó el viaje por tierra desde Madrid hasta la localidad francesa de Antibes, y de allí se embarcó con destino a Livorno, ciudad a la que llegó el 27 de diciembre y donde residió hasta marzo de 1732. Gian Giastone, haciendo gala de su proverbial haraganería, no quiso desplazarse hasta el puerto toscano para recibirle.



Retrato del futuro Carlos III de España a los once años de edad, pintado por Jean Ranc. Museo del Prado, Madrid.

El infante Carlos acabaría instalándose en el palacio Pitti. Hablaba ya el italiano, aprendido en Madrid gracias a su madre Isabel. Durante su estancia en Florencia, se encargó de su tutela el marqués de Monteleón, expresamente nombrado por su padre Felipe V para tal cometido.

En su etapa toscana, Carlos se dedicó únicamente a recuperarse de la viruela, enfermedad que acababa de contraer, y a asistir a fiestas y cacerías con los caballos que el gran duque le regaló. Escribía a menudo a sus padres y les informaba de todos los acontecimientos de que era testigo. A su vez, Felipe V e Isabel controlaban las actividades de su hijo, e incluso llegaron a recomendarle en una de sus misivas que se aficionara a tomar rapé, consejo debidamente aceptado por Carlos.

Según la documentación toscana conservada, la viruela de don Carlos desapareció milagrosamente al ser expuestas ante el infante las reliquias de san Zanobi, un obispo florentino del siglo V, durante su estancia en Livorno. En Florencia, el joven Borbón llegó a asistir a fiestas celebradas en la plaza de la Señoría sentado en el trono gran ducal, representando a un ausente Gian Gastone. Con este mantuvo el infante español unas distantes relaciones de cortesía que no pasaron de la pura anécdota.

El 6 de octubre de 1732, Carlos abandonó por fin Florencia para dirigirse a Parma y recibir allí el homenaje de sus nuevos súbditos. Le esperaba allí su abuela materna Dorotea, que ejercía de duquesa regente.

Pero en 1733 la situación internacional volvió a cambiar. Ese año falleció Federico Augusto de Polonia, dando lugar a una nueva guerra sucesoria en el continente. Isabel Farnese llegó a considerar la posibilidad de que un hijo suyo se

instalara en aquel lejano trono, aunque al final acabó orquestando una alianza con Francia para afianzar sus intereses en Italia. Así se firmó el 7 de noviembre de 1733 el primer pacto de familia, por el cual apoyaba las pretensiones de Stanislao Leczynsky, suegro del monarca francés Luis xv, al trono polaco. Austria se opuso a dicho candidato, de forma que comenzó el enfrentamiento. Luis xv se había comprometido a obtener de Inglaterra la devolución a España de Gibraltar, así como a apoyar las aspiraciones de Isabel Farnese, que ahora tenían como objetivo el reino de Nápoles, en manos de los austriacos.

En esta coyuntura bélica, Carlos abandonó Parma y regresó a la Toscana para ponerse al frente de sus tropas. A sus dieciocho años, mandaba ya el ejército que había embarcado en Barcelona para actuar en Italia, aunque el verdadero jefe de las operaciones fuera el conde de Montemar. Un militar que poco antes había recuperado para España la plaza de Orán.

La concentración de tropas tuvo lugar en Siena, y de allí se marchó a los territorios de la Santa Sede para entrar de inmediato en el reino de Nápoles, cuya conquista fue rápida. Carlos entró en su capital el 10 de mayo de 1734, y quince días después derrotó a los austriacos en Bitonto. El infante nombró a su padre monarca de Nápoles, aunque poco después se extendía el documento por el que Felipe V devolvía a su hijo los derechos a aquel trono. Recordemos que el rey de España había sido ya soberano de Nápoles durante la guerra de Sucesión española, antes de que el territorio pasara a manos de los austriacos.

El 3 de octubre se firmaron los preliminares de Viena, primeras conversaciones de paz llevadas a cabo entre Francia y el imperio. Allí se estableció que Carlos sería reconocido rey de Nápoles y Sicilia, aunque para ello debería renunciar a Parma y Toscana. Un cambio claramente favorable, por lo que el infante no tuvo inconveniente en aceptar la propuesta austriaca. A su vez, se decidió que, una vez fallecido Gian Gastone, el gran ducado pasaría a manos de Francesco Stefano, duque de Lorena destinado a casarse con María Teresa de Habsburgo, hija del emperador Carlos VI y sucesora al trono imperial. La Lorena quedaría entonces para Stanislao Leczynsky.

Los preliminares de Viena representaron la solución definitiva al problema sucesorio en la Toscana. El 24 de enero de 1737 se firmó el documento de investidura de Francesco, mientras que las guarniciones españolas eran sustituidas por las austriacas, que actuaban en nombre del exduque de Lorena.

A principios de dicho año, la gota comenzó a molestar a Gian Gastone, dando inicio a su lenta agonía. La habitación del gran duque continuó siendo una verdadera pocilga, aunque su hermana decidió preocuparse por fin de la higiene del gobernante. Este tomaría todos los sacramentos imprescindibles para su salvación, y en sus últimos momentos demostró una piedad religiosa de la que había carecido en los años anteriores. Fallecería el 9 de junio de 1737.

Inmediatamente, el príncipe Marco de Craon, plenipotenciario de Francesco

Stefano, ordenó la autopsia del cadáver. Los médicos se encontraron con una vejiga de la hiel vacía de bilis y con una escasa cantidad de sangre en las venas. Sin embargo, el cerebro y el cerebelo no presentaban ningún tipo de lesión. A continuación, el cuerpo fue enterrado con todos los honores en la capilla medicea de San Lorenzo. Sin ningún problema ni oposición, las autoridades políticas del gran ducado juraron fidelidad y obediencia a Francesco Stefano de Lorena como nuevo gran duque de Toscana. La vieja dinastía de los Medici dejaba con ello de gobernar el país.



Retrato de Anna Maria Ludovica y de su esposo, el elector palatino Juan Guillermo de Pfalz-Neuburg, realizado por Jan Frans van Douven hacia 1708. Se conserva en el Museo de los Uffizi de Florencia.

ANNA MARIA LUDOVICA DE MEDICI

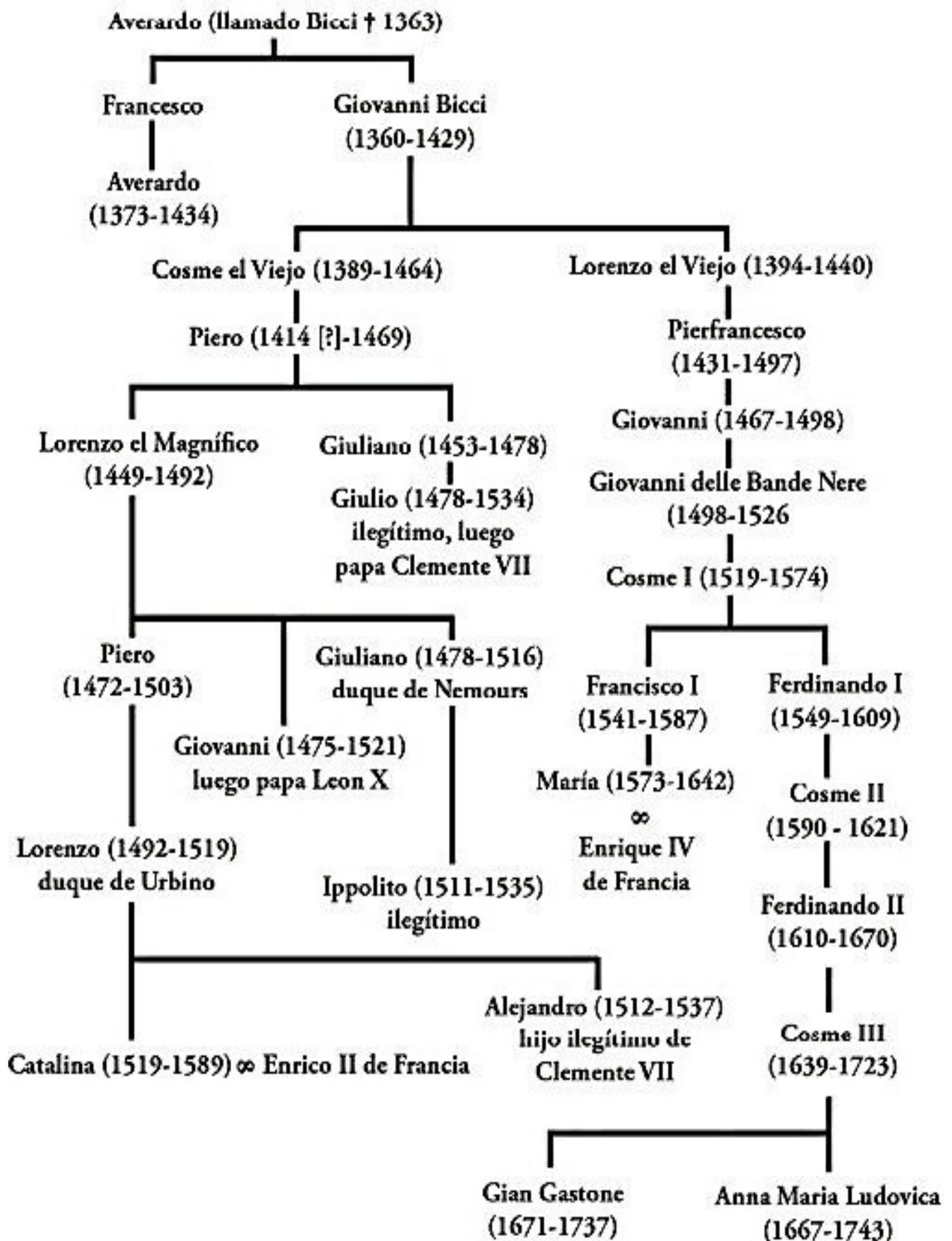
La última descendiente de la rama gran ducal de los Medici, Anna Maria Ludovica, todavía continuó habitando en Florencia hasta su muerte. Viuda y sin hijos, se dedicó a actividades artísticas, como el fomento de obras destinadas a la iglesia familiar de San Lorenzo. Cuando el gran duque Francesco Stefano hubo de marchar a Viena para dedicarse a ejercer de emperador consorte (recordemos que su esposa era la propia emperatriz), pidió a Anna Maria que ejerciera la regencia del gran ducado, aunque esta no aceptó orgullosamente al considerar que una Medici no podía realizar en la Toscana tareas correspondientes a un Lorena. No obstante, siguió ocupando los aposentos en el palacio Pitti hasta que, a causa de un proceso cancerígeno, falleció el 18 de febrero de 1743. En señal de luto, los florentinos no celebrarían aquel año su tradicional carnaval.

Al morir, Anna Maria dejó a su pueblo, y más concretamente a la ciudad de Florencia, todo el legado artístico acumulado por los Medici, dando origen al actual Museo de los Uffizi. Francesco Stefano no mostró ninguna oposición a este legado testamentario.

La nueva dinastía de los Lorena continuaría gobernando el gran ducado hasta la integración de la Toscana al futuro reino de Italia en 1859. Salvo, claro es, durante el período napoleónico que va de 1799 a 1814, aunque eso es ya otra historia.



Mapa del gran ducado de Toscana en 1843. Sus límites geográficos apenas habían variado respecto a 1600.



Árbol genealógico de la familia Medici traducido. Procede del libro de J. R. Hale *Florence and the Medici. The Pattern of Control*, en ed. Mursia, Milán, 1980, pág. 6.

Bibliografía básica

- ACTON, Harold. *The last Medici*. Londres: Faber&Faner, 1932.
- ANDRIEUX, Maurice. *Les Médicis*. París: Plon, 1958.
- BERTI, Luciano. *Il principe dello Studiolo. Francesco I dei Medici e la fine del Rinascimento fiorentino*. Florencia: Bonechi, 1968.
- BRAUDEL, Fernand y ROMANO, Ruggiero. *Navires et marchandises á l'entrée du port de Livourne, 1547-1611*. París: Armand Colin, 1951.
- CANTAGALLI, Roberto. *Cosimo I de' Medici, granduca di Toscana*. Milán: Mursia, 1985.
- CADENAS Y VICENT, Vicente de. *El fin de la república florentina. La segunda reposición de los Médicis en Florencia por los ejércitos españoles*. Madrid: Hidalguía, 1976.
- , *El saco de Prato. La primera reposición de los Médicis en Florencia y la presencia de España en el Milanésado*. Madrid: Hidalguía, 1982.
- , *La república de Siena y su anexión a la corona de España*. Madrid: Hidalguía, 1985.
- CHASTEL, André. *Arte y humanismo en Florencia en la época de Lorenzo el Magnífico*. Madrid: Cátedra, 1982.
- CIANO, Cesare. *I primi Medici e il mare*. Pisa: Pacini Editore, 1980.
- CONTI, Giuseppe. *Firenze dai Medici ai Lorena*. Florencia: Giunti, 1909.
- DIAZ, Furio. *Il Granducato di Toscana. I Medici*. Turín: UTET, 1976.
- DORINI, Umberto. *I Medici e i loro tempi*. Florencia: Nerbini, 1950.
- GUICCIARDINI, Francesco. *Historia de Italia*. Madrid: Librería de la Viuda de Hernando, 1889-1890.
- HALE, John Rigby. *Florence and the Medici. The Pattern of Control*. Londres: Tames&Hudson, 1977.
- HIBBERT, Christopher. *The house of Medici. Its rise and fall*. Nueva York: Morrow, 1975. (trad. esp.: *Florencia, esplendor y declive la la casa Medici*. Granada, Almed Ediciones, 2008).
- LARIVAILLE, Paul. *La vida cotidiana en la Italia de Maquiavelo*. Madrid: Temas de Hoy, 1979.
- LUCAS-DUBRETON, Jean. *La vie quotidienne a Florence au temps des Medicis*. París: Hachette, 1958.
- MEDICI, Lorenzo de. *Los Médicis. Nuestra historia*. Barcelona: Zeta Bolsillo, 2008.
- ROBIONY, Emilio. *Gli ultimi dei Medici e la sucessione del granducato di Toscana*. Florencia: Seeber, 1905.
- ROMERO, Eladio. *El imperialismo hispánico en la Toscana del siglo XVI*. Lérida: Dilagro, 1986.

RUBINSTEIN, Nicolai. *Il Governo di Firenze sotto i Medici (1434-1494)*. Florencia: Nuova Italia, 1971.

SPINI, Giorgio. *Cosimo I e l'indipendenza del principato mediceo*. Florencia: Vallecchi, 1980.

WHITE, Michael. *El secreto de los Medici*. Barcelona: Roca Editorial, 2010.